

El néctar de

ERIKA

PHAVY PRIETO

EL NÉCTAR DE ERIKA

PHAVY PRIETO

A mi bellísima flor Kika Quiroz.

Gracias por estar siempre a mi lado, por ser la “Wikiphavy” de todas las florecillas y sobre todo... por hacer tanto sin pedir nada a cambio.

El mundo necesita más personas como tú.

“Ser profundamente amado por alguien te da fuerza,
mientras que amar a alguien profundamente te da coraje”

Lao Tzu

Antecedentes de *El Néctar de Erika*.

El Elixir de Jasmine



Jasmine Dunne es una joven preuniversitaria que ha conseguido una beca para estudiar en la mejor universidad de Arquitectura de Londres, la Bartlett School of Architecture. Pretende convertirse en una gran Arquitecta de renombre para lograr entrar en la empresa de Alessandro D'Angelo, el hombre al que ama con todo su ser desde que posee conocimiento, aunque él sea totalmente inaccesible para ella.

Oculto bajo un aspecto que transmite cuanto menos deseo, se esconde un diamante en bruto que solo hay que pulir adecuadamente para que brille en todo su esplendor, ¿Sería capaz de hacer que D'Angelo la viera realmente como la mujer en la que se ha convertido? Tal vez ni eso sea suficiente para conseguir que el hermano menor de su padre se dé cuenta de que ya no es *su*

pequeña flor, sino que se ha convertido en toda una mujer y que está dispuesta a todo para obtener su amor.

Prólogo.

Llegué a la casa de Jasmine acongojada.

Aquello no me podía estar pasando a mí, debía ser un sueño, un error, una pesadilla, ¡Dios santo!, ¡Era una catástrofe!

Estaba asustada. Corrijo; estaba completamente aterrada.

Llamé al interfono del ático donde vivía Jasmine con Alex, hacía tiempo que se habían mudado y, además, estaba completamente segura de que ella se encontraría en casa porque le quedaba poco para dar a luz a su bebé y necesitaba confesarle a alguien aquello o explotaría.

Había tenido sospechas desde hacía varios días, ¡Que leches!, ¡Casi tres semanas! Y aun así por puro pánico había esperado más de lo normal hasta que ya había sido inevitable porque debía salir de dudas.

Escuché el sonido de la puerta abrirse y entré corriendo. El conserje que ya me conocía de sobra por acudir frecuentemente a visitar a mi amiga sonrió y metió la llave en el ascensor del piso correspondiente al de Jasmine para que apareciera directamente en su casa.

—¡Me va a dar algo! —grité exasperada nada más entrar.

—Tranquila —contestó con calma Jasmine—. ¿Qué ocurre? —añadió al verme acercarme a ella con el rostro compungido por la desesperación.

—Lo siento... es que...es que... ¡Oh dios mío Jas! —exclamé con los ojos llorosos—. ¡No sé qué voy a hacer!

—Pero ¿Qué ha pasado? —preguntó ahora preocupada por lo que se podía apreciar en su voz y agradecí tener al menos a alguien a quien confesarle aquello.

—Que... ¡Ay dios mío es que no lo puedo creer! —gemí—. ¿Cómo me puede haber pasado esto a mí?

—Me estás asustando —exclamó acongojada.

—Estoy embarazada —susurre casi en un suspiro—. ¡Yo! —grité mientras me alzaba y me llevaba las manos a la cabeza.

—¿He escuchado bien? —preguntó con reiteración mi mejor amiga como si no pudiera ser verdad lo que acababa de decirle.

—¡Si! —exclamé—. No sé cómo ha podido pasar... bueno sí que lo sé, pero... ¡Dios mío!, ¿Qué voy a hacer?

—Cálmate y siéntate un momento —dijo mientras volvía de nuevo a sentarme a su lado—. ¿Estás completamente segura de ello? —preguntó para salir de dudas.

—Claro que estoy segura, de lo contrario no lo afirmarí. Tenía sospechas desde hace varios días, pero no quería creérmelo y justo ahora vengo de hacerme los análisis en el hospital, ¿Por qué crees que estoy así? —contesté casi temblando.

No me lo podía creer... estaba en shock, eso no me estaba ocurriendo a mí. ¡No a mí! Yo era la mujer más prudente del mundo en ese aspecto y... ¡Se había jodido todo!

—Erika... —escuché a Jas mientras me sacaba de mis cavilaciones.

—¿Sí? —contesté algo aturdida.

—¿Sabes quién es el padre? —preguntó con cierta suspicacia y conociendo de sobra mi vida íntima en los últimos meses no me extrañó su pregunta, aunque jamás había entrado en detalles en ese aspecto para ser sinceros.

—Yo...

—¡Ay! —La oí gritar justo cuando iba a responder y vi como se llevaba una mano al vientre

—¡Jasmine!, ¿Estás bien? —pregunté preocupada porque vi el dolor reflejado en su rostro.

—¡No! —gritó—. ¡Duele mucho! —volvió a gritar.

—¡Mierda! —exclame—. Quiero decir vale... está bien... voy a llamar a una ambulancia.

—¡Llama a Alex! —la escuché decir en el momento que me alejé completamente temblando para pedir ayuda.

Mi mejor amiga iba a dar a luz y yo estaba aterrada porque acababa de descubrir que en unos cuantos meses estaría en la misma situación que ella.

1

Nueve meses atrás

Desde pequeña me gustaba observar los edificios altos, era como si representaran un desafío a la gravedad, erguidos en todo su esplendor y de tal magnitud que muchos de ellos parecían rozar el cielo. Al menos era la sensación que tenía cuando los observaba siendo una niña, quizá debía a eso mi interés por la arquitectura, esa pasión que mi padre en algunos momentos había tratado de eliminar de mi cabeza al pretender que siguiera sus pasos y me convirtiera en una gran abogada como él.

No se si fue en parte por mi rebeldía, quizás por mi afán de superación en demostrarle que podría ser una gran arquitecta o simplemente por hacer algo que realmente me gustara, fuera como fuese, no seguí sus pasos muy a su pesar, aunque él era quien pagaba mis estudios y en el fondo suponía que pretendía lo mejor para mí, por eso terminó aceptando que había elegido otra carrera a pesar de su insistencia.

Me encontraba en mi mejor momento, cursando tercero de arquitectura, y realizando prácticas en el mejor estudio de la ciudad con la mejor referencia posible; Alessandro D'Angelo. Aunque esto último se lo debía íntegramente a mi mejor amiga Jasmine, que después de todo había sido la artífice de que yo estuviera allí y en gran parte porque ella ocupaba antes mi lugar de becaria y ahora trabajaba al lado del "jefe", es decir, de Alessandro.

Creo que en mi vida había estado más feliz, llevaba años soñando con entrar a trabajar en ese estudio de arquitectura y ahora era como ver cumplido uno de mis grandes sueños, pero como todo sueño, siempre tiene que haber algo que amargase tanta felicidad y en mi caso tenía rostro y nombre: Marco Olsen.

Hacía años que no lo había vuelto a ver, exactamente en el mismo instante en que igual que había entrado en mi vida, desapareció, se largó, se esfumó de la noche a la mañana y por consecuencia; me destrozó por completo el corazón.

Por aquel entonces yo era solamente una cría, una estúpida enamoradiza que se quedó prendada de esos ojos castaños, esa mirada sexy... ¡Y esa maldita labia con la que me había conquistado!

¡Qué estúpida fui!, ¿En qué mundo iba a pensar que un hombre de veintitantos años se iba a fijar en una cría de dieciséis para algo más allá que no fuera aprovecharse de su ingenuidad? Tal vez tuve que estamparme contra el muro para ver la triste realidad; que jamás me quiso, que nunca le interesé más allá del hecho de acostarse conmigo para después desaparecer y hacer un “si te he visto no me acuerdo”. Ni tan siquiera hubo una llamada, un aviso, una carta, un mensaje... nada, absolutamente nada.

Y ahora, cuatro años después, cuando pensé que jamás volvería a verlo en la vida, cuando había conseguido que pensar en él solo me llevara a incitar el odio, que por su culpa creía que todos los hombres eran iguales y que pensaba que lo tendría más que olvidado, tenía que aparecer de nuevo a hacer que me enfrentara a mi propio pasado, a mis miedos y para mas inri; había llegado para arruinar mi burbuja de felicidad.

«Lamento decir que para mí es todo lo contrario, mi bella flor» recordé de nuevo su voz repiqueteando en mi cabeza como tantas veces había hecho desde que me lo había encontrado hacía varias semanas cuando acudí al despacho de Jasmine en la última planta.

Nadie me había llamado así salvo él. Marco había sido el primero... y el único por el que llegué a sentir algo de verdad, aunque ahora solo fuera rabia y resentimiento. Una parte de mi lo detestaba mientras que la otra, sin saber porqué, hacía que los sentimientos más profundos dentro de mi misma y que mantenía escondidos bajo llave quisieran resurgir de nuevo.

Desde el momento en que lo vi, lo había evitado como la peste, básicamente escondiéndome en el despacho que tenía asignado y gracias al cielo, no me lo había vuelto a encontrar, pero tenía el presentimiento que no tardaría mucho en hacerlo porque sabía que se encontraba fuera de la ciudad por asuntos de trabajo y que tarde o temprano volvería.

—¡Hola! —escuché la voz de mi inconfundible amiga y aparté la vista del ordenador donde trataba de sumergirme en los informes que debía terminar ese mismo día a pesar de que mi cabeza estaba en otra parte.

—¡Jas! —exclamé—. ¿Cómo tu por aquí?, ¿Ahora te juntas con la plebe? —dije con cierta ironía que provocó la sonrisa por parte de mi amiga.

—Muy graciosa —contestó con cierta calma mientras la vi cerrar la puerta y acercarse hasta mi mesa con semblante serio.

—¿Qué ocurre? Por la cara mustia que traes, me estas asustando, ¿No se había arreglado todo el asunto de la herencia? —pregunté.

Hasta yo estaba sorprendida de que el príncipe maldito se hubiera alegrado de que Jasmine y Alex se hubieran casado, no me fiaba de ese hombre... no cuando había tratado de engañar a mi mejor amiga con artimañas solo por su propio beneficio.

—Si se ha arreglado, aunque esto puede que cambie las cosas —me contestó—. Tengo algo que contarte, algo por lo que no se si sentirme culpable de alegrarme.

La miré frunciendo el ceño extrañada, no tenía ni idea de que se podía tratar.

—Suéltalo de una vez que me estas poniendo al límite de mi curiosidad —dije poniendo toda mi atención en ella.

—Los mareos de estos últimos días no eran por los nervios, ni por una mala alimentación, sino porque estoy embarazada.

—¡No me jodas! —exclamé—. ¿Y Alex lo sabe? —añadí justo después refiriéndome a Alessandro, el dueño de la empresa en la que ambas trabajábamos y con el que mi mejor amiga se había casado recientemente, eso sin mencionar que él era su “tío” a pesar de que no hubiera tuvieran ningún lazo sanguíneo.

—Si... y lo cierto es que ambos estamos por ilógico que parezca, felices con la noticia, aunque no se si lo estaré cuando se lo contemos a la familia, sobre todo a mi padre. Pero en estos momentos lo que más me preocupa es que mi hijo me odie por hacerle pasar por lo mismo que yo con esa maldita herencia.

Esa maldita herencia a la que se refería Jasmine, era precisamente la culpable de que Mijaíl Rashid, alias el príncipe maldito, hubiera querido engañarla para casarse con ella y así recuperarla, puesto que su país podría sufrir una crisis económica si se sabía que esa herencia no pertenecía a su familia. Gracias a una clausula Jasmine había podido evitar ese matrimonio al casarse previamente con Alessandro, pero el quebradero de cabeza que a ella le había supuesto esa herencia, pasaría a tenerlo su propio hijo.

—Creo que te estas adelantando demasiado Jasmine. Tal vez de aquí a que tu hijo tenga la mayoría de edad, pueden pasar muchas cosas.

—¿Y qué pasará si no es así?, ¡Me odiará! —gimió—. Alex dice que me estoy obsesionando, pero soy consciente de a que tipo de futuro le estoy exponiendo.

Supongo que la entendía, ella había sufrido la presión de esa maldita herencia como la denominaba e intuía porque no le deseaba aquello a su propio hijo, ya le estaba condicionando de antemano.

—Creo que Alex tiene razón. Si consiguió librarte a ti de casarte con Mijaíl, hará hasta lo imposible para evitar que su hijo corra la misma desgracia. Si yo estuviera en tu lugar me dedicaría a disfrutar al fin de tu felicidad Jas... algo que iba siendo hora de que te llegara —dije tratando de serenarla, y también porque estaba segura de que Alex moriría antes que permitir ver sufrir a uno de los suyos.

—¡Ay Erika! —la escuché exclamar—. ¡No sé que sería de mi sin ti!, ¡Siempre sabes qué decir en cada momento! —gimió mientras la vi con los ojos llorosos levantarse y acercarse para abrazarme.

—Anda tonta —contesté abrazándola—. Hago lo que cualquier amiga haría, por cierto... enhorabuena futura mami —añadí dándome cuenta de qué no la había felicitado y la escuché reír por mi comentario.

—¡Ah por cierto! —gritó en ese momento—. Tengo algo más para ti —dijo mientras la vi rebuscar algo de su bolso.

—No me digas que me vas a dar una foto de la ecografía —solté sonriente.

—No —contestó entre risas—. Aun es muy pronto para que se vea algo decente pero sí que te quería dar esto —dijo dándome un sobre cerrado y al tacto noté algo que había algo dentro que hacía ruido metálico.

—¿Qué es? —pregunté extrañada sin esperarme nada en concreto.

—Son las llaves del apartamento en el que estaba instalada —contestó sonriente—. Pertenecen a la persona que ocupa el puesto que tenía, es decir, el que ocupas tú ahora, así que si lo quieres es tuyo.

—¿Es en serio? —grité ilusionada.

—¡Pues claro que sí! —contestó igual de emocionada.

—¡Oh dios! —grité—. ¡Voy a ser libreeeeeeeeee!

—Mejor ni te pregunto lo que piensas hacer ahora que vas a vivir sola en ese apartamento—contestó con cierto tono irónico.

—¿Yo? —exclamé—. Nada malo... si soy un angelito.

—Ya... un angelito... —contestó arrastrando las palabras—. Aún sigo

tratando de tirarte de la lengua para saber qué ocurrió entre Mijaíl y tú en Massachusetts para que se convirtiera en “el príncipe maldito”.

—Ya te conté todo lo que pasó —mentí descaradamente.

—Algún día te lo sonsacaré —respondió—. Si crees que voy a tragarme que acudiste a esa gala benéfica solo porque te pagó... vas lista.

En ese momento rodé los ojos y traté de evitar su mirada inquisidora, no por nada, sino porque tenía razón pese a no querer reconocerlo.

—Creo que tu condición de embarazada te ha afectado demasiado si crees que puede haber algo más allá entre el príncipe maldito ese y yo, antes verás cerdos volando con alas rosas —contesté airada.

Jamás, jamás de los jamases admitiría lo que ocurrió entre ese petimetre de tres al cuarto y yo. Bastante tenía con la cara de autosuficiente que puso cuando bajé del coche.

«Aaaahhhhh que ganas me daban de propinarle un buen guantazo si volvía a verle»

—Si... ya... —gimió Jasmine cruzándose de brazos—. Me da a mi que voy a ver los cerdos volar muy pronto —añadió riéndose mientras se levantaba de la silla.

—¡Que hablo en serio! —grité tratando de convencerla.

—Está bien —contestó alzando las manos en señal de paz—. Sé que algún día me lo confesarás, mientras tanto te espero el próximo sábado para una cena que organizaremos en casa por si necesito tu apoyo moral.

—Seguro que no se lo toma tan mal Jasmine —dije refiriéndome al hecho de que le confesaría a su padre que se había casado y además estaba embarazada de su hermano menor. Alessandro y el padre de Jasmine solo eran hermanos porque sus padres se habían casado, pero entre ellos no existía más relación que la de dos personas que se habían criado juntos como hermanos— ... aceptara que eres su única hija y que debe apoyar tu decisión.

—Eso ya te lo diré el sábado que habrá pasado todo... —dijo no muy convencida y suspiré porque en el fondo entendía su posición, no iba a ser

fácil asimilar que su hija y su hermano mejor estaban juntos... pero tan juntos que hasta le iban a dar un nieto. La verdad es que no me apetecía en absoluto estar en su pellejo.

—Sabes que estaré ahí para lo que necesites —dije poniéndome en pie y dándole un abrazo, porque de verdad lo necesitaba—. Me encargaré de llevar el postre.

—Gracias —contestó sonriente—. Marco traerá el vino.

—¿Marco asistirá? —exclamé conteniendo el aire.

—Si... es el amigo de Alex, le ha invitado al ser una fiesta entre amigos.

—Ah no, no, no —comencé a negarme—. Ni hablar, no pienso ir si también asistirá él.

—Me dijiste que era agua pasada, además, pensé que ya te habrías acostumbrado a verle por la empresa —contestó seria.

—No —negué—. Una cosa es evitarle en la empresa y otra muy distinta cenar frente a él.

—Pero es agua pasada, ¿no? —insistió Jasmine.

—¡Por supuesto que sí! —exclamé—. Lo único que siento por ese imbécil rastrero es desprecio —aseguré.

«Por qué eso era lo que sentía, ¿verdad?» pensé rápidamente.

—Solo será una cena tranquila entre amigos, tal vez sea lo que necesites para que deje de afectarte su presencia. Erika, si vas a trabajar aquí tarde o temprano tendrás que verle e incluso tener reuniones con él cuando empieces a escalar puestos, no te obligaré a venir si no quieres, pero creo que sería el principio de una tregua por tu parte. Marco es uno de los pocos amigos que tiene Alex y tienes que reconocer que gracias a él me he librado de casarme con el príncipe maldito —aseguró Jasmine con una sonrisa cómplice para hacerme entrar en razón.

Porque Jasmine tendrá que tener razón en todo... en el fondo Marco era buen abogado, siempre lo había sido e incluso recordaba a mi padre mencionar que era un chico ambicioso, con pretensiones y afán de liderazgo.

Le gustaba que formara parte de su empresa, decía que era uno de los pocos estudiantes que había demostrado la astucia necesaria que se necesita para ejercer la abogacía.

—Está bien —afirmé muy a mi pesar—. Iré —añadí para contentarla y la escuche dar un pequeño grito de alegría mientras sonreía.

Todo fuera por hacer a Jasmine feliz aunque fuera a costa de mi propio juicio y mis uñas, esas que seguro no llegaban indemnes al sábado.

—Gracias Erika —contestó sonriente.

—Aunque si se pasa de la raya no pienso contenerme —dije apuntándola con el dedo índice en señal de amenaza y comenzó a reírse.

—Creo que hasta pagaría por verlo —susurró entre risas.

«Oh... créeme que lo verás» susurré en mis pensamientos.

Nunca vi pasar los días tan rápido, tal vez fuera porque no quería que llegara el sábado y basta con que no desees que llegue algo, para que el tiempo se haga más corto o te genere esa sensación. Había pasado la navidad con mi madre, aún seguía enfadada con mi padre por ayudar al príncipe maldito para engañar a Jasmine, no podía entender como había podido hacer algo así y por más que intentaba justificarse no había dejado que me explicara sus razones. Simplemente me había decepcionado y por mucho que tratara de arreglar el asunto solo iba a empeorarlo, solo deseaba que llegara el día en el que me sintiera lo suficientemente capaz de enfrentarlo para que mis sentimientos no estuvieran tan involucrados, por consecuencia a mi madre no le había sorprendido en absoluto su hazaña cuando le expliqué las razones por las que ese año no pensaba ir por navidad a casa de mi padre como solía hacer siempre, pero teniendo en cuenta que ellos siempre estaban echándose porquería el uno al otro, no me sorprendió.

—¿Aún sigues así? —preguntó mi madre desde la puerta mientras yo miraba al espejo sin decidirme qué vestido ponerme, si el azul oscuro o el blanco.

—No sé cuál será más apropiado —aseguré sin mirarla.

No sabía si quería causar buena impresión, en plan; esto es lo que te perdiste por capullo, o simplemente pasar desapercibida a modo; paso de tu culo, o una mezcla de ambas ya que estamos puestos.

—Si me dejas darte mi opinión, te diré que el azul —contestó mi madre acercándose hasta donde yo estaba—. Resalta mucho más el blanco de tu piel y hace que el rojo del cabello sea más vibrante.

—Y es más ajustado —dije sonriente girando el rostro para verla.

—¿Qué? —exclamó alzando las manos—. No soy yo la que está nerviosa porque en esa cena haya un chico que me guste.

—No hay ningún chico que me guste —alegué rápidamente—. Te dije que iba a cenar a casa de Jasmine y Alex —asegué dejando el vestido blanco sobre la cama y decidiendo hacerle caso a mi madre o no terminaría de salir jamás.

—Ya... que soy tu madre Erika y te conozco. Es la primera vez que estás nerviosa y no sabes ni qué ponerte cuando jamás has dudado de nada.

«Pues sí que me conoce bien»

Aunque la realidad no era que me gustara alguien, mejor dicho; me gustó en el pasado hasta el punto de enamorarme.

—Irán algunas personas del trabajo y quiero causarles buena impresión. Solo eso. —Mentí a medias.

—No hace falta que me des explicaciones si no quieres Erika, sé que ya eres una mujer adulta y a la vista está que en unos días vas a independizarte al marcharte a ese apartamento —terció mi madre demasiado serena, como si tratara de justificarse por algo—, pero espero que si en algún momento me necesitas, cuentas conmigo.

—Siempre he contado contigo —contesté sonriente.

—Creo que no lo suficiente —confesó—. A veces me recrimino por no haber estado a tu lado lo suficiente.

—Has estado mucho más que papá —asegué y me acerqué a ella para abrazarla.

Lo cierto es que no le reprochaba nada, en el fondo siempre había estado ahí cuando la necesitaba a pesar de volcarse en el trabajo los últimos años y pasar más tiempo en los salones de belleza que regentaba que en casa, pero nunca me había dejado, jamás se había ausentado y desde luego, siempre había estado pendiente de mi. Incluso cuando lo pasé tan mal después de que el insufrible de Marco desapareciera de mi vida, ella estuvo allí sin preguntar más de lo debido, aceptando que no deseaba revelar que me ocurría y finalmente tuve que mentirle diciendo que había discutido con mi mejor amiga del instituto para que no se imaginara algo horrible.

—Bueno, eso era fácil hacerlo —dijo sonriente y terminamos riendo las dos.

Llegué hasta la casa de Jasmine con mi increíble pudding de chocolate entre las manos y llamé al timbre. No tuve que esperar mucho para que me abrieran la puerta y empujé con la cadera ya que llevaba las manos ocupadas. Estaba nerviosa mientras subía en el ascensor. Iba a volver a verle después de tantos días y sinceramente no sabía que era peor; mi ansiedad o que me afectase tanto el simple hecho de encontrarme con él.

—¡Feliz navidad! —gritó Jasmine justo cuando entré llegando hasta donde estaba para darme dos besos.

—¡Feliz navidad! —Exclamé sonriente aceptando aquel saludo—. Deduzco que por tu sonrisa, las cosas no han ido tan mal después de todo —dije dejando el postre sobre la encimera sin dejar de mirarla y refiriéndome al hecho que habíamos hablado en el despacho sobre el asunto de su padre.

—Nada mal —contestó sonriente—. ¡Estoy tan contenta! —exclamó con una luz en su mirada envidiable.

Ella había conseguido al hombre de sus sueños, no había existido impedimento alguno a pesar de todo lo que eso conllevaba y tras todo lo que había tenido que soportar, finalmente lo había logrado.

—Me alegro tanto por ti —suspiré sincera.

Jasmine era el vivo reflejo de que los sueños se pueden lograr. No sabía

si encontraría ese amor alguna vez, lo dudaba... quizá solo estaba predestinada a encontrarme con cafres, petimetres y príncipes malditos en mi vida, quizá estos últimos eran los peores... y hablando de ellos...

—Feliz navidad bella flor —dijo aquella voz que en su día me pareció melodiosa y ahora solo me resultaba irritante o eso quería creer.

—Dejé de ser tu bella flor hace unos cuantos años, Marco —contesté tan firme como pude, pero a ver si así le quedaba claro—. Así que límitate a llamarme Erika o mejor, desaparece de mi vista —atajé alzando el mentón para que me viera bien la cara.

«Y ahora da la vuelta a tu culito perfecto y vete a freír espárragos a Tombuctú»

—Siempre me ha gustado ese temperamento que tanto te caracteriza, veo que no lo has perdido —contestó enseñándome sus dientes que obviamente debía lavar con la marca dentífrica profident para que fueran tan relucientemente blancos.

—Perdí muchas cosas —ironicé rodando la mirada para no verle—, pero no creo que sea de tu interés saberlo.

—Quizá te equivoques... —jadeó—. Tal vez esté interesado.

«Maldito embustero» exclamé en mis pensamientos.

—Pues que tengas suerte, porque a mí no me apetece contarte nada sobre mi vida —respondí igual de tajante.

—Chicos, ¿Qué tal una copa de vino? —intervino de pronto Jasmine que hasta el momento no me había percatado que estaba presente. Quizá la tensión que existía en el ambiente y de la cual se podría cortar con un cuchillo había sido tan palpable que no vio otra opción que entrometerse.

—Mejor dos —tercié—. Así me beberé la tuya teniendo en cuenta que no puedes beber alcohol —dije enganchándome al brazo de mi amiga y acercándome junto a ella a la mesa mientras nos alejábamos del innombrable.

—No sabía que entre vosotros la cosa estaba tan tirante —susurró Jasmine para que no pudiera escucharnos.

—¿Tirante? —ironicé—. Para nada... solo quiero que se retuerza en el lodo y se ahogue vivo —dije cogiendo una copa que estaba parcialmente llena importándome un pimiento de quien fuera y llevándomela a los labios.

—Prométeme que te contendrás —dijo Jasmine en voz baja ahora asustada.

—Pues dile al mequetrefe ese que no se acerque a mi —solté sin más y vi como mi amiga suspiraba—. Está bien, te prometo que no haré ninguna escenita si tú no me metes en más situaciones como ésta.

—Lo intentaré, pero no puedo hacer nada teniendo en cuenta lo bien que Alex se lleva con él.

—¿Y por qué tengo que fastidiarme yo? —exclamé furiosa.

—A ver... ¿Tan grave fue lo que te hizo para que le detestes tanto? Sé que es el “innombrable” y qué te hizo mucho daño en el pasado, pero nunca me has hablado realmente de lo que te hizo.

—Prefiero no recordarlo porque te juro que le estampo la copa en la cara y paso la noche en el calabozo por intento de homicidio —gemí.

—¿Tan espantoso fue? —insistió Jasmine.

—Define espantoso a perder tu virginidad con alguien a quien se supone que quieres, que desaparezca de la noche a la mañana sin dar explicaciones al día siguiente, y de pronto me lo encuentro cuatro años después actuando tan campante como si no hubiera ocurrido nada en el pasado —dije sin más, sin entrar tampoco en mucho detalle—. Dios dame paciencia porque te juro que le dejo sin cara.

—¡Dios mío! —exclamó Jasmine—. ¿Marco te hizo eso? —añadió expectante.

—¡Oh si! —ironicé—. Ya creo que lo hizo y por mi se puede ir al mismísimo infierno.

—Tal vez tenga una explicación para ello Erika, ¿No has pensado en preguntarle?

—Si. Hay una explicación que se llama ¡Ser un completo gilipollas! —

dije alzando un pelín más de lo debido la voz.

—Hola Erika —escuché la voz de Alex que acababa de acercarse y vi como rodeaba la cintura de su esposa—. Feliz navidad —añadió sonriente.

—Feliz navidad Alessandro —sonreí pacientemente.

¿No podría encontrar yo a uno como ese? Tan guapo, tan adorable, tan sumamente atento —aunque Jasmine también tuvo que pasar lo suyo, todo hay que reconocerlo—, pero era evidente que la quería, había demostrado a mi amiga cuánto la amaba hasta el punto de enfrentarse a todo por ella.

—Espero que todo esté bien —comentó observándome fijamente.

—Tranquilo —dije volviendo sonreír—. Todo está absolutamente perfecto, por cierto... gracias por el estupendo apartamento al que voy a mudarme y por ofrecerme la oportunidad de formar parte de tu empresa.

—No tienes que dármelas a mi —contestó mirando a Jasmine—. Mi esposa cree que tienes mucho potencial y yo confío en que es así —añadió con una vaga sonrisa.

—Me aseguraré entonces de demostrar que tu esposa tenía razón —contesté observando a los tortolitos mirarse.

Formaban una espléndida pareja y lo cierto es que daría lo que fuera porque alguien me mirase de ese modo a mi también.

—Creo que han llegado el resto de los invitados —dijo esa voz que comenzaba a martillar mi cabeza, ¿Por qué no se perdía de una puñetera vez? Me ponía mala su mera presencia y actuando como si entre nosotros no hubiera pasado nada, ¿Acaso tenía amnesia o qué?

—Sí, claro —mencionó Jasmine comenzando a moverse—. ¡Id sentándoos donde mejor os parezca por favor! —exclamó a todos.

Todos los presentes eran parejas de matrimonios... todos menos el cretino y yo que claro, al ser los únicos “sujeta-velas” por inercia nos tocó sentarnos uno frente al otro. ¡Si lo sé no vengo! Me busco una excusa barata y me quedo en casa viendo una peli que seguro sería mejor plan que verle esa cara de presuntuoso de nuevo.

«Dios dame paciencia porque la necesito de verdad» medité.

Por suerte para mi, la chica que tenía al lado también trabajaba en la empresa al igual que su marido, de hecho, se habían conocido allí. Ella era la secretaria de Alessandro y él uno de los arquitectos, pude hablar con ella durante casi toda la cena y con Jasmine que no dejaba de preguntar sobre cosas de embarazo mientras que yo veía aquello demasiado lejano en mi insípida vida sexual.

Ni recordaba cual fue la última vez que me había acostado con un tío... probablemente había pasado más de dos años, pero después de lo que ocurrió con Marco me pensaba muy mucho a quién metía en mi cama, supongo que no quería volver a sentir de nuevo esa sensación de suciedad por sentirme utilizada.

«Y pensar que casi caigo en el mismo juego con el príncipe maldito» Menos mal que al final no accedí, bendita sea la hora en la que salí de aquel coche dando un digno portazo antes de sucumbir a sus encantos porque de lo contrario le odiaría aún más de lo que ya lo hacía.

—¿Qué ha sido de tu vida en todos estos años? —escuché de pronto y alcé la vista al frente para ver que Marco me estaba mirando.

—Podría preguntar lo mismo, dado que desapareciste sin dar explicaciones como un fugitivo —tercié llevándome el tenedor a la boca sin apartar la mirada.

—Tuve que hacerlo —contestó fijamente—. No quería, pero no tuve más remedio que marcharme, Erika.

2

Por un momento creí que sus palabras tenían un deje de sinceridad, pero luego recordé todas las lágrimas que derramé, todo el dolor que pasé y todo el rencor que acumulé.

—Desde luego... —contesté cogiendo la copa entre los dedos, de pronto tenía demasiada sed—. Debía ser una buena oferta de trabajo para no hacer una mísera llamada diciendo que te marchabas —ironicé sin mirarle y centrándome en saborear el vino.

—Yo no... —comenzó a responder y de pronto Alessandro le hizo una pregunta de trabajo interrumpiendo la conversación que manteníamos.

No sabía que excusa barata iba a contarme, pero que se las contara a su abuela porque a mí no me servían, ni tampoco las quería.

«Que se fuera al maldito infierno donde se fue cuando desapareció, pero esta vez que no vuelva»

Tenía ganas de marcharme puesto que no me sentía cómoda entre tanta parejita de casados o a punto de estarlo y el único soltero era mi *ex* si es que podía denominarlo así puesto que nuestra relación siempre fue en la más estricta clandestinidad.

Aún podía recordar el día en el que llegué al despacho de papá a esperarle porque pasaría el fin de semana con él y de pronto apareció Marco por el pasillo. Creo que en ese momento el corazón se me paralizó y más aún cuando me dedicó aquella sonrisa de anuncio que aún tenía provocándome suspiros por doquier.

«Flashback»

Había salido de clases y volví a casa para quitarme el uniforme y coger el bolso de fin de semana. Era una de esas veces en las que papá tenía más trabajo de lo normal y se le haría demasiado tarde para venir a recogerme antes de ir a cenar a nuestro restaurante favorito como siempre hacíamos cada viernes que pasaba el fin de semana con él.

Llegué al bufete, estaba en uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad y aunque me alegrara que mi padre fuera uno de los abogados más importantes y requeridos, por otro lado, esa había sido la gran causa del divorcio de mis padres y del poco tiempo que pasaba junto a él, incluso los fines de semana que se suponía serían nuestros, a duras penas conseguía pasar un rato hablando sin que le interrumpieran.

Estaba cansada de revisar las redes sociales, aunque no era de subir muchas fotos, había contestado todos los mensajes a mis amigas y aburrida de leer las revistas que había en la mesa de la sala de espera donde me encontraba, alcé la vista y vi aparecer al chico más guapo que había visto en mi vida. Llevaba un traje gris perlado entallado, camisa blanca y corbata oscura... ni sé como presté atención a esos detalles porque en cuanto me vio allí sentada, me dedicó esa sonrisa que casi me hizo necesitar un babero ante semejante bombón andante.

—Hola —dijo con aquella voz grave que hizo que mi piel se erizara.

—Hola —contesté seguramente con sonrisa bobalicona por no poder creerme que aquel chico tan guapo me estuviera hablando.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó y caí en la cuenta de que solo estaba intentando ser amable.

—¡Oh, gracias! —exclamé algo sonrojada—, pero estoy esperando a que me llamen —dije para no revelar que estaba allí por mi padre.

—Vaya... es una pena, tenía la esperanza de poder ayudarte para tener la excusa de saber tu nombre y conseguir tu número de teléfono —soltó de buenas a primeras y en ese momento me quedé sin saber qué decir, ¿Quería mi

teléfono?, ¿Ese chico increíblemente guapo estaba interesado en mí?—. No es por nada, pero eres sin lugar a duda la chica más preciosa que he visto nunca.

En aquel momento no sabía si lo que sentía en mi estómago eran mariposas, nervios o estaba a punto de vomitar, pero fuera como fuera solo deseaba que siguiera diciéndome aquellas cosas que me hacían sentir flotando en una nube.

—Yo... claro —contesté sonriendo con evidente nerviosismo—. Me llamo Erika.

—Precioso nombre Erika, como tú —contestó volviendo a sonreír de aquella forma que hacía que me perdiera en ensoñaciones—. Toma —dijo ofreciéndome su teléfono y vi en la pantalla los números de marcación por lo que entendí que quería que marcara mi teléfono y por muy surrealista que pareciera aquello lo marqué. Cuando le devolví el teléfono él debió agregarlo y se lo guardó en el bolsillo—. Sin duda te llamaré Erika —añadió guiñándome un ojo y no contesté porque escuché la voz de mi padre hablando con la chica de recepción.

—Hija, ¿Vamos? —exclamó en ese momento mi padre apareciendo justo detrás.

—Claro papá —contesté alzándome del asiento ante aquel chico que ni siquiera me había dicho como se llamaba.

—¡Ah Marco!, ¡Estás aquí! —exclamó mi padre observándole que ahora parecía contrariado—. Te he pasado el informe sobre el caso Verkel, quiero que lo repases todo el fin de semana porque el lunes tenemos la citación en el juzgado y vas a acompañarme.

—Por supuesto señor Battle.

—Bien, nos vemos el lunes entonces —contestó mi padre palmeándole el hombro—. Vamos Erika o nos cancelarán la reserva —añadió rodeándome por los hombros y miré por última vez al chico antes de irme que aún parecía perplejo.

«Marco... se llamaba Marco y estaba segura de que iba a ser el

protagonista de mis sueños»

Tardó tres días en enviarme un mensaje, supuse que para asegurarse de que no lo recibiera en la presencia de mi padre, pero aún sabiendo que yo era la hija de su jefe me envió aquel mensaje en el que me decía que quería verme a escondidas.

«Fin del flashback»

Lo sé. Tenía dieciséis años y era una completa idiota que no sabía nada de la vida. Nunca había tenido novio... es más, veía a los chicos de mi clase como unos imbéciles retrasados que carecían de cerebro así que no sabía lo que era esa atracción descomunal hacia un hombre hasta que él llegó a mi vida.

Si tan solo hubiera estado atenta a las señales me hubiera dado cuenta de lo que pretendía, aunque aquello me sirvió para no volver a confiar nunca más en un tío, pese a no haber sentido esa misma atracción por otro hombre, salvo con el príncipe maldito y si comparaba a ambos; no sabía quién era el peor de los dos.

La cuestión es que Marco se aprovechó de aquello, de la inocencia que poseía en ese entonces para tragarme todas sus palabras, toda su parlotearía y caer redondita a sus pies... ¿Por qué no me daría cuenta a tiempo? No podía ser normal que nunca quisiera frecuentar conmigo lugares públicos, que siempre nos tuviéramos que ver a las afueras de la ciudad, que nos encontráramos en el cine acudiendo cada uno por su lado o que jamás me acompañara a casa.

Al principio creí que era porque no quería que mi padre se enterase al trabajar para él, me excusé en esa idea todo el tiempo para justificar todos aquellos actos inusuales, aunque al no conocer otra cosa, me parecieron normales... pero después de aquella noche en la que me entregué a él y no volví a recibir noticias tuyas, supe que solo había tenido un propósito todo

ese tiempo —el de meterme en su cama— y una vez conseguido nadie podría decir que él y yo habíamos tenido contacto alguno salvo por los mensajes que aún guardaba en mi teléfono.

«Maldita la hora en la que le di mi número de teléfono, de no haberlo hecho, no me habría destrozado el corazón y mi ilusión» pensé recordando aquel momento.

Necesitaba tomar el aire, tenía que despejarme aunque fuera unos segundos, así que con la excusa de ir al baño, subí a la planta superior y me perdí en una de las habitaciones que sabía que tenía terraza cuando Jasmine me ofreció un tour por toda la casa.

«¿Por qué me tiene que importar todavía?» Medité fijando la vista en la lejanía, en ningún lugar concreto.

Hacía frío, pero si era sincera casi lo agradecía para sentir algo que no fuera lo que ese idiota de ahí abajo conseguía provocarme a pesar de que habían pasado cuatro años.

—Quise llamarte —escuché entonces como si de una sombra se tratara a mi espalda.

—¡Joder! —exclamé llevándome una mano al pecho por el susto.

—Quería llamarte, pero no podía hacerlo —repitió.

—¿Crees por un momento que voy a creerte tu absurda excusa? —exclamé observándole con aquellas manos metidas en sus bolsillos—. Hace mucho tiempo que dejo de importarme Olsen —sentencié abruptamente mientras me abrazaba a mi misma para evitar el frío y de paso, giraba la cabeza para mirar hacia otra parte.

Lo que menos me apetecía en aquel momento era tener que respirar el mismo aire que aquel patán.

—Si no te importa, ¿Por qué lo preguntaste? —exclamó y podía notar como su voz estaba bastante próxima a mí, seguramente se había movido de donde estaba.

—Para dejarte claro que, aunque Jasmine y Alessandro sean nuestros

amigos y debamos coincidir por compromiso, no voy a ser ni tu amiga, ni tu compañera, ni tu nada...

«Creo que las palabras amante, folla-amiga, o cualquier termino similar, sobran por descontado»

—Erika... —dijo como un jadeo y en ese momento me giré para ver que estaba cerca, demasiado cerca de mi.

En el momento que le miré a los ojos vi claras sus intenciones y antes de que se acercara velozmente para lo que suponía era robarme un beso, le propiné una bofetada.

«Plaff» Se escuchó entre el silencio salvo por los leves murmullos del tráfico.

—¡Ni se te ocurra Olsen! —exclamé volviéndolo a llamar por su apellido—. Lamentablemente no puedo modificar los hechos del pasado, pero ten por seguro que no tropezaré dos veces con la misma piedra —afirmé mirándole fijamente.

—Siempre he pensado en ti, en todos estos años jamás he podido olvidarte —susurró retándome con esa mirada de ojos café.

—Ya no tengo dieciséis años, mejor búscate a otra palurda que se crea tus mentiras porque conmigo no va a colar.

—No estoy mintiendo —aseguró firmemente.

—Pues peor para ti —dije haciendo ademán de marcharme, pero en ese momento me agarré del brazo y me giré tratando de enfrentarme a él y darle otra bofetada si era necesario, pero de un solo empujón me atrajo hasta su cuerpo y me apresó los brazos por detrás de la cintura de forma que no tenía escapatoria.

Su cuerpo estaba caliente contrastado con el frío que hacía esa noche, notaba mi pulso acelerado por la cercanía y ese aroma varonil que me hacía recordar a una época del pasado no ayudaba en nada a mi buen juicio.

«Hasta ahora lo has hecho bien, Erika. No caigas... ¡No caigas!» gemí intentando apremiarme a mi misma.

—Me fui porque no me dejaron otra alternativa Erika —afirmó con voz seria—. Si me quedaba me enfrentaría a la pena de cárcel por tener una relación con una menor... una relación contigo —aseguró bajando la mirada.

—¿Qué? —exclamé—. ¡Es la excusa más absurda que he escuchado en mi vida! —grité.

—Pregúntaselo a tu padre si no me crees —aseguró haciendo que entonces abriera la boca de par en par y le mirara a los ojos buscando la verdad en ellos.

Aunque no me fiaba de él, me había pasado cuatro años de mi vida creyendo que era un mentiroso patológico y ahora acusaba a mi padre de ser el culpable de todo.

—No... —negué—. Eso es imposible, ¡Nadie sabía que estábamos juntos!, ¡Te aseguraste bien de ello! —exclamé convencida de que solo sería otra farsa para justificar sus pecados.

—Pues no lo hice lo suficientemente bien cuando se enteró —contestó firme—. Me prohibió ponerme en contacto contigo, aunque solo fuera para despedirme. Me dijo que me pudriría en una cárcel por haber abusado de una menor y que mi carrera en la abogacía tendría los días contados si no me marchaba inmediatamente de la ciudad y rompía cualquier contacto contigo.

En ese momento no tenía ni frío, creo que simplemente la sangre se me había congelado, ¿Mi padre había sido capaz de hacer algo así?, ¿Por qué? Él vio lo mal que lo pasé, mi madre le contó las noches que me había pasado llorando y él sabría de sobra los motivos... si aquello era verdad, ganas me daban de matar a mi padre por hacer lo que hizo.

—¿Cuatro años? —exclamé—. ¿Tenías que esperar cuatro años para contármelo todo? —insistí.

—No sabía que volvería a verte, aunque siempre creí que tal vez algún día nos cruzaríamos por la calle o coincidiríamos en un restaurante, no creí que el destino volviera genuinamente a colocarte en mi camino, cuando te vi en la oficina casi no te reconozco... eres tan increíblemente hermosa Erika —

dijo con voz soñadora acariciándome con los dedos la mejilla—. Ya eras bella, pero ahora eres absolutamente preciosa —aseguró con la mirada fija en mis labios.

Si aquello era verdad significaba que no se había intentado aprovechar de mi, que no me había embaucado, que no me había robado la inocencia porque era un capullo integral. Significaba que había estado engañada todos esos años y que el culpable había sido mi padre.

Tenía que hablar con él... a pesar de que llevaba semanas sin dirigirle la palabra tenía que decirme a la cara si había sido el causante de mi desgracia.

«¡Llevaba cuatro malditos años odiando a todos los tíos por creer una mentira!»

Sin duda mi padre era capaz de eso y mucho más para mi desgracia. Si había sido capaz de aliarse con el príncipe maldito para perjudicar a Jasmine, ¿No iba a amenazar con causarle la desgracia a uno de sus empleados?

«Desde luego que si»

En ese momento sentí el roce de sus dedos en mis brazos y me aparté bruscamente.

—No sé si mi padre tuvo o no algo que ver en la forma en la que te marchaste, pero independientemente de que así sea, no cambiará nada entre nosotros Olsen. Tu serás el amigo de Alessandro D'Angelo y yo la amiga de su esposa. Nada más —afirmé intentando creermelo yo también eso.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó de pronto como si esa fuera la razón de mi negación.

¿Es que este hombre se quedó en la época del mono o qué?

«Troglodita»

—No creo que deba contestarte a una pregunta tan personal —aseguré.

—Eso solo puede significar que si —dijo con pesar y se dio la vuelta—. Alex mencionó que no traerías a nadie y creí que, en efecto no estabas saliendo con alguien. Discúlpame, por un momento creía que...

No llegó a terminar la frase y me quedé con la duda sobre que sería lo

que querría decir, pero prefería marcharme, poner distancia, aclarar mis ideas, digerir todo lo que me había revelado esa noche y sobre todo... comprobar si había algo de verdad en sus palabras.

—Será mejor que vuelva abajo —mencioné apartándome de él y volviendo al interior de la habitación donde sentí de nuevo el calor que embriagaba la casa tan reconfortante.

—Debe ser muy afortunado —escuché a mi espalda mientras caminaba hacia la puerta.

—Sí —afirmé sin saber porqué lo hacía y dándole a entender que existía alguien en mi vida, aunque fuera más invisible que el aire.

3

¿Por qué le había tenido que decir que sí? Bueno, quizá era mejor eso, que creer que estaba disponible para que siguiera con ese acercamiento que me ponía infinitamente nerviosa y que desde luego me negaba a ser cómplice.

Me marché en cuanto los primeros invitados decidieron irse y se ofrecieron a acompañarme a casa, no iba a correr el riesgo de quedarme lo suficientemente tarde como para que el mequetrefe se ofreciera voluntario y no me quedara más remedio que aceptar. No. Evitaría quedarme a solas con Marco Olsen todo lo que pudiera, porque su simple presencia me transmitía tantos recuerdos del pasado a los que no deseaba enfrentarme que me sentía completamente invadida por esas sensaciones.

Había meditado tantas veces qué fue lo que ocurrió que me había hecho tanto a la idea de como creí que fueron las cosas que la simple idea de que ahora fuesen de otro modo me resultaba inconcebible. ¿Y si fue realmente como Marco me había contado?, ¿Y si había sido verdaderamente mi padre el causante de que él se marchara?

Quería pensar que solo era una excusa, que incluso en un plan retorcido habría descubierto que no me hablaba con mi padre y no le preguntaría por ello, pero en el fondo, por más que me doliera reconocerlo, sabía que existía una posibilidad muy alta de que fuera verdad, solo que, de ser así, no sabía como iba a reaccionar ante los hechos.

A pesar de haberme acostado tarde, me levanté bastante temprano para ir al apartamento de mi padre aquel domingo por la mañana. No podía esperar a

que pasara todo el fin de semana y acudir a su despacho, necesitaba quitarme esa espina clavada que me había desvelado el sueño y quería de algún modo deshacerme de esa opresión que tenía en el pecho que atormentaba mi pasado.

—¡Que madrugadora! —exclamó mi madre sorprendiéndome mientras llegaba a la cocina y abría la nevera para coger el zumo de naranja.

—No tenía sueño... —gemí encendiendo la máquina de café.

Debía comprarme una para el nuevo apartamento al que me mudaría ese fin de semana porque sin café no era persona y probablemente no llegaría a tiempo a ningún sitio de tanto dormir.

—Eso es muy raro en ti, ¿Seguro que te encuentras bien? —exclamó mi madre completamente alarmada hasta el punto de que se levantó y me palpó la frente.

—Sí, si —afirmé algo apesadumbrada—. Aunque creo que cogí algo de frio anoche porque me duele la garganta —añadí sin mentir, puesto que no me extrañaba con todo el tiempo que pasé a la intemperie en un minúsculo vestido de tirantes, lo extraño es que no tuviera hasta gripe.

—Te prepararé un caldo antes de irme —dijo en modo “madre sobreprotectora”. ¿Sigues queriendo mudarte mañana? —exclamó para ver si había cambiado de opinión o si por un milagro divino, me ponía mala y así se retrasaba mi partida.

—Sí —afirmé con una vaga sonrisa—. Estoy bien mamá, pero tampoco me voy al fin del mundo, si no me morí estando dos años en Massachusetts, menos lo haré mudándome a la vuelta de la esquina como quien dice.

—Vale, vale —dijo alzando las manos—. No insistiré. Sé que ya eres lo suficientemente mayor para desear tu independencia y que sabes cuidarte sola, pero no puedo evitar preocuparme.

—Lo sé. Anda tonta, ven aquí —dije abrazándola y estrechándola entre mis brazos.

Después de todo adoraba a esa marimandona y sargentona, probablemente porque yo tenía bastante de ella y precisamente por eso,

terminábamos discutiendo tanto, las dos éramos demasiado iguales.

—Voy a ir a ver a papá —mencioné en cuanto me aparté un poco de su lado para coger el café de la cafetera que ya estaba listo.

—¿Te ha llamado para que vayas a verle? —preguntó extrañada.

—No —negué—. Es solo que necesito discutir un asunto con él y quiero que me de respuestas.

—¿Se trata de algo más referente a Jasmine? —exclamó intrigada.

—Si... algo así —contesté evadiendo la pregunta puesto que a estas alturas de mi vida no me apetecía confesarle la verdad. Tal vez lo hiciera tarde o temprano, pero si todo aquello quedaba en nada, preferiría no preocuparla y menos aún, hacerla detestar aún más a mi padre de lo que de por sí hacía.

—Sabes que soy la primera en no llevarme bien con tu padre, creo que salta a la vista, pero debes tener presente que, pese a todo, sigue siendo tu padre —contestó dejándome atónita.

—¿Qué me quieres decir con eso mamá? —pregunté dando un sorbo al café.

—Que, aunque haya hecho cosas que para ti resulten imperdonables, en el fondo él te quiere a su manera y se preocupa por ti. Aunque si le dices que yo te he dicho eso lo negaré hasta la saciedad —me amenazó con el dedo y comencé a reír—. Aunque sea un hombre demasiado orgulloso, tengo que admitir que siempre ha querido lo mejor para ti, pese a ser demasiado egoísta y presuntuoso.

Me extrañaba ver a mi madre diciendo cosas que en cierta forma favorecieran a mi padre, eso era extraño, pero suponía que lo decía porque le daba cierta nostalgia o tristeza vernos peleados. Siempre me había mantenido en el medio, caminando entre la fina línea que les separaba y cogiendo lo mejor que ambos me proporcionaban. Los dos tenían sus defectos, aunque en cuanto a virtudes probablemente era mi madre quien saliera ganando... pero es cierto que las pocas veces que lo había necesitado, mi padre había sabido

estar en el justo momento. Si lo miraba en retrospectiva me causaba cierta lástima que hubiera actuado así con mi mejor amiga, tratando de engañarla, no quería ver a mi padre de ese modo, pero cada vez me daba menos motivos para justificarse y aunque no había querido escuchar ninguna explicación, probablemente hoy la tuviera a todo.

—Bueno... mejor me voy a cambiar que no quiero que se me haga tarde —contesté evadiendo realmente su discurso para no darle una respuesta.

No tenía idea de si cuando terminara de hablar con mi padre terminaría odiándole o detestándole aún más de lo que de por sí hacía ahora. Quizá me equivocaba, quizá había una explicación mágica para todo que justificara sus acciones, quería albergar esa esperanza, quería confiar en el único hombre que nunca me había traicionado, pero conforme llegué al apartamento mis manos temblaban ante lo que iba a acontecer, sobre todo porque tenía pavor a pensar que todo este tiempo había vivido engañada por culpa de mi propio padre.

—¡Erika! —escuché su voz nada más entrar en el apartamento, imaginaba que debía ser toda una sorpresa para él que hubiera venido a su casa y más aún sin avisar.

—Hola papá —contesté seria sin acercarme.

—Sé que estas muy disgustada por todo lo que ocurrió, pero me alegra que al fin hayas recapacitado... —comenzó a decir de forma tranquila y yo me crucé de brazos mirándole fijamente.

—No te equivoques —contesté secamente—. Si estoy aquí es porque he venido a que me des justificaciones de tus actos —añadí mirándole fijamente.

—Hace varios años que tratamos los asuntos de la familia Rashid en todo el país. Es uno de nuestros clientes más importantes, cuando tu amiga vino hasta mi pidiendo ayuda, debía contactar con mi cliente para advertir de la situación. Se trataba de un asunto demasiado delicado para no hacerlo Erika y si no podía perder una cuenta demasiado importante —respondió a mi pesar.

—¿Y lo que le sucediera a ella no te importaba? —grité.

—¡Por el amor de Dios Erika!, ¡Sería millonaria!, ¿Desde cuando

convertirse en princesa es tan atroz? —gimió mi padre justificando su proceder.

—¡Desde el momento en el que ella no quería serlo! —exclamé atónita—. ¿No pensaste por un instante si quiera en las personas a veces prefieren el amor por encima del dinero o la posición? —gemí—. No... claro que no... ¡Tu siempre has sido demasiado egoísta para verlo! —solté sin miramientos—. Me pregunto si hubieras sido capaz de hacer lo mismo de estar yo en su lugar.

—¡Por supuesto que no! —gritó entonces por respuesta y me acerqué a él.

—¿Seguro? —exclamé—. Porque empiezo a dudarlo... para ti el trabajo siempre ha estado por encima de todo.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti Erika... eres mi niña, mi única hija —dijo con voz suave hasta el punto de llegar a creérmelo.

—Entonces dime que le hiciste a Olsen —solté sin rodeos.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Qué tiene que ver Olsen en todo esto? —añadió y supe perfectamente que sabía a quien me refería a pesar de haber pasado años desde que se fue de su bufete.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Ayer me lo encontré y me contó como habían sido realmente las cosas, así que prefiero que me lo cuentes tu antes de sacar mis propias conclusiones —dije sin entrar en detalles.

En ese momento mi padre soltó el aire en un suspiro y se llevó una mano a la cabeza como si estuviera meditando, no sabía si pretendía improvisar una respuesta o verdaderamente estaba pensando contarme la verdad de lo que hizo.

—Le ofrecí dinero para que se alejara de ti —soltó sin más—. Tenías dieciséis años... eras una cría ingenua y él solo quería aprovecharse de ti probablemente para ver que podía sacar de todo aquello, pero no iba a dejar que arruinase tu vida.

—¿Arruinar mi vida? —exclamé—. ¡Me engañaste! —grité—. ¡Viste lo

mal que lo pasé y aún así te callaste!

—Ese tipo solo estaba contigo por puro interés Erika, de lo contrario no habría aceptado el dinero que le ofrecí —contestó seriamente.

—Cuánto —exigí saber.

Si Marco había aceptado dinero como recompensa por dejarme, necesitaba saber qué precio había puesto a mi ingenuidad.

—Treinta mil euros —contestó mi padre en voz baja y pese a querer derramar una lágrima fui incapaz de hacerlo.

—¿Le amenazaste con meterle en la cárcel y acabar con su carrera? —pregunté llegando al fondo de todo ese asunto.

—Si —afirmó vagamente—. Le increpé con demasiados argumentos para asustarle, aunque sabía que finalmente lo más efectivo sería un cheque con una cifra lo suficientemente jugosa para que no volvieras a verle.

—Ya... —dije sin añadir nada porque realmente no me podía creer que la verdadera razón de todo hubiera sido el dinero. El puto y mísero dinero.

«Maldito cretino. Ojalá el infierno se lo lleve bien lejos» pensé mientras maldecía una y otra vez al cretino de Olsen.

Para decirme que el causante de todo era mi padre bien que no tuvo escrúpulos, pero para mencionar que también le dio dinero a cambio ya no debía parecerle relevante decirlo.

—Quizás no obré bien Erika, pero no me arrepiento de lo que hice. Él era demasiado mayor para ti y tu eras prácticamente una niña...

—Mira papá —dije interrumpiéndole—. No puedo hacer como que nada de esto ha ocurrido, quizá tengas razón, lo hiciste pensando en mi propio bienestar, pero tengo derecho a equivocarme, a cometer mis propios errores y aprender de ellos —aseguré.

—Lo sé —afirmó—. Y prometo no volver a meterme en tu vida, pero perdóname...

—Tal vez lo haga algún día, pero por ahora necesito tiempo para procesar todo esto —contesté dándome la vuelta para marcharme.

Necesitaba pensar, asimilar todo aquello y pensar con claridad como actuaría al respecto.

—Está bien hija, lo entiendo —escuché decir a mi padre que parecía tomarse las cosas con bastante seriedad.

En el fondo me daba nostalgia porque sabía que su proceder respecto a Olsen no fue con mala intención, sino únicamente para protegerme a mi. Sé que lo hizo porque me quería, porque me quiere y porque solo desea lo mejor para mi, pero no estuvo bien, eso sin añadir que aún seguía enfadada por su proceder respecto a Jasmine por más que quisiera justificarlo a su manera, que Mijaíl fuera un potencial cliente no le daba derecho a jugar así con la vida de mi amiga.

Lo que sí tenía claro es que el cretino de Marco Olsen estaba en mi lista negra, porque si ya le odiaba porque se hubiera aprovechado de mi para después largarse, que lo hubiera hecho por dinero solo hacía que deseara que se pudriera en el mismísimo infierno.

«Si lo llego a saber antes en vez de una bofetada, te doy tres, ¡Pedazo de orco!»

Mas le valía no acercarse a mi... o las uñas de porcelana se le iban a quedar bien clavadas en esa carita de dientes perfectos.

4

El domingo por la noche estaba absolutamente reventada. Aunque mi mudanza solo consistía en diez maletas y cuatro cajas con todos mis apuntes de universidad, colocarlo todo en aquellos minúsculos armarios había tenido más merito que encontrar una aguja en un pajar. De hecho, mis zapatos lucían bien esplendorosos en la estantería del salón porque no me cogían en otra parte, pero como solo iba a verlos yo, me daba absolutamente igual.

Decidí pedir pizza a domicilio esa noche a pesar de que mi madre había insistido en que fuera a casa a cenar puesto que aún no tenía nada en la nevera. Ni un tristísimo yogurt con el que resignarme, pero sabía que si iba a cenar a casa, no volvería y prefería empezar la semana directamente en mi nuevo apartamento donde ya estaba instalada.

La sensación de estar completamente sola era extraña. Yo solo había vivido fuera de casa con Jasmine y quisiera o no, nunca me había sentido sola a pesar de que ella se ausentara de casa por trabajo y volviera muchas noches tarde, no era lo mismo saber que tarde o temprano terminaría volviendo y compartiríamos una charla, noche de pelis o simplemente nos hacíamos compañía en silencio. En ese caso nadie vendría y desde luego, nadie estaría cuando despertara. Se habían acabado los desayunos en compañía o darle explicaciones a alguien de a donde iba o de qué lugar volvía.

«Iba a ser raro, muy raro» pensé mientras hacía el pedido a domicilio desde la aplicación móvil y después encendí el ordenador para ver alguna película o video en youtube con el que entretenerme.

Cuando abrí los ojos vi que la luz se filtraba por la ventana iluminando parcialmente la estancia. ¿Dónde demonios estaba? En ese momento el sonido del teléfono comenzó a sonar de nuevo y lo cogí viendo en la pantalla el teléfono de Jasmine y siendo consciente de que me había quedado dormida en el sofá de mi nuevo apartamento.

—¿Sí? —gemí con voz somnolienta.

—¿Dónde estás? Llevo más de diez minutos esperándote en la puerta —contestó con voz neutra.

—¡Dios! —grité y aparté el teléfono de la oreja para ver la hora—. ¡Me he dormido! —exclamé mientras me levantaba a toda velocidad.

—Seguro que te has dormido en el sofá con el portátil encendido... como si lo estuviera viendo —gimió entre risas.

—Muy graciosa —contesté cerrando el portátil y metiéndolo en el bolso mientras ponía el altavoz del móvil e iba corriendo hacia el baño para volverme una persona presentable.

—Dime que no me he equivocado, ¿Crees que te dará tiempo a llegar? —me preguntó pacientemente.

—Sabes que siempre me da tiempo a llegar —dije al mismo tiempo que me terminaba de lavar la cara, metía el cepillo de dientes en la boca y me atusaba el pelo para darle volumen. Ya me encargaría de maquillarme en el metro con el kit de supervivencia básico que llevaba siempre en el bolso.

En menos de cinco minutos ya estaba saliendo de casa. No era el mejor conjunto que podría haber elegido, pero los vaqueros, botas altas y jersey con chaqueta siempre eran una apuesta segura. Cerré rápidamente y aunque tarde, conseguí llegar a tiempo a clase.

—¿Algún día me dirás como lo consigues? —exclamó Jasmine en cuanto me senté a su lado puesto que me había guardado un asiento.

—Magia chica... es magia —dije sonriente sacando el portátil para tomar apuntes y de paso cogí el cargador, ya que dudaba que le quedara algo de batería al pobre.

—¿Qué tal tu primera noche en el nuevo apartamento? —susurró en voz baja para que no nos llamaran la atención.

—Bastante bien, aunque apenas hay espacio para guardar ropa, ¿Tú como te apañabas? He tenido que poner los zapatos en el mueble del salón y dudo que coja una percha más en ese armario enano.

La risa de Jasmine no se hizo esperar.

—Erika, yo utilizaba tu ropa, seguro que no tenía ni las tres cuartas partes de lo que tu has llevado a ese piso —respondió con cierta ironía.

Vale. Lo admito. Me apasiona la ropa, ¿Y qué?, ¿Es un delito ir mona por la vida?

—Sigue siendo enano —afirmé sin querer admitir que tenía demasiada ropa y poco espacio.

—Creo que tu próxima compra serán esos percheros que utilizan en las obras de teatro para colocarlos en el salón como decoración —me contestó tapándose una mano para evitar la risa.

—Oye pues mira, no es mala idea —dije apuntándolo como nota mental en cuanto tuviera tiempo para poder mirarlo por internet.

—Que era una broma —admitió mirándome agrandando los ojos.

—Pues creo que sería la solución perfecta a mi problema —dije sacándole la lengua.

—Mas vale que no lledes a muchos invitados a tu casa porque no creo que entren.

—No creo que venga nadie... y dudo que invite a mucha gente —admití encogiéndome de hombros.

—¿No?, ¿Ni a ningún chico tampoco? —insistió.

—A chicos es a lo que menos me apetece invitar ahora precisamente —admití siendo sincera.

—¿Me he perdido algo? —preguntó acercándose más a mi.

No estaba segura si contárselo en ese momento o no, pero al final terminé relatándole lo sucedido en aquella cena que había organizado cuando me

ausenté para ir al baño.

—¿Entonces todo fue por culpa de tu padre? —exclamó después de decirle que Marco acusaba a mi padre de haberle amenazado.

—En parte si —contesté secamente.

—Pero eso significa que Marco no tuvo la culpa, cualquiera en su lugar habría reaccionado de la misma forma —contestó.

—Salvo porque aceptó el dinero que mi padre le ofreció para que se largara —admití cruzándome de brazos.

—¿Qué? —exclamó en voz alta acaparando la atención

—Como lo oyes —afirmé—. El muy cretino acusó a mi padre de haberle amenazado y que tuvo que salir corriendo, pero casualmente se le olvidó mencionar que también se llevó un cheque sustancioso como recompensa.

—¡Que fuerte! —exclamó en voz baja—. No puedo creerme que el Marco que yo conozco hiciera algo así.

—¿Sí? —ironicé—. Pues a mi no me sorprende fijate tú...

—¿Cómo sabes que aceptó ese dinero? —insistió y supuse que seguía sin creerlo.

—Hablé con mi padre el sábado y me lo contó todo, incluida la parte que el cretino con cara de ángel se había olvidado mencionar.

—Creo que deberías enfrentarte a él y decírselo, a ver que tiene que decir a eso. Si ya te confesó todo, quizá tenga una razón también para eso.

—Me niego —zanjé la conversación—. No pienso volver a hablar con ese estúpido con cara de alelao.

Para mi sorpresa no me rebatió la respuesta, aunque podía entender su posición. Marco no solo era el amigo de Alessandro, sino que había sido el salvador de su felicidad, de no ser por él, probablemente estaría casada con el príncipe maldito en este momento y solo por eso imaginaba que le daba el beneficio de la duda, pero yo desde luego no, más valía que no se apareciera en mi camino porque le ahorcaba con su propia corbata.

Por suerte esa tarde había demasiado trabajo en la oficina por la

acumulación de los días navideños y casi no tenía tiempo ni de respirar...

—Erika, hay alguien que pregunta por ti —dijo Marta, una de las chicas entrando a la sala que me tenían asignada como despacho.

—¿Quién? —exclamé extrañada porque no esperaba a nadie y la poca gente que pudiera ser, sabía donde encontrarme.

—Pues no me ha dado su nombre, pero es un chico muy guapo —contestó con una sonrisa cómplice.

«Como sea el imbécil de Marco le parto la cara» medité.

—Mejor dile que estoy ocupada —dije sin pensarlo dos veces y mirando hacia los papeles que tenía sobre la mesa aún acumulados para ordenar.

—Podrías decírmelo tú misma, Erika —alcé la vista y vi aquellos ojos verdes que podrían dejar sin aliento a cualquiera.

¿Qué demonios hacía el príncipe maldito allí?

Me quedé muda, sin saber como reaccionar porque no entendía un carajo que hacía en aquel despacho él, «precisamente él»

—Mejor me voy —escuché la voz de Marta y después su silueta se perdió tras la puerta.

—Creo que te dejé muy claro la última vez que nos vimos que no deseaba saber nada de ti —dije cruzándome de brazos y retándole con la mirada.

—Vengo a hacerte una propuesta —contestó haciendo oídos sordos a mi respuesta.

—¿De verdad?, ¿El magnífico príncipe de Dubái quiere hacerme una propuesta a mi? —exclamé con evidente tono de ironía.

—No tengo demasiado tiempo que perder preciosa y necesito una acompañante para esta noche. Tengo un compromiso y requiero de alguien que esté a la altura del evento —dijo mirándome a los ojos de forma que me hizo estar nerviosa sin saber porqué.

—¿Y de todas las mujeres que hay en Londres solo se te ocurre elegirme a mi? —pregunté atónita.

—Lo hiciste muy bien una vez, no veo porque no puedas volver a hacerlo

por el precio que estimes oportuno —contestó sin más.

—No pienso ir ni a la vuelta de la esquina contigo Rashid —afirmé mirándole fijamente a los ojos.

—Vamos —contestó con una sonrisa y comenzó a acercarse hasta la mesa donde estaba sentada sin dejar de mirarme—. Considéralo una transacción de negocios donde los dos ganamos.

—¿Te olvidas de que intentaste engañar a mi mejor amiga para obligarla a casarse contigo? —bufé sin perderle la vista.

—Solo lo hacía por el bien de mi país, deseaba tan poco ese matrimonio como ella y afortunadamente todo salió bien —aseguró—. Además, no lo pasamos nada mal la última vez, ¿no?

—Sinceramente, preferiría olvidarlo —dije volviendo la mirada al frente para evitar mirarle y observé a Marco Olsen venir hacia mi despacho.

¡Mierda!, ¡Qué hago! Volví la mirada hacia el príncipe maldito que seguía cerca de la mesa ligeramente inclinado hacia mi y observé esos increíbles ojos verdes que no podía negar que hacían que mi corazón se acelerase.

¡Sé que me arrepentiré de esto el resto de mi vida, pero que me condenen si no lo hago! De un solo movimiento me acerqué a él y sin que lo esperase uní mis labios a los suyos no dejándole escapatoria alguna, endulzándome de nuevo con aquella boca creada para el pecado que sabía a gloria.

Para mi desgracia, aquellos sensuales labios del príncipe maldito creados para provocarme delirios incuestionables me respondieron inmediatamente de forma que me perdí en aquel manjar que emanaba aquella succulenta lengua.

«¡En qué bendito momento tenía que aparecer el mequetrefe del innombrable!» jadeé mientras no podía sino deleitarme con aquellos labios que me había jurado a mi misma, al infierno, al cielo y al espíritu santo que no volvería a besar por ser un engreído de primera clase. Eso me pasa por hacer promesas que no soy capaz de cumplir.

—Ejem —escuché acompañado del sonido de una tos y abrí los ojos

repentinamente porque deduje que tenía que ser mi jefe que acababa de pillarme besándome en horas de trabajo, puesto que Marco con toda probabilidad se habría marchado por donde venía al verme con el príncipe.

¡Mierda, mierda, mierda!, ¡Me van a echar!, ¡Justo cuando acabo de mudarme fijo que me echan de allí por libertina! Pero entre mis maldiciones cogí el valor suficiente para mirar e inventarme una absurda excusa hasta que la voz perfecta de Marco Olsen habló.

—Rashid —dijo con cierta seriedad.

—Olsen, ¿Verdad? —contestó el príncipe maldito—. Te recuerdo, eres el abogado de D’Angelo, el que encontró la forma de librarnos del mal —añadió en una vaga sonrisa.

—Si, digamos que si —contestó el innombrable y en ese momento mis ojos solo se pasaban de uno a otro como una pelota en un partido de tenis.

Los dos hombres que detesto se llevan bien, ¡Genial!, ¡Esto es simplemente genial!

—¿A qué venías Olsen? —exclamé en ese momento con cierto tono de hastío que no podía evitar.

Es que de solo pensar que me había echado en cara que toda la culpa de haberse marchado la tenía mi padre cuando cogió el puñetero dinero primero hacía que hasta la saliva se me atragantase.

—Bajaba a esta planta y aproveché para traerte esto personalmente —contestó dejando una carpeta sobre mi mesa y fruncí el ceño.

¿Qué demonios tenía que darme él en persona si yo no tenía ningún trato con él en la empresa?

Abrí la carpeta y vi que era el contrato firmado por la empresa, como Jasmine me dio las llaves y tenía “enchufismo” literal en ese aspecto, ni había caído en el dichoso contrato del apartamento... como se nota que vivo en la inopia.

—¿Has venido personalmente a traerme el contrato del apartamento? —pregunté asombrada porque me sonaba a una completa excusa por su parte.

—Si... bueno... —contestó con evasivas—. Iba a enviarlo por correo interno, pero como tenía que bajara a esta planta, no me importó dejártelo personalmente.

—¿Te vas a vivir sola preciosa? —preguntó entonces el príncipe maldito y en ese momento no maldije en voz alta porque dios y mi madre me dieron educación.

—Esto... —comencé a decir—, mejor hablamos de eso luego —contesté de forma neutral para que se estuviera calladito.

—Desde luego —contestó con una sonrisa y guiñándome un ojo que casi me quede ojiplática.

¿Pero que se ha creído este?, ¿Qué le voy a invitar a mi apartamento?, ¡Ja! ¡Un jano se va a comer, pero bien grande!

—Será mejor que me marche y no os preocupéis, imagino que queréis llevar vuestra relación en secreto por las repercusiones que tendría, aunque deberíais tener más cuidado dentro de la empresa o no será tan secreta —dijo de pronto Marco y tanto el príncipe maldito como yo le miramos a la vez—. Aunque me gustaría hablar en privado contigo cuando puedas Erika para tratar ciertos asuntos.

—¿En privado? —exclamó el príncipe maldito, si tienes algo que decirle a mi novia, preferiría que se lo dijeras delante de mi.

¿Qué?, ¡Novia!, ¡El príncipe maldito le acaba de decir que soy su novia!, ¡Mierdaaaa! Ahora si que la has hecho buena Erika, ¡Ole tus ocurrencias!

—Quizá deba determinarlo ella, ¿no? —contestó el innombrable altivamente—. Después de todo no eres su dueño, ¿O ya os tomáis esas libertades desde el primer momento?

¿Estoy viendo una pelea de gallos para ver quien cacarea más o son imaginaciones mías? Solo falta que se saquen el pito y comprueben quien mea más largo.

—¡Basta! —exclamé y los dos me miraron—. ¡Tú, largo de mi despacho! —grité mirando a Marco—. Y tú no pongas palabras que no he pronunciado yo

misma en tus labios —reprendí a Rashid.

—Me voy, pero tendrás esa conversación conmigo lo quieras o no Erika —atajó antes de darse media vuelta sin esperar a que contestara y salió por la puerta.

—¿Es que es un antiguo novio tuyo o qué? —exclamó Mijaíl en cuanto salió por la puerta.

—Eso no te incumbe —contesté dando por finalizado el asunto—. ¿Para qué demonios le dices que soy tu novia?, ¡Estás loco o qué! —exclamé airada.

—Vamos... es evidente que me has besado porque sabías que el tipo ese venía hacia aquí, no sé si tu intención era darle celos o deshacerte de él, pero sea cual sea la opción, te he ayudado no dejándote tirada en la estacada, así que en lugar de reprocharme nada, tendrás que agradecermelo —soltó tan campante mientras se dejaba caer sobre una de las cajoneras que había pegada a la pared y se cruzaba los brazos.

¡Si no fuera tan sexy, le pegaba un puñetazo ahora mismo!

—¿Agradecer? —bufé—. Mira... mejor lárgate o pediré que te echen a patadas.

—Hazlo y le diré a tu amiguito el señor Olsen que me has besado solo para darle celos —contestó con picardía.

—¡Arg! —grité—. ¡Está bien! Solo quería deshacerme de él, ¡Pero eso no te da ningún derecho a exigirm...

—Vendrás conmigo al evento de esta noche —dijo interrumpiendo mi retahíla de “vete a la porra señor principesco”.

—No puedo, no tengo nada que ponerme —contesté con la primera excusa que se me ocurrió.

—Tendrás un vestido digno de la velada que acontece antes de las ocho. Tu solo preocúpate de estar lista para esa hora, ya averiguaré donde vives ahora y pasaré a recogerte en limusina —dijo mientras se encaminaba hacia la puerta sin esperar que refutara su orden.

«¡A freír puñetas el plan!» Al menos una cosa había salido medio bien,

Marco pensaba que salía con alguien, aunque fuera el príncipe maldito, eso me daba cierto margen para persuadirle.

5

Llegué a mi pequeño apartamento alrededor de las siete, puesto que al estar literalmente al lado del edificio donde trabajaba tardaba más en bajar por el ascensor y salir del trabajo que realmente en cruzar la calle y subir las escaleras hasta la primera planta donde estaba situado el pequeño piso.

En cuanto entré me descalcé los zapatos y los coloqué sobre una de las baldas para caminar descalza por el pavimento que tenía suelo radiante y resultaba muy agradable. Pensé en picar algo puesto que no tenía ni idea de si cenaría o no en aquella supuesta gala a la que debía acudir con el príncipe maldito.

¡Aún no puedo creerme que vaya a acudir de nuevo junto a él a otro dichoso evento! Podía recordar la última y única vez que lo había hecho, no gustándome en absoluto el final de la velada y desde luego me negaba a recordarlo porque por más que no quisiera reconocerlo, también fue culpa mía que ocurriera aquello...

El timbre de la puerta sonó y me sobresalté, ¿Quién demonios era si nadie sabía que vivía allí salvo Jasmine y mi madre?

Me acerqué lentamente y miré a través de la mirilla de la puerta silenciosa para ver a un chico que llevaba un paquete enorme en las manos, supuse que sería el vestido que debería llevar esa noche así que abrí la puerta.

—¿Erika Battle? —preguntó el chico mirando una nota que llevaba en la mano.

—Si, soy yo —contesté observando el enorme paquete blanco con un

lazo rosa para evitar que la caja se abriera.

—Esto es para usted —contestó ofreciéndome la caja que pesaba menos de lo que aparentaba—. Necesito que me firme aquí —añadió sacando un chisme digital y firme con el dedo mientras el chico me dio una enorme sonrisa y se marchó escaleras hacia abajo.

Cerré la puerta de una patada y dejé la enorme caja sobre la barra de la cocina, ¿Habría elegido ese vestido Mijaíl personalmente? Lo dudaba, probablemente le habría pedido a alguien que lo hiciera, aunque tampoco entendía como se habría podido guiar para averiguar mi talla o para que me quedara bien.

Cuando deshice el lazo de la caja y la abrí, pude ver que el papel de seda tapaba el contenido y en cuanto quité el precinto saltó a la vista la pedrería de color plateada que llevaba incrustado el tejido.

—¡Oh dios mío! —exclamé cogiendo la prenda y deslizándola de la caja para verlo completamente.

El vestido era de una finísima tela delicada en color gris perlado de raso y sobre este adherido a la prenda se encontraba una capa de gasa con incrustaciones en plata por toda la prenda que la hacía resaltar aún más si cabe. Sin duda era elegante y podría asegurar que caro.

Se apreciaba en la espalda un ligero escote con una especie de finas cuerdas que entendía debían atarse alrededor para ajustar la prenda. No tenía ni idea de como iba a quedarme y si sería de mi talla, pero esperaba con todas mis fuerzas que lo fuese solo por deslizarme en el interior de aquel vestido para ver como me quedaba.

Ví entonces que en la caja había más cosas y descubrí otra caja donde había unos finísimos zapatos de tacón alto en color blanco llenos de detalles brillantes y acompañados de un bolso que podría jurar que brillaba más que los cristales de swarovski. Finalmente descubrí otra pequeña caja donde al abrirla leí perfectamente el nombre “Diamonds” y me dio un vuelco el corazón cuando tras abrirla observé unos preciosos pendientes de diamantes.

—¡La madre que le trajo al príncipe maldito! —grité cuando cogí aquellas joyas que debían costar un huevo y parte de otro para contemplarlas de cerca.

«Mejor ni preguntaba cuánto costaba eso porque sería más de lo que ganaría con mi sueldo actual en veinte años»

Lo dejé todo allí y me fui hacia el baño, probablemente solo fuera una joya de alquiler, ¿Verdad? Me dije a mi misma, no creía que me fuera a regalar aquello, aunque al hombre le sobrara más dinero que a mi condones en la mesita de noche por no utilizarlos.

Por suerte me había lavado el pelo antes de ir al trabajo, así que solo tendría que hacerme algunas ondas monas y recogerlo un poco, tiempo que me ahorra de lavarlo y secarlo porque iba más que justa.

Terminé de maquillarme frente al espejo enmarcando bien los ojos y acentuándolos de negro y tonos neutros que quedaría mucho más elegante con el conjunto y me coloqué un simple tanga negro para que no se me marcara la ropa interior en la prenda que llevaría por si acaso.

En cuanto miré el móvil vi que solo faltaban cinco minutos para las ocho así que sin pensármelo mucho abrí la cremallera del vestido y lo deslicé por mis caderas, le costó pasar un poco y comprobé que mis pechonalidades quedaban bastante apretadas en aquella prenda, pero tampoco era algo vulgar, sino que resultaba sugerente. Como buenamente pude me até las cuerdas de atrás ajustando el pecho y metí tanto el móvil como la documentación en el bolso. Justo antes de salir me coloqué delicadamente los pendientes con sumo cuidado de asegurarme que estuvieran bien colocados y por último me subí en aquellos andamios.

Haría frío, por lo que cogí uno de mis abrigos de pelo para resguardarme de la baja temperatura y sin mirarme siquiera al espejo antes de salir porque aún no tenía uno de cuerpo completo salí de mi apartamento cerrando con llave.

Iba mordiéndome el labio inconscientemente mientras me dirigía hacia la

limusina que esperaba en la puerta tan puntual como el príncipe maldito me había asegurado que estaría. Tenía sensaciones encontradas; por una parte detestaba la idea de tener que acompañarle por lo que aquello suponía, pero por otra inesperadamente me apetecía sin saber exactamente porqué.

Tal vez solo era porque volver a probar aquellos labios me había hecho despertar de nuevo sensaciones que creía más que olvidadas, porque Rashid había sido el único hombre en despertar algo que consideraba más que muerto en mí... No sabía que tenía ese hombre, pero sin duda tenía algún poder magnético que me atraía cual imán hacia él. Eso y sus ojos, que sin duda alguna me maravillaban cada vez que los observaba.

El chofer abrió la puerta en cuanto llegué y sonreí amablemente, en cuanto entré mi respiración se cortó al verle.

«¡Maldita sea mi estampa!» bufé interiormente y apreté mi labio con fuerza para contener un jadeo ante la imagen que tenía delante de mí.

Había visto con anterioridad a Rashid con esmoquin, exactamente aquella vez en la que debí acompañarle, pero se había rasurado la barba casi al límite y llevaba un corte de pelo distinto, eso sin añadir que el traje le hacía parecer imponente.

—Sin duda me gusta lo que veo —dijo a modo de saludo y palidecí.

—¿Sí? —exclamé—. Pues a mí no —bufé cruzándome de brazos y mirando hacia otro lado.

Sabía que ese hombre solo era pura labia, que provocaría hasta el punto de sucumbir ante la tentación solo para lograr que fuera hasta su cama, exactamente como había intentado la vez anterior a pesar de querer casarse con mi mejor amiga.

¡Increíble! Y yo tan ilusa que pensé que le gustaba y simplemente es que era así con todas las mujeres...

—No me pareció eso cuando apretaste tanto esos labios que casi brota sangre de ellos —aseguró en aquel tono sensual que conseguía excitarme.

—Tus imaginaciones no tienen límite Rashid —contesté airada y coloqué

las palmas de mis manos sobre el asiento porque me estaban sudando a pesar del frío, eso provocó que el abrigo se abriera ligeramente y enseñara parte del escote delantero.

—Mis imaginaciones tienen muchos límites para mi desgracia, pero prefiero una dosis de realidad de vez en cuando —contestó acercándose mientras se colocaba a mi lado y su mano se deslizó hacia mi mejilla—. Reconozco que he pensado en ti más de lo que imaginaba... —susurró.

—¿Entre tantas mujeres con las que te rodeas te ha dado tiempo a recordarme? —gemí con cierta ironía.

—Es difícil olvidar a una mujer tan desafiante como tu —insistió.

—No tengo la culpa de que seas un cerdo egocéntrico —contesté retándole con la mirada y para mi sorpresa se echó a reír.

—Creo que jamás me ha detestado una mujer tanto como tu —dijo como si aquello le pareciera divertido— y que al mismo tiempo disfrute de mis besos.

—¡Yo no disfruto de tus besos maldito! —grité propinándole un golpe en el pecho y enseguida aprovechó para cogerme la muñeca y atraerme hacia él.

—¿Estás segura? —exclamó—. Porque podría apostar lo contrario y te aseguro que no perdería nada.

—Ni se te ocurra intentarlo —contesté con semblante serio como una amenaza.

—Tranquila, no seré yo quien te bese precisamente... —susurró—, pero te aseguro que terminarás rogando que lo haga —añadió en un tono que hizo que la piel se me erizara y que de paso mi tanga se empapara.

—Cuando los cerdos vuelen —bufé mirando hacia otro lado porque era incapaz de aceptar que poco me faltaba para hacerlo precisamente.

«Si no fuera tan absolutamente idiota, ególatra, egocéntrico y todo lo infinitamente absoluto que sea sinónimo, tal vez me lo pensaba»

El silencio impregnaba la atmósfera de aquella limusina embriagada del perfume que emanaba ese adonis maldito con corona. Valga la redundancia, no

podía usar un perfume barato del súper y no aquella succulenta fragancia que me mareaba y no porque fuera nauseabunda precisamente, sino porque era sumamente excitante al punto de tener que cruzarme las piernas para evitar mojar aún más el tanga si es que eso servía para algo.

—¿De qué trata la velada? —pregunté irrumpiendo el absoluto silencio en el que nos encontrábamos.

—Es una recaudación de fondos para una obra benéfica en la que estarán varios inversores importantes de distintos sectores —contestó de forma tranquila.

—Entonces imagino que vas para buscar inversores, ¿no? —exclamé convencida de ello.

—No —negó—. Mas bien voy a que me convenzan para dejarles invertir en mi país.

—¿Cómo? —pregunté confundida.

—Dubái es un país al alza, está creciendo mucho y su fortuna también aumenta con ello, así que es un gran potencial para grandes inversores del sector hotelero, aviación o comercio entre otros. Mi familia tiene bastante influencia, digamos que casi todos los negocios importantes que surgen en Dubái pasan por la familia real —concluyó no entrando en mucho detalle.

—Me quieres decir en pocas palabras que eres podridamente rico y que tu familia maneja el cotarro —contesté así de simple y para mi sorpresa Mijaíl se echó a reír.

—Haciendo un breve resumen podría definirse así, pero no diría que soy podridamente rico, únicamente que mi familia posee numerosas propiedades.

—Claro, ahora me vas a decir que tengo mas dinero que tu en la cuenta corriente —dije irónicamente hablando.

—Eres una chica lista, si quisieras podrías tenerlo —afirmó de pronto mirándome fijamente.

—¿A qué te estás refiriendo? —pregunté no gustándome en absoluto por donde creía que iban los tiros.

—Conseguiste sacarme una buena cifra por acompañarme la última vez a un evento si mal no recuerdas. Creo que podrías ser una gran estratega — contestó y me tranquilicé parcialmente.

—Si soy sincera, solo dije aquello porque pensé que te negarías — confesé mirando hacia la ventanilla del coche.

—Reconócelo —oí de sus labios y su aliento llegó hasta mi oído—. En el fondo deseabas acompañarme.

—Lo único que reconozco es que fuiste y sigues siendo un auténtico cretino.

—¡Vamos! —exclamó alejándose un poco de mi y lo agradecí—. Solo quería divertirme un poco... ¿Qué tenía de malo hacerlo?

—¡Pretendías acostarte conmigo y proponerle matrimonio después a mi mejor amiga! —grité recordándole explícitamente los hechos porque tal parecía que él mismo no se daba cuenta de ello.

—Así que eso es lo que te dolió —contestó con semblante serio.

—A mi no me dolió nada, no te hagas pajas mentales —bufé y me dio igual ser una ordinaria perdida—. Pero el simple hecho de saberlo me asquea.

—¿Y si te dijera que a mi Jasmine realmente no me interesaba?, ¿Qué únicamente lo hacía motivado porque sabía que era lo correcto y me debía a ello? —exclamó con cierta voz de aprensión.

—No me importan tus razones, Rashid. Intentaste engañarnos a ambas con tus mentiras —contesté firme—. Además, yo no formo parte de una extensa lista de amantes por mucho dinero, riquezas o posesiones que tengas.

—No mentí cuando dije que me gusta lo que veo —afirmó con un tono de voz tan sensual que tuve que apretar las manos para contenerme.

—Pues deléitate todo lo que quieras, porque se mira, pero no se toca — solté airada.

Por suerte para mi propio juicio mental, pareció que llegamos a nuestro destino y lo agradecí infinitamente porque no aguantaba más metida en aquel habitáculo con ese engreído oliendo a sensualidad pura.

¿Qué les dan de comer de pequeños para que sean así de cretinos? Y pensar que hasta se me pasó por la cabeza salir con él y tener una aventura... ¡Menos mal que no lo hice! Gemí interiormente recordando tiempo atrás como se había dado todo, como aquel príncipe maldito me había absorbido de tal forma aquella noche que con sus besos me hizo perder el juicio y olvidarme por primera vez de Marco. ¡Bendita sea la hora en que no accedí a pasar la noche con él cuando me lo propuso! Solo que accedí volver a verle de nuevo a pesar de creer que le estaba dando una puñalada traperera a mi mejor amiga por salir a escondidas con Rashid pese a que ella no estuviera enamorada del príncipe maldito, pero necesitaba saborear de nuevo aquella sensación, por un momento creí que él también había sentido lo mismo que yo, solo que no podía estar más equivocada, las intenciones de Mijaíl respecto a Jasmine no habían cambiado a pesar de querer meterme en su cama, él pretendía casarse con ella y que yo fuera la amante a la que recurrir después... ¡Odiaba a ese cretino por tratar de burlarse de mi en toda mi cara!

Mijaíl fue el primero en salir del vehículo y precisamente él me tendió la mano para ayudarme a salir en lugar de hacerlo el chofer que había abierto la puerta.

—Gracias —musité sin mucho entusiasmo.

Que fuera educado no le quitaba lo de cretino.

—Te agradecería que pudieras sonreír al menos de vez en cuando, se supone que eres mi pareja y estás aquí de buen agrado —terció amablemente.

—Tranquilo, no habrá ningún problema —contesté enseñando los dientes con una sonrisa más que forzada.

—Por favor —añadió rodeándome de la cintura y al sentir la calidez de su mano sobre la tela del vestido cedí hasta el punto de musitar una leve sonrisa algo extraña.

No entendía en absoluto que poder de atracción tenía ese hombre sobre mi puesto que le detestaba desde lo más profundo de mi ser; primero por lo que le hizo a Jasmine tratando de manipularla, engañarla y hacerle creer que la

amaba solo para casarse con ella y obtener así una herencia millonaria y después le odiaba aún más por tratar de engatusarme para llevarme a su cama a pesar de tener sus intenciones fijas en mi mejor amiga, ¿Qué clase de mente retorcida podía llegar a tener?

—Cuando sonrías de verdad, eres bellísima —susurró en voz baja tan cerca de mi oído que pude sentir el roce de sus labios en la oreja—. Sin duda la mujer más hermosa que he conocido —añadió y cerré los ojos conteniendo la respiración.

«Ya estamos, ya ha vuelto a hacerlo» musité. «El jodido príncipe maldito ha logrado acelerarme el corazón de nuevo»

6

Notaba en todo momento la calidez de su mano en mi cintura, como si de algún modo quisiera asegurarse de que no me marcharía, que no iba a desvanecerme en su presencia o desaparecer por absurdo que pareciera puesto que había llegado junto a él y no tenía forma alguna de marcharme.

Podía sentir como aquellos hombres que al parecer eran inversores, trataban de congraciarse para ganarse su admiración. Sabía que Mijaíl era alguien poderoso, influyente, pero nunca me había parado a pensar cuánto a pesar de que en el momento que supe de su acercamiento a Jasmine, no pude evitar cotillear sobre él en las revistas de prensa y leer que era uno de los personajes más acaudalados no solo en su país, sino en todo el mundo.

«El dinero pudre a la gente» Al menos era mi teoría y probablemente la razón de que aquel hombre de rasgos sumamente atractivos fuera tan idiota al mismo tiempo.

—Querido Mijaíl, siempre tan bien acompañado como siempre —dijo alguien captando mi atención y observé a un hombre bastante joven a diferencia de todos los demás que hasta ahora le habían saludado.

—Mi viejo amigo Marcus, no esperaba verte por aquí —contestó Mijaíl saludando con bastante efusividad al aludido que acaba de saber como se llamaba.

—Mi padre está últimamente algo delicado de salud y vine en su lugar —contestó el tal Marcus sin demasiada importancia y entonces posó sus ojos sobre mi que les observaba atentamente.

—Te presento a Erika Battle, que ha tenido la amabilidad de acompañarme esta noche —contestó el príncipe maldito sonriéndome fijamente.

—Es un placer —dije acercándome hasta aquel caballero elegantemente trajeado y bastante guapo para darle dos besos.

—Un nombre precioso, al igual que su rostro —contestó el tipo provocando que me sonrojara.

—Ten cuidado Erika —anunció Mijaíl—. Este viejo bribón intentará seducirte con sus artimañas —añadió con un deje de diversión que incluso me pareció divertido.

—¿No es precisamente esa tu especialidad? —exclamé mordiéndome la lengua para evitar reírme.

Las risas del tal Marcus no se hicieron de rogar y observé a Mijaíl que me miraba fijamente con aquella intensa mirada de ojos esmeralda algo chispeantes.

—Tocado y hundido —aseguró llevándose una mano al pecho mientras miró hacia otro lado y su amigo le dio una palmada en el hombro mientras decía algo en otro idioma que no entendí, pero que indudablemente debió referirse a mi cuando ambos me miraron tras decir aquello.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté en cuanto el tal Marcus ese se marchó y nos quedamos a solas durante unos segundos.

—¿A qué te refieres? —contestó y supe que trataba de esquivar la pregunta.

—Te dijo algo en tu idioma, ¿Es de tu país? —pregunté porque me había parecido que tenía rasgos europeos, para nada habría pensado que fuera árabe como lo era Mijaíl.

—¿A qué viene tanto interés?, ¿Es qué quieres saber si está interesado en ti? Te advierto que no te conviene alguien como Marcus —contestó con semblante serio.

—No dije que me interesara, pero en tal caso sería mi problema, no el

tuyo —aseguré y noté como me apretaba aún más de la cintura contra él.

—Marcus es un buen amigo mío, le respeto y me llevo bien con él, pero créeme cuando te advierto que no te conviene Erika, él tiene gustos un poco... singulares y no me gustaría que te hiciera daño —aseguró observándome fijamente de forma que me quedé sorprendida ante aquella afirmación.

¿A qué daño se referiría exactamente? Fuera como fuese no es que el tipo me interesara en absoluto, solo quería saber qué era lo que le había dicho.

—¿Y tú? —exclamé aprovechándome de la cercanía—. ¿Acaso tú no harías daño a una mujer? —pregunté sabiendo un poco de sus costumbres.

—Jamás le pondría la mano encima a una mujer —contestó con aquella voz tan profunda y sumamente serio que no me quedó duda alguna de que decía la verdad.

—Pero la fidelidad no es algo que parezca estar en tu vocabulario y tal vez es otra forma de dañar a una mujer —dije dando voz a mis pensamientos.

—En mi país es algo completamente natural —aseguró—. Entiendo que aquí sea inconcebible, pero yo crecí con esas costumbres.

—Probablemente nadie se ha planteado la posibilidad de preguntarle a esas mujeres si desean ser compartidas —afirmé sin poder evitarlo—. Es algo que les fue impuesto y ni siquiera les dejan tener otra opción que no sea esa.

—No se pueden quejar del tipo de vida que llevan —contraatacó provocando que me exasperase y me enfureciera al mismo tiempo.

—Pero, ¿Tú te estás escuchando? —exclamé con una rabia como mil demonios—. ¿Acaso crees que una mujer es un objeto que se puede comprar?, ¿Qué porque le den regalos o lleve un estilo de vida ostentoso ya pierde todos sus derechos? —añadí alzando la voz—. ¡Sabía que eras un cretino, pero sin lugar a duda desconocía hasta cuánto!

—Si —afirmó haciendo que le mirase extrañada—. Probablemente sea el mayor cretino que hayas conocido, pero eso no evita que me desees —jadeó con un tono ronco que me hizo abrir más los ojos.

—Serás... —contesté airada a punto de alzar la mano para propinarle

una bofetada importándome muy poco quien nos viera, pero Mijaíl la cogió y delicadamente la llevó hasta su nuca provocando que rechinara los dientes.

—Tu querido exnovio, ese abogaducho con cara de pato nos está observando ahora mismo —dijo acercándose peligrosamente hasta mis labios sin llegar a rozarlos.

—Es mentira —dije sin apartar la vista de aquellos ojos verdes.

—Puedes mirar tu misma, pero si lo haces pensará que aún te importa lo que piense de ti, ¿Realmente te importa? —preguntó al tiempo que sentía su aliento entremezclarse con el mío y mi juicio comenzaba a nublarse.

—No —mentí—. No me importa en absoluto.

—Demuéstraselo entonces —dijo retándome con la mirada.

Sabía lo que pretendía ese maldito príncipe, lo sabía perfectamente y algo dentro de mi me decía que probablemente todo era una excusa para que precisamente fuera yo quien le besara, quien diera el paso como justamente había anticipado en aquella limusina antes de bajarnos.

«Al cuerno» pensé acercándome hasta él y acortando aquella distancia, «Cómo Marco no estuviera en aquella fiesta, juro que dejo sin herencia al maldito príncipe» musité antes de sentir como su lengua se entremezclaba con la mía y esa sensación de éxtasis me abrumaba.

¡Maldita fuera mi estampa!, ¿Por qué de entre todos los hombres tenía que ser justamente él quien me hiciera sentir aquello?

En cuanto sentí como sus labios se alejaban de los míos abrí los ojos para ver aquellas profundas gemas verdes observarme fijamente.

—Tienes razón en algo —musitó suavemente.

—¿En qué? —dije algo desconcertada.

—Era mentira —concluyó y abrí aún más los ojos irritada porque en el fondo lo sabía... lo había sabido e igualmente había caído bajo su embrujo.

En ese momento miré y efectivamente Marco no estaba por ninguna parte. Debí suponer que era así, ¿En qué estaba pensando? Acababa de demostrarle a ese príncipe maldito lo fácil que era engañarme y para mi pesar, encima se

había salido con la suya y había sido yo quien le besara.

—Esta me la vas a pagar príncipe de pacotilla —dije remangándome la falda y caminando hacia alguna parte lo suficientemente lejos de él.

—¿Príncipe de pacotilla? —preguntó riéndose—. ¡Ey!, ¿Dónde vas? —exclamó con cierto tono de diversión en su voz.

—¡Lejos de ti! —vociferé no importándome quien me escuchara.

—Se supone que eres mi acompañante, ¿Recuerdas? —dijo de pronto notando su brazo en mi cintura mientras yo trataba de apartarle.

—Pues mi acompañante se puede ir al mismísimo infierno que seguro que está como en su casa —susurré y para mi desgracia eso le pareció sumamente divertido porque exclamó una carcajada.

—Admito que me excita cuando sacas ese carácter, pelirroja —jadeó cerca de mi oído y aquello me enfadó aún más.

—¿Te han dicho alguna vez que eres insufrible? —pregunté frenando en seco mi huida—. Me largo de aquí, que te den con viento fresco.

—Espera —insistió cuando me di la vuelta, pero no avancé mucho ya que me detuvo del brazo y no avancé ni dos pasos—. Yo te llevaré a casa...

—¡Ah no! —exclamé—. Preferiría ir andando antes de que me lleves tú —proclamé tratando de deshacerme de él.

—No voy a dejar que te montes en el vehículo de algún extraño, si no quieres que te acompañe, te prestaré al menos mi chofer para que te acompañe a casa.

—¿Y desde cuando te importa a ti lo que pueda pasarme? —exclamé confusa.

No le creía del tipo que se preocupe por esas cosas, más bien le veo de los que cuando consigue lo que quiere, lo desecha sin miramientos.

—Eres mi acompañante y debo asegurarme de que regreses sana y salva a casa —insistió esta vez con tanta firmeza y seguridad que no me hizo dudar.

—Está bien —afirmé.

De todos modos, no me apetecía llamar a un taxi a esas horas y esperar a que llegara.

En cuanto Mijaíl llamó a su chofer y esperaba junto a él a que el vehículo apareciera me crucé de brazos para tratar de paliar el frescor de la noche.

—Toma —escuché justo antes de ver como se quitaba la chaqueta para colocármela sobre los hombros.

—No, no hace falta... —Traté de detenerle, pero igualmente me la colocó y sentí el calor instantáneo.

—Gracias —dije mirando hacia otro lado preguntándome porqué tardaba tanto en salir del aparcamiento aquel conductor—. La dejaré en el asiento cuando llegue a mi apartamento —mencioné mirando al suelo.

—Preferiría que no lo hicieras —aseguró y alcé la mirada para verle—. Así tendría una excusa para volver a verte.

—¿Y para qué querrías verme? —exclamé frunciendo el ceño.

—¿De verdad necesitas preguntarlo? —contestó de forma sugerente, pero sin aquella sonrisa que casi siempre le acompañaba—. Creo que es bastante obvio... —insistió y mis piernas comenzaron a temblar.

«Es un maldito» le dije a mi cerebro «Un príncipe maldito» insistí.

—Entonces tienes un problema porque yo no quiero verte a ti —contesté tratando de crearme mi propia mentira.

—Te propongo algo —mencionó como si mi respuesta le hubiera entrado por un oído y literalmente salido por el otro.

—Tus proposiciones nunca llevan a buen puerto —dije cruzándome de brazos a pesar de que aquella chaqueta me estaba enorme.

—Tres citas —insistió—. Solo tres citas y te dejaré en paz.

—¿Y por qué razón iba a aceptar tener ni siquiera una cita contigo? —exclamé cínicamente.

—Dejaré que me utilices como escudo contra ese cara de pato al que tratas de alejar de ti —dijo de pronto—. Y te prometo no decirle que solo me besaste para que te dejase en paz.

Rodé los ojos pensando en aquella propuesta y en todo lo que podía perder o ganar al respecto.

—¿Tres? —pregunté de nuevo valorando aquella posibilidad.

Podría restregarle en la cara a Marco que me iba muy bien sin él y que incluso tenía a un príncipe comiendo de la palma de mi mano —por más falso que aquello fuera—, aunque tuviera que soportar al bombón de Mijaíl y sus pretensiones durante tres ocasiones más.

—Ni una menos —aseguró.

—Está bien —asentí sobre todo porque no podía dejar que Marco pensara que solo había besado a Mijaíl porque aún me importaba y era incapaz de olvidarlo.

—Te veré pronto entonces, Erika —susurró acercándose a mi y por un momento pensé que iba a besarme, pero en lugar de eso cogió mi mano y terminó de bajar aquellos escalones hasta abrirme la puerta del vehículo que acababa de aparecer—. Hasta entonces me limitaré a tenerte en mis pensamientos —añadió mientras para mi consternación se llevaba la mano a los labios y me daba un cálido beso en el dorso de ésta para después mostrarme una sonrisa.

Mientras volvía a casa y miraba los asientos vacíos no dejaba de preguntarme algo... ¿Por qué tenía la sensación de que el príncipe maldito se había salido con la suya?

«Erika... Erika... ese hombre es puro fuego y al final te vas a quemar enterita»

7

—Un día más trabajando y estudiando a ese ritmo y explotaré —susurré al llegar a casa y tirarme literalmente sobre la cama sin importarme un pimiento donde terminaba la bolsa del portátil. En aquel momento solo podía pensar en como arrastrarme a la ducha, darme un baño caliente y meterme en la cama, aunque fuera sin cenar porque estaba literalmente agotada.

Había sido una semana dura, —decir dura era quedarse corto—, teníamos demasiado trabajo y encima estaba liada con los exámenes del primer cuatrimestre.

«Solo es una semana más y se acabó» me consolé al pensar que en tan solo otra semana los exámenes terminarían y al menos podría tener algo de respiro.

En aquellos momentos me preguntaba si había sido buena idea coger aquellas prácticas a pesar de saber lo duras que serían, pero imagino que una vez pasara aquel maldito estrés y falta de sueño que acumulaba dejaría de creerlo.

Me levanté de la cama con desgana y me quité el bolso dejándolo sobre la cama arrastrando también el jersey que llevaba puesto, iba a hacer lo mismo con la camiseta ajustada cuando para mi asombro escuché sonar el timbre de la puerta y fruncí el ceño extrañada.

«¿Quién iba a llamar a esas horas?» pensé mientras me acercaba a la puerta convencida que tendría que ser mi madre o en todo caso Jasmine porque apenas había podido verla en toda la semana, ya que con los exámenes

las clases se cortaban y ella con las náuseas de su embarazo prefería estudiar en casa. Abrí con ese convencimiento y cuando mis ojos se toparon con aquellos marrones me maldije profundamente por no mirar antes de abrir, la mirilla de la puerta para saber de quien se trataba.

—¿Qué se supone que haces aquí, Marco? —exclamé algo nerviosa por tenerle en la puerta de mi casa.

Soy sincera; había visto como intentaba acercarse a mi en el trabajo y le había evitado constantemente, aunque a mi favor debo decir que no era solo porque no me apetecía hablar con él, sino porque estaba demasiado ocupada.

—Has estado evitándome toda la semana y te dije que teníamos que hablar —contestó cruzándose de brazos y con firmeza en sus palabras.

—¿Y esa es razón suficiente para presentarte en mi casa? —pregunté cruzándome de brazos yo también—. Estoy cansada, será mejor que te marches.

—No pienso irme hasta que escuches lo que tengo que decirte —Y diciendo esto tuvo toda la desfachatez del mundo de colarse en mi apartamento a pesar de que traté de contenerle.

—No creo haberte invitado que yo recuerde —ironicé.

—Me da igual —soltó sin más—. Estoy preocupado por ti y no me iré hasta que me oigas.

—¿Preocupado por mi? —mencioné un tanto incrédula—. ¿Ahora te preocupas por mi? —añadí sin poder contener un evidente tono de diversión—. Tal vez si te lo repites unas cuantas veces te lo creas tu mismo —concluí.

—Siempre has sido especial para mi, Erika. Nunca he dejado de...

—¿Qué es lo que quieres, Marco? —tercié cambiando de tema porque no me apetecía en absoluto que removiera sentimientos que aún trataba de mantener demasiado escondidos bajo mi piel.

—Rashid no es bueno —dijo sin más—. Solo te está utilizando porque probablemente le seas útil para algún fin, pero no te conviene. No tienes ni idea de lo que él...

—¿En serio? —exclamé—. ¿Tan sumamente difícil te resulta asimilar que le guste de verdad?

—Él jamás tomará en cuenta tus decisiones Erika, solo eres un juguete para él, no tiene buenas intenciones... te usará y después te despojará.

—¿No es eso precisamente lo que fui para ti? —contesté alzando el mentón—. ¿No me usaste para luego tirarme como una colilla en cuanto la cosa se torció?

—Eso es diferente... —respondió cohibido—. Ya te dije que fue tu padre quien...

—Y aceptar dinero de mi padre te pareció que no era una información relevante para contarme, ¿no? —solté harta de todo aquello.

—¿Qué? —exclamó confuso—. Eso no...

—Ni se te ocurra negarlo porque sé que cogiste ese dinero y que después desapareciste.

—No es lo que tu crees. No tuve otra alternativa —admitió reconociéndolo después de todo—. No tenía absolutamente nada....

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de tratar de justificarte? —grité—. ¿Y eres capaz de decirme que eres mejor que Mijaíl?, ¿Tú? —insistí.

—Nunca quise hacerte daño —susurró en un hilo de voz—. Si pudiera volver atrás... si yo... —Su tono de voz se quebró un instante—. Haría las cosas de forma distinta. Nunca quise ese dinero Erika, pero era la única manera de poder empezar de cero si tenía que dejarlo todo atrás.

—¿Esa es la excusa que pretendes dar?, ¿Qué no tenías más opciones?, ¿De verdad esperas que alguien te crea?

—Admito que fui un cretino, que tenía miedo porque sabía que tu padre haría que me pudriese en una cárcel si se lo proponía, creía que era mi única opción... de verdad lo creí en ese momento. Ahora sé que no, pero por aquel entonces yo solo estaba aprendiendo.

—Admitir que fuiste un cretino no significa nada. Ya no me importa Marco, no me importas —insistí deseando que pareciera real.

—No es lo que veo en tus ojos cuando me miras —contestó sorprendiéndome—. No me evitarías si fuera así —añadió dando un paso hacia mi—. Sé que la jodí... sé que actué mal y que fui un imbécil, sé que no merezco una segunda oportunidad, pero que me condenen si no admito que al verte de nuevo volví a sentir como mi sangre enardecía, como no lo hacía en mucho tiempo, cómo no lo hace desde que te conocí...

En aquel momento su fragancia era tan cercana que no podía pensar con claridad, ni tan siquiera pude reaccionar cuando aquellos jugosos y carnosos labios se cernían a los míos con tanta posesión que me hacían recordar esos años que tanto había insistido en olvidar.

«Yo sabía que no estaba bien, yo sabía que aquello no debía estar pasando y también era consciente de que Marco había actuado mal, muy mal, pero eso no cambiaba el hecho de que aquellos besos fueran sumamente exquisitos hasta el punto de llevarme al abismo celestial»

En el momento que sentí como su lengua se adentraba en mi boca buscando el contacto inminente con la mía, noté aquel mariposeo en mi estómago haciéndome recordar quien era él, de quien se trataba precisamente y que por más que quisiera negarlo aún conseguía que me derritiera entre sus brazos por más que no deseara hacerlo.

Escuché un jadeo proferente de su garganta. «¡Joder!» pensé «Esto no puede ser... no puede estar pasando» medité antes de ladear la cabeza para intentar separarme de él.

—Quiero que te marches Marco —susurré mirando hacia otro lado.

—No lo desees realmente —respondió en el mismo tono sin separarse del todo—. ¿Es por él?, ¿Realmente es por él?

—Si —admití porque jamás confesaría lo que aún me hacía sentir.

—Rashid jamás te tomará en serio, solo te utilizará y después te desechará como lo ha hecho hasta ahora con todas sus conquistas.

—Ese es mi problema, no el tuyo —contesté seriamente porque después de todo era plenamente consciente de que no existía, ni existiría, nada entre

Mijaíl Rashid y yo.

—No puedo quedarme de brazos cruzados viendo como ese idiota juega contigo. ¡Sabes lo que le hizo a Jasmine!

—¿Tanto trabajo te cuesta entender que pueda sentir algo por mi? —grité—. ¿Tan complicado podría ser que de verdad me quisiera? —volví a gritar, aunque realmente no sabía ni lo que estaba diciendo, pero necesitaba que creyera que lo de Mijaíl era real, por alguna razón eso me hacía sentirme valorada.

El silencio de Marco me sorprendió y más aún cuando sin decir nada se dirigió hacia la puerta y salió cerrándola tras su paso.

—¡Mierda! —exclamé nada más verle salir y le di un golpe a la pared.

«¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?»

No debían ser ni las diez de la mañana cuando el sonido del teléfono me despertó, a pesar de estar en modo vibración y después de todo lo cansaba que estaba, aún así había conseguido desvelarme.

—¿Sí? —contesté con cierto deje de dormida.

«Dios que sueño...» jadeé en mis pensamientos.

—¿Qué es eso de que estás saliendo con Mijaíl? —profirió la perfecta y clara voz de Jasmine.

Arrea, que ya le ha ido el otro con el cuento a su amigo, será metiche el muy capullo de Marco...

—No es lo que crees —susurré.

—Es decir que es verdad —aclaró Jasmine afirmando aquella frase y poniendo palabras en mi boca que no había mencionado.

—¡Que no! —grité—. Solo que quiero que Marco crea que si —confesé.

—¿Qué? —vociferó al otro lado del teléfono.

—A ver, simplemente Mijaíl estaba en mi despacho cuando él iba a acercarse y como tenía un cabreo de mil demonios porque acababa de enterarme que aceptó el dinero de mi padre pues le di un beso a Mijaíl en sus narices para hacerle creer que estaba con él, ya está, esa es la historia.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó esta vez sorprendida—. Le besas y luego dices que no le soportas, ¿Y pretendes que siga creyendo que no ocurrió nada?

—¡Que solo lo hice por... —Me callé porque no tenía justificación ninguna para que nos vamos a engañar—. Déjalo, la cuestión es que quiero que Marco crea que tengo una relación con el príncipe maldito.

—Pues créeme... se lo ha tragado por completo —confesó Jasmine algo más calmada.

—¿En serio? —dije despertando del todo.

—Ha llegado aquí esta mañana y ha empezado a hablar sobre errores del pasado y que Mijaíl no se merece a una mujer como tu, que seguro que te hará daño, que su cultura no encaja con nuestras costumbres y que no logra entender como estas dispuesta a salir con un tipo que pretende compartirte con otras mujeres.

Por raro que pareciera en aquel momento lejos de producirme risa aquella revelación me pareció casi enternecedor que se preocupara por mi de aquella forma.

—Bueno... si —dije sin pensar—. Solo que realmente no hay nada de lo que preocuparse, porque todo es ficticio.

—Seguro que es ficticio, ¿verdad? —contestó Jasmine ahora intentando ver más allá de mis palabras.

—Si, por supuesto —afirmé contundente—. Jamás podría haber algo entre ese príncipe maldito y yo, ¡Por favor! —exclamé hastiada—. Somos como la noche y el día, no pegamos ni con pegamento del bueno.

—Por que me da que tu me estás ocultando algo... —terció la muy petarda y supe que ya me conocía demasiado para mentirle.

—De verdad que no —admití—. A ver... que le acompañé a un evento hace unos días como favor por seguirme la corriente delante de Marco, pero nada más. Estaría loca si se me ocurriera siquiera tener algo con ese energúmeno.

—Solo te diré que tengas cuidado Erika —contestó Jasmine—. Sé que Mijaíl no tuvo el mejor de los comportamientos conmigo, aunque entiendo las razones de todo cuanto hizo, pero debo reconocer que es demasiado adulator cuando se lo propone y lo que menos me gustaría es que le hiciera daño a mi mejor amiga, sabes que eres como una hermana para mi.

—Créeme —contesté acallándola—. Lo que menos haría en este mundo es tener una aventura que no iba a llevar a ninguna parte con ese hombre.

«Por más que te atraiga» pensé en silencio.

—Entonces me quedo tranquila, y no te preocupes, de mi no saldrá que todo es simplemente una farsa para que Marco lo crea —contestó con cierta diversión—. Aunque parecía demasiado arrepentido esta mañana, ¿Estás segura de que no podrías darle una segunda oportunidad? Quizá haya cambiado.

¿Una segunda oportunidad?, ¿Para que me volviera a romper el corazón de la misma forma? Podría seguir haciéndome sentir vulnerable cuando se acercaba a mi lado, podía seguir siendo igual de guapo a mis ojos y podría derribar mis defensas solamente con besar mis labios, pero tenía muy claro que había madurado y que no pensaba dejar que jugara de nuevo conmigo como lo había hecho hacía años.

—Lo dudo —advertí en lugar de negarme directamente porque era muy consciente de que Marco aún removía algo en mi interior, algo a lo que no podía por más que quisiera negarme y que debía luchar con todas mis fuerzas para refrenarlo porque sabía que de lo contrario era capaz de entregarme a sus brazos.

En aquel momento sonó el timbre y me despedí de Jasmine, ¡Ni tan siquiera había desayunado por dios! Ahora no iba a descansar ni los sábados... en cuanto abrí la puerta comprobé que era un repartidor, de hecho, era el mismo que el que me había traído el vestido la otra vez, pero en esta ocasión solo me entregó un sobre acompañado de una rosa roja dentro de una cajita de cristal, ni tan siquiera venía envuelta, sino que estaba a plena vista y

debo admitir que era sumamente preciosa.

Aquel sobre venía sellado y en el reverso estaba escrito mi nombre en letra cursiva, ¿Lo habría escrito el propio Mijaíl? Algo me decía que aquel detalle provenía de él. Rompí el sello y saqué el contenido que no era ni más ni menos que la invitación para ver la orquesta filarmónica de París

—Espera, espera, espera... —susurré releendo de nuevo “París” en aquella nota.

¿Iba a ir a París?, ¿Eso era una invitación para ir a París?

«Joder como se las gasta este príncipe» pensé inminentemente.

A ver... ¿Qué se supone que se debe poner una para ver la orquesta filarmónica de París? Porque fijo que no está en mi armario.

Esa era la excusa que me daba a mi misma para ir de compras aquella mañana en lugar de estudiar para los exámenes «Que buena falta me hacía» pero en lugar de eso allí estaba, visitando Harrod y tirando de la tarjeta de papá para encontrar algo que estuviera a la altura sin parecer una pobre descarriada de la vida —algo que nunca lo había parecido de hecho, pero eso no era lo importante—, la cuestión era que no sabía por qué extraña razón quería impresionar a ese maldito príncipe.

«Cómo si él fuera impresionable, Erika» medité justo después teniendo presente la cantidad de actrices, modelos y mujeres increíblemente hermosas que habrían pasado por sus manos.

Todo era por culpa de Marco, de ese meque...¡flus!, ¡Porqué demonios me tenía que dejar influenciar tanto lo que pensara o dejara de pensar! Debería darme absolutamente igual que Mijaíl solo quisiera aprovecharse de la situación, incluso si realmente solo tenía intenciones de usarme y tirarme como una colilla —algo que por cierto no iba a tolerar que hiciera—, pero la sola idea de que Marco lo diera por hecho, de que el príncipe del demonio solo me quisiera para un único fin me hacía por algún extraño motivo querer demostrarle lo contrario.

«O al menos fingir aparentarlo» traté de excusarme.

¿Rojo? Pensé viendo un escaparate un precioso vestido con escote de corazón.

—¿Y parecer Julia Robert sacada de Pretty woman?, ¡Ni hablar! — susurré desechando la idea para que la realidad no fuera ni remotamente parecida.

No conocía París y lo cierto es que dudaba que tuviera tiempo de visitarlo, aunque no tenía ni la más mínima idea de los planes de Mijaíl al respecto, pero me moría de ganas por subir a la torre Eiffel y divisar toda la ciudad desde aquel monumento tan característico, aunque tampoco iba a hacerme vanas ilusiones, pero lo cierto es que no tenía la menor idea sobre qué esperar de aquella cita.

Saqué el móvil del bolso al escuchar la vibración y leí varios mensajes del grupo de mis amigas de toda la vida, lo cierto es que las tenía demasiado abandonadas desde que me fui a Massachusetts y como a la vuelta comencé con las practicas, la mudanza y todo el lío de los exámenes, apenas había podido sacar tiempo para pintarme las uñas, menos aún para salir de fiesta. Leí que esa noche irían a tomar algo al bar de siempre y me pareció una idea estupenda, sobre todo para tratar de despejar mi mente de todo lo ocurrido últimamente y evitar pensar tanto en el innombrable, como en el príncipe maldito, quizá hasta me venía bien pillar una de esas buenas borracheras que me hicieran olvidar mi penosa vida de soltera, más ahora que mi mejor amiga estaba casada y embarazada del tío que siempre había querido.

«Mi vida no era un cuento de hadas con final feliz como la afortunada de Jasmine» pensé mientras tecleaba en el móvil que contaran conmigo para salir de fiesta esa noche.

«Ya estudiaría mañana de resaca» Fue mi consuelo.

Guardando de nuevo el teléfono me metí en la última boutique para ver si encontraba algo digno de aquella cita que tendría con Mijaíl, lo cierto es que mi ánimo por salir aquella noche de nuevo con mis amigas de siempre me había hecho quitarle importancia al tema del atuendo, así que cuando vi aquel

vestido verde sobresalir del perchero, pensé que era completamente idóneo para la velada y ni tan siquiera quise probármelo, sino que directamente me lo llevé en mi talla.

«Solo es una cita que no llevará a ninguna parte Erika» pensé saliendo de la tienda con la bolsa colgada del hombro, «Así que da igual que te pongas un vestido de trescientas libras que una bolsa de basura con un agujero para meter la cabeza, además, no sé porque estaba tan nerviosa si aún faltaba una semana para que tuviera lugar la susodicha cita, puesto que sería al sábado siguiente y por suerte ya habría terminado los exámenes.

Después de darme una larga ducha en mi mini-ducha y alisarme el cabello por primera vez en un largo tiempo, me maquille minuciosamente. Creo que incluso era la primera vez en meses que me tomaba tanto tiempo en arreglarme, tal vez fuera por el hecho de que llevaba demasiado tiempo sin salir de fiesta y más aún con mis amigas de siempre por estar centrada en los estudios.

«Buenas influencias de mi amiga Jasmine» pensé rápidamente mientras me marcaba bien los ojos con aquel delineador en negro. A pesar de que fuéramos al bar de siempre sabía que la noche se terminaría alargando hasta altas horas de la madrugada y que probablemente terminaríamos en la discoteca del momento tomando chupitos de vodka hasta perder el sentido.

«¡Oh dios!, ¡Cómo echaba en falta esos momentos!» medité mientras elegía uno de esos modelitos de lista para matar en el baúl de los recuerdos que no era otro que el fondo de mi armario.

Salí de casa con los zapatos de tacón de diez centímetros y aquel minivestido negro escotado por atrás, pero bastante decente por delante, el cabello suelto me llegaba a la cintura y lo cierto es que me encantaba el tono rojo que reflejaba, mucho más apreciable ahora que estaba liso que cuando lo llevaba como era habitual bastante rizado. No tenía quizá la esbelta cintura de mi amiga Jasmine, la muy jodida tenía un cuerpo envidiable, pero nunca me había quejado de mi silueta, bastante bien proporcionada... así que luciendo

largas piernas, salí de casa cerrando con llave antes de cerciorarme de que el labial potentemente rojo y de larga duración estaba en su sitio para durar toda la noche.

En cuanto divisé a Marie, Anne, Sophie y Julia me abracé a ellas contentísima de verlas después de haber pasado semanas sin coincidir y meses por no decir que años sin salir como aquella noche.

—¡La hija predilecta ha vuelto! —mencionó Anne mientras sonreía al mismo tiempo que me pasaba una cerveza.

—Lo sé, lo sé... —mencioné dejando mi bolso sobre la barra—. El trabajo y la carrera me han tenido absorbida —argumenté dando el primer sorbo.

Mientras nos íbamos poniendo al día a pesar de seguir hablando por el grupo en el que estábamos las cinco, pero del que participaba más bien poco por falta de tiempo me sentí mejor cuando supe que ya no era la única soltera del grupo, sino que tanto Julia como Anne volvían a estar libres como el viento y de hecho, fuimos las únicas que terminamos quedándonos en el bar pasadas las dos de la madrugada.

—Ese tío bueno que hay allí no deja de mirarte —mencionó Anne señalando con el dedo hacia un lugar del bar y por inercia no pude evitar mirar hacia donde ella me señalaba.

En aquel punto podía decir que estaba mucho más que contenta gracias al alcohol, de hecho, ni sentía los pies y lo agradecía o tendría un dolor de mil demonios dado que llevaba siglos sin estar tantas horas con unos zancos de aquellas dimensiones, eso sin tener en cuenta la última velada con el príncipe maldito hacía poco, pero apenas duré un par de horas en ese lugar.

«Mierda... ya tenía que volver a pensar de nuevo en él» jadeé reprimiéndome por ello.

En cuanto posé mis ojos en aquel moreno de ojos marrones me maldije por mirar, me maldije porque él estuviera mirando y me maldije porque Anne le hubiera mencionado.

¡No había tíos en el mundo!, ¡No había bares en Londres!, ¡No había otro lugar a donde ir que tenía que encontrármelo incluso allí!

«Maldigo mi puñeterísima mala suerte, pero que me condenen si no está tremendamente bueno» pensé deleitándome en aquella sonrisa de dientes blancos y perfectos de Marco Olsen.

Ni siquiera tuve que desviar la mirada para saber que se encaminaba directamente hacia nosotras y para mi absoluta consternación no se dirigió a mi, sino que lo hizo hacia Anne.

—Hola —mencionó ante la absorta sonrisa de bobalicona que le dedicaba Anne—, ¿Bailas? —añadió ofreciéndole la mano y yo cogí directamente el resto de mi copa para vaciarla de un solo trago.

«No me lo puedo creer... ¡Será cretino!»

Fue evidente que ella no se negó a tal ofrecimiento y cogió esa mano que Marco le ofrecía para salir a bailar delante de mis narices.

«No sé porqué me molesta» pensé mirando hacia otro lado y deseando que Julia volviera de comprar el maldito tabaco.

Me dejé caer sobre la barra mirando hacia todas partes menos al lugar donde sabía que ellos estaban.

«Es que le veo besarla y me da un jamacuco» medité tratando de no dirigir la mirada hacia esa parte del local porque estaba segura de que no me iba a gustar lo que mis ojos viesan.

—¡Ya estoy! —gritó Julia entre el ruido—, no veas lo pesados que se han puesto un par de tíos...

—Ya —contesté cortando su argumento—. ¿Te acompaño a fumar fuera? —pregunté queriendo salir de allí a como diera lugar.

—Claro, ¿Y Anne? —contestó frunciendo el ceño.

—Está bastante entretenida en la pista de baile, mejor salgamos que necesito tomar el aire —apresuré a mi amiga.

Y lo necesitaba. Joder si lo necesitaba. En el mismo momento que el frío me rozó la cara conseguí respirar y no precisamente por el ambiente cargado

de aquel lugar, sino porque por mucho que me negara a aceptarlo quizá no estaba preparada para ver a Marco con otra o mejor dicho con alguien de mi entorno.

Pese a que no quería volver a entrar, tampoco me apetecía contarle las razones a Julia, pero fingí recibir una llamada —por mucho que fueran las dos de la madrugada—, para quedarme un rato más allí fuera.

—¿Erika? —respondió una voz adormilada.

—¿Qué? —exclamé apartando el teléfono de mi oreja y mirando la pantalla para comprobar que había marcado sin querer.

¿A quien demonios he llamado? Cuando vi que era el príncipe maldito quise morirme.

—Me has llamado, ¿Ocurre algo?

—¡Perdón!, ¡Fue sin querer! —exclamé siendo sincera. ¡Que jodida mala suerte la mía!, ¡No podía ser mi madre!—. Igual te desperté...

—Si, pero no te preocupes, tengo jet lag desde hace tres días —dijo siendo ahora su voz menos adormilada.

—Mejor te cuelgo y dejo que duernas —contesté tratando de colgar.

Lo que menos necesitaba es que ahora crea que le llamaba por algo en concreto...

—¡Espera! —exclamó antes de colgar—. Ya que me has llamado, aunque sea por error, dime; ¿Recibiste hoy algo de mi parte?

—Ya sabes que si —contesté a sabiendas que él habría constatado mi firma a la entrega del sobre y la rosa.

—No recibí ningún mensaje de confirmación por tu parte, ¿Debo asumir que vendrás? —preguntó intrigado.

—Es en París... —susurré.

—Si, pero es un viaje de ida y vuelta —contestó—. No pretendo secuestrarte.

—¿Y podré ver la Torre Eiffel? —pregunté dando voz a mis pensamientos.

—Podremos ver lo que tu quieras Erika —Su voz sonaba ronca, excitante... definitivamente llena de promesas.

«Respira... respira... es una frase hecha»

—Entonces mi respuesta es si —dije justo antes de colgar porque no se si podía soportar un segundo más aquella voz aterciopelada, ronca y al mismo tiempo adormilada voz que me provocaba un nudo en el estómago al que no me atrevía poner nombre.

Me di la vuelta más animada, dispuesta a entrar y soportar el manoseo de Anne hacia Marco y mejor ni me aventuraba a pensar en qué podría terminar aquello porque me daba un paro cardiaco.

—¿Huyes de mi? —preguntó ese bombón de ojos marrones que aún me perturbaba.

—¿Y porqué debería hacerlo? —contesté alzando el mentón—. ¿Ya te has aburrido de Anne?, ¿No era de tu gusto?

—¿Estás celosa? —contestó riendo vagamente y dando un paso hacia mi.

—No, celosa no es la palabra —mentí—. Pero si pones tus miras en una mujer, ten la decencia de que no sea una amiga, más que nada por no tener que soportarte en misma la pandilla —añadí frunciendo el ceño.

—Había olvidado lo guapa que eres cuando te cabreas —jadeó acercándose otro paso hacia mi—. Y como te tiembla el labio cuando mientes descaradamente —añadió justo antes de lanzarse a devorar mi boca con auténtico frenesí.

8

¿Por qué tendría que besar tan endiabladamente bien ese hombre? Jadeé mientras su lengua se adentraba en mi boca y sus manos se ceñían a mi rostro para evitar que me alejara.

Y me habría alejado, de haber tenido un atisbo de dignidad propia le habría apartado de mi lado, de mis labios e incluso de mi alma por haberme dañado en el pasado, pero ¿A quien pretendía engañar? Seguía enganchada por una fina cuerda a mi pasado y deleitándome con aquel embriagador beso que me estaba proporcionando.

Para mi absoluto asombro le respondí, a pesar de que mi propio juicio no quisiera hacerlo acabe destruyendo aquella barrera que me había autoimpuesto, dejándome arrastrar por ese placer que Marco Olsen me proporcionaba

En el momento que sentí como sus manos bajaban recorriendo mi cuerpo jadeé en cuanto se ciñeron a mis nalgas y me apretó contra él.

—Me vuelves loco de deseo... siempre lo has hecho —jadeó en mi oído haciéndome contener la respiración.

«Erika, vuelve en sí. Estas en la puerta de un bar, con gente que entra y sale todo el tiempo y no eres una cría adolescente para dar el espectáculo»

—Será mejor que... —comencé a decir antes de que volviera a notar sus labios sobre los míos impidiéndome decir nada.

—Vayamos a mi casa —terció de pronto entrelazándome la mano y estirando de ella al mismo tiempo antes de que pudiera rebatir su respuesta.

¿A su casa?, ¿Ir a su casa?, ¿Realmente quería aquello con lo que eso implicaba?

«Dios sabe que lo quería por más que me lo negara»

—¿Esa es tu idea? —exclame de pronto frenándome en seco en cuanto avanzamos al menos veinte pasos alejándonos de la puerta de aquel bar y entrando en una zona de la calle algo más oscura y con menos tránsito de gente.

—Si lo prefieres podemos ir a un hotel —concluyó encogiéndose de hombros.

«La acabas de hacer buena» pensé en ese instante sintiendo como la ira salía de mi boca.

—¡Mira que eres imbécil! —grité no importándome quien me escuchara—. ¿De verdad crees que me voy a acostar contigo? —proclamé a los cuatro vientos.

—Hace un momento parecías desearlo, al menos por como me respondías —contestó tan campante.

«Vale, ahí puede que tuviera razón»

—¿Qué te responda a un beso ya significa que voy a irme contigo a la cama?, ¿De verdad esa es tu forma de decirme que has cambiado y que te arrepientes de lo que hiciste? —ironicé riéndome sarcásticamente—. Pues menuda forma de mierda tienes para demostrarlo.

—Yo... no sé... pensé...

—Tu no piensas Marco Olsen —atajé—. Ese es tu problema, que nunca has pensado en lo que implica cada uno de tus actos.

Me di la vuelta para tratar de marcharme, pero sentí su mano en mi brazo intentando detenerme.

—Tienes razón —admitió y observé al darme la vuelta que tenía los ojos brillantes—. Contigo pierdo el sentido de la coherencia, pero no volverá a pasar.

—¿Qué no volverá a pasar? —pregunté intrigada.

—No volveré a presionarte, pero al menos dame una oportunidad — suplicó con un tono de voz extraño.

—¿Una oportunidad? —exclame ahora confundida.

¿Qué oportunidad quería que le diera?, ¿Es que no le había quedado claro?

—Déjame demostrarte cuanto me importas de verdad Erika. Dame la oportunidad de resarcirme del pasado y recompensarte por el daño que te hice. Solo una oportunidad de mostrarte que lo nuestro no se terminó hace cuatro años, sino que aún sigue latente.

—Sabes perfectamente que ahora mismo estoy saliendo con...

—Lo sé —afirmó interrumpiéndome y soltando todo el aire que parecía estar conteniendo—, pero no voy a alejarme de ti. No pienso hacerlo ahora que te he encontrado.

¿Y si por más imbécil o cretino que fuera de verdad estaba arrepentido? Jasmine había dicho que estaba hecho una furia porque creía que Mijaíl solo se aprovecharía de mi y que yo valía demasiado para él... ¿Y si era verdad que estaba preocupado?, ¿Qué realmente sentía por mi mucho más que una simple atracción que provenía del pasado?

—Solo una —afirmé en ese momento sopesando todas las probabilidades de que aquello saliera mal y con ello terminar aún peor parada que hacía cuatro años.

La sonrisa que pude apreciar en el rostro de Marco hizo que se me encogiera el corazón y se acercó lentamente hasta mi, pensé que me besaría, de una forma suave y dulce, pero no. Junto su frente con la mía sin dejar de observarme y provocando que mi nariz rozase la suya, que su aliento se mezclara con el mío y tuviera que ahogar un leve gemido.

—No necesito más —susurró antes de aspirar profundamente como si estuviera inhalando mi perfume.

La alarma sonó el lunes a las siete de la mañana como cada día de lunes a viernes y literalmente la estrellé contra la pared solo que la muy condenada

siguió sonando y no tuve más remedio que levantarme.

—Eso me pasa por comprar chismes buenos —refunfuñé mientras la apagaba y la dejaba sobre la mesita de noche.

Aún no me podía creer que el fin de semana hubiera sido tan sumamente corto, ¿Qué digo corto?, ¡Si casi ni me había enterado de que había pasado! De no ser porque ahora tenía un lío monumental en la cabeza sobre qué hacer o no respecto a Marco y a mi supuesta cita con Mijaíl para precisamente mantener mi tapadera casi diría que aún seguía viviendo en viernes.

—¡Menudas ojeras traes! —exclamó Jasmine en cuanto me senté a su lado ya que habíamos decidido estudiar juntas para esa asignatura concreta, o mejor dicho... que mi amiga me ayudase ya que tenía mejores nociones que yo respecto al tema—. ¿Es que se te ha acabado el corrector?

—Ja, ja —me reí en su cara—. He dormido fatal... ayer tenía resaca y estuve tirada en el sofá dormitando casi todo el día, así que anoche tenía menos sueño que un murciélago y me dormí de madrugada.

—Así que saliste de fiesta... ¿Poniéndole los cuernos a Mijaíl? —preguntó de forma sarcástica y hasta la miré extrañada porque era muy raro que Jasmine hiciera ese tipo de bromas.

—Me da a mi que el embarazo te está sentando muy bien —sugerí—. Eso, o es que estás probando todas las posturas del kamasutra con tu *Alex* —susurré sonriente.

—¡Erika! —gritó sonrojada y supe que había acertado a la pregunta.

—¡Así que es eso! —chillé sin poder evitarlo—. Pues hija... disfruta tu que puedes que yo estoy en modo sequía.

—Pues será porque quieres ya que a mi me da que tienes a dos muy bien dispuestos —respondió evitando mirarme.

—Para el caso es como si no tuviera a ninguno —confirmé seriamente—. Casi puedo afirmar que ninguno de los dos pretendería nada serio, sobre todo ese príncipe infernal.

—Te recuerdo que fuiste tu la que una vez me incitó a meterme en la cama

de Alessandro si tenía bastante claro que solo sería sexo.

«Si... lo recordaba perfectamente» Doña consejos que nunca se los aplica.

—¿Me estás alentando a meterme en la cama de Rashid? —exclamé atónita no creyendo que Jasmine dijera algo así—. ¿Te recuerdo lo que te hizo?

—Vamos Erika, parece que le guardas tú mas rencor que yo misma a pesar de que a ti no te hizo nada.

—Eso de que no me hizo nada es relativo... —susurré mirando hacia otro lado.

—¿Me vas a contar alguna vez que fue lo que pasó entre vosotros? —insistió por enésima vez respecto a ese tema.

Quizá ya era el momento de confesarlo, me había negado a revelarlo solo por la vergüenza que ello implicaba y porque decirlo en voz alta era como dejar que aquello me afectara más de lo que en realidad era.

—La noche que acudí como su acompañante a esa gala porque tú estabas trabajando, Mijaíl me besó.

—¿Te beso? —exclamó Jasmine algo confusa—. ¿Y ya está?

—En realidad no solo iba a ser un beso, la situación fue a más y me propuso ir a su hotel —confesé algo apenada—. Sabía que tú aún estabas enamorada de Alex y que no le querías a él, estaba valorando la idea de decirle que si, incluso casi recuerdo como estaba mandando al cuerno todos mis protocolos y normas para acostarme con un tío cuando soltó que su chofer me traería a casa pronto para que tú no sospecharas nada.

—No... —negó Jasmine atónita.

—Si... —afirmé doblemente al hacer el gesto afirmativo con la cabeza—. Le envié literalmente a la mierda y le dije que me iba a casa. ¡Me sentí una completa estúpida!, ¡Pretendía que tu no te enteraras cuando sabía perfectamente que eras mi mejor amiga!

—¡Que fuerte! Aunque también hay que entender que Mijaíl no me quería,

solo deseaba casarse conmigo por el bien de su país, pero eso no justifica su comportamiento. Por más primo mío que sea, se comportó como un cretino.

No pude evitar reírme porque Jasmine definiera cretino a Mijaíl, de hecho, comencé a derramar incluso lágrimas por no poder dejar de hacerlo.

—Anda, vamos a estudiar que a este paso no aprobará ninguna de las dos...

—Yo creo que no tengo salvación, ¡Esto es un peñazo! —contesté mirando los apuntes y la cantidad de temario que tenía que entrar en mi cerebro—. Tantas leyes me van a sacar los sesos del cerebro.

En esta ocasión la que comenzó a reír fue Jasmine y al menos tuve que agradecerle al príncipe maldito que la primera hora de estudio fuera mas liviana.

—Entonces para que yo me aclare, ¿Vas a ir a cenar el viernes con Marco y el sábado te vas a París con Mijaíl? —exclamó Jasmine mas perdida que un ocho.

—Eso parece —contesté dando un mordisco a la manzana que había cogido del frutero mientras ella se servía un zumo en uno de los descansos que habíamos hecho.

—¿Vas a salir con los dos a la vez? —insistió Jasmine aún anonadada.

—Técnicamente no estoy saliendo con ninguno —afirmé dando otro mordisco, porque era cierto, realmente no estaba saliendo o conociendo a ninguno de los dos.

—¿Y como llamas a eso si son citas en ambos casos? —insistió encogiéndose de hombros y llevándose el zumo a los labios para dar un gran sorbo.

—Solo voy a... disfrutar del tiempo —contesté encogiéndome de hombros puesto que no pensaba hacer otra cosa.

—Ya... del tiempo y de lo que no es tiempo —ironizó mirándome fijamente como si tratara de descubrir algo más en mi mirada.

—No me voy a acostar con ninguno —afirmé para concienciarme yo

también al respecto—. Al menos no hasta que se lo merezcan —concluí sonriente.

—La madre que te parió Erika... —dijo quitándome la manzana de la mano ante mi asombro—. Tu vas a terminar muy mal, te lo digo yo —añadió amenazándome con el dedo índice antes de darle un mordisco.

—¡Que era mi manzana! —exclamé algo sonriente porque técnicamente no era mía.

—Se siente, no hubieras cogido la última y me ha dado antojo...

Quizá Jasmine tuviera razón, quizá no era una buena idea tener citas con ambos a la vez teniendo en cuenta que ninguno me beneficiaba, pero tenía una razón para hacerlo; no tenía nada mejor que hacer.

Y en el peor de los casos, ¿Qué podría pasar? Dudaba que pudiera enamorarme del príncipe maldito o que mi rencor hacia el innombrable se esfumase tan veloz como el viento. No, definitivamente quizá dentro de lo absurdo, consiguiera aprender algo más que aún desconocía de los hombres, sobre todo, de aquellos que eran unos auténticos cretinos.

—Respira —me dije mirando mi reflejo en el espejo del baño cuando estaba completamente maquillada y peinada para mi cita—. Solo es una cena, una simple cena como si fuerais dos viejos conocidos —insistí para tranquilizarme, cosa que no funcionaba ni por asomo, pero tal vez conseguía engañar a mi cerebro o, mejor dicho, a mi corazón acelerado que sabía que en escasos momentos volvería a tener frente a mi al innombrable de nuevo.

Ataviada con un vestido color champagne algo ajustado, salí de casa tomando un coche de alquiler para ir al restaurante donde habíamos quedado.

Empezaba a sopesar que era una mala idea, una malísima idea... ¿Qué podía salir bueno de todo aquello? Vale que era mejor que quedarme en casa viendo una triste película deprimida y sola, pero igual corría menos peligro que acudiendo a aquella cita con el hombre que hacía cuatro años me había hecho derramar más lágrimas que viendo la película de Titanic.

«Es el mejor amigo del marido de tu amiga» medité pensando que tal vez,

podiera sacar una relación cordial y medianamente sociable de todo aquello, al menos eso favorecería a Jasmine y Alex.

En cuanto entré en el restaurante y paseé la mirada por todo el local, le descubrí sentado observando pacientemente la carta de vinos mientras parecía hablar con el camarero que le atendía personalmente. Su pelo lucía perfectamente en su sitio como si se hubiera echado litros de laca, algo que por experiencia sabía que no hacía porque siempre estaba suave y con movimiento, iba perfectamente ataviado con un traje gris y chaleco a juego. Ni tan siquiera abandonaba la formalidad fuera del trabajo... él era así, siempre había sido así y en otra época me encantaba... ¿ahora? Ahora me hacía enardecer la sangre casi como una adolescente.

—Buenas noches —pronuncié al llegar a la mesa y seguidamente me quité el abrigo negro que llevaba puesto.

—Increíblemente hermosa —contestó mientras se levantaba y se acercaba a saludarme.

«Maldito fuera el creador de perfumes masculinos tan puramente excitantes» pensé mientras su aroma me embriagaba hasta nublar mi juicio, de hecho me agarré a la mesa para no tambalearme y recé porque no se hubiera dado cuenta de cuánto me afectaba.

—Gracias —respondí por inercia solo para no parecer estar idiotizada.

—Por un momento dudé que finalmente vinieras —contestó sentándose de nuevo.

—Te dije que vendría —afirmé no revelando que había tenido realmente mis dudas sobre cancelar aquella cita por miedo a no saber controlarme a mi misma.

«La carne es débil y yo lo sabía perfectamente por más que tratara de hacerme la fuerte»

—Cierto, pero después de no verte por la oficina en toda la semana, pensé que me estabas evitando de nuevo.

—Es que he estado liada organizando uno de los archivos —dije

evitando mirarle mientras me colocaba la servilleta y seguía con mi argumento, que después de todo no era mentira, pero era cierto que me había tomado mi tiempo en hacerlo solo para que precisamente él no me encontrase —. Quizá por eso no nos hemos cruzado por los pasillos.

—Si, probablemente —contestó antes de que volviera el camarero con la botella de vino que debió haber pedido y Marco lo degustaba para después aprobar la elección.

—¿Te gusta el vino? —preguntó algo contrariado y supuse que lo hizo porque cuando estuvimos juntos yo era menor y aún no tomaba alcohol.

—Si —contesté con una vaga sonrisa—. Me gusta el vino.

—Imagino que hay muchas cosas que tendré que descubrir —dijo mirándome a los ojos y yo cogí la copa para evitar responderle—. Brindemos.

—¿Por qué? —pregunté alzando la vista de nuevo.

—Por este reencuentro —concluyó antes de chocar la copa y llevarla hasta sus labios.

Le imité en aquel gesto, lo cierto es que el vino estaba exquisito, casi tanto como aquellos labios de pecado que parecían querer llamarme a gritos.

—Y dime, ¿Has tenido alguna novia durante estos años? —pregunté observando la carta.

—Nada serio, ni estable —contestó sin pensarlo—. ¿Y tú?

—Salí con un par de chicos antes de entrar a la universidad, pero después me centré en los estudios —dije sin pensar—. Hasta ahora, claro —añadí recordando a cierto príncipe.

—¿Llevas mucho tiempo saliendo con Rashid? —preguntó como si realmente tuviera interés en ello.

—No tanto —concluí sin especificar porque no sabía exactamente que responder a esa pregunta.

—No tanto como para que hayas aceptado venir a cenar esta noche conmigo, ¿verdad? —insistió.

—¿Qué es lo que quieres saber Marco? —pregunté cerrando la carta de

golpe y retándole con aquella pregunta.

—No puedo evitar sentir celos de él y más aún cuando sé que no te conviene, Erika —susurró—. ¿Es que me vas a culpar de eso también?

Sus ojos brillaban y mi garganta se reseco por completo. En aquel momento no sabía que responder, ni tampoco como actuar... así que bajé la mirada esperando que un rayo de lucidez llegara para iluminarme...

—Yo decidiré qué me conviene y que no, Marco —contesté tras meditarlo varios segundos más tarde—, soy la única dueña de mi vida y de mis actos —añadí para dejarlo lo suficientemente claro.

9

—Está bien —contestó deslizando su mirada hacia la carta y entendí que ahí se había acabado toda la conversación referente al príncipe maldito.

El resto de la cena fue tranquila, dedicándonos a hablar sobre todo de Jasmine y Alex para luego pasar sobre gustos musicales o los lugares de moda que había en la ciudad actualmente e incluso sobre colecciones de arte moderno.

En cuanto llegamos al postre me di cuenta de que se me había pasado volando toda la velada y lo cierto es que no quería que se acabase, Marco había conseguido que me sintiera cómoda de nuevo y aparcar a un lado el pasado momentáneamente.

—¿Que te parecería ir mañana a visitar la galería de arte moderno? —preguntó mientras le daba un bocado al coulant de chocolate que acababa de pedir—. Según tengo entendido es sobre un nuevo fotógrafo bastante bueno que realiza fotos artísticas de desnudos.

—¿Mañana? —exclamé pensando en mi supuesto viaje exprés a París—. No puedo, tengo un compromiso.

—¿Pasado mañana? —preguntó como respuesta.

—No sé si estaré en la ciudad —contesté vagamente porque daba por sentado que volvería, pero quizá lo hiciera demasiado tarde.

—No insistiré entonces —contestó con cierto pesar y sentí algo de remordimiento.

—Podríamos ir el lunes si aún sigue estando —dije esperando que

entendiera que no trataba de evitarle.

—¿Eso significa que quieres volver a verme? —preguntó observándome detenidamente.

—Aún tendré que determinarlo, de momento solo es una cita con un amigo para visitar una galería de arte —contesté sonriente y me mordí el labio.

—Mentirosa —contestó llamando al camarero para pedirle la cuenta.

—¿Mentirosa? —exclamé—. De eso nada.

—Deberías recordar con más frecuencia que sé cuando mientes... —susurró mirándome fijamente.

En aquel momento miré hacia otro lado para no admitir que tenía razón, que lo cierto es que quería volver a verle, tener de nuevo una cita con él y averiguar si de verdad había cambiado, si era cierto que estaba arrepentido del pasado y tenía la necesidad de saber si seguía sintiendo algo por mi.

En cuanto salimos de aquel restaurante comenzamos a caminar sin rumbo fijo hasta que llegamos a varias calles secundarias menos transitadas sin darnos cuenta y alejadas del bullicio de bares y restaurantes que habíamos dejado atrás.

La primera gota rozó mi mejilla y miré hacia el cielo. Estaba acostumbrada a la lluvia ligera en Londres ya que era muy habitual, pero en aquel momento Marco me cogió la mano y comenzó a tirar de mi mientras corríamos y la lluvia pasaba de ser ligera para convertirse en una tormenta que nos estaba empapando.

Nos refugiamos en un pequeño soportal de un edificio algo antiguo y comencé a reír tras verle completamente mojado y su perfecto peinado se había esfumado, aún así estaba increíblemente sexy.

—Vamos a pillar una pulmoni...

Antes de poder terminar la frase Marco se lanzó sobre mis labios y la mezcla del agua con su sabor era exquisita. Su mano derecha rozaba mi mejilla mientras que la izquierda me apretaba contra él y no pude evitar alzar las

manos para enredarlas en su cuello y atraerle aún mas hacia mi.

Jadeé en su boca y en aquel instante su lengua invadió mi cavidad bucal buscando aquel encuentro con la mía que se produjo instantáneamente ante aquella imperiosa necesidad de su contacto. Mordí su labio por puro placer y escuché un leve gemido por su parte.

—Me vuelves loco —susurró deslizando sus labios por mi cuello y llegando hasta mi oído—. Siempre lo hiciste bella flor.

En ese momento gemí al sentir el roce de su lengua en mi oído y deslicé mis manos hasta su pecho, navegando entre su abrigo hasta encontrar la apertura necesaria y llegar hasta su camisa, la cual desabotoné ligeramente y metí mis manos entre la fina tela para sentir el contacto de su piel. Estaba firme tal y como lo recordaba, probablemente se seguía machacando en el gimnasio como tiempo atrás y me moría por volver a ver aquel físico desnudo que aún podía vislumbrar en mis recuerdos.

Noté como sus dedos se deslizaban sobre el tejido del vestido mientras rodeaban mis caderas y finalmente se ajustaban a mis nalgas apretándome contra la pared. El sonido gutural que emitió su garganta determinó que estaba completamente pérdida en aquel mar de sensaciones que se aglutinaban en mi cerebro y porqué no decirlo en mi sexo, que se moría literalmente porque lo tocara.

«Joder, joder, joder» jadeé en mis pensamientos mientras mordí literalmente su hombro al notar como una de sus manos se deslizaba bajo la tela del vestido color champagne y recorría suavemente la media hasta llegar al ligero donde rozó la piel desnuda de mis muslos. Siguió ascendiendo suavemente al mismo tiempo que me daba pequeños besos en el cuello y en el momento que rozó con sus dedos mi clítoris sobre aquella fina prenda de encaje no pude evitar contener la respiración.

—No me pidas que pare ahora, preciosa —susurró haciéndose hueco entre la prenda y deslizando sus dedos entre los pliegues de mi sexo haciendo que jadeara al instante.

—No pares —contesté en el mismo tono mientras me lancé a sus labios con voracidad sin poder evitarlo.

En el momento que deslizó abriéndose paso a mi interior grité en su boca y como respuesta añadió un segundo dedo que me hizo morir de placer sin dejar de masajear mi clítoris. En aquel momento me importaba un cuerno estar en un lugar público a pesar de que fuera una zona poco transitada y carente de iluminación, lo único que quería era extasiarme de aquello que me estaba abrasando.

—¿Quieres más? —preguntó apartándose un segundo de mi boca.

—¡Joder sí! —exclamé en un susurro ahogado y noté un tercer dedo adentrándose dentro de mi tan profundamente que exploté de placer contenido, de ese placer que llevaba más de dos años y medio sin que nadie me proporcionara.

Mi respiración aún no era del todo acompasada cuando noté como sus labios se unían de forma suave a los míos y no pude evitar responder. Era como si agradeciera que le hubiera permitido dejarle tocarme.

—Llevaba años soñando con volver a tocarte —susurró—. Vamos... te acompañaré a casa.

¿Sería una estrategia para que le invitase a pasar la noche? Lo cierto es que ganas no me faltaban, pero sabía que no podía dejarle entrar de nuevo en mi cama sin que me demostrara su arrepentimiento y aún no tenía claro si alguna vez podría llegar ese momento.

«Tal vez mis propias autodefensas estuvieran desmoronándose ante mis propios deseos» pensé meditando con lo que acababa de pasar.

Para mi sorpresa Marco no intentó entrar, ni tan siquiera sugirió tomar una última copa o hacer mención alguna sobre mi apartamento, se limitó a acompañarme hasta el portal y una vez entré me detuvo antes de acercarse de nuevo a mis labios de una forma suave, sin pretensiones, como si con ello me estuviera diciendo que quería ir despacio, sin prisa pero sin pausa y no sabía si eso me aterraba aún más, porque podía luchar contra la idea de que fuera un

imbécil, pero no si era un caballero.

«Mierda, mierda, mierda» me repetía una y otra vez mientras dejaba salir el agua de la ducha después de haberme quedado completamente desnuda nada más entrar en el apartamento.

¿Por qué le había dejado?, ¿Por qué no le había frenado? Me preguntaba una y otra vez mientras seguía maldiciendo el hecho de haberle permitido tocarme tan íntimamente. Me había dicho a mi misma que no pensaba acostarme con él, y aunque aquello no es que hubiera sido “sexo” tal cual, le había permitido llegar demasiado lejos, mucho más de lo que en un principio me había autoimpuesto.

Marco me había roto el corazón en el pasado, de una forma cruel y despiadada, hasta el punto de que había tardado años en recomponer aquellos pedacitos que quedaron resquebrajados y lo cierto es que si debía ser realista, hoy en día seguía juzgando mal al género masculino por culpa de aquella experiencia.

No quería creerle, o más bien no lo deseaba porque, aunque era incapaz de alejar todos esos sentimientos de mi, no podía negar que aún permanecían bajo aquella capa me había creado yo misma para ocultarlo.

—Tengo que alejarme de él —susurré mientras cerraba el grifo y me pasaba las manos por el cabello para aclararlo—. Tengo que encontrar la manera de que no me afecte tanto.

En el fondo casi agradecía la distracción que Mijaíl iba a proporcionarme al día siguiente, es más, necesitaba precisamente aquello, algo que me hiciera no pensar en él, en lo ocurrido y mucho menos en lo que podría llegar a ocurrir si no era capaz de frenarme a mi misma en mi deseo.

Cuando apagué la luz de la habitación comprobé que se había iluminado la pantalla del teléfono y lo cogí por inercia, probablemente serían mensajes del grupo de mis amigas con los planes para ese fin de semana a pesar de que ya les había mencionado que estaba demasiado liada. La sorpresa fue que no eran mensajes de ellas, sino un mensaje de un teléfono que no tenía agendado y

que tampoco tenía idea de donde diantres lo había sacado porque yo no se lo había dado todavía, hasta el momento nos habíamos comunicado por email porque precisamente no quería tener esa cercanía o dependencia.

Marco Olsen

«No he podido resistirme y he cogido tu teléfono de la base de datos de la empresa, espero que no te moleste, pero necesitaba decirte que me ha encantado volver a estar contigo. Buenas noches, bella flor»

—No voy a responder —susurré dejando el teléfono sobre la mesilla de noche y mirando en la oscuridad al techo—. No lo haré.

Pero la pantalla volvió a iluminarse y a pesar de contar hasta treinta y prohibirme mirarlo, lo cogí sin poder evitarlo pensando que habría añadido algo más a ese mensaje. Lo cierto es que me moría de la curiosidad por averiguarlo y me sorprendió que no fuera él, sino Mijaíl el autor del otro mensaje.

Mijaíl Rashid

«Te recuerdo que mañana tenemos una importante cita a la que no puedes faltar. Pasará a recogerte un coche a las seis en punto y confieso que ansío enormemente ver tu hermoso rostro de nuevo.

Atentamente. M.Rashid.»

¿Ver mi hermoso rostro de nuevo? Me costaba trabajo imaginar a un Mijaíl tratando de ser cortés en lugar de directo y sin rodeos e inevitablemente rememoré aquellos ojos verdes envueltos en ese rostro seductor de tez morena que haría que cualquier mujer cayera rendida a sus pies.

¿Sería yo una de esas tantas mujeres de la larga lista de Rashid?

—Ni de coña —me dije a mi misma en voz alta en mitad de aquella habitación completamente oscura.

Aunque no podía negar que sentía por ese hombre un deseo infernal que ningún otro me había provocado... miento, ningún otro salvo Marco Olsen.

Esa era la razón de que siguiera con aquel maldito juego, bueno, esa y que no quería que Mijaíl confesara que le había utilizado solo para darle celos a Marco.

«Deja de poner excusas banales Erika» medité.

Era consciente de que si acudía a aquella cita con Mijaíl era simple y llanamente porque quería, no porque tuviera pavor a que Marco se enterase de que realmente no tenía ninguna relación con el príncipe. Quería descubrir que me hacía sentir, quería saber si era capaz de encontrar un solo hombre en el mundo que me hiciera redescubrirme de nuevo a mi misma y a esa parte que Olsen se había encargado de enterrar.

Algo en mí me decía que ese hombre era el príncipe maldito y que lo que veía en aquellos ojos verdes no solo era una promesa de puro deseo carnal sino algo más... tenía que averiguar que era ese “algo más” que tanto me intrigaba en él desde el primer momento en que le vi.

«Voy a matar a mi madre» pensé mientras me pasaba con una destreza absoluta la máscara de pestañas.

Me había costado años hacerlo así de rápido sin terminar como un oso panda, pero al menos resultaba eficiente cuando tenía prisa.

La alarma comenzó a sonar. La había puesto a las seis en punto precisamente para estar alerta y aún estaba en ropa interior y con el vestido sobre la cama para evitar que se arrugase.

—La puntualidad no es una de mis virtudes —susurré mientras me soltaba el pelo y lo alborotaba un poco para que la onda cogiera volumen.

Lo cierto es que me habría esmerado más si mi madre no me hubiera entretenido al teléfono como hace siempre para contarme los últimos chismes de las mujeres de alta sociedad.

«Cómo si a mi me importara mucho que mariflower se divorciara de no se quién hombre de negocios porque éste le había puesto los cuernos. ¡Que

novedad!» pero entendía que ella vivía de que esas mujeres fueran a su salón de belleza y como no; mi madre era lo más cotilla del mundo mundial.

«Mas me vale que no se entere que salgo con el príncipe maldito por muy falso que sea todo el montaje o me la lía por no contarle nada» jadeé pensando que Jasmine había salido en alguna revista de prensa de esas que mi madre tenía por los salones de belleza.

En cuando salí por el portal vi el coche al otro lado de la calle esperando y me pregunté si Mijaíl estaría o no dentro de el. La incógnita se resolvió cuando el chofer me abrió la puerta y al entrar comprobé que no había absolutamente nadie. En cierta forma había querido que estuviera, quizá porque me gustaba esa chispa inaudita que él siempre tenía y porque no se amilanaba con cada una de mis bordes contestaciones.

—¿Dónde vamos? —pregunté observando que salíamos de la ciudad.

—Al aeropuerto señorita —contestó amablemente el chofer respondiendo a mi pregunta.

«Lógico idiota, si vas a París no es que vayas a cruzar el mar montada en una limusina» pensé siendo realista.

Comprobé que no entramos al aeropuerto, sino que el vehículo en el que iba entró al aeródromo privado y se paseó por la pista hasta llegar a un avión más pequeño que los comerciales. Sin duda debía ser el de Rashid, ese hombre tiene que nadar en billetes para tener un avión así solo para él y sus caprichos.

No era tonta, sabía la cantidad de millones que costaba algo así y el lujo en el que vivía el príncipe maldito... no sabía si me enfurecía más que fuera podridamente rico o endiabladamente guapo.

«Quizá fuese la mezcla justa de ambas cosas»

—Hemos llegado —mencionó el chofer mientras vi que bajaba del asiento del conductor y daba la vuelta para abrirme la puerta de la limusina—. El señor Rashid la está esperando —añadió justo antes de inclinarse y señalar el avión.

—Está bien... gracias —contesté algo nerviosa.

¿Por qué tenía que estar nerviosa si para él todo aquello era normal?

«Ya claro, pero Rashid se monta en ese avión día sí, día también y yo en mi puñetera existencia he volado en primera clase, menos aún en un avión privado de lujo»

Me agarré firmemente a la escalera porque con lo que me temblaban las piernas era capaz de caerme escaleras abajo y cuando llegué me recibió con halagos a la azafata encargada de asistir el vuelo.

—Le confirmaré al piloto que podemos despegar —añadió sonriente y pensé que volaría sola, que por alguna circunstancia Mijaíl ya se encontraba en París y tendría que pasar todo aquel trayecto en solitario.

—Definitivamente el verde te sienta muy bien —profundizó esa voz que me hizo ser consciente de que no iba a estar sola en aquel trayecto, sino que él estaba allí.

Alcé la vista y me percaté de su presencia. Estaba sentado con lo que parecía ser un periódico entre las manos e inmediatamente lo dejó a un lado y se incorporó avanzando hacia mí.

—Pensé que volaría sola... —susurré sin poder pensar más allá al contemplar la camisa demasiado desabotonada que el príncipe llevaba.

«Joder Erika... piensa en otra cosa que no sean los pectorales del príncipe maldito» Nah, era imposible... había descubierto una impecable tableta de chocolate marcada a través de la fina tela y ahora resultaría imposible quitar esa imagen de mi cabeza el resto de la velada.

—¿Y perderme una hora y media de tu compañía? —exclamó colocándose a unos centímetros de mi rostro de forma que acarició suavemente con los dedos la mejilla—. Estaría aún más loco si lo hiciera —susurró antes de colocar sus labios en la comisura de los míos, tan sumamente cerca que a punto estuve de jadear como toda respuesta.

—¿De verdad? —exclamé cuando la cordura volvió a mi cerebro—. Yo pensaba que me detestabas, de hecho, si mal no recuerdo...

—Cssh —siseó acariciándome el brazo y me atrajo hacia él mientras avanzaba hacia atrás—. No vamos a París a recordar cosas que por una u otra circunstancia ocurrieron, vamos a disfrutar de este momento y de que tú y yo estamos aquí ahora.

«Mal... muy mal empezamos» jadeé en mis adentros mientras el roce de sus manos era cada vez más cálido y comenzaba a sentir una palpitación inexplicable al mismo tiempo que un calor abrasador entre mis piernas.

«Esto me pasa por llevar años sin tener sexo con nadie y después se planta este bombón andante así como así por las buenas»

¿Cómo iba a lograr resistirme y salir impune ante algo así? Era imposible, definitivamente ya estaba ardiendo en el infierno.

10

—Siéntate por favor. Ponte cómoda —dijo con aquella voz sensual.

¿Tal vez sea su acento árabe lo que le hace ser tan sumamente atractivo? Fuera como fuese, ese hombre respiraba sensualidad por cada poro de su piel, y eso ya lo sabía incluso antes de conocerle.

—Gracias —contesté mientras me quitaba el abrigo que llegaba solo hasta la cadera cubriéndome así los hombros y el escote del vestido.

Me abroché el cinturón y en menos de cinco minutos ya estábamos sobrevolando la ciudad. Sin esperas, sin demoras, sin soportar a ningún bebe llorando o niño incordiando...

«Podía acostumbrarme a esto fácilmente» pensé por inercia.

—¿Champán o cava? —preguntó sorprendiéndome una vez que el avión estaba en fase crucero.

—¿Celebremos algo? —No pude evitar contestar con otra pregunta.

—Desde luego —afirmó e hizo un gesto a la que supuse sería la camarera que se acercó sonriente.

—Champán —tercié en respuesta y ésta asintió mientras se iba a lo que supuse sería servir las copas—. ¿Y qué celebramos? —pregunté mirándole directamente. Estaba sentado frente a mi, ni tan siquiera había hecho un vago intento por abotonarse la camisa hasta arriba, sino que parecía cómodo, relajado... como si realmente estuviera despreocupado.

—Que tú y yo hemos hecho llegado a un acuerdo —contestó manteniendo la mirada fija en la mía de forma que aquello hacía que mi piel se erizara por

completo.

—¿Eso qué significa? —pregunté algo incómoda.

—Que por fin nos hemos puesto de acuerdo en algo —sentenció.

—O más bien, me chantajeaste —refuté recordando sus palabras exactas.

—Siempre he sido directo, así que lo diré sin rodeos —dijo sin que su voz temblara—. No voy a negar que me gusta lo que veo y me gusta bastante.

—¿Debo sentirme halagada? —exclamé con cierto tono de ironía—. Porque te recuerdo que intentaste seducir a mi mejor amiga después de engañarla con las mismas palabras y quizá a medio mundo ya que nos ponemos a recitar...

—Culpable —confesó con una vaga sonrisa de la que pude apreciar una perfecta dentadura de anuncio para pasta dental ¿Por qué puñetas todos tenían los dientes perfectos? —pero tenía una razón justificada.

—Bajo tu percepción —admití retándole.

—Me debo a mi país, eso esta por encima de mi propio deseo, sea éste el que sea.

—¿Y no es agotador? —pregunté observándole con cierto pesar en su rostro.

—Puede llegar a serlo —admitió desviando la mirada hacia la ventanilla del avión—, pero no tengo elección al respecto.

«Yo no voy a ser una más de tu larga lista de amantes Mijaíl» Me daban ganas de decir en voz alta, pero era incapaz de que la voz saliera de mi garganta.

La camarera volvió con la bandeja donde se encontraban las copas de aquel líquido dorado y Mijaíl cogió ambas ofreciéndome una.

—Por una velada perfecta en la que ambos disfrutemos —dijo antes de chocar su copa con la mía.

—Desde luego yo pienso disfrutar —dije antes de llevarme la copa a los labios.

—En este caso no hay intereses de por medio —dijo de forma que llamo

mi atención y alcé la vista para contemplar aquellos ojos tan verdes que obnubilaban el juicio de cualquier mujer.

—¿A qué te refieres? —pregunté contrariada delineando cada suave curva de su rostro hasta fijarme en aquellos sensuales labios rosados.

«Dios... si es que encima besa la mar de bien»

—Tu belleza es absolutamente embriagadora y definitivamente me siento atraído hacia ti —confesó con esa voz arrebatadoramente masculina y ese deje sensual que solo un príncipe árabe en este caso podía tener.

Mi garganta estaba seca y casi podía decir que se me había olvidado respirar. No me había esperado una confesión tan directa, mucho menos tan aparentemente sincera, ¿Qué demonios iba a contestar yo ahora?, ¿Cómo se supone que debía salir airoso de algo así?

«Que me aspen si no me daban ganas de tirarme encima de aquel cuerpo infernal y saborear de nuevo aquellos labios al mismo tiempo que tocaba esos pectorales firmes que tanto deseaba palpar»

—Vamos a dejar algo claro —dije apartando la mirada porque sino sería imposible decir aquello que tenía que decir—. Ni yo aceptaría jamás tus costumbres, ni tu las mías.

—¿Qué tiene eso que ver con pasarlo bien? —exclamó sonriente.

—Yo no soy la aventura de una noche de nadie, por muy príncipe que seas en esos títulos que te corresponden —contesté secamente.

—La primera vez que acudiste a una gala conmigo no me dio esa impresión —dijo como si estuviera estudiándome detenidamente.

—Que nos besáramos no significaba que me fuese a acostar contigo —mentí, porque en aquel momento estaba tan sumamente embriagada que lo habría hecho sin pensar.

—¿De verdad? —exclamó acercándose peligrosamente de forma que podía notar además de su cercanía el olor de su perfume con matices de madera e incienso.

«Calma Erika... respira por la boca»

—Por... sup

Mis palabras murieron en la boca porque antes de poder acabar la frase sus labios besaban de forma suave y delicada los míos, tan puramente sensual que me derretía febrilmente entre sus brazos a pesar de estar sentada.

«Si... definitivamente sabe a gloria divina, bendita, celestial, paradisiaca... gloriosa; simplemente inaudita.

Sus labios se deslizaban sobre los míos como una danza sensual a la que ambos nos acoplábamos a la perfección. Sabía que debía frenar aquello, realmente en lo más profundo de mi ser lo sabía, pero que me aspen si no lo deseaba fervientemente. Tanto, que me estaba dejando arrastrar por mi propio deseo y mi juicio se había ido a freír puñetas.

Noté como la suavidad de sus manos bajaba por mis brazos ciñéndose a mi cintura y apretándome contra él, atrayéndome hacia ese cuerpo candente con el que en más de una ocasión me había permitido el lujo de soñar despierta. En ese momento fue inevitable deleitarme al tocar aquel pecho tan firme, tan duro, tan... varonil.

Definitivamente Mijaíl era deseo carnal, pleitesía en estado puro y lo sabía desde el mismo instante en que le conocí. A pesar de saber que su mundo estaba muy lejos de encajar en el mío, era inevitable sentir aquella atracción infernal hacia el príncipe maldito. Por más egocéntrico, ególatra, mísero y misógino que fuera al mismo tiempo... él conseguía que olvidase todo... todo salvo aquel deseo irrefrenable lleno de pasión e incitación al pecado más ínfimo.

—No... —susurré apartando levemente el rostro rompiendo así cualquier contacto con aquellos labios—. No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —Su voz casi era un jadeo, como si le costase trabajo decir aquello

—¿Importaría eso cuando la respuesta sigue siendo la misma? — mencioné tratando de alejarme de su lado y mirar hacia la ventanilla.

En estos momentos lo ideal habría sido salir corriendo, pero teniendo en

cuenta que me encontraba en un avión privado básicamente a solas con él, no es que tuviera muchas opciones. ¿En qué bendito momento he aceptado su chantaje? No me había dejado alternativa, pero lo cierto es que ahora no estaba tan segura de no sucumbir a su tentación.

«La carne es débil» me repetí mentalmente.

—Solo quiero saber si tu rechazo es por ese abogaducho con cara de pato o solo son convicciones que te has autoimpuesto a ti misma.

En ese momento giré rápidamente el rostro para contemplarle. Estaba serio, demasiado a mi parecer y aquello era extraño teniendo en cuenta que Mijaíl se lo tomaba todo con demasiada ligereza. Dudaba que yo le importara y menos aún que pudiera herirle mi rechazo... pero al verle así, tuve un cierto atisbo de duda al respecto.

—¿Para qué quieres saberlo? —Me aventuré a preguntar antes de confesar la verdadera razón de mi negativa.

—Normalmente suelo tener el control de la situación, o al menos lo intento —dijo apartando la vista—, pero en tu caso siempre resulta todo lo contrario y eso... me desconcierta.

—Pues bienvenido al mundo real —confesé con una vaga sonrisa cruzándome de brazos—. Donde las cosas no salen como uno las planea. Apuesto a que tu gran idea era seducirme esta noche y que tienes una lujosa habitación de hotel reservada en París a la que pensabas llevarme después del concierto.

—Touché —respondió y por un momento mi pulso se aceleró. No sabía si por saberlo de antemano o por confirmar lo evidente, pero saber sus intenciones premeditadas no provocaba que me sintiera peor, sino que incluso podía casi afirmar que me atraía aún más por su insensata sinceridad.

—¿Debo recordarte que solo accedí a venir porque me chantajeaste? —insistí de nuevo en ello.

—No me importan las razones por las que has accedido a venir, lo único que me importa es lo que yo te hago sentir.

«Respira... respira o se va a dar cuenta que de verdad te altera» pensé tratando de mantener la mirada en aquellos ojos tan verdes que definitivamente eclipsaban al mismísimo sol.

—No sé de qué me hablas —Decidí salir por la tangente, evitar el tema cuanto más, mejor.

—Está bien, si quieres jugar a ese juego... juguemos. Quiero saber que significa el abogaducho ese con cara de pato para ti.

—¿Marco? —exclamé pensando que prefería mil veces contestar a eso que a predicar lo que él me hacía sentir—. Solo es alguien que forma parte del pasado.

—No formara tan parte del pasado cuando aún parece importante —insistió con ese ceño fruncido mientras me observaba fijamente estudiando cada ápice de movimiento en mi rostro.

—¿Esto es un interrogatorio?, ¿Que te importa a ti lo que fuera o dejara de ser Marco para mi? —exclamé alterada no comprendiendo su insistencia, ¿Qué más le daba a él?

—Contesta Erika, ¿Te importa? —insistió con cierta severidad que me hizo extrañarme de su comportamiento.

—¡No! —grité exasperada—. ¡No me importa! —mentí a medias porque en el fondo aún me importaba.

—Me gustaría creerte, pero no mientes muy bien que digamos... —susurró llevándose la copa a los labios—, aunque yo podría hacer que le olvidaras. Quise apartar los ojos, pero el roce de sus dedos en mi rodilla me lo impidió—. Dame una noche... solo una noche y te lo demostraré.

—No creo que... —comencé a decir.

—No tiene porqué ser hoy, ni tampoco mañana... pero al menos dime que lo pensarás. —Se atrevió a decir antes de que pudiera negarme a ello.

¿Pensar en acostarme con él? Gracias, creo que ya lo he hecho unas cuantas veces en mis pecaminosos sueños. Probablemente solo era una estrategia más de arrastrarme a su cama bajo algún pretexto, pero había algo

en su mirada, en su semblante, que resultaba extraño. Algo en él era diferente y no sabía definir el qué exactamente.

—Puedo ser paciente... —dijo ante mi silencio cogiéndome la mano—, y esperar lo que haga falta...

En aquel momento mi corazón tembló, y no lo hizo como otras veces por su simple belleza o esa peculiar forma de ser tan adulador... sino que simplemente me estremecí porque supe que era verdad, que era capaz de esperar.

¿Donde estaba el imbécil cretino que había conocido hasta ahora?, ¿Donde se había ido el Mijaíl directo y adulador que siempre había sido? Comenzaba a pensar que el verdadero hombre... el que existía bajo toda aquella fachada pública, nunca lo había conocido realmente y quizá estuviera rascando sin saber como la superficie de aquella piel que lo envolvía.

—Lo pensaré. —Fue toda mi respuesta a pesar de admitir al mismo tiempo que sí sentía algo por Marco todavía.

Debía admitir que en cierto sentido lo deseaba, aunque la única razón por la que me negaba a acceder era el simple y llano motivo de que no quería que otro hombre se aprovechara de mi. Quizá pagué el error con uno y había crucificado a todos el resto de mi vida. Por más que tratara de convencerme de lo contrario, en el fondo sabía que Mijaíl solo buscaba una noche de placer, un simple encuentro para matar aquella atracción o deseo sexual que reconocía existente entre ambos y después si te he visto no me acuerdo. Era más que obvia su razón de todo aquello, aunque lo cierto es que se estaba tomando demasiadas molestias en ello para la imagen que tenía proyectada sobre él, pero quizá solo se tratara de un simple juego, uno que desde luego pretendía ganar él. La cuestión era otra, una bien distinta, ¿Cuánto podría afectarme a mi implicarme de aquel modo?, ¿Podría dejar parte de mi corazón implicado en ese encuentro?, ¿Podría ser capaz de tener una noche desenfrenada con aquel príncipe árabe sabiendo que no sería nada más que aquel simple encuentro? De alguna forma ese hombre me afectaba más allá del raciocinio, no sabía si

era su sensualidad, su erotismo o su forma directa que hablar la que me hacía que me temblara hasta el mismísimo pulso, pero no tenía demasiado claro que mi corazón no se viera afectado si se llegaba a dar el caso.

Eso me aterraba, me había prometido a mi misma no volver a dejarme atrapar de nuevo por un hombre que me volviera a partir el corazón y allí estaba. En un avión privado con un príncipe árabe que afectaba demasiado a mis vulnerables hormonas y por otro lado me había liado la noche anterior con el culpable de que hubiera tomado aquella decisión y casi caigo en la tentación de volver a meterme en su cama. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Me complace saberlo —susurró cerca de mi oído de tal forma que sus palabras fueron como una caricia para mis sentidos.

¡Dios! Ese hombre tenía sensual hasta la voz... definitivamente exudaba sexo hasta por los poros de la nariz.

—Sigo sin entender algo de todo esto —dije cerrando los ojos debido a que él seguía rozando con su nariz suavemente mi mejilla. Como si supiera que manteniendo el contacto de aquella forma, pondría a prueba mi propio sentido común para estar en la cuerda floja.

—¿Que? —preguntó ante mi impasible silencio y pude notar la calidez de su aliento en mi oído provocándome escalofríos hasta en lo más profundo de mi ser.

—¿Por qué perder el tiempo conmigo cuando no obtendrás nada, si puedes tener a cualquier otra dispuesta en tu cama? —exclamé con voz suave sin ningún rodeo.

—No deseo a ninguna otra. —Fue toda su respuesta justo antes de dar un cálido beso en mi cuello, tan cerca de la oreja que hizo que me estremeciera de puro placer.

«Eso no me lo creo ni viéndolo»

—Déjame dudarlo —contesté lo más firme posible a pesar de que le estaba dejando hacer lo que quisiera.

—¿Que necesidad tengo de mentirte? —preguntó con calma, como si le

pareciera normal que no le creyera—. ¿En alguna ocasión he dejado de ser sincero o he tratado de engañarte?

—No... —negué admitiéndolo.

En realidad él siempre había sido directo, sin dar rodeos y sin necesidad de fingir lo que no era. Al menos siempre había sido así conmigo. No me había prometido la luna si me acostaba con él, ni un futuro idílico... había sido más que claro desde el principio que sería una simple aventura que no iría más allá de un simple encuentro.

—En este momento solo deseo una cosa. —Volvió a susurrar—. Y la tengo delante de mí.

Sus fugaces labios volaron hacia la mitad de mi cuello, donde probablemente el pulso estaría más acelerado de la cuenta y él mismo podría darse cuenta al palparlo. No podía moverme, no podía más que permanecer estática y cómplice de cada uno de sus movimientos. No supe si fue por mi nula reacción o por la calidez del momento, pero sus labios fueron descendiendo hasta que posó aquellos labios justo en mi escote, en el hueco que había entre mis pechos y debía admitir que se sentía tan sumamente bien que no deseaba que parase.

«Válgame el señor... va a ser una noche demasiado larga» pensé en lo más profundo de mi alma.

En aquel momento noté su respiración contenerse y poco a poco volvió a erguirse sin rozarme, sino que mantenía sus manos lo suficientemente alejadas de mí como para no tocarme.

—Pero te he prometido no tocarte hasta que tú lo desees... y siempre cumplo mi palabra pase lo que pase —dijo cogiendo la botella de champán para rellenar de nuevo las copas a pesar de que la mía aún estaba por la mitad.

En otra ocasión hubiera pensado que trataba de emborracharme para ver si así sucumbía antes a la tentación, pero por otro lado era consciente de que él sabía que ejerciendo un poco más de presión con las palabras adecuadas podría ser suya con plena predisposición. Mijaíl podría ser engreído y

prepotente en más de una ocasión, pero era un seductor nato. Si algo debía tener claro es que para mi, él no era indiferente... la cuestión era otra, ¿Por qué decidía ser paciente?

Me consideraba alguien experimentada, una mujer con la suficiente trayectoria como para intuir lo que piensan y cómo actúan los hombres, pero definitivamente con él estaba completamente perdida, más que perdida estaba simplemente extraviada sin encontrar el rumbo, ni la forma de proceder. ¿Por qué iba a fijarse en mi un príncipe multimillonario que puede tener absolutamente todo?, ¿Qué sentido tenía que él perdiera su tiempo esperando a algo que quizá nunca llegase?, ¿Por qué razón perdía su tiempo tratando de acostarse conmigo pudiendo tener a cien mil mujeres a sus pies con solo chasquear los dedos? Yo era consciente de eso y el hecho de que dijera que solo me deseaba a mi solo me hacía querer aceptar aquello, pero la parte racional que había dentro de mi ser, me decía que aquellas palabras eran producto de alguien que las citaba a sabiendas de que así conseguiría antes su objetivo, aunque por otro lado sabía que aquel príncipe de ojos verdes no tenía la necesidad de hacerlo. Mijaíl no era de los que jugaban a las estrategias absurdas para conseguir su objetivo, prefería ir sin rodeos y directo hacia lo que anhelaba.

«Pero jamás fue sincero con Jasmine, trató de engañarla» decía la parte racional que había en mi a pesar de que conmigo nunca se hubiera comportado de esa forma.

En aquel momento me di cuenta de que estaba dándole demasiadas vueltas. De que estaba analizando aquello con un fervor que nunca antes había hecho con ningún otro chico con el que me había acostado esporádicamente a pesar de que la lista no fuera muy extensa... entonces, ¿Por qué lo meditaba tan detenidamente si sabía que sería algo puntual y que probablemente no volvería a saber nada de él en el momento que accediera?

Y en ese preciso instante me di cuenta. No se trataba de un juego de poder en el que no quería permitir que nadie se aprovechara de mi como había

tratado de engañarme a mí misma. No. Había estado negando aquello desde el primer momento. Me podría dar mil excusas a mí misma antes de admitir la verdad más simple, brutal e innegable sobre lo que me estaba ocurriendo. Le quería. De alguna forma extraña, absurda y completamente irracional, una parte de mí misma se había enamorado de ese príncipe infernal y me daba miedo admitir que podía hacerme daño de formas inimaginables.

11

Cerré los ojos tratando de asimilar aquella información. Esa verdad que me había dado de bruces en la cara y que no sabía como gestionar porque, por más que en el fondo hubiese tenido ese sentimiento lo había oprimido y negado tanto que hasta yo misma me había engañado.

—¿Ocurre algo? —preguntó con evidente tono de preocupación—. ¿Te has mareado?

—No... no —negué rápidamente y abrí los ojos—. Estoy bien, es solo que me sorprende tu repentino interés.

—¿Repentino? —exclamó—. Creo que dejé bastante claras mis intenciones aquella noche que acudiste conmigo a la gala en Massachusetts. No voy a negar que me comporté como un cretino esa noche tratando de acostarme contigo a escondidas para que tu mejor amiga no se enterara, pero ¿Alguna vez te paraste a pensar en el riesgo que yo también corría si ella lo descubriría? Aún conociendo ese riesgo no me importó en absoluto intentarlo.

Nunca lo había pensado de ese modo, quizá porque siempre había creído que era un cerdo egoísta que solo miraba por sí mismo y que solo pretendía utilizarme como una más de sus conquistas.

—¿Y para que correr ese riesgo? —pregunté sin entenderlo.

Quizá buscaba respuestas que sabía que jamás encontraría por parte de él, pero aun así mi impulso era preguntarlo.

—Por esos ojos estaría dispuesto a correr numerosos riesgos. —Su voz era ruda y lo suficientemente sexy para dejarme en shock.

Mi respiración se pausó y el aire dejó de llegar a mis pulmones. Desde luego aquel hombre sabía como dejarme sin aire. Afortunadamente la azafata regresó sonriente y se llevó la botella de champán y las copas alegando que pronto aterrizaríamos en el aeropuerto de París, por lo que nos recomendó abrocharnos de nuevo los cinturones.

El silencio inundó de pronto la cabina del avión y por más vueltas que le daba a lo mismo haciendo una lista mental de los pros y contra que tenía aquel príncipe infernal, mi voluntad comenzaba a mermar cada vez que le miraba.

—Espero que tengas hambre porque he reservado en el mejor restaurante de la ciudad. —Su voz rompió aquel silencio repentinamente y casi agradecí que lo hiciera porque tenía un nudo en el estómago que no podía conciliar.

—Me muero literalmente de hambre —contesté tratando de apaciguar el ambiente.

Durante el trayecto hasta el restaurante, Mijaíl fue completamente cordial y se limitó a hablar de las veces que había estado en la ciudad por negocios y que París tenía algo que siempre te hacía querer volver.

En cuanto entramos en el restaurante vinieron a recibirnos personalmente para acompañarnos hasta una mesa algo apartada de las demás en una zona privada, aquello era absolutamente precioso teniendo en cuenta que era completamente acristalada y ya estaba anocheciendo, por lo que las luces de las velas que lo rodeaban daban una luminosidad perfecta y bastante romántica.

«Hay que reconocer que el príncipe maldito tiene buen gusto» pensé observando todo el lugar en su conjunto. Desde luego no podría haber elegido un mejor lugar.

—Adelante, siéntate —dijo apartando la silla y el hecho de que fuera todo un caballero me agradó.

—Gracias —comenté dejando el bolso a un lado y sintiéndome extraña por estar a solas con él en un lugar así.

—Si no entiendes algo de la carta, puedes preguntar abiertamente.

Personalmente te diría que no te puedes ir sin probar la “Soupe L’Oignon” y el “Canard á l’orange” porque aquí lo preparan exquisito.

—Tal vez si supiera que es, quizá lo pediría —susurré en voz baja y escuché su leve risa.

—Sopa de cebolla y pato a la naranja —susurró de la misma forma.

—Está bien —dije llevándome la copa de agua a los labios puesto que nos la habían servido nada más sentarnos.

—Vaya, si que ha sido fácil convencerte. Ojalá pudiera ser igual de fácil en otros sentidos... —Su tono seductor dejaba claras evidencias de a qué se refería exactamente.

—¿No habías mencionado que no presionarías? —Le advertí.

—Cierto —concluyó sonriente y dirigió la mirada hacia el camarero que estaba esperando a tan solo unos metros y que estaba pendiente exclusivamente de nosotros—. En ese caso me limitaré a conseguir que ésta noche desees volver a verme.

«¿Qué?» exclamé en mis adentros.

Lo cierto es que probablemente no necesitara hacer méritos para que lo deseara, pero en cuanto aquel hombre abrió la boca para comenzar a pedir los platos en un perfecto francés, me derretí literalmente.

¿Cómo demonios se podía ser tan condenadamente sexy? Definitivamente en la lista de pros y contra, comenzaban a ganar los pros con gran ventaja.

—No sabía que hablaras francés —dije en cuanto el camarero se fue.

—Hablo siete idiomas —contestó encogiéndose de hombros—. Nuestros acuerdos políticos son internacionales y tenemos demasiados negocios lo suficientemente peliagudos para utilizar interpretes.

—¿Siete?, ¿Pero siete de verdad? —contesté anonadada.

—Árabe, Inglés, Francés, Español, Alemán, Chino y Ruso —dijo sin darle demasiada importancia.

—¿Tú sabes el mérito que tiene hablar siete idiomas tan dispares? —pregunté completamente intrigada.

—Realmente los aprendí desde pequeño. Cada día de la semana me hablaban durante todo el día en uno de ellos. Tenía un profesor natal de cada idioma que me enseñaba todas las materias en su lengua desde que me levantaba hasta que me acostaba. Gracias a eso aprendía rápidamente.

—Debiste tener una infancia dura —contesté con pesar imaginando la situación de un niño tan pequeño sometido a tanta presión.

—Admito que no habrá sido como la infancia de cualquier otro niño normal, pero nací para ser lo que soy hoy... y me prepararon para lo que seré en el futuro.

Era evidente que había asumido cuál era su papel y nada ni nadie podría cambiarlo. Por un momento pensé en cómo podrían ser las cosas si él no fuese quien era o si yo simplemente hubiera nacido en su propia cultura. Éramos tan diferentes que quizá por esa misma razón se debía aquella inexplicable atracción mutua.

—¿Alguna vez pensaste que te gustaría ser si no fueras príncipe? —pregunté mirándole fijamente.

—Nunca me he permitido desear algo que sé que no podré tener. Así que nunca lo he pensado. —A pesar de sus palabras firmes y una especie de sonrisa al final, algo me decía que sí había algo que deseaba y no podía tener.

¿Quién no sueña en esta vida con lo que no se puede tener? Por más rico que fuera Mijaíl, increíblemente guapo o infinitamente poderoso... debía tener un punto débil, algo que deseaba y era consciente que jamás tendría en su poder.

—Eso no te lo crees ni tú —contesté firme—. Estoy convencida de que debe haber algo que sí desees y sabes que no podrás tener.

Para mi consternación comenzó a reír de forma casual y miró hacia otro lado.

—Es posible que tengas razón —dijo de forma suave—. Sí que hay algo...

Aquello me intrigaba. De pronto tenía unas ansias increíbles de averiguar

que podría desear Mijaíl siendo consciente que jamás lo tendría y supuse que en el fondo quería averiguarlo para convencerme de que era alguien con debilidades como cualquier otro ser humano, pero sobre todo porque quizá de esa forma, conociese al verdadero hombre que residía en su interior.

Jamás había esperado que la orquesta filarmónica de París fuese tan sumamente espectacular, y no solo por aquella música que era sencillamente un deleite, sino porque en aquella ocasión especial y con motivo de su centenario, el ballet de la ópera de París pondría sentido a esa melodía celestial con un programa especial que solo unos pocos afortunados tendríamos la oportunidad de ver.

—Dime algo... ¿Por qué decidiste traerme a mi? —pregunté cuando salimos finalmente de aquel teatro en el que habíamos mantenido un silencio casi sepulcral.

—No entiendo a qué te refieres —contestó una vez entramos en la limusina que nos recogía.

—Era un evento único, seguro que podrías haber sacado más partido de la velada si hubieras venido con alguien mucho más importante que yo.

—Me apetecía venir contigo, ¿Es suficiente para ti esa respuesta? —contestó de forma suave y paciente.

—No —negué. —Pero dudo que me dieras alguna otra respuesta que me convenciera.

Para mi desconcierto comenzó a reír de forma plausible y descarada, así que inevitablemente sonreí a pesar de la oscuridad que había dentro de aquel enorme vehículo.

—Desde luego eres demasiado inteligente y eso es algo que me gusta —confirmó tras calmar su risa unos segundos después.

—¿De verdad? —exclamé—, pensé que en tu país eso era algo secundario, teniendo en cuenta que coleccionáis esposas y solo importa que éstas sean hermosas.

—Creo que tienes un concepto demasiado errado de nuestras costumbres.

Aunque no puedo negar que la fama precede en muchas ocasiones, ¿Serviría decir en mi defensa que no aspiro ser un hombre así?

—Cuando lo demuestres con tus propias acciones, igual me lo creeré — dije cruzándome de brazos sabiendo que ese día jamás llegaría, porque aún consideraba a Mijaíl lo suficientemente superficial para saber que ninguna de sus esposas tendría un ápice de fealdad.

«Esposas» Esa palabra me causaba cierto pavor solo con pensarla. No podía terminar de asumir que en poco tiempo, aquel maldito hombre que tantas cosas conseguía despertar en mi interior y que muchas de ellas consideraba enterradas, tendría una mujer diferente en su lecho cada noche y que su corazón no pertenecería a ninguna de ellas, sino que sería de todas al mismo tiempo.

—¿Eres igual de estricta con todos los hombres?, ¿O me puedo considerar afortunado en ese sentido? —Su voz era alegre, como si realmente le gustase la idea de que lo tratase de esa forma.

—Admito que tú eres el que más me exaspera de todos, pero tienes la culpa por ser tan prepotente y... rico.

«Ni muerta pensaba decir “sumamente atractivo”»

Aquella sonora carcajada me relajó, sobre todo porque lo hubiera tomado con aquel humor a pesar de medio insultarlo.

—Nunca había pensado que tener dinero podría ser un impedimento para seducir a una mujer —concluyó con cierta cercanía.

«¿Seducir?, ¿Acaba de decir seducir?»

—¿No habíamos quedado en que no habría presiones? —exclamé—. Por cierto, ¿Donde se supone que vamos? —dije observando que llevábamos tiempo recorriendo las calles de la ciudad.

—Es difícil abstenerse cuando la tentación está tan presente —dijo en un tono sumamente seductor provocando que me estremeciera—. Dijiste que querías ver la Torre Eiffel y no te irás de aquí sin verla.

Justo en ese momento apareció ante mis ojos, completamente iluminada y

tan espectacular como la había divisado en fotos.

—¡Oh dios mío! —exclamé acercándome a la ventana por la que se veía mejor e inconscientemente había colocado medio cuerpo sobre el torso de Mijaíl, aunque no comencé a ser consciente de lo que acababa de hacer hasta varios segundos después.

—Jamás olvidé tu perfume —susurró tan cerca de mi oído que tuve que cerrar los ojos para esconder mi propio ardor—. Y mucho menos el sabor de tu piel en mis labios...

¡Porqué tenía que ser así!, ¡Porque era tan condenadamente atractivo!, ¡Era imposible no caer rendida a sus pies!

—¿Podemos subir? —Mi voz casi era entrecortada, pero definitivamente necesitaba aire o sabía que estaría completamente a su merced y me entregaría a él en aquella enorme limusina.

—Desde luego que sí —contestó abriendo la puerta del vehículo en cuanto este se detuvo tras sus indicaciones y después de salir, me tendió la mano para ayudarme a hacerlo yo como todo buen caballero que estaba mostrando ser.

Para mi sorpresa entrelazó sus dedos con los míos y estiró de mi mano para acercarnos al lugar. Era aún más impresionante desde abajo. Me sentía completamente pequeña, insignificante y comprendí que en cierto modo, Mijaíl me hacía sentir así debido a lo que él representaba... era alguien inalcanzable para mí.

—Si soy sincero, también será la primera vez para mí —dijo mientras entrábamos.

—¿De verdad no has subido? —exclamé sorprendida.

—Son pocas las veces que viajo por placer. Casi siempre que he estado aquí ha sido por negocios. —Sus palabras de alguna forma me generaban cierta tristeza y solo me apetecía contestar que me alegraba ser la elegida para descubrir la magia de ese lugar, pero por alguna razón, no lo dije.

Conforme iba ascendiendo apreté inconscientemente su mano debido a la

impresión de tanta altura. En cuanto las puertas se abrieron, se podía notar la bajada de temperatura y la corriente de aire que inundaba el lugar.

—¿Por qué no hay nadie? —pregunté al observar que éramos los únicos en aquel parador.

—Cerró hace media hora, pero llamé a algunos contactos y tenemos la Torre Eiffel solo para nosotros.

—¿Hay algo que se te resista? —contesté con una sonrisa mientras me acerqué al borde y divisé toda la ciudad alrededor... hasta donde las luces comenzaban a perderse en la lejanía, era absolutamente precioso.

—Tú. —Escuché segundos después cerca del oído y noté como su imponente figura estaba detrás de mi, rodeando mi cuerpo y apoyando ambas manos alrededor de las mías, evitando así que escapara de él.

Me di la vuelta lentamente, sabiendo lo que aquel hombre despertaba en mi interior, siendo consciente de lo que realmente deseaba hacer esa noche por más que me negaba a ceder ante mis propios impulsos, pero al menos tendría aquello. Era París, era la Torre Eiffel y aunque no fuera el príncipe azul, era príncipe de todos modos.

—¿Puedo pedirte algo? —pregunté algo nerviosa.

—Mientras esté en mi mano dártelo, por supuesto —respondió mirándome a los ojos.

—Quiero un beso. No un beso cargado de deseo, ni de lujuria, ni de anhelo, sino un beso de película. Un beso que represente la magia de este lugar.

Por un momento pensé que iba a reírse de mi, que simplemente soltaría una carcajada ante aquella petición infantil, aunque después intentara hacerlo.

Sentí el roce de su mano en la cintura haciendo que me acercase más a él y lentamente fue bajando su rostro hasta que rozó ligeramente sus labios con los míos. Ante aquel gesto abrí por inercia mis labios levemente, haciendo que estos encajaran a la perfección con los suyos, fusionándose en algo tan sumamente dulce que no podía evitar ser arrastrada hacia ese fulgor que nos

acompañaba. Mis manos fueron a parar a sus brazos, que seguían sin moverse de mi cintura sosteniéndome completamente extasiada. Definitivamente era un deleite, tan sumamente adictivo que no importaba nada más que no fuese él y yo en aquel instante.

Cuando sus labios se separaron lentamente de los míos, sentí que el aire llenaba de nuevo mis pulmones y abrí los ojos sopesando donde me encontraba. Mijaíl no se había separado de mi, sino que tenía su rostro demasiado cercano al mío, incluso escuchaba su respiración parcialmente controlada.

«Ese había sido sin el menor atisbo de duda al respecto, el mejor beso de toda mi puñetera vida»

12

—Creo que deberíamos irnos.

Aquellas palabras provenientes de Mijaíl me sacaron de aquel trance momentáneo en el que parecía incapaz de despertar.

—Si... claro. —Mis palabras sonaban lejanas, casi por inercia más que otra cosa puesto que en aquel momento no estaba segura de nada, ni tan siquiera de mi misma, de mis propios impulsos o incluso de mis propios pensamientos.

La percepción que tenía respecto a aquel hombre había cambiado, más que cambiado simplemente se había revelado ante mi como un libro abierto el cual no estaba preparada para leer y lo cierto es que me encontraba confusa, aún sentía algo por Marco, de eso no había duda, pero no podía evitar confirmar que también sentía algo por ese príncipe infernal y en esa tesitura me encontraba, sin saber hacia donde se inclinaba la balanza.

«Ninguno te conviene» me dije mientras dejaba volar mis pensamientos de regreso en aquel avión privado donde ya fuese por el cansancio o simplemente por la situación, tanto Mijaíl como yo guardábamos un absoluto y sepulcral silencio. Un silencio que se había prolongado casi desde aquel magnifico beso que habíamos protagonizado en el mirador de la Torre Eiffel y que me resultaba imposible no tratar de evocarle en mi recuerdo a cada instante.

Ni tan siquiera podría haber imaginado que hubiera una parte en él tan dulce, tan atenta y sencillamente conmovedora para otorgar aquel delicioso

beso.

No me gustaba por donde estaban adentrándose mis pensamientos y mucho menos aún; mis sentimientos. Sabía que estaban metiéndose en una tierra hostil de arenas movedizas en las cuales iba a hundirme sin bote salvavidas. Era consciente del batacazo que me iba a dar y aún así parecía querer jugar con el fuego que me quemaría.

«Sencillamente necesitaba poner distancia. Aclarar mis ideas. Ser consciente de aquella realidad» pensé en el momento que aterrizábamos y lo único que quería era llegar a casa para despejar mi maldita mente que no dejaba de dar vueltas.

—Espero que lo hayas pasado bien esta noche... —susurró una vez que estábamos dentro de aquel vehículo enorme que nos había estado esperando y solo faltaban minutos para que dejase de verle.

—He disfrutado mucho de la velada. Lo cierto es que ha sido fantástico y...

—Y aún me debes dos citas más —dijo antes de que acabara la frase y pensara que aquella no sería la última vez que le viese.

—¿Y qué pasará después de la tercera cita? —pregunté no queriendo saber la respuesta.

—Eso deberás decidirlo tú misma, Erika —contestó sin un atisbo de sonrisa en sus labios, como si aquel asunto fuera un tema serio a tratar.

Yo misma... ¿Qué demonios significaba eso? No respondí, únicamente asentí porque empezaba a intuir la respuesta...

«Convertirme en su amante si quería seguir viéndole»

La sola idea dolía, sobre todo porque yo no quería ser la “amante” u “otra mujer” de nadie, menos aún de él.

—Buenas noches Mijaíl —mencioné despidiéndome en cuanto sentí que el vehículo se había detenido y estábamos frente a mi edificio.

—No lo será si no la paso contigo—contestó observándome fijamente—, y menos aún si no pruebo de nuevo esos labios...

Se había acercado lo suficiente para sentir su aliento, para rozar su nariz, para acariciar sus labios y cerré los ojos sin poder controlarlo. Era injusto, no podía evitarlo, ni tan siquiera tenía la fuerza suficiente para lograrlo y antes de darme cuenta tenía mis manos enredando su cabello y apresando fuertemente aquella boca mientras su lengua se adentraba dentro de la mía tratando de deleitarme con su sabor.

Jadeé sin ser plenamente consciente por la sensación que aquello me provocaba, sencillamente mi cuerpo respondía a sus caricias derritiéndose ante su contacto como si fuese mantequilla entre sus candentes dedos.

Estaba segura de que sabía como dar placer a una mujer, de que debía ser un amante innato e incluso mi subconsciente me gritaba a pleno pulmón que satisficiera mi curiosidad de comprobarlo. Mis manos se deslizaron por su torso sobre aquella camisa de tejido suave comprobando la dureza que había bajo la tela e intencionadamente estiré para sacar la prenda de aquellos pantalones y metí mis manos bajo la prenda para tocar esa piel ardiente. Noté como su presión en mi boca se enfurecía haciendo que aquel beso fuera más intenso, con un ardor y pasión despiadada. Gemí en sus labios ante aquel gesto y por respuesta noté como sus manos bajaban por mi cintura hasta llegar a mis nalgas donde me alzó de forma que quedé sentada a horcajadas sobre él, teniendo completo acceso a su cuerpo...

El momento me recordó a otros tiempos, pero lo deseché rápidamente, ahora era diferente, la situación era distinta e incluso yo había dejado de ser la misma. Más madura, Más inteligente. Más... ¿Enamorada? Si, eso definitivamente.

Cuando su boca se deslizó hacia mi cuello noté sus dientes morder suavemente la carne en aquel lugar y jadeé de placer echando mi cabeza hacia atrás, permitiendo su contacto mientras lentamente se acercaba a mi escote hasta que finalmente noté como se acercaba, deslizando suavemente la prenda hacia abajo y posaba sus labios en aquella parte de mi anatomía.

—¡Dios! —exclamé sintiendo sus labios succionarme aquel pezón y

provocando que quisiera más, mucho más de aquello.

Le insté a hacerlo, era plenamente consciente de a donde podía conducir aquello, pero en ese momento me importaba todo un cuerno, lo necesitaba, aunque al día siguiente me arrepintiera de todo e incluso de mi propia existencia.

Sus dedos fueron acariciando mis piernas desnudas mientras su boca seguía provocándome oleadas de placer en mis senos, hasta que uno de sus dedos rozó levemente la cúspide del centro de mi ser. Fue tan sumamente suave que contuve la respiración y yo misma, de forma inconsciente, busqué de nuevo ese contacto.

—Eres absolutamente hermosa... —gimió volviendo a rozarme y jadeé en su boca buscando su contacto.

Necesitaba besarle de nuevo, tener otra vez aquellos labios sobre los míos y cuando lo hice noté como aquellos dedos se adentraban poco a poco de forma que sentía como me poseía con su mano.

«Definitivamente estaba agonizando y necesitaba liberarme de aquella agonía»

—No pares —susurré justo antes de volver a besarle y noté su movimiento de nuevo, como salía para volver a entrar mientras que con el pulgar rozaba mi clítoris suavemente haciendo que el placer fuese aún más intenso. En el momento que sentí venir aquella explosión de placer me abracé aún más a aquel príncipe maldito que me estaba llevando al puñetero cielo y mordí su labio de forma inconsciente por lo que estaba sintiendo en aquel momento. Solo cuando noté la sangre en mis labios me di cuenta de lo que acababa de hacer...—. Lo siento... ¡Dios! No se que me ha pasado... —dije refiriéndome a su labio.

—No sientas nada —susurró—. Yo desde luego no lo siento —añadió mirándome fijamente con aquellos ojos verdes llenos de deseo.

—Creo que es mejor que me vaya —contesté apartando la mirada. Si me quedaba allí solo era cuestión de segundos que terminara accediendo a

cualquier petición que me hiciera.

—Prometí que no te presionaría —susurró—. Pero después de esto, prefiero la muerte antes de esta agonía.

Alcé mi mirada de nuevo y le observé fijamente tras decir aquellas palabras, parecía frustrado e intuía porqué... pero en su mirada había un deseo inaudito que me embriagaba por completo, me hacía vibrar de placer como nunca lo había sentido.

—Necesito tiempo... yo no... no... —Ni tan siquiera me salían las palabras de la garganta.

—Eres tan consciente como yo de lo que sienten nuestros cuerpos —mencionó rozándome la mejilla—. Y también sabes que será inevitable que pase... aún así, te daré ese tiempo que crees necesitar.

No dije nada. Simplemente salí del vehículo porque me negaba a darle la razón, me negaba a afirmar que sencillamente me moría porque me hiciera suya o más bien era mi cuerpo el que lo hacía porque la única razón por la que aún no había sucumbido era el pequeño atisbo de juicio que todavía conservaba, esa pequeña parte que me decía que en cuanto lo hiciera, él se esfumaría de mi vida y volverían a partirme el corazón en dos.

A pesar del cansancio por estar toda la noche despierta no podía dormir. No podía dejar de pensar en todo lo ocurrido no solo esa noche con Mijaíl, sino en la anterior con Marco. Estaba tan confundida que era incapaz de aclarar mis ideas sin llegar a la conclusión de que realmente ninguno de los dos me convenía y que en el momento que inclinase la balanza hacia uno u otro lado terminaría dañada de nuevo.

En el fondo quería a los dos, de uno u otro modo, pero les quería a fin de cuentas. Aún sentía por Marco ese resquicio del primer amor fracasado y era imposible no verle sin pensar en lo que me hacía sentir, en esa sensación que recorría mi cuerpo de un sentimiento profundo por mucho que me negase al tener presente el dolor cuando me abandonó de buenas a primeras. Por otro lado Mijaíl me hacía vibrar, sentir emociones que había querido adormecer y

era muy consciente de la promesa de infinito placer que había en sus ojos y de la que estaba segura que recordaría el resto de mi vida si sucumbía a sus encantos.

«¡Dios!, ¿Qué demonios voy a hacer?» exclamé en lo más profundo de mi pensamiento mientras hundía mi rostro en la almohada.

Por más que me prohibiera a mi misma verlos de nuevo, sabía que en el fondo lo deseaba. Por más que me autoimpusiera no quererlos, era negar lo evidente... tal vez ninguno me convenía, pero mi corazón había decidido en lugar de la razón en ambas ocasiones.

Jamás pensé que podría sentir lo que sentía por el príncipe maldito y menos aún que todavía quedarán cenizas donde hubo aquel fuego entre Marco y yo. Los dos eran muy diferentes, pero al mismo tiempo tan iguales; unos completos imbéciles que me partirían el alma. Aunque a favor de Marco debía decir que ya lo había hecho y sabía cuánto dolía aquello.

—Tengo que olvidarme de ellos, ¡De los dos! —exclamé dándome la vuelta y mirando hacia el blanco y nítido techo de mi habitación—. Definitivamente ninguno me conviene, solo necesito a un chico inteligente, de buena familia, normal y con el que esté completamente segura de que no se quiere acostar conmigo para después salir huyendo o sencillamente no me enamore de él...

En algún punto concilié el sueño y horas más tarde escuché que sonaba el teléfono, así que lo cogí aún con los ojos cerrados y lo suficientemente somnolienta para no fijarme en quien era.

—¿Si? —respondí con aquel tono de voz algo quejoso.

—¿Erika?, ¿Estás bien? —La voz masculina me hizo despertar de pronto.

—¡Si! —exclamé y aparté el teléfono para ver el número. Se trataba de Jasmine solo que el que hablaba era Alessandro—. ¿Pasa algo?, ¿Es Jasmine?, ¿Está bien? —pregunté alterada.

—No. No —negó tranquilizándose y en ese momento respiré algo más tranquila. Me había imaginado lo peor sabiendo que estaba embarazada—. Es

solo que debo salir de viaje y aunque ella insiste en que no me preocupe porque estará bien, me sentiría más tranquilo si estuvieras aquí con ella esos días. ¿Podrías llamarla y convencerla de quedarte? Te lo agradecería infinitamente, de hecho no sabes cuánto te lo agradecería.

—Claro que si —confirmé sopesando que incluso hasta a mi me vendría bien pasar unos días con mi mejor amiga y entretener a mi mente en otra cosa que no fuera el dúo dinámico que representaban los hombres de mi vida—. La llamaré luego y me auto invitaré a tu casa —confirmé sonriente—. No creo que sospeche nada. Puedes estar tranquilo Alex —advertí con confianza.

—Te lo agradezco Erika. Si hay algo que pueda hacer por ti, solo tienes que pedírmelo —contestó con cierto alivio en su tono de voz.

—Tal vez en alguna ocasión —sonreí macabramente por si en la empresa se interponía en algún momento alguna piedrecita en el camino. Aunque en realidad hacer aquello para mi no suponía ningún esfuerzo, al contrario... sería un enorme placer pasar unos días junto a mi mejor amiga.

Tras llamar a Jasmine un par de horas después, me vi haciendo un macuto —que se reducía a llenar la mochila del gimnasio hasta reventar—, para unos días. En todo caso podría pasarme por mi apartamento una de las tardes al salir del trabajo aprovechando que estaba al lado, antes de volver a casa de Jasmine si el viaje de Alessandro se retrasaba.

—Menudas ojeras traes —terció Jasmine nada más abrirme la puerta y yo sonreí como si el comentario no me afectara.

—Tu también estás preciosa —confirmé soltando la bolsa del gimnasio en la entrada. No tenía ni idea en qué habitación me alojaría, pero no tenía ganas de ponerme a acomodar en aquel momento las cosas. Sencillamente estaba agotada.

—No quería ofender, es que cualquiera diría que llevas semanas sin pegar ojo, ¿duermes bien? —insistió Jasmine y vi como iba hacia la cocina abriendo la nevera para sacar algo. En aquel momento me entró un apetito atroz y me di cuenta de que apenas había tomado alimento en todo el día.

—Eso es porque volví de París casi al amanecer y después recibí una llamada de tu... bueno eso es lo de menos, el caso es que no he dormido nada. ¿Pedimos algo para comer? Tengo hambre...

—¿Mi primo? —exclamó Jasmine y vi la jarra de zumo que acababa de sacar entrándome de pronto una sed horrible—. ¿Tan bien fue tu cita con él?

Suspiré sin saber exactamente si contarle los detalles.

—¡Ay dios! —exclamé—. Estoy hecha un lío... —admití con pesar.

—Al final la consejera sobre asuntos de temas amorosos va a resultar que no tiene consejos para sí misma... déjame adivinar; te gustan los dos y no sabes cuál de ellos te gusta más.

¿Era bruja o es que me lo había escrito en la cara inconscientemente?

—¿Tú como sabes eso? —exclamé aturdida mirándola fijamente.

—Porque se veía venir. No había más que escucharte hablar sobre Marco y negar lo evidente para saber que al hacer lo mismo con Mijaíl solo podía significar que ambos te gustaban lo suficiente como para estar así de colgada por los dos.

—Pues ya que pareces saber tanto... dime, ¿Qué demonios hago? Porque sinceramente, no sé cuál es peor de los dos —dije levantándome y cogiendo uno de los vasos que acababa de servir para beberlo de un solo trago.

—Eso no te lo puedo decir yo, Erika. En realidad, no te lo puede decir nadie, sólo tú misma, pero estoy segura de que hay algo en uno de los dos que hace que te sientas diferente, que provoca algo en ti distinto e inexplicable y cuando te des cuenta sabrás por cuál decidirte.

—¿Y hasta entonces que quieres que haga?, ¿Qué me acueste con los dos para descubrirlo? —ironicé.

—¿Por qué, no? —exclamó y abrí los ojos mirando fijamente a mi amiga.

«A esta definitivamente las hormonas de embarazada le han afectado al cerebro y se lo han chamuscado»

—Porque... porque... ¡No sé porqué! —exclamé como si en el fondo tuviera moral en mi misma y sintiera que hacer eso estaba mal.

—¿No me aconsejaste tú precisamente eso con Alessandro? —exclamó y por alguna razón aquello me parecía muy diferente, pero tal vez solo fuera porque en aquella ocasión era yo la que lo estaba viviendo.

—Pero Alex te quería, aunque él no lo supiese —aseguré dando por sentado que ninguno de esos mequetrefes me quería, ¿desearme? Seguro que los dos, pero de ahí a que hubiese amor había una larga distancia.

—¿Y quien te dice que esos dos no te quieren? —preguntó como si pudiera existir esa posibilidad y yo solté una carcajada.

—No creo que ninguno de esos dos sienta algo más que atracción o pasión por mí —confesé dándole voz a mis pensamientos.

—Bueno, y si es así, ¿Qué más te da? Disfruta entonces del momento sabiendo que algún día terminará... creo que quieres tanto protegerte de que Marco te vuelva a hacer daño que no eres capaz de vivir el momento y temes tanto que Mijaíl pueda provocarte lo mismo, que te alejas de él. No voy a defender a ninguno de ellos, pero ¿Quién te dice que Marco no ha cambiado?, ¿O que Mijaíl te podría hacer que lo olvides?

Olvidarlo... justamente eso le había dicho. «Yo puedo hacer que le olvides»

—No puedo simplemente olvidar lo que Marco me hizo en su día, al igual que tampoco puedo obviar que con Mijaíl no llegaré a ninguna parte y que esa relación solo está destinada a que yo sea su amante o se canse.

—Deja de vivir de tus miedos Erika y comienza a disfrutar de la vida de verdad —mencionó Jasmine con tanta calma que me abrumó—. Te conozco lo suficiente para saber que todo ese caparazón que has creado a tu alrededor solo es un escudo para que ningún hombre penetre.

No lo iba a negar, no iba a negar algo que evidentemente era una verdad más grande que un templo por mucho que no quisiera reconocer. Tenía miedo de que me hicieran daño y aún más sabiendo que con casi toda probabilidad uno de esos dos hombres me lo haría.

—Sé que en cuanto me abra a ellos, en cuanto me atreva a sucumbir ante

uno de ellos, me hará daño y es algo que no podré perdonarme... —admití por primera vez en mi vida.

—Pero no vas a sentir lo que sientes por ningún otro. No lo has sentido hasta ahora —advirtió Jasmine como si supiera exactamente cuáles eran mis sentimientos, quizá porque ella misma había sentido lo mismo con Alex a pesar de que él era su tío y eso no le impidió derribar todos los impedimentos de su relación.

—Si... lamentablemente es así —confesé sabiendo que en todos aquellos años no había sentido por alguien lo que alguno de ellos me hizo sentir, es más, precisamente los únicos hombres que habían entrado en mi cama después de Marco era porque estaba lo suficientemente segura de que no les amaba.

—¡Pues acéptalo! —exclamó—. Acepta que puede ocurrir, prepárate para lo que pueda pasar. ¿Acaso crees que yo no viví con la incertidumbre cada vez que estaba con Alessandro?, ¿No recuerdas lo que sufrí hace unos años? Pero si volviera la vista atrás no cambiaría nada de lo que hice, porque todo ello me ha llevado hasta donde estoy ahora; a su lado —añadió haciendo una pausa—. Sé que si no lo haces, el tiempo pasará y te terminarás arrepintiéndote Erika...

—Aceptar que me puedan hacer daño... —susurré.

Era muy fácil decirlo, pero muy difícil asimilarlo.

Terminamos comiendo pizza en el sofá mientras Jasmine elegía una peli ñoña de bebés a la que no puse ningún reparo porque entendía que quisiera verla al estar embarazada, pero en realidad no era capaz de prestar atención porque mi mente no dejaba una y otra vez de dar vueltas a lo mismo y hacer una lista mental sobre los pros y contras de cada uno de esos dos hombres que me tenían el cerebro absorbido.

La conclusión fue absurda; quería una fusión de ambos. Los dos tenían algo que el otro no y que causaba efecto imán en mí.

Por un lado, tenía a Marco; me había roto el corazón en el pasado y aunque no pudiera determinar que tenía del todo la culpa porque mi padre no

había beneficiado a ello, sí que le podía recriminar su forma de actuar. Y al otro lado estaba ese príncipe infernal; que a pesar de haber tratado de engañar a mi mejor amiga y saber que solo podía convertirse en el polvo de una noche, eso no cambiaba el hecho de que también le quisiera.

El lunes se me hizo cuesta arriba en las últimas horas que estaba en la oficina, apenas veía la hora en la que se terminara la jornada para darme una ducha eterna, colocarme el pijama y abandonarme al abismo, aunque recordé que tendría que volver a casa de Jasmine hasta que Alex volviera en lugar de cruzar la calle para estar ya en casa.

Saqué el teléfono y vi que tenía un mensaje de mi mejor amiga diciendo que me esperaba en el hall de entrada para volver juntas, así que me levanté comenzando a organizar las cosas que tenía sobre la mesa para tratar de organizarme al día siguiente.

Escuché los golpes en la puerta y alcé la vista pensando que quizá se tratara de Jasmine que había decidido pasar por mi despacho en lugar de esperarme abajo, pero indudablemente no era ella, sino que me encontré con esos ojos almendrados que siempre habían mantenido un profundo brillo desde el día que le conocí.

—¿Se puede? —preguntó Marco entrando en el que era mi habitáculo porque no se si llegaba a ser despacho al tener dimensiones pequeñas.

—Creo que ya lo has hecho —dije guardando las últimas cosas en el bolso antes de colgármelo sobre el hombro.

En esos momentos no sabía porqué, pero la imagen de Mijaíl ese fin de semana me venía una y otra vez al recuerdo como si sintiera de alguna forma que había traicionado a Marco, ¿Por qué demonios me siento así? Yo no tenía nada con ninguno de los dos. Era alguien libre, sin ataduras y podía hacer o deshacer a mi antojo, entonces, ¿Por qué me sentía en cierta forma cohibida? Como si creyera que por alguna razón él pudiera descubrirlo a pesar de que sabía perfectamente que tenía una relación con Mijaíl y no pareció importarle inicialmente.

«Ya bonita, pero tu conciencia ahora te dice que estas jugando con dos fuegos al mismo tiempo y te vas a quemar tarde o temprano»

Lo cierto es que una cosa era que Marco pensara que tenía algo con el príncipe maldito sin ser verdad y otra bien distinta que ahora fuera real.

—¿Estás enfadada? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡No! —negué rápidamente—. Es que estoy muy cansada y Jasmine me está esperando abajo.

¡Le estaba evitando!, ¡Dios!, ¡Le estaba poniendo excusas para irme de allí pitando!

—¡Ah claro! Entiendo —Su tono de voz me dio cierta nostalgia.

—¿Querías algo? Llevo un poco de prisa, pero si solo querías decirme algo del trabajo puedes dejármelo sobre la mesa o mañana a primera hora de la tarde cuando vuelva.

—No. Realmente no se trataba sobre trabajo, sino más bien venía a verte por si te apetecía tomar algo luego, como quedamos en ver la exposición del fotógrafo que te comenté el viernes..., pero ya veo que tendrá que ser en otra ocasión.

—¡La exposición! —gemí no recordando en absoluto aquello—. Lo había olvidado por completo. Estaré en casa de Jasmine hasta que Alessandro regrese de su viaje por hacerle un favor, quizá tú puedas saber mejor que yo cuando vuelve, será mejor en otra ocasión. —No sabía si hacía bien en dejar la puerta abierta. Si en realidad seria una mejor opción negarme desde el principio y dejar que pasara el tiempo para aclarar mis ideas, pero algo me decía que eso no solucionaría las cosas y que quizá tendría que llegar hasta el fondo de todo para descubrir realmente qué quería o mejor dicho a quién quería más de los dos.

—Entonces te recogeré el jueves a la salida del trabajo —contestó con una vaga sonrisa y se acercó hasta mi lentamente sin dejar de observarme.

—¿Será algo formal o informal? —pregunté sin saber qué decir exactamente y atenta a cada uno de sus movimientos.

—Solo me interesa estar contigo un rato a solas. Tenerte únicamente para mí durante unos instantes, así que será lo que tú quieras que sea Erika. —Mi cuerpo tembló por un momento ante aquellas palabras suaves y casi sugerentes procedentes de esos labios pecaminosos. Antes siquiera de poder responder sentí el roce de su boca junto a la mía en un leve pero candente beso apenas fugaz.

—Tengo que irme —susurré antes de dejarme arrastrar por aquel mar de sensaciones que me embriagaban y porque de alguna forma no me estaba encontrando bien.

—Por supuesto, no te entretengo más —contestó alejándose levemente y con las mismas salió de allí sin mirar atrás.

Mientras bajaba en el ascensor viendo como el número descendía por cada planta hasta llegar al nivel cero, iba pensando en porqué infiernos tenía que pensar en el príncipe maldito estando con Marco si al revés no me había pasado...

«¡Mierda!» Gemí en mi interior.

«Ese jodido príncipe va a tener razón. Él podría ser capaz de hacerme olvidar a Marco» jadeé en mis pensamientos justo antes de que las puertas se abrieran y viera la silueta de Jasmine esperándome en el hall de entrada al edificio.

—¿Entonces el jueves vas a salir con Marco? —preguntó Jasmine mientras volvíamos en el coche particular que Alex había contratado para ella el tiempo que estuviera ausente por su viaje de negocios.

«Eso si es querer a alguien» pensé mientras determinaba si existían mas “Alessandro D’Angelo” por el mundo, desde luego ninguno de los que me había robado el corazón se parecía»

—No supe decir que no —admití encogiéndome de hombros—. Es como una fuerza superior a mi, como si necesitara saber si verdaderamente sentí algo por mi y lo nuestro hubiese podido funcionar, estoy loca, ¿verdad? —dije dando voz a mis pensamientos.

—Claro que no estas loca, creo que en tu situación estaría exactamente igual. Ya sabes que prefería mil veces intentarlo con Alex, antes que pasarme el resto de la vida arrepentida por lo que hubiera podido pasar.

Eso es cierto, supongo que si dentro de treinta años cuando echase la vista atrás y recordara este momento me diera cuenta de que no lo intenté por miedo me arrepentiría, porque era consciente de que ningún hombre me haría sentir lo que ellos provocaban en mi.

—Si... —susurré dejándome caer en el asiento—. Supongo que como bien dijiste ayer, con miedo no conseguiré nada y debo perder ese miedo a que vuelvan a dañarme.

A pesar de mi drama personal y la falta de concentración, había conseguido aprobar todos los exámenes, eso si, derecho había sido con un

aprobado raspado y eso que mi padre era abogado, pero era la más mujer más feliz del universo sabiendo que no debía volver a estudiar esas malditas leyes aplicadas a la edificación. Lo del refrán de tal palo tal astilla no iba conmigo, no me podía parecer menos a mi padre en ese sentido.

No había vuelto a tener noticias de Mijaíl desde el domingo de madrugada cuando me dejó en la puerta de casa después de aquel encuentro demasiado placentero y siendo sincera, me exasperaba no tener noticias suyas a pesar de que se suponía que aún tendríamos dos citas más de las cuáles no tendría idea alguna de cuando serían.

Me dije que probablemente era impaciente, que él debía ser un hombre infinitamente ocupado teniendo en cuenta que era un príncipe y que su agenda estaría repleta de eventos, viajes y seguramente una infinita lista muy extensa de mujeres esperándole.

¡Dios!, ¿Por qué tengo que pensar en eso? Pero era inevitable sentir una especie de celos incontrolables porque sabía que yo para él solo significaba una especie de reto, era consciente de la atracción que ambos sentíamos y seguramente para solo era una cuenta pendiente que saldar para tacharme de sus objetivos.

Por más que intentase hacerme a la idea de ello, de considerarme un objeto sexual para Mijaíl Rashid, era incapaz de negar lo evidente; que me moría de ganas por volver a verle, a besarle, a tocarle, a embriagarme de su perfume, a sentir de nuevo esas mariposas que revoloteaban en mi estómago y a que me hiciera olvidar absolutamente todo lo que existía a mi alrededor salvo a él.

«¿Que demonios me había hecho ese príncipe maldito?» pensé en el momento que comenzó a sonar el teléfono y comprobé que era mi padre.

Dudé un instante en cogerlo o no y recordé que la última vez que hablamos fue para enfrentarle con la información que había obtenido de Marco Olsen, aunque estuviera enfadada con él, era mi padre como buenamente me había recordado mi madre, así que descolgué la llamada para responder.

—Hola papá —dije sin ningún atisbo de emoción, sino tratando de parecer neutral.

—Quiero saber si es cierto que estás saliendo con el príncipe Mijaíl Rashid —contestó con un tono de voz que ligeramente rozaba el enfado.

—¿Qué? —exclamé casi en un grito.

¿A qué demonios venía esa pregunta?

—Te lo diré una vez más Erika y espero que respondas con la verdad. Tienes o no tienes una relación con el príncipe Mijaíl Rashid —insistió de nuevo en aquel tono severo que en otros tiempos habría conseguido asustarme e incluso comenzar a llorar de los nervios.

—Creo que soy lo suficientemente mayor de edad para que mi padre no se inmiscuya en mi vida privada, ¿no te parece? —repliqué evidenciando que ya se había metido demasiado en el pasado.

—¡No lo puedo creer!, ¡Erika!, ¡Te prohíbo que salgas con ese hombre! —gritó.

—¿Qué me vas a prohibir que salga con él?, ¿Y qué vas a hacer si me niego?, ¿Darle otra suma de dinero como se la diste a Olsen? Dudo que en esta ocasión te funcione alguna de tus artimañas...

No me lo podía creer, vale que fuera mi padre y que hasta cierto punto se preocupase, pero de ahí a prohibirme que saliera con Mijaíl... ¡Harta!; ¡Harta estaba de que quisiera controlar mi vida! Casi me daban ganas de decirle que era mi novio y que si no le gustaba se aguantase.

—Erika soy tu padre y sé lo que te conviene. Ese hombre precisamente no lo es, así que si quieres que siga financiando tus estudios y tus caprichos, te recomiendo que acabes ya esa absurda relación que no te llevará a ninguna parte. No pienso consentir que ese tipo se burle de ti, sabe perfectamente que una relación contigo no puede terminar en un buen fin porque nunca podría casarse con alguien como tú, así que solo te está utilizando. En ese momento fue como si en lugar de mi padre me estuviera hablando Olsen y la rabia corrió por mis venas.

—Quien te lo ha dicho —dije no contestando a su amenaza.

—Como haya llegado a mi la información no importa, es más, no quería creerlo pero es evidente que es cierto —contestó evitando mi pregunta.

—Dime ahora mismo quien te lo ha dicho o colgaré el teléfono y no volverás a saber nada de mi en lo que resta de tu vida —respondí en un tono tan serio que hasta yo misma creí posible hacerlo.

—Olsen —contestó mi padre y cerré los ojos susurrando una palabrota impronunciable.

¡Maldito fuera!, ¿Es que no iba a parar?, ¡Me iba a escuchar ese mequetrefe!, ¿Quién se había creído que era para irle con el cuento a mi padre?, ¡A mi padre!

Sentía como una furia interior comenzaba a resurgir hirviéndome la sangre.

«Juro que si aparece ahora mismo por la puerta le dejo sin cabeza del bofetón que le doy» gemí interiormente.

—Olsen —dije con cierta calma—. ¿Y desde cuando ese y tu sois amiguitos?

Teniendo en cuenta que la última vez que se vieron mi padre le amenazó con meterle en la cárcel si no me dejaba y le ofreció un cheque para que se alejara, no sé que demonios hacían viéndose a escondidas.

—Ayer vino al bufete para devolverme el dinero que le di hace unos años con intereses —soltó mi padre y de algún modo aquellas palabras parecían excusarlo, como si el mero hecho de que devolviera ese dinero cuatro años después le exculpara.

«Pues de devolverle el dinero como si así expiase su culpa a hablar sobre mi vida sentimental había un gran trecho»

—Y supongo que mencionar que estaba saliendo con Mijaíl fue casual, ¿no? —exclamé en cierto tono de ironía—. ¿Sabes qué? Ni me importa... tanto tú como Olsen podéis ahorraros vuestra preocupación y vuestro interés, porque haré lo que me de la gana —dije completamente enfurecida—. Y no te

preocupes por pagarme los estudios, era lo único bueno que hacías, pero ya encontraré quien lo haga no te preocupes —contesté antes de colgar y sentir como mi sangre enardecía de pura rabia.

¡Arg! No me lo podía creer. No podía creer que Marco hubiera caído tan bajo al ir con el cuento a mi padre solo para alejarme de Mijaíl, ¿Es que pensaba que así iba a conseguir algo? O mejor aún, ¿Acaso creía que no me iba a enterar?

Con la misma rabia acumulada atravesé el pasillo hasta llegar al ascensor y en ese momento descubrí que no tenía ni la más mínima idea de cuál era el despacho de Marco en las instalaciones D'Angelo, así que pulsé el último botón donde sabía que estaría Jasmine, quizá ella lo supiera.

—Buenas tardes Erika —sonrió Becky, la secretaria de Alessandro que estaba delante de su despacho, aunque él no estuviera en la oficina. La saludé pasando por su mesa para llegar al despacho de Jasmine aunque en aquel momento no me apetecía en absoluto fingir que estaba feliz.

—¡Buenos días Becky!, ¿Está Jasmine? —dije señalando el despacho de mi amiga y caminando hacia él solo por ser cortés.

—Salió hace un rato, tenía una reunión —contestó para mi desgracia y rechiné los dientes.

«Mierda»

—¿Por casualidad sabrás donde encontrar a Marco Olsen? Es un asunto urgente... —pronuncié con cierto tacto.

—Pues creo que se encuentra en la misma reunión que Jasmine si no me equivoco, pero su despacho está en la quinta planta, al final del pasillo donde se encuentra el departamento jurídico.

¡Adoro a esta mujer! Pensé mientras sonreía y le daba las gracias para encaminarme de nuevo hacia el ascensor y pulsar el botón de la quinta planta.

Quizá no estuviera en su despacho, pero me daba absolutamente igual... ese cretino iba a saber quien era Erika Battle y que hacía demasiado tiempo había dejado de ser una niña a la cual manipular.

Llevaba una falda ajustada hasta la rodilla con una ligera abertura bastante discreta y una camisa negra ajustada, así que me subí la falda hasta que la abertura llegó a la altura de mi ingle, dejando suficiente piel a la vista para llamar la atención y abrí la camisa hasta que pudiera ser visible el encaje del sujetador negro que llevaba en el mismo tono precisamente para que pasara desapercibido. No tenía idea de si en aquel despacho era posible que entraran otras personas que no fuera Marco Olsen, pero sinceramente en aquel momento no estaba para razonar demasiado, me senté sobre la mesa de su escritorio en la cual había un cartelito plateado con su nombre y lo cogí chasqueando con la lengua un sonido de repulsa mientras busqué la papelera más cercana y lo tiré desde donde me encontraba haciendo canasta. Solo esperaba que esa dichosa reunión no se alargara demasiado porque no quería que notaran mi ausencia.

Le había enviado un mensaje a Jasmine preguntándole algo sin importancia y cuando comprobé que estaba en línea y me contestó deduje que esa dichosa reunión habría terminado, así que revolví el cabello para que se viera más atractivo y lo coloqué a un lado justo cuando vi como se abría la puerta y efectivamente, Olsen me miraba de arriba abajo con un gesto de asombro y la boca abierta en señal de sorpresa.

—Si hubiera sabido que esto era lo que me esperaba tras la reunión, la habría acortado mucho antes —jadeó cerrando la puerta y dejándose caer en ella.

—He estado pensando que no podía esperar hasta mañana... —susurré—. Ya hemos perdido demasiado tiempo, ¿Por qué perder aún más? —advertí mordiéndome el labio inferior y observando ese rostro que a pesar de la rabia que me consumía debía admitir que seguía siendo igual de atractivo.

¿Por qué dios no lo podía haber hecho feo? Gemí en lo más profundo de mi ser.

—Yo pienso exactamente lo mismo —dijo cruzando la distancia que nos separaba y abalanzándose sobre mi, apresando mis labios en un beso

devastador que podría dejar a cualquiera sin aliento y mordí su labio con bastante fuerza—. ¡Joder Erika!, ¡Me vuelves loco! Eres adictiva —gimió intentando volver a besarme, pero en ese momento le coloqué un dedo sobre los labios y sonreí de forma sexy mientras él me observaba.

Lentamente le quité la chaqueta y la tiré al suelo, para comenzar a desabotonarle la camisa lentamente y aflojarle la corbata como si no tuviera ninguna prisa.

—Normalmente no me atrevería a hacer este tipo de cosas y menos en un lugar así, pero no sé que me ha pasado... —sugerí inocentemente—. Es como si algo dentro de mi hubiera tomado el control de mi cuerpo... —susurré mientras paseaba las manos por su pecho de piel ligeramente bronceada y torso curtido tal y como recordaba, definitivamente seguía acudiendo al gimnasio para mantenerse en forma a juzgar por aquellos pectorales.

—Sigue ese instinto. Sé que aún me deseas, que aún me quieres... lo veo en tus ojos.

En ese momento reprimí las ganas de pegarle una bofetada por ser tan sumamente creído, ¿En mis ojos? Si apreciara verdaderamente lo que veía en mis ojos era una rabia infinita por lo que había hecho.

—Si... aún te deseo —confirmé quitándole la camisa y dejándola sobre la chaqueta en el suelo—. No puedo evitarlo —confesé a medias porque muy en el fondo lo cierto es que era verdad.

Para su absoluto asombro le desabroché el cinturón y él mismo se quitó los zapatos cuando deslicé el pantalón hacia el suelo.

—No sé si esto es un sueño o verdaderamente estás aquí... he deseado tanto esto, te he imaginado tantas veces justamente en este despacho, teniéndote así para mí —gimió tratando de alcanzarme de nuevo para robarme un beso y le coloqué de nuevo un dedo en los labios para frenarle.

—Esto lo haremos a mi manera... o no lo haremos —dije con una vaga sonrisa.

—Desde luego —susurró completamente complacido así que le hice

sentarse sobre su silla y fui hasta donde había tirado toda su ropa para coger la corbata.

—Quiero demostrarte que ya he dejado de ser una niña —susurré inclinándome sobre él, que ahora soy toda una mujer —gemí mordiéndole el lóbulo izquierdo de su oreja.

—¡Joder! —exclamó mientras le indicaba que pusiera sus manos detrás de la silla para anudarle las muñecas con la corbata—. Nunca te vi como una niña, creía que eras mayor de edad en el momento que te vi y a pesar de ello estaba dispuesto a correr el riesgo.

—No lo tengo tan claro —chisteé cuando ya estaba bien maniatado—, desde luego no cuando siempre nos veíamos a escondidas para que nadie pudiera descubrirnos, en el fondo reconoce que te daba miedo.

—¿Qué? —exclamó cambiando de semblante y tratando de estirar las manos, pero comprobó que no podía hacerlo.

—Verás... creo que aún piensas que sigo siendo esa niñita estúpida y fácil de manipular como lo era entonces o de lo contrario no veo ninguna otra razón para irle con el cuento a mi padre de que estoy saliendo con Rashid —solté provocando que su rostro se volviera prácticamente blanco.

—Yo no... no...

—Tranquilo —dije abotonándome la camisa y bajándome la falda para parecer decente—. Te ahorrare tu excusa barata; pensaste que esa era la vía más fácil para deshacerte de Rashid y me importa un comino tu absurda preocupación o tus presunciones... seguramente creías que así sería mas fácil meterme en tu cama.

—Solo me preocupaba tu bienestar Erika, siempre me ha preocupado —contestó mirándome fijamente—. No fui allí con la intención de decírselo, solo iba a devolverle el dinero que me dio en su día porque no quería que eso fuera un impedimento entre nosotros, pero me advirtió que no me acercase a ti y una cosa llevo a la otra hasta que al final le dije que de quien se debía preocupar era de Rashid y no de mi.

—¡Es mi vida! —grité—. ¡Y estoy harta de que tanto mi padre como tú pretendáis manipularla a vuestro antojo! —exclamé aún más furiosa.

—¡Lo siento! ¿vale? —exclamó tratando de llamar mi atención—. Se que la he jodido y no tengo disculpa al respecto, ¡Pero me da rabia que no seas capaz de ver que ese idiota solo pretende aprovecharse de alguien como tu! —escupió ofuscado.

—Pues te dejaré tranquilo para que recapacites y aprendas cuáles son tus límites Olsen. No soy nada tuyo, tal vez lo fui en el pasado, pero desde luego no lo soy ahora para que vayas de alma caritativa preocupándote por mi —dije recogiendo la ropa que había en el suelo y colocándomela sobre el brazo cuidadosamente.

—¿Qué haces?, ¡No me puedes dejar aquí!, ¡No puedes irte así! Te ordeno ahora mismo que me desates y me devuelvas mi ropa —mencionó completamente serio y enrojecido probablemente ante la impunidad por estar maniatado.

—¿Me lo ordenas? —exclamé enseñándole los dientes en una sonrisa de inocencia—. Pues observa y aprende lo bien que te obedezco —contesté abriendo la puerta y marchándome de su despacho cerrando suavemente la puerta y alejándome por el pasillo con la cabeza bien alta.

Me importaba un bledo quien le encontrara en aquella vergonzosa situación y más aún con el cargo que ostentaba, pero era el mejor amigo del dueño de la empresa, no es que le fuesen a despedir por aquello Al menos esperaba que hubiera aprendido la lección y que él no era nadie para entrometerse en mi vida o en mis asuntos de índole personal.

Ahora no tenía ni la menor idea de qué iba a hacer, quizá mi padre dejase de pagar mis estudios, tal vez Marco después de lo ocurrido moviera algunos hilos para que me echaran de la empresa y eso significaría que debería abandonar el pequeño apartamento que ocupaba, probablemente mi vida tal y como la conocía se había acabado en los últimos dos minutos por el rumbo que había decidido tomar, pero al menos tenía algo claro; habían sido

decisiones propias y no había dejado que nada ni nadie, decidiese mi destino.

No podía creer que lo hubiera hecho, ¡Lo había hecho! Pensé mientras volvía de dejar la ropa de Marco Olsen en mi apartamento y caminaba de nuevo hasta mi oficina sin poder dejar de tener esa sonrisa nerviosa todo el tiempo.

Al parecer nadie había notado mi ausencia, todos parecían estar demasiado ocupados en un nuevo proyecto que tenían que presentar al jefe a su regreso, de ahí que yo hubiera quedado relegada a un segundo plano y nadie apreciara mi ausencia, ni tan siquiera Jasmine que parecía andar bastante ocupada. Estaba pendiente de si el rumor por encontrar a cierto abogado desnudo en su despacho llegaba hasta la planta donde yo me encontraba, pero una vez terminada la jornada laboral, me quedé con esas ganas y cuando vi a Jasmine distraída al teléfono esperándome en el hall de entrada al edificio, supe que ella tampoco sabía nada.

«Igual la estrategia no había salido tan bien como yo pensaba, pero creo que le había quedado suficientemente claro que no iba a permitir que me manipulara»

Por descontado estaba, que al día siguiente no pensaba tener ninguna cita con Marco Olsen y a juzgar por la situación con ningún hombre en general. Me quedaría en mi apartamento viendo una película mientras reprimía mi apetito sexual con una hamburguesa bien grande acompañada de patatas fritas.

—¡Perdona! Era Alex, al parecer ha cogido un vuelo a última hora y llegará de madrugada, pero puedes venir a casa igualmente ya que tienes allí

todas tus cosas —comentó Jasmine en cuanto colgó el teléfono.

En ese momento valoré la posibilidad de quedarme esa noche en mi apartamento e ir a por mis cosas otro día, después de todo estaba segura de que los tortolitos recién casados querrían su privacidad y yo estorbaba.

—Pues ahora que lo dices estoy deseando darme una ducha y meterme en la cama porque creo que estoy incubando algo —mentí solo para no hacerla sentir culpable—. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no, pero si estás enferma será mejor que te vengas a casa en lugar de quedarte sola... —contestó frunciendo el ceño.

—¡No, no! —negué—, si seguro que se me pasará en cuanto me de una ducha caliente y me meta en la cama. Tu ve tranquila, nos vemos a primera hora de la mañana en clase —dije abrazándola y apresurando el paso hacia mi apartamento antes de que me rebatiera de nuevo con su insistencia.

No me apetecía en absoluto despertar en una casa mientras veía a la parejita feliz haciéndose carantoñas y mi vida personal se iba al garete sin remedio.

«Terminaré siendo una vieja solterona rodeada de gatos para variar» gemí mientras giraba la llave de mi apartamento para entrar en aquel lugar pequeño, pero sumamente calentito y acogedor que me parecía ahora.

—Hogar dulce hogar —jadeé dejándome caer sobre la puerta.

No sabía porqué, pero de repente me sentía demasiado sola y envidiaba a mi mejor amiga que tenía con quien compartir su vida, alguien que la cuidaba y protegía. ¿Por qué yo no puedo tener eso? Estaba claro que ninguno de los hombres que mi corazón había decidido elegir me lo daría y tal vez ese era mi destino, no encontrar mi final de cuento de hadas como en cambio lo hizo ella.

Entré a la ducha dejando que el agua arrastrara toda esa furia contenida y amargor que me consumía por lo sucedido, pese a que me hubiera desquitado con Marco, había algo en mí que me ahogaba, como si quisiera liberarlo y era incapaz de lograrlo a pesar de haberme vengado. Tal vez solo fuese esa sensación en la que sentía que no controlaba yo misma mis actos, que no era

yo quien decidía cada paso que daba y mientras veía como el agua recorría mi piel lo tuve claro; me importaba muy poco como acabase todo, pero cerré el grifo y envolviéndome en una toalla mientras caminaba descalza hasta el bolso que había dejado tirado en el suelo, cogí el telefono. Mi pulso temblaba ligeramente, pero quizá solo eran los nervios por aquella determinación que acababa de tener y de la que no pensaba arrepentirme. No lo pensé demasiado, sabía que si lo hacía no me atrevería a hacerlo, así que abrí el chat y busqué la conversación que había mantenido más reciente con el príncipe maldito mientras tecleé rápidamente a pesar de tener los dedos ligeramente humedecidos.

Erika

«He pensado tu oferta y la acepto»

Imaginaba que no tendría que hacer referencia que era exactamente lo que había aceptado, pero él me había asegurado que me haría olvidar y precisamente era eso lo que necesitaba más que nunca.

Iba a guardar el teléfono porque seguramente en su país eran altas horas de la madrugada y tardaría en contestar, justo cuando volví a inclinarme para coger el bolso escuché los golpes en la puerta y me asuste. Habían sido tres golpes secos y certeros, de alguien que evidentemente estaba llamando.

—No. No puede ser él —susurré pensando en Mijaíl, no podía estar ahí por casualidad ¿verdad? Una cosa era haber tomado la decisión y otra hacerme a la idea de lo que aquello implicaba de forma inminente.

—Sé que estás ahí. He visto la luz desde la calle así que ábreme la puerta o entraré yo mismo —dijo aquella voz evidentemente enfadada.

«¡Mierda!, ¿Qué carajos hace Marco en mi puerta?»

—¡Creo que te dejé suficientemente claro esta tarde lo que opinaba de ti!, ¡Así que largo! —contesté alejándome de la puerta.

—Tú lo has querido —escuché mientras sentía como el ruido de la llave

giraba y segundos después un Marco completamente desnudo salvo por calzoncillos tipo pantaloncito de color azul marino que llevaba puestos, traspasaba el umbral de mi apartamento.

¿Qué demonios?, ¡No!, ¿Ha estado todo este tiempo en ropa interior? No podía creerlo de no estar viéndolo.

—Esto es allanamiento de morada —dije recitando una película policiaca.

—No cuando el apartamento pertenece a la empresa y yo simplemente me estoy limitando a verificar que todo está en orden —contestó seriamente mientras cerraba la puerta y me observaba detenidamente.

—¿Qué demonios haces aquí? —gemí no entendiendo aquella absurda situación.

¿Le dejo en ropa interior y se viene a mi casa? Este hombre es estúpido o se dio un golpe al nacer...

—No me apetecía volver a casa en ropa interior, he tenido suficiente con esperar a que todo el mundo se marche y deba pasearme medio desnudo a dos grados bajo cero. Tu apartamento era el lugar más cercano a la empresa, eso sin mencionar que eres la culpable de haberme dejado así —contestó en tono neutral, sin aparente enfado.

—¿Y la persona que te desató no podía proporcionarte la ropa adecuada? —pregunté irónicamente.

—Lo de hacer nudos no es lo tuyo, bella flor, pero casi lo agradezco o aún estaría maniatado a esa silla —dijo acercándose poco a poco hasta mi cuerpo bajo mi absoluta conmoción.

Solo a mi me podía pasar algo así, ¿De verdad estaba tratando de acercarse después de lo que le había hecho esta tarde y lo clarísimo que le había dejado que le detestaba?

—¿Qué crees que estás haciendo Marco? Por si no te quedó lo suficientemente claro, te quiero lejos de mi vida; fuera, largo y cuanto más distancia haya, mejor —insistí para ver si así le quedaba lo suficientemente

claro.

—No... tu no me quieres lejos de tu vida, solo estás cabreada por lo que hice y asumo la culpa de ello, pero sabes tan bien como yo que esto —dijo señalándonos a ambos—, no lo sientes por nadie más.

¡Engreído de pacotilla!, ¡Se podía ir al mismísimo infierno aunque tuviera razón! Aunque se equivocaba, porque sentía algo muy parecido por cierto príncipe infernal.

—Te equivocas —mentí aunque no supiera si lo que sentía por Mijaíl era lo mismo que sentía por él—. Quizá lo sintiera hace cuatro años, pero te puedo asegurar que ahora no... —añadí mirándole a los ojos con la verdad.

Escuché el chasquido de sus labios y me sorprendió la impunidad con la que parecía estar cómodo estando semi-desnudo en mi apartamento hasta que recordé que se había paseado así tanto por el edificio de oficinas como por la calle... ¡Dios!, ¡Eso hubiera sido digno de grabar y chantajear!

—Tu no lo entiendes... —susurró mientras seguía acercándose a mi y retrocedía hasta que me topé con el muro de la pared entre el salón y la habitación. Marco colocó cada uno de sus brazos al lado de mi rostro de forma que quedé encarcelada entre aquellos bíceps y su cuerpo demasiado tentador para unos ojos inocentes y con demasiada falta sexual como eran los míos—. Te usará, te utilizará, te tendrá entre sus dedos bailando a su son hasta que se canse y después, cuando consiga lo que quiere de ti, te desechará, te dejará rota de nuevo y no quiero que vuelvas a pasar por eso. No cuando una vez no pude evitarlo pero ahora sí puedo hacerlo —dijo cerrando finalmente los ojos, como si no pudiera ser capaz de mantener el contacto visual y en parte lo agradecía.

—¿Qué sabes tú de lo que he pasado o no en mi vida? —exclamé con una gran falta de aliento.

—Porque yo me rompí en mil pedazos cuando tuve que aceptar que alejarme de ti era mi única opción posible. Porque me castigué durante años por ser un cobarde y tomar la opción más fácil. Porque busqué en cada mujer

eso que solo únicamente había sentido contigo, ¡Dios Erika!, ¿De cuántas formas necesitas que te diga que para mi eres la única mujer que he amado y que seguramente amaré en mi vida? —exclamó y sentí que me encogía, que me hacía pequeña entre sus brazos y aquello no podía ser real—. Siento si soy un imbécil y siento si no hago las cosas adecuadamente, pero solo lo hice porque creí que era lo mejor para ti y porque reconozco que tengo miedo... miedo de que sea demasiado tarde para nosotros.

¿Tenía miedo?, ¿Marco Olsen tenía miedo? Nunca había pensado en la posibilidad de que él también hubiera sufrido con la situación. Tenía tan claro que fue él quien se aprovechó de mi, me utilizó y luego se largó sin dejar pistas que jamás pensé por un segundo que él me quisiera hasta el punto de sentirlo y si era franca, por más que quisiera creerle aún me costaba.

—No puedes presentarte aquí y decir todo esto. Pretender que olvide todo lo que pasó y empezar de cero. No —insistí tratando de negarme, tratando de recordar que, aunque sus razones fueran justificadas para él, desde luego para mi no lo eran y una simple disculpa no era suficiente.

—Sé que es imposible que olvides lo que hice, es más... entendería que me odiases, que me detestes porque soy incapaz de estar con los brazos cruzados viendo como ese tipo te hace daño y cada vez estarás más enredada en esa red que construye en torno a ti. Quizá no pueda impresionarte tanto por no tener tanto dinero y desde luego no puedo aspirar a ser el príncipe de ningún país, pero créeme cuando te digo que igual que jugó con Jasmine lo hará contigo, porque nunca podrá tomarte en serio y aunque quisiera no lo haría puesto que en su país no se lo permitirían.

—¿De que demonios hablas? —pregunté ahora no entendiendo a que se refería.

—¿Crees que su familia le dejaría estar con una mujer occidental? Jamás lo aceptarían a menos que fueras su cuarta o quinta esposa.

No es que hubiera pensado en matrimonio cuando visualizaba al príncipe maldito, pero saberlo me provocaba cierto reparo, era como si todo estuviera

en contra y aún así, a pesar de saberlo seguía siendo consciente de que mis sentimientos hacia Mijaíl eran los mismos; un poder extraño me atraía hacia ese hombre y debía descubrir que era o me arrepentiría el resto de mi vida.

—Lo sé —afirme contundente como si con aquellas palabras confirmara que la historia entre Mijaíl y yo tenía los días contados.

—Y no puedo lograr hacerte cambiar de opinión... —suspiró alejándose de mi.

—No —negué ahora con una calma poco habitual en mí—. Me hiciste demasiado daño en el pasado y no sé si podría volver a confiar en ti —confesé. Marco se había abierto a mí como nunca lo había hecho y quizá me parecía justo una pequeña confesión por mi parte—. No negaré que aún siento algo por ti, pero no sé si es lo suficientemente fuerte para hacer que olvide todo lo que ha ocurrido.

—Sé que dijiste que solo me darías una oportunidad y la he fastidiado con creces, pero ¿Eso significa que aún puedo albergar una esperanza? Quiero demostrarte que mis sentimientos son sinceros

¿Una esperanza? Ni yo misma sabía si era capaz de perdonar todo ese dolor que sentí hace cuatro años, aunque en el fondo él no tuviera del todo la culpa.

—¿Por qué has esperado cuatro años?, ¿Por qué no me buscaste cuando cumplí la mayoría de edad?

Escuché su resoplido como si tratara de poner en orden su mente y vi como se llevaba las manos a la cabeza para peinarse el cabello en señal de nerviosismo.

—Lo intenté, pero yo mismo era consciente de que había obrado mal y que por más explicaciones que intentara darte para justificarme no serían suficientes. Me había dado por vencido, había asimilado la idea de que te perdí para siempre y que todo fue por mi culpa hasta que apareciste ante mis ojos y fue como si todos esos sentimientos que sentía por ti resurgieran de entre las cenizas.

«Genial... no sé para que pregunto si ahora estaba más confundida que antes»

No podía soportarlo. La sola idea de que Marco me confesara todo aquello me afectaba más de la cuenta y aunque me moría de ganas por enviar todo al diablo y besarle haciendo caso omiso del pasado sabía que mi dolor saldría tarde o temprano a la luz no dejándome ser feliz.

Necesitaba sacarle de mi vida, perdonarle y tal vez así poder empezar de cero una relación con él.

—Necesito tiempo... —susurré mientras notaba como las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos y vi su mirada ceñirse sobre la mía atentamente—. Tiempo para procesar todo esto y poder comenzar de nuevo sin que el pasado intervenga a cada momento.

—Tiempo —repitió volviéndose a acercarse de nuevo a mí hasta posar sus dedos sobre mi rostro, recorriendo en círculos mis mejillas y cerré los ojos dejando escapar dos lágrimas sin quererlo—. Tiempo es lo que me sobra en estos momentos mi bella flor... por ti esperaré lo que haga falta —añadió mientras noté como sus labios se posaban en una mejilla e instantes después en la otra.

—Sin presiones —alegué entonces atreviéndome a abrir los ojos y divisando esa mirada que tantos espasmos me provocaba.

—Estaré para ti cuando tu lo necesites. Hoy, mañana o dentro de tres años... te fallé una vez y no volveré a hacerlo —susurró antes de acercarse lentamente hasta acariciar mis labios—. Seré tu amigo, tu amante o lo que quieras que sea para ti siempre y cuando no me apartes de tu lado.

«¡Dios!, ¡Me quería morir!» gemí interiormente mientras sentí como Marco se alejaba sin llegar a besarme realmente y vi como se acercaba hasta la silla donde había dejado la ropa que le había quitado para colocársela rápidamente y después marcharse en silencio, sin una despedida... simplemente se fue de mi apartamento dejándome sola y completamente confundida. Si, más confundida que en toda mi vida.

Marco me quería, al menos era algo que jamás sentiría cierto príncipe por mí. Uno de los dos hombres de los que estaba enamorada sí me amaba y la sensación extraña de saber que así era me tenía oprimida, sobre todo porque no sabía si sería capaz de olvidar ese pasado turbio que tanto había condicionado mi vida.

Casi de forma automática me coloqué el pijama y entré en la cama. Ni tan siquiera me sequé el cabello a pesar de ser consciente que podría pillar un constipado de no hacerlo, pero en ese momento mi cabeza no estaba para ser coherente, jamás me había esperado que a cambio de esa humillación que le había hecho a Marco para dejarle las cosas claras, obtendría una confesión por su parte, algo que en lugar de alejarme de él, solo lograba acercarme.

«Definitivamente estoy peor que antes» pensé mientras apagaba la luz y en ese momento la pantalla de mi teléfono se iluminaba. Creí que sería un mensaje, pero no... el nombre de príncipe maldito estaba en una llamada entrante.

—¿Sí? —respondí algo extrañada.

—Nunca he tenido mejor despertar que éste —dijo aquella voz varonil, rota y ronca al otro lado del teléfono y me estremecí completamente hasta sentir un leve espasmo entre las piernas.

—Mijaíl yo... —susurré intentando aclarar de algún modo porque le había escrito eso. Realmente no es que me arrepintiese, pero ahora que tenía mucho más claro que después de ese encuentro no volvería a verle, tenía cierto miedo... miedo a que me gustase demasiado lo que iba a obtener de

aquello.

—Si supieras las veces que te he imaginado aquí conmigo, no tendrías duda alguna del placer infinito que nos aguarda. Estaría ahí ahora mismo de no ser porque tengo una reunión importante dentro de tres horas —gimió con cierto pesar.

—Antes de que digas algo más quiero establecer una condición —solté antes de que siguiera diciendo cosas que solo me hicieran que ese mariposeo que sentía en el estómago creciera hasta límites insospechados.

—¿Solo una? —exclamó con cierto sarcasmo en su tono de voz.

—Solo una... aunque quizá sean dos, pero lo concentraré en una —contesté con una leve sonrisa.

—Sea lo que sea la respuesta es si —afirmó antes de que dijera siquiera a que me refería.

—¡Si ni siquiera lo he mencionado!, ¿Y si te pidiera que regalases tu precioso hotel? —exclame con un gesto de incomprensión.

—Ya dije que sea lo que sea, la respuesta es si —jadeó haciendo que mi respiración se esfumase.

«No puede estar hablando en serio. ¿Hasta donde llegaba su límite?» pensé mientras sentía mi pulso acelerarse y de solo imaginar aquellos ojos verdes ahora mismo agarré fuertemente las sábanas para reprimir un gemido.

Necesito a Mijaíl, «¡Joder si le necesito!» jadeé en lo más profundo de mi ser.

—Está bien —anuncié con cierto tono de calma, uno que desde luego no tenía en ese momento porque yo misma corría el peligro de coger el primer vuelo a Dubái y presentarme precisamente en ese hotel—. Me pediste una noche y la tendrás solo si posteriormente no volvemos a vernos. No habrá más llamadas, ni mensajes, ni regalos, ni citas, ni galas benéficas... desapareceré de tu vida y tu de la mía como si nunca nos hubiéramos conocido.

«O no seré capaz de olvidarte» me faltó decir.

—¿Realmente es eso lo que quieres? —preguntó con cierto asombro o

eso entendí por su reclamo.

—Si. De lo contrario no habrá acuerdo —insistí.

—Te dije que fuera cual fuera tu condición la repuesta era si, por lo tanto será como tu deseas.

Era consciente de que para él más que un pesar quizá era un alivio por no tener que dar explicaciones cuando desapareciese de mi vida para dedicarse a sus asuntos de estado los cuales incluían casarse y tener descendencia como era previsible.

—Parece que tenemos un acuerdo, príncipe Rashid —dije para terminar de creérmelo.

«Iba a pasar una noche con él... solo una, pero quizá la mejor de toda mi vida y estaba dispuesta a darlo todo, porque sabía que ese sería el único recuerdo que tendría de cierto príncipe árabe»

—Así es, señorita Battle, solo que antes me debe aún una cita.

—¿Qué? —exclamé no entiendo nada. Se suponía que la siguiente vez que nos viéramos ocurriría y después se acabaría todo.

—Te recogeré el sábado a las cinco y no te preocupes por nada, se te proporcionará todo lo que necesites. Hasta entonces, estaré pensando en ti, preciosa —contestó y colgó antes de que pudiera replicar algo.

¿Entonces ocurriría o no ocurriría ese fin de semana? Me pregunté dejando el teléfono sobre la mesilla de noche y mirando la oscuridad de mi habitación.

«No pienses Erika... tu solo déjate llevar, arrástrate por una vez en tu vida a la aventura y que pase lo que tenga que pasar»

Como cada infernal mañana la alarma sonó a las siete en punto y me levanté somnolienta, con un dolor de garganta descomunal por no haberme secado el pelo y con una jaqueca horrible por la falta de sueño. Aún así acudí a clase como toda una campeona o mejor dicho; mujer moderna, que estudia y trabaja al mismo tiempo, solo que estéticamente parecía un despojo humano a juzgar por mi apariencia.

—¡Dios santo!, ¿Estás enferma? —preguntó Jasmine cuando me vio aparecer y deduje que mis pintas eran horribdas.

—Tengo un dolor de garganta horrible y creo que en cualquier momento me voy a caer de puro agotamiento, en serio, ¿Tú como lo hacías para estudiar y trabajar al mismo tiempo sin morir en el intento? —exclamé sentándome a su lado y sacando varias hojas para tomar apuntes.

—Básicamente no salía con dos tíos a la vez como haces tú, ¿O te recuerdo que mi vida privada era casi inexistente? —recriminó con una leve sonrisa y vi que estaba guapísima a pesar de no llevar ni una gota de maquillaje.

Jasmine era guapa, pero definitivamente el embarazo hacía que su piel resplandeciera. ¿Tendría hijos algún día? En aquel momento me parecía tan lejano que era mejor obviar el tema.

—Mejor no me recuerdes mi vida sentimental porque es un auténtico desastre, es más, siento que estoy al borde de un precipicio del que voy a caerme y no tengo bote salvavidas —mencioné mientras garabateaba.

—Eso suena fatal, ¿Es que ha pasado algo? —preguntó preocupada y acercándose más a mi de la cuenta para que nadie más nos escuchase.

—Bueno... técnicamente si —dije recordando que el día de ayer había sido como una montaña rusa llena de emociones—. Ayer discutí con mi padre y me amenazó con dejar de pagarme la carrera si no me alejaba de Mijaíl.

—No.... —susurró con una gran O en sus labios—. ¿Cómo se ha enterado?, ¿Habéis salido en la prensa? —preguntó inocentemente.

Pensé que lo mejor era contarle la verdad, aunque no iba a entrar en los detalles de mi venganza con Marco, de hecho era casi mejor obviar esa parte por completo.

—La respuesta a tu pregunta es Marco Olsen, y si, antes de que lo preguntes fue él quien se lo reveló a mi padre —suspiré y por algún motivo ahora no tenía tanto resentimiento como lo había tenido en el momento en que me había enterado.

—No puedo creer que Marco haga algo así. ¡Es tu vida!, ¡No tiene derecho a entrometerse! —gritó en un tono de voz algo más alto y lógicamente llamamos la atención del resto de compañeros, incluido el profesor de arquitectura moderna que impartía la clase.

—¡Lo siento! —exclamé en nombre de mi amiga.

—Perdón... —susurró—, pero es que no tiene justificación alguna para hacer eso.

—Me confesó que me quería —admití en un tono de voz tan bajo que igual creí que no me habría escuchado.

—¿Marco te ha dicho que te quiere? —preguntó ahora más asombrada.

—Mejor te cuento todo luego o seguramente nos echen de clase y ambas sabemos que tenemos que sacar notable en esta asignatura —dije sonriente mientras ella asentía, aunque por su gesto sabía que se moría de curiosidad por lo que me había ocurrido.

Le conté la extensa confesión de Marco sin mencionar que estaba prácticamente desnudo cuando lo hizo. Conforme revelé a Jasmine aquella información me daba cuenta que algo me impedía avanzar con Marco, como si no tuviera del todo las cosas claras respecto a mis sentimientos hacia él.

—¿Y tú que tal te sientes con toda esta situación? —preguntó mi mejor amiga una vez le relaté todo lo acontecido.

¿Cómo me sentía? Buena pregunta esa...

—Pues no lo sé —admití porque realmente no sabía como sentirme al respecto—. Creo que si quiero darle una segunda oportunidad a Marco debo perdonarle a él y también a mi misma por todos estos años en los que he sentido ese rencor y miedo hacia los hombres por temor a sufrir de nuevo, pero no puedo negar que también siento algo hacia Mijaíl y necesito descubrir que es.

«Obviando el hecho de que creo que estoy enamorada de él, pero sé que hay algo más... quizá es ese poder de atracción que ejerce sobre mi el hecho de saber que es inalcanzable»

—Ay amiga... no me gustaría estar en tu situación, al menos yo jamás sentí algo por mi primo Mijaíl más allá de que fuera un hombre atento conmigo y que me sentía obligada a casarme con él, pero mi corazón siempre fue de Alessandro —contestó sin ser de mucha ayuda—, pero si creo que puedas tener razón, deberás llegar al fondo de todo para tomar una decisión.

—Aunque, ambas sabemos que no albergo ningún futuro con Mijaíl y que eso solo puede terminar en una corta y breve aventura —admití con una vaga sonrisa.

—Es posible... o tal vez no. Sea como sea, solo quiero que seas feliz y elijas el camino que elijas, haz lo que tu corazón te dictamine.

—Gracias —sonreí mientras me dejaba caer sobre ella y notaba su leve abrazo—. Por escucharme y estar siempre ahí.

—Siempre estaré, eso jamás lo dudes... además, serás como una tía para mi pequeño, eres lo más parecido a una hermana que tengo.

—Lo mismo digo —contesté tocándole la barriga apenas incipiente, ya que estaba de muy poco tiempo y pronto terminaría el primer trimestre—. Al menos me queda el consuelo de que si me quedo solterona, tendré el amor de mi sobrino o sobrina —añadí comenzando a reír.

El sábado llegó en un abrir y cerrar de ojos, desde el momento en que abrí los ojos a las diez en punto de la mañana fui un manojo de nervios constante, sobre todo porque no tenía idea alguna de qué esperar de aquella cita. ¿Debía llevar lencería fina y sexy?, ¿lba con vestido o vaqueros? No tenía ninguna pista sobre a donde iríamos, aunque recordaba esas palabras de que no debía preocuparme de nada porque se me proporcionaría todo lo que necesitara, ¿Quién dice eso en una cita? Obviamente solo un príncipe maldito, aunque ya empezaba a pensar que lo de maldito más bien era una maldición contra mi persona por no dejar de pensar en él, más que otra cosa.

Apenas había visto a mi madre en toda la semana y es que la estaba evitando como a la peste porque no estaba muy segura de si mi padre le habría ido con el cuento o no, a juzgar por la falta de llamadas o mensajes intuía que

la respuesta era negativa, pero sabía que había dos opciones; o mi padre pensaba que finalmente cambiaría de opinión y no quería preocuparla o por algún misterio inexplicable alguien le había convencido de lo contrario porque en los dos días que habían pasado desde su llamada no había tenido ninguna notificación de la universidad diciendo que abonase otra cuenta bancaria o algún aviso por su parte con alguna otra estratagema.

Igual es que era demasiado pronto y el lunes a primera hora recibiría el aviso por la retirada de fondos para el pago. Nunca me había tenido que preocupar de eso como mi amiga, que había estudiado gracias a las becas universitarias. Tal vez si se diera el caso tendría que hablar seriamente con mi madre, aunque no tenía ni idea de como enfrentarla para decirle que me había “liado” con un príncipe árabe sin que eso sonara descabellado.

«Mejor ir paso a paso» me dije mientras me preparaba un té para calmarme.

Al final opté por un conjunto de falda y chaqueta a juego en tonalidades claras con una camisa de seda blanca para darle el toque especial y unos zapatos de tacón. Decidí alisarme el cabello al tener tiempo y porque eso me proporcionaba un aspecto más serio.

Por primera vez en años, estaba lista mucho antes de la hora prevista a la que se suponía que debían pasar a recogerme y la sensación de tener que esperar era demasiado extraña.

«Eso me pasa por ir siempre con prisas y tarde a todos lados»

Repasé de nuevo el atuendo, mi rostro con el labial impoluto y lo metí en el bolso. Se suponía que debía echar... ¿preservativos?

«Igual hasta están caducados» pensé mientras me dirigía a la mesita de noche y abría el cajón donde estaba la caja sacando un par de ellos mientras los dedos me temblaban.

Era misma sensación de hacía cuatro años, solo que ahora no era una novata inexperta que no sabía qué esperar de la situación, ni suspiraba por las esquinas deseando que llegase el momento de aquellos encuentros furtivos,

sino que enardecía por completo al querer descubrir que me esperaba de aquel encuentro y si tenía unas expectativas mucho más altas de la realidad.

A las cinco en punto me asomé a la ventana y un deportivo de color rojo estaba aguardando fuera. Sonreí al saber que no se trataba de una limusina en la que iría sola, sino que era el propio Mijaíl quien conducía. Conforme me acerqué me sorprendió verle vestido así; vaqueros y una camisa con jersey debido al frío.

—Vaya... creo que es la primera vez que te veo sin traje —dije antes de saludar.

—¿Eso es bueno o malo? —contestó con una gran sonrisa.

—Quizá lo tenga que pensar... —dije entrando al vehículo y sentándome en el asiento del copiloto—. ¿Dónde iremos?

—Eso lo averiguarás luego, pero primero déjame decirte que te sienta increíblemente bien el cabello así, aunque parecía improbable, te ves aún más preciosa —respondió acercándose hasta mi y rozando levemente mis labios de forma que pude notar el olor que desprendía tan sumamente embriagador.

«La madre que le parió, ¿Quién se resiste a esa esencia que dice a gritos “lánzate sobre mi”?» Desde luego que yo era incapaz.

—Muy halagador por tu parte, pero si crees que vas a distraerme no funcionará, vamos... ¿Dónde iremos? —susurré cerca de sus labios.

Noté como rozaba la piel de mi rostro hasta colocarme el cabello detrás de la oreja y se alejaba levemente hasta mirarme directamente a los ojos.

—¿Por qué no lo adivinas? —exclamó arrancando el motor del coche y supe que con él, nada sería fácil.

Bien, al menos tenía un incentivo...

—¿Me darás una pista? —pregunté mientras me colocaba el cinturón de seguridad y veía que se encaminaba hacia la autovía.

—Mejor haz preguntas y yo te contestaré si o no —contestó sonriente como si aquello fuera un juego divertido, aunque en realidad tenía su misterio porque me moría de curiosidad hacia donde iríamos teniendo en cuenta la ropa

que llevaba puesta.

—Está bien —dije observando a mi alrededor y pensando en cuál debería ser la primera pregunta—. ¿Está en Londres? —pregunté para acotar el círculo.

—No —negó sin apartar la mirada de la carretera y eso me incitó cierto nerviosismo, ¿No era en Londres?, ¿Sería a las afueras de la ciudad entonces?

—Está en... ¿Reino Unido? —pregunté con cierto atisbo de sonrisa.

—No —esta vez su negación vino acompañada de una leve sonrisa y divisé que tomaba el desvío hacia el aeropuerto.

¿Tomaríamos otro vuelo? ¡Dios!, ¡No puede ser!

—¿He estado alguna vez en ese lugar? —pregunté al borde de la risa.

—Te puedo asegurar que no, aunque quizá si hayas visitado el país —respondió acelerando la velocidad del vehículo.

—¡Ahora si que me siento intrigada! —grité dando un leve salto del asiento para inclinarme hacia él—. Dime... ¿Voy vestida adecuadamente para ese lugar?

—No —negó comenzando a reírse como si le hiciera gracia mi curiosidad.

—¡Esto no es justo! —exclamé dando un leve manotazo en su brazo y sentí lo firme que estaba, haciendo que recordara la dureza de su pecho la última vez que nos vimos cuando me deleité tocándolo y más aún... como él me tocaba.

—Tranquila, ya te dije que todo estaría preparado para ti, no tienes de que preocuparte.

—Pero, ¿Está muy lejos?

—Pronto lo sabrás —contestó como si con aquello diera por finalizada la conversación y me mantuve en silencio durante un buen rato.

En el momento que Mijaíl dejó el deportivo en el hangar donde estaba su avión privado, subimos al pequeño avión donde nos recibió el piloto y la azafata, una diferente a la que había visto la vez que viajamos a París.

—Bienvenida a bordo señorita Battle. Todo está preparado para alzar el vuelo excelencia —recitó el piloto bien erguido junto a la azafata que permanecía sonriente.

—Perfecto. Salgamos de inmediato —contestó Mijaíl mientras me instaba a acomodarme en aquellos asientos de cuero sumamente cómodos y él se sentaba frente a mi.

—¿Por qué has venido personalmente a recogerme si salíamos en avión privado? —pregunté no entendiendo porqué razón no habría enviado un vehículo en lugar de ir él mismo conduciendo.

—Tenía que hablar con alguien en la ciudad y suponía un placer para mi hacerlo personalmente —respondió sin entrar en muchos detalles y supuse que habría mantenido alguna reunión con un amigo o alguien de negocios.

—Claro —sonreí notando como el avión comenzaba a moverse.

—Y dime... ¿Qué te hizo aceptar mi proposición? —preguntó entonces consiguiendo que sintiera un nudo en la garganta ante tal pregunta.

—Te contestaría... pero aún no sé siquiera hacia donde vamos —alegué cambiando de tema.

—Tienes razón, ¿Te gustan las estrellas? —preguntó observándome como si fuera algo interesante, como si me estuviera evaluando o así era como me hacía sentir.

¿Si me gustaban las estrellas?, ¿Qué pregunta era esa?

—Supongo que si, bueno, nunca me he parado a observarlas detenidamente, pero ¿A quién no le gustan? —dije encogiéndome de hombros.

—¿Y alguna vez viste una aurora boreal? —insistió en la misma temática y entonces agrandé los ojos porque me hacía una ligera idea de hacia donde iríamos.

—No... —susurré.

—Te aseguro que esta noche verás una y no solo eso, sino que dormirás bajo ella —contestó en ese tono de voz grave que comenzaba a pensar en grabarlo para recordarlo cuando fuera demasiado tarde.

«Dormir» pensé meditando esa palabra. ¿Eso significaría dormir junto a él?

—Eso no suena nada mal —dije tratando de no parecer nerviosa.

El resto del viaje fue bastante ameno, sobre todo porque Mijaíl comenzó a hablar de la historia de su país y me contó bastantes anécdotas curiosas de las que comprendí que no era una cultura tan machista como había pensado inicialmente, quizá eso me pasaba por juzgar antes de investigar, pero lo cierto es que era la mujer la que vivía más estigmatizada por ella misma y las pretensiones que se obligaba a tener que por los hombres que gobernaban el país.

—¿Y por qué no te has casado aún? —pregunté sintiendo curiosidad.

—Mi familia deseaba que mi primera esposa fuera mi prima Jasmine por la importancia que tenía para la familia que todo quedase bien atado. Normalmente, la primera esposa es la más importante de todas y la que todos harán alusión por ser la principal, de hecho, suele ser la que más se exhibe públicamente en los actos representativos. Nunca me presionaron porque ella era demasiado joven para contraer matrimonio y deseaban que fuese mi primera esposa, tras lo sucedido recientemente, estoy valorando mis opciones al respecto, aunque no creo que tarden mucho en presionarme, pero son cosas que llevan su tiempo. —Su respuesta era franca y sincera, como si no tratase de ocultar nada en referencia a ello.

—¿Qué opciones tienes?, ¿Acaso ya tienes candidatas? —pregunté atónita.

—¡No! —negó con cierta risa en sus labios—. Me refería al hecho de buscar una esposa que sea conveniente para mi y para mi propio país.

—¿Puedes tener la libertad de elegir tu mismo a tu esposa, aunque a tu familia no le parezca bien? —pregunté en un pequeño hilito de voz y realmente no sabía porqué hacía esa pregunta, supongo que solo era mi convencimiento de que no era posible, de que él jamás tendría libertad alguna respecto a eso.

—Mentiría si dijera que sí —admitió con resignación—. Aunque siempre

tengo la decisión final a la hora de elegir puesto que seré yo quien comparta mi vida con esa mujer y viceversa.

—Es decir, que tampoco te casarías con alguien que eligieran para ti si no lo deseas realmente —dije poniendo voz a sus pensamientos.

—Exacto —contestó acercándose a mí—, pero dejemos de hablar sobre ello, es demasiado deprimente y por ahora no es algo que me preocupe, prefiero hablar de ti... de mi... y de lo que nos aguarda esta noche.

Aquella afirmación en la que nos incluía a nosotros dos me provocaba demasiadas cosas y ninguna de ellas era buena para mi pulso cardiaco. Creo que la tensión sexual acumulada definitivamente perjudica a mi salud y yo desde luego tenía demasiada que liberar.

16

Islandia no solo era absolutamente maravilloso, al menos esas espectaculares luces que se veían en el cielo destellar en tonos verdes y azulados. Reconozco que no era una apasionada de la astronomía, lo cierto es que el estudio de las estrellas, planetas o todo aquello que tuviera que ver más allá de la vía láctea no era de mi entera predisposición, pero supongo que como todo el mundo; me rendía ante la verdadera magnitud de aquello.

Todo estaba cubierto de nieve y a juzgar por el exterior debía hacer un frío espantoso.

—Toma, deberás cambiarte y ponerte esto hasta que llegemos — mencionó Mijaíl ofreciéndome una especie de bolsa de deporte.

—¿Llegar a donde? —pregunté con entera curiosidad.

—A mi casa —objetó guiñándome un ojo y no entendí para qué tenía Mijaíl una casa en Islandia.

«Espabila Erika. Es un príncipe árabe, tendrá que tener extravagancias por doquier»

Nada más bajar del avión sentí el frío a pesar de haber entrado en un hangar, pero desde luego allí la temperatura debía ser bastantes grados bajo cero. Ya había anochecido, por eso habíamos podido vislumbrar desde el avión la aurora boreal, al igual que lo hacíamos desde el vehículo que nos llevaba rumbo a esa supuesta casa de Mijaíl que nos aguardaba.

—No puedes dejar de mirarla, ¿cierto? —pregunto con cierto atisbo de regocijo en su tono.

—Quizá sea porque no sé cuando volveré a verla —sonreí apartando la

mirada de la ventanilla para observarle ahora a él.

—Podría traerte cada vez que quisieras... —susurró atrayéndome hacia su cuerpo y noté la presión que ejercía el mío sobre el suyo de forma que contuve el aliento—. Solo tendrías que pedirlo —insistió.

—Tenemos un acuerdo, ¿Lo has olvidado? —jadeé cerca de sus labios—. No volveremos a vernos.

—Si... lo recuerdo —contestó acercándose hasta rozar mis labios—, pero solo después de que te entregues a mi y no será esta noche preciosa... te advertí que agotaría mis tres citas y esta solo es la segunda.

¿Qué?, ¿Cómo?, ¿Cuándo se supone que pasó eso? Aunque ya lo había advertido por teléfono, pero había dado por hecho que pasaría esa noche, sobre todo porque no sabía si yo era capaz de volver a resistirme como ya lo hice la vez anterior. Tenía fuerza de voluntad, pero ahora que había tomado la determinación no se si tanta para no suplicar cuando tocara mi cuerpo.

—¿Quieres decir que pasaré la noche contigo y tus manos no tocan mi cuerpo? —pregunté directamente.

—Exacto —respondió rozando sus labios con los míos y no pude soportarlo ni un solo segundo más, sino que atrapé con fulgor aquella fuente de pasión y me rendí ante la pasión que me consumía por sus besos.

Tal vez él lo hubiera decidido así, pero mi cuerpo enardecía de ser venerado por aquellas manos de nuevo. Necesitaba saciarme de él, que me colmase por completo.

—Eso lo has decidido tu, no yo —susurré mientras mis manos subían por su cuello y su lengua comenzó a entrelazarse con la mía en una lucha insaciable e infinitamente placentera.

—¿Así que deseas que mis manos te toquen? —exclamó entonces separándose levemente de mis labios.

—Si —afirmé tratando de atrapar de nuevo su boca, pero no fue posible.

—¿Qué deseas Erika?, ¿Acaso quieres que te colme de placer? —preguntó mirándome fijamente, estudiando mis ojos para ver si le convencía

mi respuesta.

—Si —afirmé de nuevo intentando morder aquel labio que me pedía a gritos que lo hiciera.

—Quizá cumpla tus deseos... pero no será en este instante, sino cuando respondas a mi pregunta luego.

¿Pregunta?, ¿A qué pregunta se refería?

La supuesta casa de Mijaíl no era ni más ni menos que una de esas casas modernas sacadas de revista y que encajaba absolutamente a la perfección con su entorno. Todo era madera, con la estructura base de hormigón natural y vidrio.

—Me encanta —admití nada más bajar del vehículo y sintiendo el frío en la cara, solo que estaba aún más maravillada por aquella casa que sin duda podría ser la mansión de mis sueños. Era la mezcla perfecta de arte moderno con naturaleza al mismo tiempo, completamente rodeada por arboleda y sin casas alrededor.

—A mi también, por eso la adquirí —contestó ofreciéndome la mano para acercarnos a la entrada—. Tranquila, dentro estaremos cómodos y se marcharán todos.

—¿Estaremos completamente solos en este lugar apartado? —pregunté ante lo que significaba aquello.

—¿Noto miedo en tu voz? —replicó con cierto entusiasmo.

—En absoluto.

Alguien se acercó a nosotros y me separé levemente de su agarre.

—Alteza. Todo está conforme ha solicitado —mencionó aquella mujer de mediana edad con rasgos europeos e inclinándose ante Mijaíl.

—Está bien, pueden marcharse —le contestó en una orden e inmediatamente después vi como al menos cuatro personas abandonaban aquella casa.

El salón era lo suficientemente grande para organizar una pequeña fiesta, bastante acogedor con una gran chimenea que permanecía prendida y tres sofás

en torno a una mesita baja justo en frente. Había una gran mesa alargada para diez comensales de madera y la decoración funcional de aquella casa empatizaba con su fachada moderna repitiéndose como elementos la madera, vegetación y muchos toques de acero para darle un aire actual en tonos neutros.

—¿Vienes muy a menudo aquí? —pregunté explorando más zonas de la casa y descubriendo una cocina de gran tamaño con una isla justo en la mitad en gris claro como siempre me habían gustado.

—Confieso que no lo suficiente por falta de tiempo, pero suelo venir al menos una vez al año varios días para disfrutar de las vistas.

—Lo imagino...

—No... no lo imaginas —aseguró riéndose y me cogió de la mano mientras me arrastraba escaleras arriba sin saber exactamente a donde íbamos.

En cuanto llegamos a la cumbre de aquella casa en lo que suponía sería una buhardilla, en realidad era una especie de ático acristalado donde se apreciaba por completo el exterior.

—Oh Dios mío... —susurré viendo la panorámica de aquella aurora boreal ante mis ojos y el espectáculo que suponía visualizarla.

—La casa es bonita, pero lo realmente impresionante son las vistas. Es la segunda vista más hermosa.

¿Segunda? Si esa era la segunda no me quería imaginar como debía ser la primera.

—¿Y cuál es la primera? —pregunté absorta.

—La tengo delante de mis ojos —contestó observándome y reí sin creer que hubiera caído en aquel juego.

—¿A cuántas chicas le has dicho esa frase? —pregunté cruzándome de brazos.

—¿Quieres la verdad o solo lo que te gustaría escuchar? —preguntó acercándose peligrosamente.

—Prefiero la verdad si no te importa —sonreí vagamente.

—A ninguna por la que lo estuviera pensando de verdad —contestó rozando su nariz con la mía y en aquel silencio escuché como mi pulso se aceleraba y su respiración era agitada.

—En pocas palabras me estás diciendo que no soy la primera a la que traes a este lugar —susurré y aunque solo era constatar el hecho de que Mijaíl albergaba un largo historial, saberlo me hacía sentirme una más se su extensa lista.

—A este lugar concretamente no traje a ninguna. Nunca suelo llevar mis citas a lugares personales donde después me podrían encontrar —admitió y eso me hizo pensar.

—¿Y no temes que yo te busque?, ¿Qué te persiga por todo el mundo hasta encontrarte? —exclame reprimiendo una sonrisa mientras recorría con mi dedo su camisa.

—Esperaría de ti cualquier cosa menos eso. Eres la única mujer en el mundo que me aleja de su lado cuando trato de acercarme y que trata de acercarse cuando no quiero hacerlo, definitivamente haces que mi cordura se esfume y haga cosas que hasta ahora consideré impensables —confesó y en aquel momento pese a no querer hacerlo para no albergar esperanza alguna, sentí que no era simplemente alguien más en esa larga lista de amantes.

—Supongo que no es mi estilo perseguir a un hombre y menos a un príncipe árabe —admití tratando de separarme de su lado para poner una leve distancia.

—Haces bien... aunque quizá te sorprenderías si decidieras finalmente perseguirme —añadió riéndose—. ¿Por qué no te pones más cómoda para cenar mientras te espero? —anunció indicándome una puerta y cuando entré comprobé que se trataba de un enorme baño en el cuál había colgado un vestido de seda verde noche absolutamente radiante. Era largo hasta el suelo y dada la ausencia de zapatos deduje que debía ir descalza al notar la calidez del suelo radiante.

Acomodé mejor mi cabello dejándolo caer hacia un lado y me aseguré de

que el maquillaje seguía intacto. Cuando regresé de nuevo a la misma estancia en la que estábamos antes comprobé que Mijaíl también se había cambiado de ropa y ahora lucía un pantalón de lino junto a una camisa abotonada bastante suelta.

—Absolutamente radiante. Espero que tengas hambre —mencionó y creí por un momento que sus ojos me devoraban completamente.

Rozó ligeramente mi codo y me arrastró hasta una mesa que había allí mismo preparada con dos velas como única iluminación junto a un carrito repleto de fuentes listas para ser servidas

—¿Hambre? Has dicho justo la palabra adecuada —admití aunque tenía hambre de algo más que no era precisamente comida sino de un succulento manjar de carne bronceada que tenía justo delante.

—No tenía muy claro que te gustaría, así que he pedido algo variado... tenemos un poco de comida italiana, sushi, asiático e hindú, ¿Por donde quieres comenzar? —preguntó dejándome asombrada.

—¿No hay nada de tu país? —pregunté extrañada porque no hubiera precisamente algo que le caracterizara.

—No... si quieres comida árabe te llevare yo mismo a mi país para deleitarte.

¿Me llevaría a su país?, ¿Estaba hablando en serio?, ¿Sería capaz de llevarme a un lugar donde la gente nos pudiera ver y reconocer?

—¿Hablas en serio? —pregunté ahora en un tono de voz serio.

—Por supuesto, ¿Te gustaría conocer Dubái? —preguntó inquisitivamente mientras comenzaba a destapar los platos.

—He soñado con visitar el Burj Al Arab desde que se construyó —admití con voz ensoñadora refiriéndome a su enorme hotel.

—Estaré encantado de hacer realidad tu sueño, preciosa —contestó sonriente y casi no me podía creer que hablara en serio.

¿Iba a visitar ese magnifico hotel? Aún recordaba cuando Jasmine había ido con Alex y me relató la enorme suite en la que se había alojado. ¡Dios!,

¡Sentí una envidia inexplicable por querer experimentar eso!, ¿Y quien me diría que unos cuantos meses después sería yo quien se alojase como invitada personal del dueño?

«Probablemente en este instante se me acaba de helar la sangre»

—¿No se opondrá tu familia o algo así? —pregunté con cierto tacto mientras hundía el tenedor en aquellos raviolis con buenísima pinta y me metía uno en la boca.

Estaban deliciosos con aquella crema de higos que le daba un toque dulce y ese queso fundido.

—No debes preocuparte de ello, mi familia nunca cuestiona mis decisiones fuera de los negocios.

—Imagino que tu matrimonio supone un negocio igualmente —pregunté sin poder evitarlo a pesar de sacar de nuevo a relucir el tema.

—Evidentemente, aunque se está perdiendo la costumbre en las familias menos adineradas, lo cierto es que aún supone una transacción de negocios sumamente importante —contestó cogiendo la botella de vino con la intención de servir sendas copas que aún permanecían vacías—. ¿Vino? —preguntó esperando mi respuesta.

—Si, gracias —dije acercándole la copa—. Es curioso lo distinta que puede ser una cultura según en el país que hayamos nacido —añadí dando por finalizado el asunto.

—Desde luego. A diferencia de mis hermanos yo asistí a una universidad europea y realicé algunos cursos en ciencias políticas en estados unidos... creo que por eso adquiriré una capacidad de negociación mucho más polivalente que el resto de mis hermanos.

—¿Porqué solo te envío a ti al extranjero? —pregunté extrañada.

—Porque soy su heredero —aseguró como si aquello lo dijera todo—. De todos mis hermanos soy el que ha tenido una educación mucho mas estricta y severa que el resto por lo que se espera de mi cuando herede el Califato. En ocasiones mi padre no ha estado de acuerdo conmigo, pero al final ha podido

comprobar como nuestro país ha progresado y con el paso de los años, he conseguido tener su beneplácito para cualquier decisión que deba tomar de forma independiente —aseguró como si se sintiera orgulloso de sí mismo.

—Serás un gran califa —mencioné sabiendo esa sería la denominación que ostentaría algún día.

—Aun faltan unos cuantos años para eso —sonrió mientras cogía su copa y me incitaba a hacer lo mismo con la mía—. Brindemos.

—¿Por qué? —pregunté observándole a través de las luces de las velas.

—Por este momento y por atesorarlo en nuestros recuerdos —contestó antes de sentir el repiqueteo de su copa chocando contra la mía y sin abandonar un segundo sus ojos en los míos, el liquido abrasó mi garganta conforme lo tragaba.

Después del postre nos dirigimos hacia el gran sofá donde había menos luz y desde el que era aún más apreciable la aurora boreal.

—Hay algo que debería decirte, aunque tal vez no le des demasiada importancia o más bien espero que no te afecte —dije rompiendo el leve silencio que se había creado entre nosotros momentáneamente.

—Si me vas a decir que ese abogaducho con cara de pato ha hablado más de la cuenta, déjame decirte que ya he mantenido una conversación con tu padre —abrevió sin darle importancia.

—¿Qué has hecho qué? —grité casi abrumada.

No había esperado eso, es más, iba a decirlo sutilmente e incluso mencionar que lo solucionaría a mi manera para no inmiscuirle demasiado y ahora me soltaba que había hablado con mi padre. No puede ser... esto no puede estar pasando realmente. La frase que englobaba a mi padre junto a Mijaíl hablando sobre mi no podía ser buena, nada buena.

—Digamos que le he dejado bien clara mi postura al respecto —contestó alzando la vista para mirarme fijamente.

—Tu postura, ¿Y cuál se supone que es tu postura? —exclamé ahora más perdida que antes.

—Que no haré nada que tu no me permitas hacer —contestó con esa sonrisa de petulancia que en cualquier otro momento le habría dado una bofetada—. Y que nadie me dice lo que debo o no debo hacer.

—¡Oh dios! —exclamé levantándome de golpe y observando su aparente tranquilidad—. ¡Como se te ocurre decirle algo así!

—¿Y qué querías que dijera? Me amenazó con hacer público la herencia de mi prima Jasmine si no me apartaba de tu lado.

—No me lo puedo creer... ¿Por qué simplemente no te limitaste a aceptar aunque no fuese verdad? —exclamé no entendiendo porque había entrado en aquel juego absurdo cuando era más fácil darle la razón, más aún teniendo en cuenta que aquello pronto acabaría y no nos volveríamos a ver—. Conozco a mi padre y sería capaz de hacer algo así con tal de salirse con la suya —le advertí.

—Nadie le declara la guerra a los Rashid si no quiere terminar arrastrándose en el lodo pidiendo clemencia y eso tu padre lo sabe. Su amenaza solo era un vago intento por alejarme de ti, así que no te preocupes, sabe que antes de que esa información viera la luz, su empresa se hundiría en la miseria, pero dime... ¿Por qué en lugar de obedecer a tu padre accediste a mi propuesta? Cualquiera diría que solo lo haces por pura rebeldía.

—¿Cambiaría en algo que así fuera? —pregunté osadamente.

—No —negó llevándose la copa de vino a los labios para degustarla suavemente y repetí su gesto—. Aunque me habría gustado que los motivos que te impulsaran fueran otros.

—Reconozco que el hecho de que mi padre intente manejar los hilos de mi vida puede ser frustrante, pero no es esa la razón por la que acepté tu propuesta —reconocí dejando la copa sobre la mesa y subiéndome la falda para colocar las piernas sobre aquel sofá de forma que estuviera más cómoda a pesar de que quizá estaba exhibiendo más piel de la cuenta.

—Entonces confiesa —contestó con esa voz en un tono más grave mientras repetía el gesto de dejar la copa sobre la mesa y deslizaba su mirada

hacia mis piernas ahora desnudas bañadas por la luz de aquella gran aurora boreal como única iluminación en toda la estancia.

—Dijiste que podrías hacerme olvidar y eso es justo lo que necesito — dije sin admitir que había algo que sentía por él más allá del deseo, del encaprichamiento y del enamoramiento. Un poder de atracción inaudito que me consumía por dentro.

Sus dedos se posaron sobre una de mis mejillas y cerré los ojos ante el contacto mientras se deslizaban suavemente por la nuca para atraerme hacia él y sellar así mis labios junto a los suyos en un cálido beso tan estremecedor como todo ese cúmulo de sensaciones que me hacía sentir en lo más profundo de mi interior.

Mijaíl tenía un don inaudito para hacer que me olvidara de absolutamente todo cuando sus labios silenciaban los míos, pero sobre todo tenía la particularidad de provocar que todas esas dudas que siempre había tenido formando parte de mi doloroso pasado se evaporasen cuando sus manos de ángel tocaban mi cuerpo.

—Y será lo que obtengas —jadeó mordiendo levemente mi labio interior provocando que gimiese en su boca.

Adoraba esa sensación febril que me hacía sentir y me acerqué aún más a su cuerpo con la necesidad de tocarlo, de abrasarme por completo hasta que me incliné sobre él para tener un mayor acceso y sus manos apretaron mis nalgas fuertemente provocando que emitiera un sonido agudo de placer por respuesta.

Noté como sus dedos bajaban por mi cadera hasta rozar la piel descubierta de la pierna que estaba parcialmente sobre él para después ascender bajo el tejido del vestido lentamente mientras sus labios besaban los míos delicadamente en un vaivén del cuál no deseaba encontrar el fin.

Comencé a desabotonar aquella camisa que llevaba puesta hasta que quedó completamente abierta y pude colocar mis manos de nuevo en aquel pecho firme esculpido por los dioses que habían forjado el mismísimo olimpo.

«Esto no es natural, definitivamente deben ser genes de realeza o algo similar» deduje notando aquella dureza bajo mis dedos y gimiendo sin cesar.

—¡Oh, dios! —jadeé cuando noté sus dedos rozando mi sexo por encima de la prenda interior que llevaba puesta y sentí un calor abrasador instantáneo que me hizo querer más de esa sensación que proporcionaba allí abajo.

—Ver como te deshaces entre mis dedos me vuelve completamente loco, preciosa —gimió en ese tono de voz ronca que comenzaba a derretirme de puro deseo.

—Pues no dejes de tocarme —jadeé no siendo consciente de que mis

palabras se escapaban de mis labios sin control, pero lo cierto es que enardecía en deseos de que me poseyera en aquel instante.

La prenda que llevaba como vestido desapareció con un ágil movimiento de sus manos y al no llevar sujetador, mi pecho quedó a plena vista de aquellos orbes verdes ahora completamente oscurecidos por su mirada ardiente.

Veía el deseo en su rostro y sin duda alguna me provocaba una sensación de regocijo inexplicable por ser la causante de aquel sentimiento. No aspiraba a convertirme en alguien importante de su vida, me había repetido una y mil veces que no sería una más de su lista... pero allí estaba pretendiendo no solo serlo, sino complaciéndome de ello porque no podía resistir ese embrujo en el que me había envuelto.

Mientras una de sus manos contorneaba mi cuerpo aproveché mi posición parcialmente sobre él para deslizar la mía bajo aquella prenda de lino buscando su entrepierna. Comprobé la dureza y me regocijé ante ella por ser la causante de dicho efecto en aquel príncipe árabe, sintiendo como el deseo crecía más en mí, si es que eso era posible.

—Preciosa, si sigues así se me hará insoportable —susurró mordiendo uno de mis pezones y provocando que diera un pequeño grito de anhelo ante aquel roce.

—¿Qué será insoportable? —gemí metiendo mis dedos bajo la prenda interior de Mijaíl para sentir ahora su carne entre mis dedos.

«Mi cordura acaba de irse al diablo» pensé en el momento que noté su gran envergadura y quise morir de agonía.

Necesitaba sentirlo dentro, sentir como se abría paso en mi interior llenándome por completo.

—No poseerte —gimió acercando sus labios a los míos y sus dedos se deslizaron bajo las braguitas de encaje que aún llevaba puestas para adentrarse lentamente hacia mi interior.

—Quiero que me poseas. —No era una súplica, más bien sonó como una

orden procedente de mis labios y noté como sus labios formaban una sonrisa mientras sus dedos salían levemente y volvían a entrar con mayor fuerza.

¡Por todos los dioses! Aquello era un deleite sin precedentes. Me dejé arrastrar por su movimiento mientras mi mano ejercía fricción en su entrepierna con movimientos ligeramente acompasados hasta que el ardor que me consumía por dentro era demasiado frenético y sentí que iba a explotar de un momento a otro hasta que finalmente aquel orgasmo me avasalló sobrecogiéndome por completo.

—Y lo haré. No tengas la menor duda, pero no será esta noche. —Su tono de voz era suave y cuando comprendí lo que significaban aquellas palabras agrandé mis ojos sin esperar que me hubiera traído hasta la mismísima Islandia sin más pretensión que la de tocarme sin tenerme completamente.

«Mierda... es probable que terminase verdaderamente enloquecida si no le tenía esa noche»

—¿Por qué? —gemí de pura frustración.

—Tú dijiste que cuando te poseyera no volveríamos a vernos y no pretendo hacer de esta noche una despedida, ya que tenemos pendiente otra cita.

¿Y si renunciaba a esa condición?, ¿Y si a pesar de acostarme con Mijaíl esa noche accedía a tener una última cita?

No... eso sería insoportable para mi propio juicio mental porque sabía que me crearía vanas ilusiones hacia él. Tenía claro que en el momento en que me acostara con Mijaíl, no podría volver a verle o mis sentimientos comenzarían a expandirse a un nivel incontrolable. Le quería de una forma extraña, quizá por su poder de seducción, ese misterio que le envolvía y aquella aura magnética con la que me atraía, pero debía ceñirme a mis límites porque sabía que no existía un futuro en el que ambos pudiéramos estar juntos ni aunque él mismo quisiera.

«Y no me convertiré en una de sus muchas amantes» me dije completamente convencida de que en su vida, Mijaíl tendría a unas cuantas

teniendo en cuenta que lo más probable es que jamás encontrase el amor en sus esposas.

—Esto resulta muy frustrante —admití uniendo mi frente a la suya porque era consciente que no cedería en ese punto.

—Yo mejor que nadie lo sé —jadeó en un ronco tono de voz algo roto y noté que su entrepierna bajo mis dedos seguía completamente firme.

¿Cómo era capaz de soportarlo cuando yo me desvivía por tenerle? En aquel instante fui consciente de que nunca había deseado a alguien tanto como le deseaba a él en ese momento. No sabía si era producto de los destellos de esa aurora boreal que nos iluminaba y creaba una atmósfera demasiado romántica o si es que el título de príncipe venía acompañado por esa atracción infernal que me provocaba, pero estaba al borde de mi propio juicio mental y ni tan siquiera Marco, por el que había estado sumamente enamorada y resentida durante años logró que sintiera algo así.

«Definitivamente Mijaíl era el único que podría hacerme olvidar, al menos en eso tenía que darle toda la razón por muy engreído que sonara»

—Está bien... —admití aceptando que esperaría, que pospondríamos aquel encuentro y con ello mi anhelo de que finalmente sintiera lo que era ser poseída por un amante experto.

Aunque la idea de probar su carne me obnubilaba, así que ante su expectación acerqué mis labios a su pecho mientras fui trazando un rastro de besos hasta llegar a la cinturilla de su pantalón, justo donde aún mantenía mi mano rozando su ardiente entrepierna, por lo que con suma delicadeza deslicé la prenda hasta que esta quedó a mi vista y sentí como mis papilas gustativas se deshacían ante la impaciencia de probarle. Me deslice entre sus piernas hasta quedar de rodillas frente a él y bajé mi rostro sin dejar de observarle, sin perder un solo instante de aquellos ojos increíblemente atrayentes que me observaban delicadamente y estaban pendientes de cada movimiento que realizaba.

Masajeé suavemente su gran protuberancia hasta que acerqué mis labios

hacia la punta de su miembro y abrí la boca para acogerlo suavemente.

—Eres una diosa... —gimió mirándome fijamente y vi aquel deseo reflejado en sus ojos por la forma de mirarme—. Y me tienes completamente enloquecido —admitió segundos después antes de que hundiera de nuevo mi boca en su miembro y comenzara un ritmo constante que comenzó siendo suave y después se terció intenso hasta que emitió un sonido inteligible que fui incapaz de reconocer y supe que había alcanzado el éxtasis cuando el líquido caliente recorrió mi garganta.

—Después de esto ya no me parece tan buena idea estar solos —admitió provocando que sonriera y me acercase de nuevo a aquel sofá sentándome a su lado mientras volvía a colocarme la prenda que él me había quitado.

—Conociéndote, hasta me sorprende que te resistas tanto... —dije dejándome caer en su pecho y sintiendo una calidez extrema.

Era como si entre nosotros se hubiera creado una especie de buena sintonía, tal vez por el hecho de saber que tendría punto y final, lo cuál suponía que ninguno quería perder su tiempo en conseguir algún objetivo que no era otro sino el del placer de compartir aquel momento.

—Hasta yo mismo me sorprendo, pero soy consciente de que merecerá la pena porque desde que te vi ya comprendí que serías especial.

—¿Especial?, ¿A qué te refieres? —pregunté sin alzar la vista, sino contemplando aquel espectáculo que teníamos frente a nosotros.

—Tal vez te lo cuente algún día. Ahora durmamos un poco antes de volver a la realidad, esa que por poco que nos guste es la que rige nuestras vidas —contestó y presentí que sus palabras escondían mucho más de lo que decían, solo que comprendí que no era el momento para insistir, que quizá en nuestro próximo encuentro me lo revelaría.

Abrí los ojos cuando las luces del alba eran tan nítidas para comprender que ya era un nuevo día. Sorprendentemente no había rastro de Mijaíl a mi lado, sino que permanecía en aquel sofá convertido en cama tapada con una manta y miré a mi alrededor para ver si así le encontraba.

—¿Hola? —pregunté levantándome y acercándome hacia la escalera para ver si así escuchaba algún ruido procedente de la casa.

No me abandonaría a mi suerte en aquella mansión enorme, ¿verdad? La respuesta a mi pregunta se hizo plausible cuando visualice la silueta de Mijaíl subiendo con una bandeja enorme las escaleras cuidadosamente.

¿Desde cuando sirve él el desayuno a alguien en lugar de que le sirvan constantemente?

—¿Me traes el desayuno a la cama? —exclamé sonriendo por no creer lo que mis ojos estaban viendo.

Desde luego estaba incluso más guapo que la noche pasada con ese rostro de inocencia, un atisbo de barba y aquel cabello revuelto y descuidado que tan bien le sentaba.

—Ya te dije que despedí al personal... no podía dejar que mi invitada se muriese de hambre —contestó acercándose hasta la pequeña mesa que había cercana al sofá y depositó allí la bandeja.

«Creo que estás ganando muchos puntos para que en lugar de príncipe maldito seas príncipe azul» pensé cogiendo una rebanada de pan tostado que había en uno de los platos para darle un bocado.

No tenía ni idea de si era Mijaíl quien había elaborado aquella bandeja, pero lo cierto es que la presentación era bastante decente, e incluso las frutitas habían sido colocadas de forma precisa en los platos para que lucieran más visibles. ¿De verdad había sido él o trataba de otorgarse el mérito de otros?

—Me extraña que alguien como tu, pueda saber como funciona un exprimidor de zumo —contesté en broma al ver las dos copas de zumo de naranja que aparentaba ser recién exprimido.

—La próxima vez lo prepararé delante de la dama, para que así no tenga dudas —sonrió como si no le hubiera molestado en absoluto mi broma y se acercó para robarme un cálido beso de mis labios—. Eres aún más hermosa recién despierta... definitivamente sí que vas a ser una diosa —añadió dejándome completamente sin habla.

Tras el desayuno dimos una vuelta por los alrededores donde me enseñó el emblemático lugar cuyas vistas tras aquel pequeño bosque daban al mar, sin duda era un lugar idílico si no fuese por el frío.

—Para ser alguien de sangre caliente, te has comprado una casa en un lugar demasiado fresco —dije una vez nos sentamos a almorzar en un restaurante con vistas a dicho mar y donde era apreciable como todo había sido cubierto por la nieve a pesar de estar en marzo.

—No suelo venir en la temporada de más frío, de hecho, ahora comienza la buena temporada aunque me dejó caer por aquí cuando el calor en mi país es demasiado insoportable —aseguró cogiendo su copa de vino para degustarlo y después dejar de nuevo la copa sobre la mesa observándome —. ¿Te han dicho alguna vez que estás mucho más hermosa al natural? Definitivamente me gustas más sin todo ese maquillaje.

No había llevado mi neceser, ni tan siquiera mi kit de emergencia porque pensé que al finalizar la noche volvería a casa como había ocurrido con nuestra cita en París, así que realmente llevaba la cara lavada y esperaba no tener un aspecto blanquecino porque mi moreno se había perdido allá por el mes de diciembre para dejarme aquel rostro fantasmal.

—Lo que creo que necesitas gafas si crees que soy hermosa con este rostro blanquecino —aseguré riéndome y probando aquel succulento plato de espaguetis a la marinera que me acababan de servir con muy buena pinta.

—En absoluto. Creo que tienes un concepto de la belleza errado y te aseguro que no tengo la necesidad de mentir en algo así.

Desde luego no la tenía, después de todo había accedido a acostarme con él en la siguiente cita y posteriormente no volveríamos a vernos, eso ambos lo teníamos tan claro como que nuestros mundos no encajaban en absoluto.

No tome sus palabras como un cumplido, más bien quise creer que solo intentaba ser complaciente, pero mentiría si no confesaba sentir cierto regocijo al saber que me consideraba bella sin la necesidad de artilugios que potenciaran los rasgos.

«Este hombre sabe como subir la autoestima de cualquiera» pensé mientras pasamos el resto de la velada en silencio con ciertas miradas fugaces y algún comentario sin importancia hasta que tomamos el jet privado de regreso a Londres y finalmente me llevó él mismo en su vehículo de regreso a casa.

—Supongo que te volveré a ver pronto —dije cuando detuvo el vehículo en la puerta de mi edificio y por alguna inexplicable razón comencé a sentir un ligero vacío en mi estómago.

—Tendrás noticias mías. Voy a estar ocupado por asuntos de negocios las próximas semanas y estaré fuera de casa, pero te prometí llevarte a conocer Dubái en nuestra próxima cita, así que te enviaré mi jet cuando pueda programar un fin de semana en el que nadie nos moleste.

—¿Me vas a dedicar un fin de semana? —pregunté sonriente y alzando una ceja como si eso no fuera posible. Me habría imaginado una noche y tal vez unas cuantas horas durante el domingo como mucho teniendo en cuenta lo ocupado que siempre estaba.

—Cuarenta y ocho horas sin retirarme de tu compañía —aseguró acercándose a mi rostro lentamente—. Si supondrá una despedida, pienso saciarme de ti hasta el último minuto —jadeó rozando mis labios y no pude evitar presionarlos haciendo que aquel beso que parecía inocente se convirtiera en un arrebató de pasión incontrolada.

No quería irme. No quería alejarme de esos labios y definitivamente no quería entrar en aquel piso solitario para tener que afrontar que solo nos quedaba un encuentro más antes de que todo terminara.

¿Por qué?, ¿Por qué demonios estaba sintiendo aquel sentimiento creciendo en mi pecho a pasos agigantados?

«Erika vas a arder en el infierno y lo harás muy pronto» pensé siendo consciente de donde me estaba metiendo.

—Esperaré entonces a tener noticias tuyas —susurré alejándome de aquellos labios.

—Que descanses preciosa y gracias por tu compañía —contestó suavemente y observando mis movimientos.

—Gracias a ti por esa espectacular vista, sin duda no creo que pueda olvidarlo en mucho tiempo —dije abriendo la puerta y saliendo del vehículo ataviada de nuevo con la ropa que había llevado puesta en un inicio.

—Esa era la idea —contestó arrancando de nuevo el vehículo—. Que nunca lo olvides —añadió sonriente antes de ver como iniciaba la marcha y se alejaba dejándome allí de pie, confusa y pensativa.

¿Esa era la idea?, ¿Qué no lo olvidara nunca?, ¿Y por qué razón quería Mijaíl que no lo olvidara?

Por alguna razón me atrevía a asegurar que no se refería a la aurora boreal en si, sino a la compañía. Desde luego no lo olvidaría ni aunque quisiera, ni París, ni Islandia y desde luego iba a ser incapaz de olvidar nuestro próximo encuentro en Dubái. Mijaíl iba a marcarme de por vida y ya había asumido desde que accedí a pasar la noche junto a él, que jamás le olvidaría, aunque solo formaría parte de un recuerdo pasional, esporádico y hermoso, muy al contrario de la dolorosa traición que sentí por Marco cuando pensé que me había engañado.

En cuanto entré en casa fui a colocar el teléfono móvil en la mesita de noche y descubrí que tenía varias llamadas de mi madre, concretamente ocho para ser exactos y eso por muy bien que quisiera tomármelo, viniendo de mi madre era malo.

«A ver que puñetera excusa me invento yo ahora» pensé mientras abría el servicio de mensajería para ver si tenía algo proveniente de ella que me diera alguna pista.

—Nada —susurré sabiendo que eso era aún peor, puesto que fuera lo que fuese lo que quería decirme, no le apetecía hacerlo por teléfono.

Me armé de valor para pulsar el botón de llamada y mis nervios estaban a flor de piel porque temía que mi padre se hubiera ido de la lengua con ella al no haber conseguido ningún avance ni conmigo, ni con Mijaíl para alejarle de

mi vida.

—¿Dónde estás? —exclamó con exigencia y pensé que lo mismo era preocupación lo que sentía.

—En mi casa, ¿Por qué? —pregunté con aire de inocencia.

—Erika... hace dos horas que regresé de allí y no estabas, como tampoco lo estabas esta mañana a primera hora, ¿Dónde has estado? —insistió.

—Bueno... salí y volví hace una hora, pero estoy bien, puedes estar tranquila —le aseguré.

—Estaré tranquila cuando me expliques qué demonios hace mi hija en una revista de moda francesa acudiendo a un evento en París acompañando a un príncipe llamado Rashid, ¿Acaso se te olvidó comentármelo? —exclamó con tanta ironía que mis murmullos maldiciendo casi se escaparon en voz alta.

«Mierda, ¡Mierda!, ¡MIERDA!» quise gritar... ¿Por qué tenía mi madre que acceder a la prensa francesa? Y yo que creí haberme salvado, ¡Y un carajo!

—No es lo que crees... —susurré quitándole hierro al asunto, suponía que así la cosa se calmaría.

—¿Qué no es lo que creo? —exclamó—. Pues tu padre dice otra cosa de esto...

¡Ya la hemos fastidiado!, ¡Así que había hablado con él!

—¿Cómo? —pregunté intentando saber más información.

Recordé que el tal Rashid este era ese por el que no te hablabas con tu padre debido a lo que le hizo a tu amiga Jasmine, así que fui a verle esta mañana al no encontrarte en casa y me confirmó que estáis saliendo, ¿Es eso cierto?, ¿Después de que intentara engañar a tu amiga sales con ese tipo? —insistió—. Mira Erika, yo no voy a juzgar si es o no es mayor que tu o que vuestras culturas sean diferentes o como tu padre insiste en que ese hombre solo se aprovechará de ti. Lo que yo quiero saber es si vas en serio con ese tal Rashid y si estás enamorada de él.

—No mamá —negué refiriéndome en realidad a la primera parte de su

pregunta.

—Me parece bien que experimentes, eres joven y creo que tienes demasiada vida por delante antes de conocer a un hombre respetable con el que desees compartir tu vida o como si quieres ser soltera el resto de ella, no voy a juzgarte, pero en esta ocasión quizá tu padre tenga algo de razón respecto a las intenciones de ese hombre, aunque si me aseguras que solo es por diversión y que lo único que vas a sacar de esa especie de relación es todo lo que pueda darte; respetaré tu decisión.

En mi vida había creído que mi madre tuviera una mentalidad tan abierta. Sabía que no me iba a preguntar si me acostaba con él porque lo estaría dando por hecho, pero que aceptase que no pretendiera algo más allá que una aventura con Mijaíl me hizo ver que no tenía prejuicios como yo había creído que tendría.

—Te aseguro que tanto Mijaíl como yo tenemos muy claro cuáles son nuestros límites. Te contaré toda la historia cuando nos veamos la semana que viene, pero te aseguro que solo somos amigos...

«Con cierto derecho a roce» me faltó añadir.

—Te creo, aunque según tu padre no es solo una amistad —insistió mi madre.

Chasqué los dientes apretándolos fuertemente y valorando la posibilidad de revelarle o no a mi madre lo que sabía de él. El hecho de que hace cuatro años ya interfirió en mi vida alejando a Marco y ahora pretendía hacerlo de nuevo amenazándome para conseguirlo.

—¿Y también te ha contado que me amenazó con dejar de pagar mis estudios si no me alejaba de Rashid? —exclamé con cierto atisbo de desesperación en mi voz.

—No —negó—, pero no me sorprende. Tu padre puede ser muy persuasivo cuando se lo propone. Dejaré que me expliques toda esta situación y te daré mi voto de confianza. Mañana te espero para almorzar en casa sin excusas Erika.

—Allí estaré —contesté algo más calmada y suspiré soltando todo el aire que había contenido cuando colgué la llamada.

No odiaba a mi padre, pero se estaba volviendo un autentico tocapelotas en los últimos días con toda la bola que estaba formando en torno a mi vida. ¡Joder!, ¡Era mayor de edad!, ¡Podía salir con quien me diera la gana! Vale... Mijaíl era diecisiete años mayor que yo, pero ¿Qué importaba eso?

Entendía que analizándolo fríamente era posible que mi padre sintiera preocupación por mi, él conocía a Mijaíl personalmente y además sabía de primera mano lo sucedido con Jasmine y como había intentado manipularla para que accediera a casarse con él, pero eso no le daba ningún derecho a entrometerse en mis asuntos o peor aún; tratar de manipularme a su antojo porque le parecía que era lo más conveniente.

Me concedí el honor de darme una ducha más larga de la cuenta, pero en aquel momento sentía que la necesitaba; primero para no echar de menos cierta agonía que me hacía sentir la ausencia de Mijaíl después de aquel encuentro y en segundo lugar, porque no sabía como iba a terminar aquella tortuosa relación con mi padre que no parecía llegar a ningún puerto.

Por primera vez Marco había quedado fuera de aquella ecuación, pero lo cierto es que me negaba a pensar en él hasta que no tuviera claros mis sentimientos. Después de aquella confesión en la que me había soltado que me quería, sentía que no estaba preparada para corresponderle de la misma forma, ni tampoco para darle una oportunidad si es que la merecía porque era consciente de que no había olvidado aquel pasado. Era cierto que quizá no tenía del todo la culpa y que había asumido sus errores tanto los recientes como los de hacía cuatro años por temor en ambas ocasiones, pero algo me impedía avanzar y necesitaba liberar ese muro infranqueable antes de siquiera pensar en concederle esa oportunidad.

En algún momento pasado el minuto cuarenta y seis de la película *Nothing Hill* debí quedarme dormida en el sofá, porque lo siguiente que recordaba era la alarma del móvil sonando y despertarme lo suficiente desorientada para no saber ni donde me encontraba.

—¡Buenos días!, ¡Estás radiante! —exclamó Jasmine y sentí que por primera vez en varios días llegaba antes que ella.

—Es lo bueno de dormir, que reestablece las ojeras —dije riéndome, aunque lo cierto es que había dormido más de ocho horas y eso era casi una misión imposible desde que había comenzado las prácticas.

—Yo me atrevería a decir que no es solo eso, confiesa; ¿Con quién has pasado el fin de semana? —preguntó a modo inquisidora tratando de sacarme información.

—Te aseguro que no es lo que estás imaginando —confesé riéndome y lo cierto es que no mentía al decirlo ya que al final no había tenido sexo, —si obviaba el oral—, con Mijaíl aquel fin de semana.

—Ya... y yo me he caído de un árbol —gimió sentándose en los asientos que solíamos ocupar de aquella clase y sacando los apuntes para tomar notas.

—Te puedo asegurar que no ha sucedido nada entre Mijaíl y yo —advertí.

—Así que Mijaíl... ¿Dónde te llevó esta vez? —preguntó convencida de que me habría sorprendido con algo.

—¿Y por qué crees que me llevó a alguna parte? —pregunté extrañada.

—Lo imagino —confesó encogiéndose de hombros—. Si te llevó a París en vuestra primera cita, no creo que la segunda fuese menos...

—Estuvimos en Islandia —advertí mordiéndome el labio.

—¡La leche! —gritó justo antes de que entrara el profesor—. No parece que se ande con rodeos... ¿Y tu me quieres vender el cuento de que no te acostaste con él?

No tenía sentido insistir en que no había sido así porque después de todo iba a ocurrir, así que me limité a guardar silencio y seguramente Jasmine interpretó eso como una señal de que entre Mijaíl y yo hubo sexo de por medio.

A pesar de que entraba pronto a trabajar, salí antes de clase para almorzar con mi madre teniendo presente que seguramente me entretendría más de la cuenta a tenor de los acontecimientos y cuando llegué a casa descubrí que me estaba esperando con la comida preparada y la mesa servida como si así pretendiera que no perdiéramos el tiempo.

—Hola mamá —dije acercándome para darle un beso.

—Te veo bien, tienes buen aspecto —dijo sorprendiéndome ya que casi siempre solía sacarme algún defecto del tipo; ¿Estas alimentándote bien? Pareces más delgada o se nota que no duermes demasiado y eso que apenas llevaba dos meses viviendo de forma independiente.

—He terminado los exámenes, por eso estoy más descansada —contesté sin darle demasiada importancia.

—Siéntate entonces, que sé que tendrás que marcharte pronto al trabajo y quiero que me lo cuentes todo —aseguró acercándose con una fuente de ensalada a la mesa y me sentí demasiado cómoda al saber que ella no me presionaba, juzgaba o criticaba por las decisiones que tomaba, sino que sencillamente quería escucharme y valorar la situación para seguramente aconsejarme como una buena madre.

Decidí contarle toda la verdad. No tenía sentido confesar la situación a medias, así que le hablé de Marco y de lo que mi padre hizo hacía ahora

cuatro años revelando que aquel trance del pasado, descubriendo así que no fue una discusión con una amiga la que me hizo estar así durante semanas, sino el primer amor de mi vida.

—¡Oh dios mío! —exclamó mi madre atónita—. Intuía que podría tratarse de algún chico, pero tu padre jamás mencionó nada...

Le conté que había descubierto todo porque Marco trabajaba en la empresa y él mismo me lo había revelado, que para alejarle de mi vida le hice creer que estaba saliendo con Mijaíl, de ahí que no tuviera nada serio con el príncipe maldito, aunque sabía que eso era una mentira a medias, pero tampoco creí necesario contar todos los detalles teniendo en cuenta que mi relación con Rashid tenía los días contados.

—¿Seguro que solo sales con ese príncipe para alejar a Marco de tu vida? —preguntó mi madre no creyendo en absoluto mi confesión.

—Vale —acepté—. Admito que es un hombre atractivo y que al principio no tenía ninguna intención respecto a él, solamente accedí a salir con él un par de veces porque insistió en ello, pero soy consciente de que no es el hombre de mi vida ni mucho menos y que nuestras culturas son muy diferentes hasta el punto de no encajar en absoluto.

Al menos en eso no mentía, lo tenía muy claro, es más, me lo repetía continuamente como un mantra para ver si así me lo creía yo misma.

—A diferencia de tu padre creo que debes cometer tus propios errores, son estos los que te harán crecer como persona y si no mírame a mi, que me pasé toda mi vida a la sombra de un hombre de negocios, un gran abogado relevante al que apenas veía, pero que cuando me quedé sola y sin saber qué hacer con mi vida, descubrí que tenía talento para algo. Son nuestras decisiones las que nos llevan a madurar, crecer como personas y tomar decisiones. No voy a juzgarte Erika, sé que es un hombre mucho mayor que tú y te ahorraré el sermón de tu padre diciendo que seguramente lo único que pretenda de ti ese príncipe sea divertirse teniendo en cuenta lo joven y bella que eres, pero si es lo que tu quieres, si es tu decisión; adelante. No vivas una

vida llena de remordimientos porque en determinadas ocasiones no tomaste algunas decisiones; yo solo quiero que seas feliz y si tu padre decide retirarte su apoyo económico para tus estudios, ten por seguro que yo no lo haré.

En aquel momento me quedé sin habla, ¿Desde cuando mi madre se había vuelto una mujer tan comprensible? Lo cierto es que siempre había contado con su apoyo, pero quizá la inmadurez me hacía creer que esa barrera infranqueable como madre no me generaba la suficiente confianza para hablarle abiertamente sobre mi vida privada por más que ella hubiera tratado de intentarlo.

—Gracias mamá —dije levantándome para abrazarla—. Sin duda eres la mejor.

—Solo quiero que no me dejes al margen Erika y que cuando te preocupe algo, me lo cuentes... yo siempre estaré de tu lado para aconsejarte en todo.

Sonreí con nostalgia y asentí. No es que pensara en decirle a mi madre a quien metía o dejaba de meter en mi cama, pero desde luego sí que pensaba tenerla presente en ciertos aspectos a los que antes decididamente había obviado por temor a sus prejuicios como madre.

—En unas semanas viajaré a Dubái —admití con cierta sonrisa cómplice.

—¿Dubái? —exclamó—. Pues sí que debes gustarle a ese príncipe árabe si te lleva a su ciudad natal —añadió mi madre riéndose y provocando que yo también lo hiciera al mismo tiempo solo que no rebatí su comentario, realmente no creía que Mijaíl me llevase a Dubái porque le gustase, sino que más bien pretendía complacerme.

Conforme fueron pasando los días entre en una rutina algo agobiante, sobre todo porque era consciente de que con cada día que pasaba me acercaba un poco más a ese encuentro que volvería a tener con Mijaíl y del que supondría al mismo tiempo una despedida. Por más que intentase concentrarme en las clases no dejaba de mirar el teléfono esperando información de aquella cita y aunque en el trabajo procuraba saturarme para no pensar en ello, de regreso a casa suspiraba por no tener aún noticias.

Habían pasado dos semanas, ¿Por qué seguía sintiendo el mismo palpitar constantemente? Acepté la invitación de Jasmine para una cena informal que ofrecía en casa como celebración del cumpleaños de Alessandro. Supuse que Marco estaría invitado al ser un gran amigo de su marido, pero necesitaba aquella distracción y aunque no había vuelto a ver a Olsen desde que estuvo en mi apartamento, lo cierto es que no tenía ni idea de como enfrentarle después de las confesiones que me había hecho y de lo confuso que tenía mis sentimientos.

Había algunos invitados en la casa cuando me adentré y dejé el regalo que llevaba sobre una de las mesas que había sido acondicionada para ello. Ciertos rostros me sonaban, entre ellos los del padre de Jasmine y su pareja o Becky, la secretaria de Alex que ya había estado en la última cena que organizaron y que me tenía más que vista por la oficina.

—Me alegro volver a verte Erika, ¿Qué tal van las cosas por la oficina? Jasmine me dijo que ahora ocupas el puesto que ella tenía antes —dijo el padre de mi amiga siendo amable.

—La verdad que muy bien —contesté paseando la mirada por la sala hasta que me percaté de ciertos ojos castaños evaluando mi presencia y sentí ese ligero nerviosismo que Marco ejercía sobre mi—, aunque estoy deseando tener vacaciones porque estoy agotada —confesé entre risas.

—Me imagino, aunque no me cabe la menor duda de que mi hija y tu llegaréis muy lejos en la empresa de mi hermano —aseguró palmeándome el hombro y noté la presencia que se detuvo a mi lado.

—De eso no me cabe la menor duda —intervino Marco metiéndose en la conversación y guardé silencio mientras el padre de Jasmine le saludaba y posteriormente se alejaba con su pareja hacia la madre de Alex que a juzgar por su aspecto estaba demasiado contenta—. Nunca había visto a la madre de Alessandro tan eufórica —admitió Marco.

—Es normal teniendo en cuenta que había perdido las esperanzas de ser abuela y más aún de que su hijo volviera a ser el que era antaño —dije

cogiendo una de las copas de prosecco que estaban sirviendo y el cual solo cataba cuando estaba en casa de Jasmine, dado que aquel vino italiano lo encontraba siempre en aquellas fiestas.

—Quizá todos tenemos que agradecer a Jasmine que Alex haya vuelto a ser el mismo, aunque reconozco que yo le agradezco que te trajera de nuevo a mi vida —susurró llevándose la copa de prosecco a los labios y provocándome un nudo en la garganta inconfundible.

—Marco —insistí—. Te dije que necesitaba tiempo y sigo manteniéndolo —reiteraré recordándole nuestro último encuentro.

Marco pareció mirar a nuestro alrededor, como si necesitara asegurarse de que nadie más escuchaba nuestra conversación.

—Lo sé, pero no puedo evitar acercarme a ti, aunque solo sea para decirte que estas increíblemente hermosa.

«Esto no ayuda. No ayuda en absoluto»

—Por favor Marco —rogué en señal de súplica.

—Está bien —contestó alzando las manos y emitiendo una vaga sonrisa—. Te demostraré que puedo ser paciente, pero al menos déjame ser tu amigo... prometo tener mis manos alejadas de ti aunque me queme por dentro.

—¿Mi amigo? —gemí alzando una ceja puesto que después de todo lo ocurrido, hasta una amistad entre nosotros me parecía demasiado complicado.

Marco hizo que mi brazo libre se entrelazara al suyo para ir hacia donde estaban el resto de los invitados agrupados en torno a una gran mesa donde había diferentes aperitivos y una tarta central con los números treinta y uno, que eran los años que cumplía Alessandro.

«Tan joven y con todo un imperio a su nombre» pensé en la ínfima probabilidad de que yo pudiera obtener lo que había conseguido Alex a tan corta edad.

—Podemos ir al cine, a ver esa galería que quedó pendiente o simplemente tomar una copa sin ninguna intención. Te dije que puedo ser lo que necesites que sea siempre que no me apartases de tu lado.

¿De verdad podía ver a Marco Olsen como algo parecido a un amigo? Lo dudaba, pero entendía que para él podía suponer un comienzo para ganarse mi confianza.

—Tal vez lo tenga en cuenta —dije dudando ciertamente de mis propias palabras, pero si era sincera conmigo misma... entrañaba tener un amigo con el que poder hacer precisamente esas cosas ahora que Jasmine estaba casada y embarazada.

—Me alegra que por lo menos lo consideres —susurró para posteriormente alejarse de mi lado y saludar a algunos de los invitados.

Para mi estupefacción Marco fue todo un caballero durante el resto de la fiesta. Se acercó hasta donde me encontraba en varias ocasiones, siempre sonriente y nada condescendiente. Era la primera vez que a pesar de que era imposible no estar pendiente de su presencia o cada movimiento que hacía, no me sentía presionada.

Permanecí hasta el final de la velada, cuando prácticamente se había marchado todo el mundo y estaban por irse los últimos invitados.

—No te preocupes por nada Erika, mañana recogerá todo la asistenta así que deja tus manos quietas —comentó Jasmine cuando me vio con algunas copas entre las manos tratando de llevarlas a la cocina.

—Tranquila, no me importa. Además, habrá que guardar toda la comida en la nevera —sonreí.

—De eso nada —dijo cortándome el paso—. ¡Marco!, ¿Podrías ser tan amable de acompañar a Erika a su casa antes de que se ponga a recoger todo? —exclamó sonriente y yo le hice una señal para que no me comprometiera de esa forma.

—¡Por supuesto! —gritó el aludido acercándose a nosotras.

—No quiero ser una molestia, no me importa volver en taxi —contesté tratando de ser amable, pero rechazando su oferta.

—Al contrario, para mi es un placer. Cuando gustes vamos.

Estaba claro que no iba a poder escaparme en esta ocasión, menos aún

cuando había sido la propia Jasmine la que me había comprometido, aunque lo hiciera con la mejor de las intenciones.

Miré a Jasmine que me apremió con un gesto de manos como si me empujase hacia Marco y refunfuñé haciéndole un gesto mientras gesticulaba con los labios sin sonido alguno un «Ya hablaremos tú y yo» cogiendo mi abrigo al tiempo que Marco llamaba al ascensor y se despedía de Alessandro.

—¿No le has dicho a nadie que te dejé medio desnudo en tu despacho? — pregunté interrumpiendo aquel silencio extraño que nos había sobrecogido en aquel ascensor.

—Dadas las circunstancias en las que me dejaste, no creo que sea conveniente que corra dicho rumor, aunque no creo que el guardia de seguridad que me dejó salir permanezca mucho tiempo callado. —Sin poder evitarlo comencé a reírme por lo absurdo de la situación, aunque en aquel momento me había parecido una venganza idónea, ahora sencillamente no podía dejar de parecerme un tanto cómica—. No le veo la gracia —advirtió e intenté calmarme, aunque su tono había sonado serio, su semblante en cambio no lo era.

—¡Oh vamos!, ¡Admite que no te lo esperabas! —exclamé en broma.

—Créeme, en ese momento era lo último en lo que pensaba... aunque tú también deberías admitir que no fingías todo el tiempo mientras tratabas de seducirme —contestó con cierto brillo en su mirada.

—Tal vez sea muy buena actriz y me equivoqué de carrera —bromeé sonriendo y para mi fortuna las puertas del ascensor se abrieron.

—Tienes muchas cualidades, pero fingir no es una de ellas —Se aventuró a decir mientras caminábamos hacia la salida del edificio y nos dirigíamos al parking exterior donde supuse que Marco había dejado su coche.

No quise insistir en el tema, entrar en aquel dilema podía ser peliagudo y ya me había objetado a mi misma que no era el momento idóneo para tratar de iniciar una relación con Marco hasta que no quedasen resquicios de resentimiento hacia él. Quizá sería algo que nunca conseguiría o tal vez solo

necesitaba asimilarlo con tiempo, pero mi cabeza no funcionaba con un simple click en el que hacer borrón y cuenta nueva, sino que de algún modo necesitaba recuperar la confianza en mi misma para abrir mi corazón sin miedo al rechazo.

No se trataba de amar o no amar, tenía claro que aún tenía sentimientos hacia Marco aunque estaba demasiado confusa para saberlos catalogar después de descubrir que también estaba enamorada de Mijaíl, solo que no era el mismo tipo de sentimiento aunque al mismo tiempo creyera que sí. Tenía que averiguar que me estaba ocurriendo, que era lo que verdaderamente uno y otro me hacían sentir a su debido tiempo.

«Tal vez Mijaíl solo quedará en tus recuerdos, pero Marco pueda ser quien llene tus momentos» me dije contemplando aquel perfil de rostro bien definido y por alguna razón el apodo con el que Rashid le nombraba me vino a la mente provocando que me riera de la situación.

«Ese abogaducho con cara de pato» recordé sin saber porqué razón.

—¿Qué te parece si mañana vamos a una exposición que hay en la galería del centro? Seguro que te gustará el artista, hace unas fotos increíbles de los edificios de la ciudad. Siendo una futura y brillante arquitecta, te encantarán —mencionó abriéndome la puerta del vehículo y no supe que contestar.

¿Mañana? Eso sería domingo y aunque mi plan era comer en casa de mi madre, algo bastante aburrido aunque últimamente las conversaciones con ella eran de lo más interesantes, no sabía si sería o no una buena idea.

—No se si sea una buena idea Marco... —dije ganando algo de tiempo.

—Te prometo que solo quedaremos como dos buenos amigos que van a pasar un rato agradable —advirtió rodeando el coche y entrando en el asiento del conductor.

Bueno... mejor salir a despejar la mente que quedarme en casa comiéndome la cabeza porque no tenía noticias de Mijaíl y tampoco aspiraba a tenerlas en breve.

—Está bien —dije sorprendiéndome a mi misma—, pero si haces una

sola mención del pasado o referente a nosotros, me iré y te dejaré plantado — advertí en plan dictadora.

—Me ha quedado claro —contestó arrancando el coche y poniendo rumbo hacia mi apartamento.

Fue extraño despedirme de Marco con un simple *buenas noches*. No hubo intento de besarme, ni de tratar de subir a mi casa a tomar una última copa, ni de insinuar algo que propiciara algún pensamiento indecente. Fue tan absolutamente extraño que, en lugar de sentir la ausencia de aquella insistencia a la que me había habituado, me sentí por el contrario agradecida de que respetase el tiempo y espacio que le había rogado que tuviera.

Después de entrar en el apartamento y cambiarme de ropa para colocarme el pijama de algodón, me deslicé bajo las sábanas siendo incapaz de conciliar el sueño. ¿Y si me estaba equivocando demasiado respecto a Marco?, ¿Y si de verdad sus intenciones eran sinceras y hacía aquello porque me amaba profundamente? Aunque fuese así, aunque de verdad estuviera actuando de aquel modo movido por la tenacidad de recuperarme, seguía estando mi auténtico y principal dilema; ¿Qué era lo que tenía Mijaíl para que no dejase de pensar en él de aquella manera y le antepusiera a Marco en aquel momento?

Quería creer que solo estaba movida por un resentimiento hacia el pasado que anhelaba olvidar, que por aquel príncipe solo sentía un deseo descomunal y que aquello que yo suponía amor hacia Mijaíl, realmente era un encaprichamiento extremo. Quería pensar que solo por ser consciente de que era una relación imposible, eso hacía que el incentivo de tenerle fuese mucho más atractivo y también quería creer que su peculiar magnetismo que englobaba toda aquella aura de príncipe que le caracterizaba era la culpable de que mi cuerpo temblara con tan solo verle. Si. Definitivamente debía ser todo eso y no realmente amor lo que sentía por ese príncipe maldito.

—¿Y no has vuelto a hablar con tu padre?

Había llegado a casa de mi madre hacía escasos minutos y lo cierto es que no cesaba de despegar la vista de la pantalla del teléfono a la espera de recibir una citación; ya fuera la de Marco para concretar la hora a la que asistiría a exposición de fotografías o la que esperaba con más devoción aún si cabe de cierto príncipe.

No entendía porque me tenía en vilo aquella desinformación, ¿Sería el próximo fin de semana?, ¿Tal vez el siguiente? Ya habían pasado dos largas semanas desde la última vez que le había visto y no había tenido noticias suyas ni tan siquiera para disculparse por la supuesta tardanza.

«Te advertió que estaría ocupado las siguientes semanas, así que relaja el cuore Erika» pensé obligándome a dejar el teléfono sobre la mesa y no volver a mirarlo en al menos una hora.

—Perdona, ¿Qué decías? —exclamé habiéndome olvidado lo que había dicho mi madre.

—De verdad que tienes la cabeza en otra parte, ¿Es ese príncipe o ese tal Marco? —inquirió de forma contundente.

Agrandé los ojos sorprendidamente y sonreí.

—En realidad espero un mensaje por parte de ambos, pero no es nada importante —mentí mordiéndome el labio.

—¿No has vuelto a ver a ninguno de los dos? —insistió mi madre para ver si así me sonsacaba algo.

—En realidad sí que he visto a Marco. Anoche estuvo la fiesta que

organizó Jasmine para el cumpleaños de Alex y quedamos en ir a visitar una exposición en una galería de arte —afirmé—. Como amigos —añadí justo después.

—¿Cómo amigos? —Aquella ironía por parte de mi progenitora era demasiado perspicaz—. Si tu lo dices... pero siempre diré que donde hubo fuego quedarán cenizas.

—¿Entonces entre papá y tú aún puede surgir algo? —pregunté cambiando de tema porque no me gustaba nada el rumbo que estaba llevando aquella conversación.

—¡Ni hablar! —exclamó aturdida—. Eso es completamente diferente.

—A ver... ¿Qué tiene de diferente? Vosotros os quisisteis en algún momento de vuestras vidas y ahora cada uno tenéis vuestra independencia, ¿Por qué no podéis simplemente llevaros bien? Aún sigo sin entender porque ninguno de los dos ha rehecho su vida y eso solo me hace pensar que es porque en el fondo todavía sentís algo por el otro.

—¡No digas bobadas Erika! —sulfuró mi madre y evitaba mirarme a la cara, algo que desde luego indicaba que estaba nerviosa.

—¡A ti te sigue gustando papá! —grité sorprendida—. Vamos, ¡Admítelo! No es que vaya a contárselo precisamente teniendo en cuenta que no nos hablamos.

Mi madre me observó fijamente y pareció valorar si revelar aquello que estaba pensando en voz alta.

—No negaré que tu padre siempre me ha parecido el hombre más atractivo que he conocido, pero ¡eso no significa absolutamente nada! Y desde luego ni me planteo la posibilidad de volver a intentar algo con él. Lo nuestro murió el día que nos divorciamos —aseguró enfrascada.

—¡Vamos mamá! —exclamé—. Si los dos sois lo suficientemente mayorcitos para saber qué queréis. Siempre he pensado que papá seguía enamorado de ti, aún conserva las fotos familiares en su apartamento. Podíais intentar al menos llevaros bien... ¿Y quién sabe? —exclamé pensando que

siempre había creído que entre ellos quedaba algún resquicio. No era normal que ni mi padre ni mi madre hubieran rehecho sus vidas después de tantos años, eso sin mencionar que mi padre solía preguntarme por ella al contrario que mi madre, que casi siempre evitaba el tema.

—Pides un imposible Erika —terció no entrando en detalles de la conversación.

A mi no me parecía tan imposible, creo que si ella lo quisiera mi padre estaría más que dispuesto a intentarlo, pero entendía su punto... terminó quemada en una relación por la que había dado todo y veía como mi padre solo se alejaba absorbiéndolo cada vez más el trabajo.

No es que buscara que mis padres volvieran a estar juntos, me había acostumbrado a esa separación puesto que habían pasado demasiados años desde que se divorciaron, pero tenía esa sensación de que veía pasar los años y por una u otra razón sentimentalmente no avanzaban.

«Seguro que esos dos todavía se quieren» pensé como en otras ocasiones había hecho, pero posteriormente lo desechara porque ambos —y sobre todo mi madre—, eran demasiado tozudos para ceder.

No volví a hablar del tema de mi padre como tampoco lo hice sobre Marco o Mijaíl ya puestos... sencillamente nos centramos en temas neutrales como lo eran los salones de belleza de mamá o mi trabajo de becaria en la empresa el cual comenzaba a coger el ritmo.

Había regresado a casa con varios tupper de mi madre y comenzaba a pensar que quizá mi padre había dejado de pagar mis facturas de teléfono porque no entraba ningún mensaje. Si no fuera porque abría el navegador y parecía tener internet, me atrevería a creer que esa era la razón de que ni tan siquiera Marco me hablase teniendo en cuenta que habíamos quedado para esa tarde.

¿Acaso debía recordárselo yo misma?, ¿Quizá le habría surgido algún plan mucho más divertido?

Mientras me debatía en qué o no hacer y guardaba la comida en la nevera,

escuche el sonido del teléfono y lo cogí convencida de que sería algún comentario en mi grupo de amigas, pero para mi sorpresa era —al fin— un mensaje de Olsen.

Marco

«Siento avisarte tan tarde, pero ha surgido un imprevisto momentáneo y creí que no podría resolverlo. ¿Te recojo a las siete?»

¿Serían cosas de trabajo o se trataría de algún tema familiar? Decidí ser prudente.

Erika

«Podemos dejarlo para otra ocasión si estás ocupado, por mi no hay problema»

Marco

«Te recojo a las siete»

Eso me dejaba lo suficientemente claro que no parecía estar ocupado. Me di una ducha rápida y decidí utilizar uno de los vestidos más arreglados que tenía cogiendo polvo en el armario porque no me parecían convenientes para trabajar y dada mi casi nula vida social no es que fuera a ponérmelos para estudiar. Se trataba de un elegante vestido en tonos burdeos hasta la rodilla con una abertura atrás lo suficientemente amplia para que resultara llamativa sin que mis nalgas quedaran a la vista, por lo demás era un vestido absolutamente sencillo sin escote y sin nada especial de manga larga. Me parecía sencillo y provocador al mismo tiempo por lo que lo vi perfecto para aquella no-cita de amigos.

Comprobé que la puntualidad de Marco no se acercaba ni de lejos a la de Mijaíl que era como una aguja clavada en el reloj, de hecho eran las siete y

cuarto y aún seguía esperando en la puerta de casa a que llegara.

—¡Disculpa!, ¡Hay demasiado tráfico a estas horas! —exclamó apareciendo y subí a su coche antes de quedarme helada.

—Me imagino —respondí tratando de ser amable—, ¿Estás seguro de que va todo bien? Si estabas liado con algo de trabajo o algún problema personal podríamos haberlo pospuesto —insistí.

—No pasa nada —contestó negando con la cabeza—, era un asunto familiar pero ya está solucionado.

—Está bien —dije sin querer preguntarle por si no era asunto mío meterme donde no me llamaban—. ¿De que conoces al artista? —pregunté cambiando de tema y ciñéndome a algo que no fuera hablar de nosotros.

—De oídas... vi la nota en la prensa y pensé que podría gustarte. —Su respuesta me pareció demasiado vaga, pero no le di la mayor importancia.

No sabía que esperar de aquella exposición y a juzgar por la cantidad de personas allí presentes supuse que el artista era lo suficientemente bueno en la fotografía para llamar tanto la atención. En cuanto divisé alguna de las fotos reconocí el gran talento de aquel fotógrafo y me deleité con cada una de ellas observándolas al detalle.

—Son increíbles —susurré sin saber si alguien me podía estar escuchando porque básicamente no estaba reparando ni en la gente que tenía a mi alrededor. Marco se había adelantado porque yo me quedaba absorbida por cada retrato más tiempo de la cuenta y es que todo estaba cuidado al detalle, ya que cada expositor había sido colocado apropiadamente para cada una de las fotografías con la luz propicia y el ángulo perfecto.

—Y yo que ya me había resignado con la idea de esperar para volver a verte. —La voz masculina que sentí a mi derecha hizo parpadear los ojos y darme la vuelta.

Por un segundo habría jurado que era la voz de Mijaíl, pero era imposible... seguramente estaba soñando despierta. Cuando visualicé esos ojos increíblemente verdes observándome sentí como mi garganta se reseca

y no era capaz de decir nada coherente.

—¿Estás aquí o estoy teniendo visiones? —exclamé aturdida.

Para mi asombró su risa me hizo saber que sí, que estaba allí y que era absolutamente real.

—Desde luego eres tú, por un segundo había dudado que lo fueras a pesar de que ese cabello sea inconfundible, como tu belleza —contestó con ese amago de sonrisa que hacía que mis piernas flaqueasen.

—¿Qué haces aquí? —pregunté ahora no entendiendo si estaba allí porque no me había llamado.

—El fotógrafo es un gran amigo mío, es su primera exposición en Londres y me pidió que invitara a algunas personas para darle publicidad. No podía invitarte formalmente sin que contara como una cita, así que le di varias invitaciones a Alessandro con la esperanza de que alguna de ellas llegase hasta ti —mencionó sin apartar la vista.

—¿Todo bien? —exclamó Marco acercándose y colocándose a mi lado frente a Mijaíl, que cambió su semblante jovial a un rostro bastante serio y taciturno—. ¡Vaya Rashid!, ¿Tú por aquí?, ¿También te interesa la arquitectura? —El tono de Marco era irónico... como si de algún modo estuviera riéndose de su presencia.

¡No me lo podía creer!, ¿De verdad Marco estaba jugando a ser tan ruin y rastroso con algo así?

—¿Habéis venido juntos? —exclamó mirándome ahora a mi.

—Por supuesto —alegó Marco sin dejar que yo contestara cuando la pregunta evidentemente me la había realizado a mi.

—Claro —contestó Mijaíl con una fingida sonrisa—. Supongo que querréis disfrutar de la exposición sin que os interrumpen, me temo que he abandonado demasiado tiempo a mi grupo... espero que disfrutéis, el artista es realmente bueno —añadió alejándose y sentí una opresión en el pecho de ahogo que comenzaba a matarme.

Tenía que hablar con Mijaíl, no sabía a qué conclusiones había llegado

por sí mismo, pero era evidente que se sentía molesto al saber que estaba allí con Marco.

—Vuelvo en un momento —advertí a Olsen sin esperar que éste me respondiera y salí tras Mijaíl que acababa de traspasar la puerta de entrada a la galería.

—¡Espera! —exclamé llamando su atención y necesité alcanzarle hasta tocar su brazo para que se detuviera—. ¡No sabía que estarías aquí!

—¿Y cambia eso algo en el hecho de que estés saliendo con Olsen? —exclamó con cierto aire condescendencia.

—No estoy saliendo con él. Entre nosotros no hay nada —afirmé segura de mis palabras.

—¿Estás segura? —exclamó mirándome fijamente como si tratara de buscar la verdad—. Porque te he visto dudar en demasiadas ocasiones y sé que él tiene algo que ver en ello.

—Si —afirmé—. Él forma parte de un pasado que deseo olvidar y que al mismo tiempo no puedo hacerlo, pero nada más.

No sabía si aquello era una mentira a medias porque aunque hubiera tenido mis más y mis menos con Marco, en realidad no nos habíamos acostado y tampoco es que pensara hacerlo ni a corto, ni a medio plazo.

—¿Entonces no estáis juntos? —preguntó ahora con cierto interés.

—No —negué—. ¿Cambiaría en algo que lo hiciera? —pregunté después.

No esperaba que Mijaíl pretendiera algo más de mi que meterme en su cama, por lo que no sabía si tendría miramientos al hecho de que pudiera estar saliendo con alguien.

—No creo que te guste la respuesta —advirtió rodando los ojos y metiéndose las manos en los bolsillos.

¿Qué no me gustaría la respuesta?, ¿Qué clase de contestación era esa?

—Me da igual si me gusta o no, quiero saberlo, ¿Cambiaría en algo? —insistí.

—Si, porque te deseo solo para mi —admitió acercándose tanto a mi rostro que pude notar su aliento—. No veo el momento ni la hora de encerrarte bajo mi cuerpo para complacer cada uno de tus deseos y hacerte comprender lo que te estoy diciendo, pero necesito saber que eres mía, únicamente mía o enloqueceré.

—¿A qué te refieres? —pregunté en un hilo de voz.

—A que no soporto la idea de verte con ese tipo por muy egoísta que eso pueda sonar y deseo que solo estés conmigo.

—Solo contigo... ¿Hasta cuando Mijaíl? —pregunté no comprendiendo nada.

—Hasta que tú lo decidas, preciosa. —Si en aquel momento no jadeé es porque mi garganta estaba tan seca por aquellas palabras que era incapaz de pronunciar sonido alguno.

«¡Dios bendito! Acabo de tener un orgasmo y ni tan siquiera me ha tocado»

Sentí el roce de sus labios y cerré los ojos instintivamente esperando aquel beso o, mejor dicho; deseándolo con tanto fervor que me daba incluso miedo.

—No comenzaré algo que no pueda terminar. Si tu respuesta sigue siendo afirmativa, este viernes te estará esperando un jet privado para llevarte junto a mi y complaceré cada una de tus peticiones.

Desde luego aquello sonaba mucho más que tentador, es más, casi se escapaba el grito de júbilo de mis labios.

—Acepté tu propuesta y mi respuesta sigue siendo la misma —asegué alzando el mentón para dejarle claro que no era el único que sentía aquel infernal y abrasador deseo, de hecho, estaba sintiendo que me consumía por dentro.

Vi la sonrisa complaciente en sus labios y como comenzaba a dar varios pasos hacia atrás sin mirar siquiera si podría chocar con alguien o algo.

—Prepárate entonces...

—¿Para qué? —gemí incoherente.

—Para enamorarte... —confesó haciendo que agrandara los ojos—. de Dubái —agregó guiñándome un ojo y dándose la vuelta para alejarse.

«De Dubái no sé, pero de ti creo que incluso ya lo estoy» jadeé en mis adentros.

Permanecí varios segundos pensativa mientras veía aquella silueta alejarse y analicé repentinamente todo lo que había sucedido en apenas un instante. No podía creer que Marco hubiera propiciado aquello, ¿Hasta cuando iba a seguir con sus juegos en los que no cesaba de implicarme? En lugar de estar cabreada, indignada o enfadada... sencillamente estaba cansada, así que volví junto a Marco con semblante serio.

—¿Todo bien? —preguntó Marco cuando volví a su lado y aparentaba una absoluta tranquilidad.

—Perfectamente —sonreí haciéndole ver que fuera lo que fuese aquello que pretendía hacer no había funcionado, —¿Nos vamos? —exclamé deseando regresar de nuevo a casa porque sentía que de un momento a otro iba a darme un colapso.

—Por supuesto... —contestó rozándome el brazo para acompañarme hasta la salida y así marcharnos de aquel lugar.

Ni siquiera intentó preguntar que había ocurrido, ni si me apetecía ir a cenar algo... en ese momento comprendí que solo habíamos ido hasta allí para cumplir alguna especie de acometido, como si quisiera retar a Mijaíl Rashid que no era el único competidor en aquel juego y aquello más allá de molestarme, me hacía constatar que debía alejarme de Olsen.

20

Había evitado a Marco toda la semana. No me apetecía en absoluto discutir con él y que volviera a hacer alusiones respecto a que todo lo hacía por mi bien como si pretendiera ser mi propio padre o el dueño de mi vida cuando precisamente no era nada de él; ni su amante, ni su novia, ni su amiga.

—Has estado muy ausente toda la semana, ¿Es por esa cita que tienes con Mijaíl este fin de semana? —preguntó Jasmine mientras hacíamos un descanso entre horas en la cafetería.

—No claro que no —mentí porque en parte sí que estaba nerviosa ante el hecho de que en aquella cita sucederían muchas cosas y entre ellas que sería la última vez que viese a Mijaíl.

—Pues a ti te pasa algo. No es normal que estés tan callada, ¿No van bien las cosas con Marco? Ni siquiera logré sacarte prenda sobre si ocurrió algo cuando te llevó a casa después del cumpleaños de Alex —insistió.

—Está bien —admití finalmente—. Marco me invitó el domingo pasado a una exposición de fotografía.

—¡Ah sí! —exclamó Jasmine iluminándosele el rostro—. Recuerdo que Alex me mencionó algo días antes, pero es que le había regalado por su cumpleaños pasar todo el día en un spa y cuando acordamos fue demasiado tarde. No sabía que habías ido... supongo que le cedió las entradas a Marco.

—¿Y te comentó Alex que el artista era un amigo de Mijaíl? —insistí alzando una ceja porque me extrañaba que no lo comentase.

—No... —negó encogiéndose de hombros—. ¿Lo era?

—Obviamente y él estaba allí.

—¡No!, ¿Y te vio con Marco? —exclamó Jasmine llegando a la misma conclusión que yo había llegado.

—No solo me vio con Marco, sino que este trató de darle a entender que estábamos juntos de una forma que no me gustó nada. Así que estoy convencida de que la única intención por la que me invitó a esa exposición es para asegurarse de que Mijaíl nos viera.

—¿No se lo has preguntado a Marco? Quizá estés errando en tus conclusiones.

—No Jasmine —negué—. Ya estoy cansada de sus manipulaciones; primero me persigue, después va con el cuento a mi padre y ahora intenta tergiversar las cosas.

—No le puedes culpar de intentar ser el ganador en esa competición... —alegó Jasmine en su defensa.

—Si le culpo cuando no hace las cosas de frente, algo que en cambio Mijaíl ha hecho desde el principio —contesté con rabia—. Siento como si Marco me hubiera defraudado... hasta había logrado aceptar que le había contado a mi padre lo de Mijaíl solo porque realmente podía estar preocupado, pero después de esto ya no sé siquiera si deseo perdonarlo.

Y era cierto, no me apetecía en absoluto estar con alguien que no era sincero desde el primer momento, con Marco no sabía a qué atenerme y empezaba a cansarme de sus excusas o de sus intentos de que le perdonara admitiendo que todo aquello lo hacía porque estaba enamorado y no razonaba adecuadamente. No podía ser amor cuando no aceptaba que le eligiera libremente, sino que básicamente intentaba eliminar a la otra parte de la ecuación.

—El tiempo pondrá cada cosa en su lugar —sonrió Jasmine—. Y a su debido momento lo sabrás.

—¿Qué voy a saber?, ¿Qué me quedaré soltera para siempre? —exclamé con cierto atisbo de sonrisa.

—No —negó compartiendo aquella sonrisa conmigo—. Sabrás a quien

amas realmente de los dos.

No contesté, porque ni tan siquiera me apetecía pensar en ello por si me daba miedo saber la respuesta, así que simplemente me encogí de hombros y alegué que se nos hacía tarde para volver a clase.

Tal como había indicado Mijaíl, el viernes por la tarde un vehículo me recogió para llevarme al aeropuerto donde me esperaba su jet privado estando a mi absoluta disposición. Iba a suceder, estaba volando hacia Dubái donde me encontraría con Mijaíl y de repente tuve más presente que nunca lo que iba a ocurrir.

Era como si de pronto me hubieran dado una bofetada de realidad y por más que tratara de controlar mis nervios, no lograba hacer que el temblor que sentía en las piernas remitiera. Probablemente no me deshiciera de aquella sensación hasta que aquel fin de semana se terminara y a pesar de los nervios que sentía no dejaba de ser consciente de que lo deseaba fervientemente con cada minuto que pasaba.

Cuando aquel jet aterrizó en los Emiratos Árabes, lo hizo con la luz de un nuevo día debido al cambio horario y me reconforté por haber pasado la mayoría del tiempo durmiendo debido al cansancio que acumulaba de toda la semana.

—Bienvenida a Dubái señorita Battle —mencionó un hombre vestido con un traje de lo que supuse sería típico del país y dejé que me guiara por aquel aeropuerto hasta entrar en un coche oficial. Sentí el olor a mar, una calidez en el clima sobrecogedora, pero sobre todo me pareció una ciudad absolutamente espectacular al menos vista desde la ventanilla de aquel vehículo con todos aquellos edificios nuevos sumamente altos dando la apariencia de una ciudad moderna y vanguardista.

En el momento que visualicé el hotel casi sufrí un infarto. Desde luego era majestuosa, la obra de arquitectura más emblemática que había visto y fui consciente de la magnitud que representaba Mijaíl, siendo dueño de todo aquello.

«Más vale que no lo pienses mucho o te sentirás como algo infinitamente insignificante a su lado» pensé descartando esa opción.

Nunca había estado en un hotel como ese, de hecho cuando bajé del coche oficial y miré hacia arriba, mi vista se perdía tratando de alcanzar el infinito. Era imponente, precioso y absolutamente único. No pasé por recepción, sino que fui directamente hacia el ascensor y aquel hombre pulsó el botón de la última planta. En cuanto las puertas se abrieron pronunció con voz clara;

—El príncipe Rashid la está esperando en la suite real, señorita Battle. Traerán su equipaje en breve. Que disfrute de su estancia —Y aquel gesto que me incitaba a salir del ascensor me hizo creer que el resto del camino lo haría completamente sola.

—Gracias —dije justo antes de que las puertas se cerraran.

¿Solo había una suite real? Imaginaba que sí y por eso no tenía pérdida. Todo el suelo estaba cubierto con una moqueta de realizaba un dibujo geométrico inexacto y hacía que fuera inevitable dejar de admirarla. Al final del pasillo había una doble puerta de color dorado y supuse que esa sin duda debía ser la suite real, así que me acerqué sintiéndome algo perdida y llamé suavemente como si temiera equivocarme y molestar a un acaudalado cliente del hotel.

Solo fueron unos segundos hasta que aquella puerta se abrió, pero cuando la figura de Mijaíl se hizo presente tras aquel umbral, sentí como mi corazón se paralizaba ante aquella visión imponente mientras me observaba con esos ojos de fijación y una sonrisa de satisfacción.

—Bienvenida al Burj Al Arab, preciosa —pronunció abriendo aún más la puerta y permitiendo que entrara en lo que suponía que serían sus aposentos privados.

«Lujo en el máximo esplendor» pensé conforme entraba y miraba a mi alrededor cada detalle colocado con sumo cuidado en aquella habitación.

—Imagino que ahora sí te sientes como en casa —contesté sonriendo sin saber exactamente que decir que no fuera; estoy alucinada.

—Desde luego —concretó—. Y haré que disfrutes de tu estancia...

—Eso suena bastante prometedor incluso viniendo de tu parte —contesté sonriente.

Su sonrisa lo dijo todo y lentamente fue acercándose hasta mi de forma que no pude evitar tensarme.

—Tengo que resolver un asunto familiar urgente, pero después prometo que seré todo tuyo...

¿Todo mío? «Que bien suena eso»

—¿Entonces debo esperarte aquí? Pregunté viendo esos ojos verdes y deseando perderme en ellos.

—He pensado que te vendría bien distraerte, por lo que le he pedido a alguien que te acompañe por la ciudad y te lleve a las mejores boutiques. Esta noche he reservado mesa en el mejor restaurante. No te irás de aquí sin probar las delicias árabes.

«Y yo que apenas había llevado equipaje pensando que no saldría de la habitación del hotel»

Al parecer no le importaba exhibirse conmigo públicamente según parecía, aunque imaginaba que todo el mundo debía de estar acostumbrado a verle acompañado de mujeres exuberantes teniendo en cuenta de quién se trataba.

—Así que pretendes conquistarme... por mi estómago —dije de forma traviesa tratando de calmarme a mi misma porque aquel perfume varonil estaba cada vez más cerca y con ello mis hormonas comenzaban a revolucionarse.

—Preciosa, esa solo será una de las formas... —jadeó antes de acercarse lo suficiente para notar como acariciaba mis labios y entreabrí los míos para sentir de nuevo la calidez de su boca.

«Ay madre... que no sé si es porque aquí el clima es más cálido, pero siento que arderé en cualquier instante»

La interrupción por los golpes de la puerta hizo que se apartara

lentamente de mis labios y me observara fijamente.

—Ese debe ser tu equipaje —insinuó acercándose y efectivamente tras abrir la puerta uno de los mozos entró con mi maleta dejándola a un lado y despidiéndose afablemente—. Rachel te estará esperando dentro de media hora en el hall del hotel, si lo deseas puedes refrescarte y cambiarte de ropa para ir más cómoda.

Desde luego necesitaba una ducha, porque sentía que mis vaqueros eran casi una segunda piel al notar la humedad que hacía en aquella ciudad.

—¿Quién es Rachel? —Pregunté porque recordé que él tenía una hermana llamada así. Lo sabía por Jasmine, pero dudaba que Mijaíl me enviara con su hermana para ir de tiendas... definitivamente la tal Rachel debía ser algún tipo de auxiliar o mujer de confianza.

—Mi hermana —aseguró y todas mis creencias se fueron al diablo.

¿De verdad le había pedido a su hermana que me llevase por la ciudad?, ¡Si no la conocía!

—¿Tu hermana? —exclamé, ¡Dios que vergüenza! Debe saber perfectamente a qué he venido y que represento para Mijaíl.

—Tranquila, te caerá bien. Además, le dije que eras amiga de nuestra prima Jasmine y arde en deseos de que le cuentes que tal le va todo.

«¿Y le has dicho que me meterás en tu cama?» me faltó decir, pero las palabras no me salían de la garganta.

A pesar de mi estupor, Mijaíl se marchó y media hora después bajaba al hall del hotel con un vestido largo mucho más fresco que los vaqueros que traía puestos cuando había entrado.

Me sentía un poco desubicada mirando a mi alrededor y esperando a alguien de quien no tenía la más mínima idea cuál sería su apariencia física.

—Sin duda alguna tu debes de ser Erika —mencionó una voz femenina en un perfecto inglés y mis ojos apreciaron a una mujer rozando la treintena de piel morena y cabello oscuro.

Se parecía ligeramente a Mijaíl, pero no había ni rastro de sus ojos

verdes, sino que más bien los de ella eran oscuros, así que dudé en si sería o no su hermana.

—¿Eres Rachel? —pregunté a sabiendas de que era la opción más viable.

—La misma. Mi hermano me dijo que debía buscar a una deslumbrante mujer pelirroja incluso más bella que nuestra prima —sonrió con cierto aire jovial y supe que aquella mujer era un encanto.

—Tu hermano es un exagerado —comenté en el mismo tono de diversión.

—No suele ser muy dado a exagerar precisamente —alegó indicándome que le siguiera el paso—, pero es evidente que trata de impresionarte o no me habría pedido el favor de acompañarte por la ciudad mientras padre le entretiene.

Así que le había pedido aquello a su hermana como un favor. ¿Eso era bueno o malo?

—Supongo que debes estar habituada —sonreí en cierto grado de complicidad y ella hizo un gesto a alguien por lo que en segundos tuvimos un vehículo a nuestra disposición.

—Por norma general mi hermano solo suele pedirme que le acompañe a algunos actos oficiales si es necesario o no tiene acompañante, pero nada más... esto lo hago más como un favor personal hacia él y porque después de como habló de ti, sentía demasiada curiosidad.

¿Por como hablo de mi?, ¿Qué se suponía que había dicho?

—Vaya... me sorprende que me haya mencionado —contesté algo asombrada.

—Dijo que en una ocasión le cerraste una puerta en la cara y gritaste que se largara y volviera en otro momento —mencionó riéndose y enrojecí al recordar cuando había sucedido exactamente y que era a Jasmine a quien buscaba aquella mañana en nuestro apartamento de Massachusetts.

¿Cómo se le ocurría decirle eso a su hermana?, ¿Estaba loco?

—Supongo que sí... lo hice —admití riéndome ya que a ella le causaba gracia.

—Normal que esté así de prendado contigo, créeme si te digo que ninguna mujer le había tratado así jamás...

Casi había olvidado aquellos hechos y eso que fueron mi primera toma de contacto con el “príncipe maldito” y es que por aquel entonces él solo trataba de asegurar que Jasmine le aceptase, aunque a mi me pareciera un engreído patán.

—Eso es que no ha conocido a suficientes... —contesté no queriendo entrar en demasiados detalles ya que después de aquel fin de semana yo desaparecería de sus vidas.

Rachel me llevó por varias boutiques de la ciudad donde prácticamente me obligó a llevarme algunas prendas donde elegir para esa misma noche de entre las cuales había un vestido en tonos rojizos que debía reconocer era absolutamente precioso. Me habló de que recientemente su familia había aceptado la relación que mantenía en secreto con su chofer, ¡Su chofer! Y que la madre de Jasmine había tenido bastante que ver en el hecho de fuese aceptada públicamente. Al parecer esperaban tener prontamente el permiso de su padre para comprometerse, algo en lo que Mijaíl intentaba mediar para que se llevase a cabo, pero no estaba del todo convencida.

—Disculpa un momento —mencionó atendiendo una llamada y al cabo de unos instantes colgó—. Es que en unos días será la recaudación benéfica de fondos para la fundación de mi hermano y me estoy encargando de los últimos detalles.

—De tu hermano... ¿Mijaíl tiene una fundación? —pregunté asombrada.

—Si —asintió sin ninguna incomodidad—. Imagino que no te comentó nada porque ya te habrías marchado. El dinero que se recauda va destinado a los niños sin recursos de los que la fundación se hace cargo, normalmente suelen ser huérfanos o de padres que les han vendido.

¡Dios mío!, ¿Era eso posible?, ¿Vender a un niño?

—¡Que horror! —exclamé.

—Se necesita bastante ayuda y aunque contamos con personal fijo,

siempre son bienvenidos los voluntarios.

—Eso es estupendo... —dije en voz alta pensando en que yo siempre había deseado hacer un verano de voluntariado, solo que es algo que me daba cierto pánico, porque era consciente de las situaciones duras a las que podría enfrentarme a pesar de que la experiencia fuera enriquecedora.

—Vaya... ¡hemos llegado! —exclamó—. Ha sido un placer pasar la mañana contigo, imagino que debes estar agotada teniendo en cuenta el desfase horario. Espero que nos volvamos a encontrar muy pronto y si necesitas algo, solo tienes que llamarme.

—Me ha encantado conocerte Rachel y espero que pronto puedas lucir ese anillo en el dedo que tanto anhelas —dije en complicidad mientras me despedía y volvía a la que era la suite real acompañada de uno de los empleados del hotel que llevaba mis compras.

21

La habitación estaba en completo silencio en el momento que aquel chico que me había acompañado dejó las bolsas colocadas debidamente sobre un aparador y se marchó sonriente.

¿Dónde estaba Mijaíl? Había dado por hecho que habría finalizado aquello que le entretenía, pero quizás tardaría más de lo debido hasta que me percaté que tenía una nota sobre la mesa escrita a mano. Me acerqué hasta ella y vi que estaba firmada con su nombre.

«Espero que lo hayas pasado bien con Rachel, pasaré a recogerte a la una en punto para almorzar al aire libre. Mijaíl. R»

¿Y qué hora era? Comprobé el reloj y vi que faltaban diez minutos al haberse cambiado automáticamente la hora en mi teléfono, por lo que me apresuré y me cambié rápidamente de nuevo para quitarme aquella sensación pegajosa a la que todavía no estaba acostumbrada.

Me estaba colocando los pendientes frente al espejo cuando alcé el rostro y vi su silueta reflejada detrás de mi cuerpo. Di un pequeño salto de conmoción porque no había sentido sus pasos debido a que todo estaba cubierto con alfombras persas, pero antes de que pudiera decir algo en voz alta, sus labios estaban pegados a los míos de nuevo haciendo que me derritiera ante la demanda de su boca.

«Dioses... qué bien besa este hombre» susurré entrelazando mis dedos en su cuello y aspirando aquel aroma.

Su lengua se abrió paso en mi cavidad hasta que se entrelazó con la mía y ambas se fusionaron plácidamente mientras sus manos dibujaban mi cuerpo

hasta llegar a mis nalgas donde me alzaron fuertemente para sentarme sobre aquel aparador de madera que había frente al espejo.

—Tenía otros planes, pero contigo todo se va al infierno... —gimió deshaciendo aquel beso y trazando un rastro hasta llegar a mi escote donde su lengua se perdía entre el encaje de la prenda que cubría aquella parte de mi anatomía.

Jadeé cuando noté sus dientes atrapando uno de mis pezones sobre la tela y me acerqué a él, sintiendo la protuberancia entre sus pantalones y notando el deseo que transpiraba su piel haciendo que la mía ardiera.

Mis manos se deslizaron bajo su camisa recorriendo aquel firme abdomen y después regresando al punto de partida para deslizarlas por encima de sus pantalones donde pude percibir que estaba más que preparado para poseerme.

—No lo soporto más... —gemí enfebrecida por llevar demasiado tiempo deseando aquello.

—Ni yo... —advirtió rasgando la prenda interior que cubría mi sexo y después le vi sacar un preservativo de su bolsillo para romper con la misma brusquedad su funda mientras yo desabrochaba sus pantalones.

La invasión que noté cuando me penetró fue paradójicamente inaudita, era como si sintiera que algo se alineaba en mi interior haciendo que todas las piezas del puzzle encajaran. No había sentido nada remotamente parecido en toda mi vida.

Sentí que se alejaba y jadeé porque no deseaba que se marchase a ninguna parte, pero cuando se adentró de nuevo en mi interior mi respuesta fue un grito de júbilo ante aquella embestida y me ajusté a su ritmo conforme buscaba aquellos labios que me tomaron con una posesión descontrolada. La sensación de plenitud era una nimiedad en comparación con lo que estaba sintiendo en aquellos momentos mientras me dejaba arrastrar por la oleada de placer que sentía. Ni en mis mejores sueños habría creído posible que fuera tan absolutamente magnífico. Sus dedos apretaron fuertemente de mis nalgas

para hundirse hasta lo más profundo de mi ser y noté como el fuego me consumía por completo hasta estallar en mil pedazos gritando de puro placer.

«Esto sí es un orgasmo y lo demás es tontería» jadeé cuando volví a ser consciente de donde me encontraba y quien era precisamente el causante de dicho placer.

—Definitivamente un fin de semana contigo no será suficiente — mencionó depositando un cálido beso y apartándose lentamente.

No contesté a aquella afirmación porque acababa de ser testigo de que ni toda una vida podría ser suficiente tratándose de él.

Al parecer la idea que Mijaíl concebía de almuerzo al aire libre, consistía en un paseo de su gran yate de treinta metros que tenía atracado en el puerto del hotel y desde el cuál se tenía una panorámica de la ciudad casi tan espléndida como la de su propia suite real.

—¿Es difícil ser tú? —pregunté una vez habíamos acabado el delicioso almuerzo y nos habíamos dejado caer sobre una especie de sofás para contemplar las vistas donde nos habían servido el té, algo muy tradicional de su cultura por lo que tenía entendido.

—¿Difícil en que sentido? —preguntó alzando una ceja.

—Puedo apreciar el lujo, las riquezas y la holgada posición económica que ostentas, pero me consta que debes pagar un alto precio por ello, ¿No es así? —pregunté observando su rostro y analizando detenidamente sus gestos.

—Hay ocasiones en las que no es fácil, sobre todo cuando cada acto o decisión están sujetas a múltiples interpretaciones —reconoció—, pero nací para esto... es lo que soy y para lo que me han preparado toda mi vida.

—Pero... ¿Es lo que realmente quieres? Porque te he oído decir en numerosas ocasiones eso y en ninguna de ellas haces referencia a lo que deseas realmente para ti —mencioné a pesar de que sería de locos que no quisiera ser el príncipe de su país.

—Si no fuera lo que realmente quiero, habría cedido el título a uno de mis hermanos pequeños —advirtió—. Por supuesto que es lo que quiero... no

hay nada que desee más en este mundo que ser el siguiente gran Califa de los Emiratos, aunque eso implique ciertos sacrificios.

«Como el de casarte con alguien a quien no amas realmente» pensé recordando a mi amiga Jasmine y que Mijaíl estaba dispuesto a hacerlo.

No podía ponerme en su situación porque sencillamente no había crecido con esa presión a la que él le habían sometido desde su infancia. Era incomprensible para mí poder razonar con las mismas creencias y convicciones que las que él sentía, pero desde luego estaba segura de que no podría pasar el resto de mi vida junto a alguien a quien no amaba y aquel sentimiento me sobrecogía al saber que no existía posibilidad alguna entre aquel hombre y yo.

«Ya lo sabías antes de tomar ese vuelo Erika y asumiste las consecuencias fueras cuales fueran» me repetí para convencerme a mí misma.

Regresamos al hotel un par de horas más tarde y Mijaíl dejó que me arreglara tranquilamente para salir a cenar. Finalmente decidí usar aquel vestido en tonos rojizos que acentuaba la silueta de mi cuerpo bastante a mi favor. Era una chica delgada, alta y con ligeras curvas. No me definía como un cuerpo de escándalo porque no poseía unas curvas muy definidas, a diferencia de mi mejor amiga, pero estaba bastante satisfecha con mi cuerpo.

La suite tenía varias habitaciones, pero supuse que Mijaíl debía estar esperándome en lo que constaba como salón al haber varios sillones, cuando le vi de espaldas ataviado con un traje azul y observando las vistas a la ciudad que ahora brillaba con luz propia tras hacerse de noche, vi lo imponente que resultaba su presencia y como me había atrapado ese aura que desprendía hasta el punto de enloquecerme.

—Estas vistas son preciosas. Debe ser un auténtico placer poder contemplarlas cada día —mencioné captando su atención.

—Ha costado muchos años, esfuerzo y sacrificio poder tenerlas —aseguró—, pero en estos momentos hay alguien a quien le hacen competencia. Estás arrebatadoramente hermosa —inquirió sonriente y esta vez no traté de

discutir su adulación.

Podía sentir las miradas sobre mi persona y supuse que eran debidas a la persona que acompañaba. Era evidente que todos en la ciudad debían reconocer a Mijaíl y probablemente se preguntarían quien demonios era yo y qué hacía con semejante bombón.

Ni tan siquiera vimos la carta, sino que después de que Mijaíl eligiera el vino adecuado, comenzaron a llegar unos platos suculentos de lo más coloridos y variados.

—Esto es mezze —comentó señalándome un surtido de lo que parecía carne con verdura—, en cada restaurante lo preparan de una forma especial, pero aquí está delicioso y muy especiado —alegó mientras me daba a probar una cucharada y definitivamente era un sabor diferente para mis papilas gustativas.

—Curioso —admití—. Aunque delicioso —sonreí.

De entre todos aquellos platos lo único conocido para mi era el hummus, pero había calabacines rellenos con arroz, pan persa acompañado con una exquisita salsa de yogur y varios platos de carne y verdura con salsas variadas de lo más apetecibles.

Terminamos con dos suculentos postres a cada cuál mas bueno; un hojaldre de almendra y una tarta de queso con crema que probablemente recordaría el resto de mis días por lo absolutamente deliciosa que estaba.

—Creo que voy a pedir que me adoptes solo por la comida —admití dejando el plato de aquella tarta vacío—. ¿Cómo puede estar todo tan bueno? —exclamé—. En Londres definitivamente no tenemos esto...

—Creo que adopción no sería el termino correcto, pero desde luego estaría encantado de que me pidieses quedarte —contestó con aquella mirada oscurecida que denotaba el deseo en sus ojos.

¿Y en qué condiciones lo haría?, ¿La de amante hasta que se cansara de mi? No. Valoraba demasiado mi dignidad para aceptar algo similar.

—De momento estoy aquí —dije saliendo del contexto—. Y pretendo

disfrutar del tiempo que me queda... —susurré mirándole a los ojos y vi como alzaba la mano para pedir la cuenta.

Antes de que el chofer cerrase la puerta del vehículo, me abalancé sobre Mijaíl colocándome a horcajadas sobre sus piernas y deleitándome con su boca que me respondía con fuerza.

—Me encanta la suavidad de tus labios —admitió apartándose lentamente para después volver a apresarlos de nuevo—, eres todo un deleite en el que deseo perderme Erika —agregó instantes después mientras mi juicio se había ido al traste y solo me poseía una ceguedad que me consumía por tenerle. Era como si la cordura me hubiera abandonado dejando libre a una fiera interna que llevaba dentro.

Mijaíl estiro de mi mano cuando llevamos al hotel hasta entrar en el ascensor y en cuanto las puertas se cerraron me dejé embriagar de nuevo por aquellos labios. No recordaba el momento en el que habíamos llegado a la suite, pero sí que ninguno de los dos fue capaz de llegar hasta la habitación, porque nuestras ropas se habían perdido entre cálidos y voraces besos hasta que me vi arrastrada en sus brazos y la dureza que sentí en mi espalda era perteneciente a una de las paredes que separaban las estancias.

El fulgor con el que me embistió me hizo gritar de pura excitación. Me aferré a él fuertemente mientras volvía a hundirse de nuevo en la oscuridad que nos envolvía y cerré los ojos dejándome llevar por aquellas emociones que me sobrecogían, sintiendo aquella sensación de nuevo, ese inigualable sentimiento de plenitud que me hechizaba.

Mis párpados se cerraron de puro agotamiento tras llegar al cuarto orgasmo en aquella noche y cuando me vi arrastrada hacia aquel ardiente cuerpo en esa enorme cama, sentí por alguna razón que estaba en el lugar preciso donde verdaderamente debía estar, como si de alguna forma mi destino fuera ese, como si aquellos brazos que me aferraban fuertemente hubieran sido creados para protegerme.

Cuando desperté sentí la pesadez de mi cuerpo debida al ejercicio de la

noche anterior y sonreí complacida recordando cada instante de lo acontecido. Fue entonces cuando noté la calidez a mi lado y supuse que Mijaíl aún no había despertado, así que me giré lentamente para contemplar aquel rostro plácidamente dormido que yacía a mi lado.

Eran tan atractivo, tan magnánimo... que pensar en la idea de que no volvería a verle comenzaba a dolerme.

Acaricié lentamente el puente de su nariz de forma suave, sin desear despertarle, pero aquellos ojos me deleitaron con el verdor intenso que emanaban y comprendí que no había rostro más hermoso que aquel por muchos que contemplara.

«Estaba cautivada» pensé con la esperanza de que en el momento que me alejase de él, todo aquel fulgor remitiese y bajara de aquella nube de ensoñación en la que parecía estar montada.

—Buenos días, preciosa —anunció con aquel tono de voz adormilado provocando que mi pecho se encogiera.

—Buenos días —sonreí acercándome a sus labios y probando de nuevo aquellos besos que me transportaban a otro mundo.

Sentí la suavidad de sus manos acogerme y antes de ser consciente me hallaba bajo su cuerpo, sintiendo de nuevo como me llenaba, como me colmaba y como me satisfacía completamente.

—¿Te quedarás otra noche? —preguntó cuando volví a ser consciente.

—No puedo —negué a pesar de que sí podía. Solo tendría que llamar para decir que no podría ir al trabajo y ganaría así otro día, pero aquello no cambiaba el hecho de que tendría que irme de todos modos.

—Entiendo —admitió apartándose lentamente—. Dijiste una noche... supongo que ese era el acuerdo.

—Los dos sabíamos que esto iba a ocurrir y es mejor que sea así.

—¿Lo mejor para quien? —exclamó.

—Para los dos —admití—. Ni yo encajo en tu mundo ni tu en el mío Mijaíl—. Yo tengo mi vida en Londres y tú aquí.

No quise decir que pondría enviar al cuerno Londres, pero no aceptaría quedarme en calidad de amante y era obvio que su familia no aceptaría otro lugar para mi que no fuera ese.

—Entonces esto es una despedida, imagino que no volveremos a vernos —contestó haciendo que aquellas palabras provocaran heridas en mi corazón.

—Supongo que si —admití con pesar—. No hay razón para que volvamos a encontrarnos y lo más probable es que nuestras vidas no vuelvan a cruzarse.

—Está bien —aceptó sin insistir y supuse que lo hacía porque él mismo era tan consciente como yo de que aquello era lo mejor para los dos.

Las lágrimas silenciosas que salían de mis ojos rumbo hacia mi hogar eran plausibles. No lloraba porque no hubiera gozado de aquel fin de semana, muy al contrario había sido el más esplendido probablemente de toda mi existencia que recordase como adulta, pero era consciente de que no iba a poder olvidar lo que había sentido por Mijaíl en lo que me restaba de vida, porque mi amiga tenía razón en algo; a su debido tiempo iba a saber a quien amaba realmente y tenía claro que mi corazón había elegido a un príncipe árabe.

Quisiera o no aceptarlo sería hipócrita por mi parte si no admitía que aquello que había sentido era especial, único e irrepetible. Ni tan siquiera por Marco por más años que hubieran pasado había sentido una ínfima parte de ese sentimiento sobrecogedor que había tenido cuando me había entregado por completo a Mijaíl.

«Destino caprichoso... que me concedía algo cuando después iba a arrebatármelo» pensé meditando todos los años que había estado viviendo de un recuerdo cuando ni siquiera había sabido lo que era vivir de verdad.

Ahora comprendía que por Marco solo había sentido un amor inexperto, inmaduro, juvenil y lleno de emociones contradictorias sencillamente porque fue mi primer amor y me dejé arrastrar por el sentimiento de engaño, pero me daba cuenta que nada de aquello era comparable al sentimiento que tenía

ahora, a esa sensación gloriosa de sentirme llena y absolutamente plena por ese sentimiento a pesar de que era consciente que Mijaíl no me amaba. No sentía rencor porque sus sentimientos no se igualaran a los míos, ni tampoco percibía rabia porque no estuviera a mi lado, sino más bien una infinita impotencia por sentir aquello y tener que callarlo, ya que era consciente de que se trataba de algo imposible por más que no quisiera hacerlo.

Estaba absolutamente agotada del viaje ya que había llegado casi a las cuatro de la mañana del lunes a casa. Obviamente cuando la alarma sonó indicando que debía levantarme sencillamente la apagué y seguí durmiendo hasta saciar mi absoluto desconcierto por todo lo ocurrido aquel fin de semana.

No encontré ni las ganas, ni las fuerzas necesarias para ir a cumplir con mi jornada, pero como la oficina estaba al lado, creí que continuar con mi vida sería mejor que martirizarme día tras día, al menos así la mente estaría ocupada.

—¿Has perdido el teléfono? —La voz de Jasmine atrajo mi atención levantándola de aquel caos de papeles que tenía en mi mesa y que debía clasificar adecuadamente para mi jefe.

—No que yo sepa... —contesté extrañada.

—Te he enviado como mil mensajes preguntándote si estabas bien ya que te esperaba al menos a última hora de clase —admitió quitando los papeles que tenía almacenados en una de las sillas y sentándose—. Reconozco que ir a clase sin ti es demasiado aburrido —admitió inclinándose hacia atrás y supuse que ya debía estar notando las primeras molestias del segundo trimestre al abultarse demasiado el vientre.

—Lo cierto es que estaba agotada del viaje y además no tenía ánimos para ir, de hecho he tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para venir a trabajar y no soltar la primera excusa que me venía a la mente para quedarme agazapada en esa cama y no salir en al menos dos meses.

—Bueno... es verdad que es un viaje largo para hacerlo en apenas tres días, ¿Por qué no te vas a casa y descansas? Yo te cubro sin problemas... diré que no te encontrabas bien y te he enviado a casa.

—Créeme, prefiero estar aquí con la mente ocupada —admití soltando un suspiro y viendo como mis ojos brillaban reteniendo las lágrimas.

—¿Qué ha pasado?, ¿Es que Mijaíl te ha hecho algo? —exclamó con evidente señal de preocupación y me dije que no iba a preocuparla, al menos en su estado no lo haría.

En cuanto dijera en voz alta que estaba enamorada de Mijaíl y que le quería únicamente a él; sería real, se haría tan real como el hecho de que jamás le tendría y que me resignaría a una vida en soledad.

—No es nada... —dije restándole importancia—. Es solo que me siento agobiada con lo de Marco y Mijaíl, creo que necesito alejarme un tiempo, desconectar de todo... hacer algo que me ocupe la mente y quizá así me aclare conmigo misma, pero sé que ahora mismo no puedo hacerlo si no quiero perder el curso por completo.

Acabamos de entrar en abril y los exámenes serían en mayo, por lo que si todo iba bien podría ser libre en junio, al menos libre de clases.

—En un par de meses finalizan los exámenes y serás libre Erika, ¿Qué son ocho semanas? Sé que estás confundida y estoy de acuerdo en que quizá necesites tomarte un tiempo para desconectar y aclarar tus ideas, ¿Qué te parecería si nos escapamos a Italia cuando terminemos los exámenes?

—Te recuerdo que estarás en un estado de gestación demasiado avanzado y dudo mucho que Alex te permita volar a riesgo de ponerte de parto —dije riéndome.

Al menos Jasmine me sacaba una sonrisa y hacía que mi dramática vida fuera menos triste.

—Es verdad... solo puedo viajar a la vuelta de la esquina—, ya pensaré en algo... —añadió guiándome un ojo y marchándose de mi despacho.

Lo cierto es que repentinamente se me había ocurrido un lugar, uno

perfectamente alejado de todas partes y de todas las personas que conocía donde sabía que no solo me iba a beneficiar, sino que también serviría mi ayuda...

Teclé rápidamente buscando la información en internet y no tardé en encontrar lo que buscaba, allí estaba la página web de la fundación que tenía Mijaíl en la frontera con Arabia y antes de darme cuenta estaba relleno la documentación necesaria para ir como voluntaria en apenas un par de meses, el tiempo que tardaría en ser libre de obligaciones.

El jueves me encontré en la entrada de la empresa con Marco, yo acababa de entrar mientras él parecía ir saliendo. En ese momento no supe como reaccionar, estaba increíblemente guapo como siempre, pero no sentía ese cosquilleo en el estómago, ni ese deseo descomunal que había sentido anteriormente.

«¿Qué me has hecho Mijaíl?, ¿Qué demonios me has hecho para que no pueda dejar de pensar en ti?» jadeé en mis pensamientos.

—Hola... —Su voz sonaba lejana, como si no supiera exactamente como iniciar una conversación.

—Hola —contesté con un amago de sonrisa.

—Salía a tomar un café antes de una reunión, ¿Te apetece acompañarme?

—Lo cierto es que preferiría que no. Llegaré tarde y tengo bastante trabajo.

Su rostro parecía confuso, como si quisiera decir algo.

—Sé que me pediste tiempo y que accedí a ello, pero no me gustaría que se crease una distancia incómoda entre nosotros como la que presiento que hay en este momento.

«Tal vez debiste pensarlo cuando me llevaste a esa exposición a sabiendas de que Mijaíl nos vería»

—Voy a estar ocupada con trabajos de clase y los exámenes las próximas semanas, además del trabajo aquí. Quizá cuando acabe podamos quedar y hablar sobre nosotros —asumí pensando que para ese entonces tendría las

cosas en mi cabeza más asentadas y podría mantener una conversación sin que saliera algún reproche por mi parte.

No sabía que tipo de relación iba a mantener con Marco puesto que teníamos amigos en común, pero había significado algo en mi vida y después de todo, tampoco consideraba la idea de eliminarlo por completo.

—Eso suena bien —contestó con una vaga sonrisa—, esperaré a que seas tú quien lo decida entonces —añadió antes de acercarse lo suficiente para darme un beso en la mejilla y alejarse.

Me centré las siguientes semanas en las clases y el trabajo, de hecho, me sorprendió prestar más atención de la debida en clase precisamente porque no quería que me quedase ninguna asignatura pendiente para una convocatoria en junio, necesitaba aprobar todo en mayo para largarme o mejor dicho; huir. Conforme pasaban las semanas me resignaba a la idea de aceptar que no volvería a ver a Mijaíl y me repetía una y otra vez que aquello era lo mejor para mi.

La tentación de buscar información en los buscadores de vez en cuando me había podido hasta el punto de verme tecleando su nombre y visualizando información reciente para saciar el vacío que sentía por dentro.

No había sido capaz de revelar a nadie lo que sentía verdaderamente por Mijaíl porque sabía que solo me quedaría la compasión por parte de la persona a quien lo confesara, así que había preferido mantenerlo en silencio hasta que fuera capaz de asimilarlo y vivir con ello, solo que ese momento no parecía llegar y probablemente no llegaría jamás.

Recibí la carta de admisión para hacer el voluntariado con toda la información pertinente que leer adecuadamente antes de viajar. Al parecer debía ponerme algunas vacunas, no llevar ciertos productos específicos y tener especial cuidado en los objetos personales así como la ropa. Sabía que no me iría a un lugar bonito, sino que lo hermoso sería la experiencia, pero veía aquello como mi bote salvavidas, como si lo necesitara para saturar mi mente de un amor diferente del que carecía.

—Jasmine, tengo que decirte algo —dije mientras estudiábamos para el último examen.

Habían pasado ocho semanas desde mi encuentro con Mijaíl y del que no había tenido noticia alguna de él, aunque por otro lado yo misma fui quien impuso aquella condición, así que no podía reprochárselo precisamente.

—Claro, ¿dime? —preguntó sin prestarme la atención debida.

—Voy a marcharme del país varias semanas en cuanto acabemos los exámenes —admití algo nerviosa.

—¿Viajaras por Europa? —preguntó curiosa.

—No —negué con una vaga sonrisa—. Hace tiempo decidí hacer un voluntariado para una fundación y me aceptaron hace un par de semanas.

La cara de mi amiga era digna de admiración, como si no creyera que fuera verdad lo que le estaba diciendo.

—Conste que me parece algo absolutamente maravilloso de tu parte querer hacer algo así, pero ¿Tú estás segura Erika?, ¿Dónde irás? —gimió con absoluto estupor.

—Es una fundación de la que me habló Rachel cuando estuve en Dubái. Ella me comentó que necesitaban ayuda por lo que me pareció oportuno aportar mi pequeño grano de arena —admití sin especificar que la fundación era concretamente de Mijaíl y que de algún modo ese lugar me haría estar cerca de él en un sentido figurado.

—Vaya... no sé que decir, me imagino que ya tienes la decisión tomada, ¿Tus padres te han dicho algo? —exclamó sin acusarme de estar cometiendo alguna locura o similar, cosa que agradecía.

—Aún no se lo he mencionado, quería esperar al resultado de los exámenes para que tuvieran menos margen de reacción, así no me saturarán de información —admití sonriente.

—No sé si Mijaíl o Marco tienen algo que ver en que tomes esa decisión, pero si lo que necesitas es poner distancia, me parece el lugar idóneo en el que aclarar tus ideas.

Solo dos semanas después me encontraba viajando rumbo a Liwa y para ello tuve que hacer tres trasbordos y terminar parte del recorrido en camioneta. Desde luego no era fácil llegar a ese lugar, pero mi decisión había sido tan firme que hasta me sorprendí a mi misma. Por suerte, la mayoría del personal hablaba inglés según tenía entendido y mi misión consistiría no solamente dar clases a los niños gracias a mi nivel de estudios, sino que colaboraría con las tareas de la fundación, cosa que no me había quedado del todo claro, pero entendía que sería lo normal en el lugar.

Conocí a otra de las voluntarias en la misma camioneta. Ella era australiana y cooperaba con fundaciones todos los veranos, comentó que ya había estado el año pasado y me habló del lugar mientras llegábamos.

Cuando bajamos de la camioneta una avalancha de niños se cernió sobre nosotros y más concretamente sobre la otra voluntaria que comenzó a repartir caramelos mientras todos saltaban para cogerlos. Me di de bruces con una realidad que no había esperado encontrar y que hasta ahora no había vivido gracias a mis comodidades.

Las instalaciones eran básicas, no existía el agua potable, como tampoco un baño personal; todo en aquel lugar era de uso común. La comida era racionada y las camas bastante duras si lo comparaba con los mullidos colchones en los que siempre había dormido, pero aún así, no me arrepentía de haber acudido al lugar porque en apenas tres días noté el ambiente que allí se respiraba. Aquellos niños tenían tanto cariño por dar que resultaba abrumador y si tenía en cuenta el espectacular paisaje que había alrededor. El sitio merecía la pena, habían construido las instalaciones cercanas a un pequeño manantial para abastecerse continuamente de agua y la tranquilidad que se respiraba alrededor del lugar era idílica.

Iba a pasar los próximos dos meses en aquel paraje y aunque durante los primeros días me había parecido que no aguantaría ni una semana, después de llevar más de un mes y medio no deseaba que terminase mi experiencia.

Le había cogido especial cariño a aquellos pequeños que se dejaban

querer. Hasta yo misma me había sorprendido de que se me diera bien tratar con ellos, pero solo hacía falta ver aquellas caritas para que mi corazón se encogiera.

—Erika, tengo que ir a por un cargamento de comida y las demás voluntarias están ocupadas, ¿Te importa cubrirme en la guardería? No sé a quién más pedirselo...

—Claro que si, no hay problema —contesté sonriente.

Lo cierto es que allí no sabían lo que significaba la palabra descanso y lo agradecía. Solo después de ducharme y antes de irme a la cama, me quedaba un rato al aire libre observando aquel cielo estrellado y pensando si algún día lograría ser capaz de no tenerle tan presente en mis recuerdos a pesar de que todo en aquel sitio me recordaba por alguna razón a él, hasta la propia arena del desierto.

La guardería era el lugar donde se encontraban los pequeños de uno a tres años, incluso había un bebe con apenas siete meses que me parecía de lo más tierno cada vez que le veía. La verdad es que no tenía demasiada experiencia con niños de tan corta edad, yo solía estar sobre todo con los de cinco a ocho años. Cuando entré me llamó la atención un voluntario al fondo de la sala, debía tratarse de uno de nosotros cuando vestía la ropa que teníamos todos en aquel lugar y se encontraba lanzando a un niño hacia arriba mientras este estallaba de risa cada vez que le elevaba al viento, solo que no me sonaba en absoluto haberle visto por el comedor o en las guardias, ¿Sería nuevo?

Tal vez habían considerado que un voluntario no era suficiente para estar en la sala teniendo en cuenta la cantidad de pequeños y por eso le habían enviado para ayudarme. La cosa es que apenas había visto algún hombre por el lugar y los pocos que había solían hacer las tareas de mayor esfuerzo, de hecho, aquel tipo tenía buen físico y parecía musculoso, es más, de espalda podía parecer se a...

«Deja de intentar verle en todas partes porque al final sufrirás alucinaciones» pensé mientras aquel hombre se daba la vuelta.

—No... —jadeé cuando le vi y creí que estaba sufriendo realmente una visión. Ese tipo era Mijaíl o su hermano gemelo idéntico vestido con un uniforme de voluntario. En el momento en que se dio cuenta de que estaba allí frente a él, todo se detuvo, ni siquiera era capaz de escuchar el sonido del lloriqueo que emitían un par de niños peleándose por un juguete o de los gritos que se oían más allá de aquella sala en el patio. Mi mundo había dejado de existir para ser consciente de que le tenía delante de mis ojos—. ¿Qué haces aquí? —pregunté no creyéndome aún que estuviese allí y con un niño en brazos.

—Creo que sería más lógico que yo te hiciera esa pregunta teniendo en cuenta que soy el fundador de este sitio —contestó sonriendo y acercándose poco a poco.

—Si... —afirmé apartando la mirada—, lo sé. Tu hermana Rachel me habla de este sitio y por eso me pareció conveniente venir a ofrecer mi ayuda, pero jamás esperé encontrarte aquí, no creí que fueras de los que se ensuciaba las manos.

Admito que una parte de mí sí que creyó en la posibilidad remota de que igual se dejaba caer por las instalaciones, pero la idea era tan descabellada que la deseché de inmediato.

—Todos los años me dejo caer por aquí al menos una semana para recibir una buena dosis de realidad y comprobar por mi mismo que todo funciona correctamente —contestó en cierto tono de seriedad—. Me hace valorar mejor lo que tengo, la gran oportunidad de cambiar el mundo que poseo y sentirme muy agradecido por la vida que me ha tocado vivir a diferencia de ellos —contestó dejándose —si es que eso era posible—, más enamorada todavía de ese magnífico hombre.

—Este lugar es increíble —admití—, Llevo aquí más de un mes y lo cierto es que hacen una labor magnífica... creo que puedes estar muy contento por lo que has conseguido de este lugar.

—Lo estoy. La verdad es que al principio me costó demasiado esfuerzo y

dinero que funcionara, pero era necesario, en los últimos años la mayoría de niños que tenemos aquí proceden de la guerra que sucede al otro extremo del golfo Pérsico. Algunas familias recorren kilómetros pereciendo en el camino mientras huyen del conflicto y otros cruzan el mar en busca de auxilio.

Mijaíl nunca me había mostrado su parte más humana, casi siempre se había centrado en esa ostentación que lo envolvía, pero bajo aquellas capas existía un hombre que se preocupaba mucho más por el prójimo que por sí mismo y a la vista estaba en que así lo demostraba incluso en su vida personal.

—Toda esa situación es muy triste y más que tengas que vivirla tan cerca, pero me alegro de que al menos estos pequeños estén aquí a salvo... —dije agachándome sonriente mientras uno de los pequeños me estiraba del pantalón para llamar mi atención y vi que lloriqueaba mientras señalaba a otro niño, por lo que suponía se habría apropiado de algún juguete.

—No esperaba encontrarte aquí, pero no puedo negar que ha sido una sorpresa y que me complace verte de nuevo, preciosa —mencionó con ese brillo en sus ojos verdes y haciendo que de nuevo mi corazón palpitase.

—Yo también me alegro de encontrarte de nuevo —afirmé siendo sincera.

Sentía la presencia de Mijaíl constantemente. Si alzaba la vista en clase le veía observándome en el marco de la puerta que permanecía siempre abierta o solía encontrarle por los pasillos cuando iba y venía de algún lugar e incluso en el comedor se sentaba demasiado cerca de donde solía sentarme y aquello me inquietaba, porque mi fervor crecía a cada momento sintiendo que de un momento a otro sería incapaz de controlarme.

Cada día sentía la necesidad de confesarle lo que sentía, lo que él provocaba en mí y después me convencía de que sería inútil hacerlo, de que al final nada cambiaría los hechos; él volvería a su vida y yo a la mía, solamente me quedaba la satisfacción de que le contemplaría en una última ocasión y me llevaría una imagen de él más humana y cercana.

—Te he estado buscando por todo el recinto, pero no te encontraba. —Su

voz provenía algo lejana, sentí como el viento arrastraba sus palabras conforme se acercaba a mi.

Aquella noche me había alejado un poco más de las instalaciones, lo suficiente para acercarme al pequeño manantial y escuchar el sonido del agua.

—Suelo quedarme un rato al aire libre antes de irme a dormir —admití observando como se sentaba a mi lado.

—Si... me di cuenta de ello la primera noche que estuve aquí —contestó sin añadir nada referente a ello—. Pensé que podría estar más tiempo, pero mañana debo marcharme a primera hora y no podía irme sin hacer algo antes.

Mijaíl había estado apenas tres días en el refugio, creí que al menos estaría una semana como indicó al principio, pero saber que se marcharía suponía al mismo tiempo un desconsuelo por no volver a verle y un alivio porque me estaba resultando un infierno no tenerle.

—¿El qué? —pregunté mirándole a los ojos que a pesar de la oscuridad podía ver como brillaban y con un simple gesto sus labios silenciaron los míos.

Jadeé ante el contacto de volver a probarlos y la estupefacción por no esperarlo duró apenas unos segundos antes de hundir mis manos en su nuca atrayéndolo hacia mi.

—No puedo evitar desearte Erika, sencillamente no puedo, me muero literalmente de agonía por no tenerte. Necesito sentirte mía de nuevo...

Saber que él sentía exactamente la misma sensación que yo tenía me colmaba porque al menos no era la única que anhelaba fervientemente aquello. Quizá Mijaíl no sintiera más que eso; un deseo carnal inmenso, pero en aquel momento no podía negarme al reclamo de mi cuerpo, menos aún cuando noté sus manos bajo mi camiseta rozando mis pezones y enloquecí de placer ante aquel contacto.

«Por todos los dioses»

—Yo tampoco puedo evitarlo... —jadeé como si admitirlo doliera.

La temperatura era fresca, pero la calidez de su cuerpo embriaga el mío

conforme la ropa fue desapareciendo y me senté a horcajadas sobre sus piernas mientras sentía como su carne se adentraba en mi sexo llenándolo por completo, haciendo que todo fuera absolutamente perfecto.

—Eres única... —jadeó mientras danzaba sobre él dejándome arrastrar por un ritmo acompasado de sus manos que me guiaban hacia su encuentro.

Me aferré a él mientras le abrazaba, mientras le sentía con cada uno de mis movimientos embriagándome y arrastrándome a una pleitesía de éxtasis extremo hasta que finalmente exploté dejándome caer sobre su cuerpo jadeante, siendo consciente de lo que acababa de pasar y de que no me importaba lo que ocurriese de ahora en adelante.

—Ven conmigo a Dubái —susurró y noté la apreciación de esperanza en su voz.

—No puedo... —negué con cierto pesar en mi voz.

—Te daré lo que quieras... tendrás a tu disposición lo que desees, solo tendrás que pedirlo y será tuyo —insistió.

«Yo solo te quiero a ti»

—Sabes que lo mejor para los dos es que no volvamos a encontrarnos, fingir que esto no ha pasado —admití.

Mijaíl pareció mirar hacia otro lado, quizá porque no estaba acostumbrado a sentir el rechazo, pero me negaba a vivir una vida en la que podría tenerlo todo, salvo lo que más deseaba; a él.

—No puedo convencerte, ¿verdad? —intentó por última vez.

—No... —negué—. Sabes perfectamente que nuestros mundos no encajan e intentarlo solo hará que nos decepcionemos. Es mejor dejarlo aquí, donde todo aún resulta hermoso.

—No te olvidaré fácilmente Erika Battle... probablemente jamás lo haga —afirmó antes de levantarse y marcharse sin mirar atrás, lo que hizo preguntarme si realmente estaba tomando la decisión adecuada.

Hacía una semana que había vuelto a la ciudad y todo me resultaba caótico después de pasar dos meses en un lugar absolutamente tranquilo. Aún sentía el desfase horario y mi cuerpo quería dormir a todas horas, eso sin contar con que después de una alimentación tan sana, mi cuerpo parecía querer vomitarlo absolutamente todo.

«Estaba hecha una mierda» literalmente hablando.

Había conectado de nuevo el teléfono y vi que tenía varias llamadas y mensajes por parte de Marco, decidí enviarle un mensaje para concretar una cita y zanjar de una vez esa relación que me había marcado durante años, quería dejarle las cosas claras, al menos lo suficiente para que ambos pudiéramos comenzar de nuevo respectivamente.

Me acerqué a visitar a Jasmine en lugar de llamarla, no tenía ni idea de si estaría en casa, pero teniendo en cuenta que daría a luz las próximas semanas dudaba que estuviera en otro lugar.

—¡Que bronceada estás! —Fue lo primero que dijo al verme—. ¡Quiero saberlo todo!, ¡Llevo dos meses sin tener noticias tuyas!, ¿Qué tal te ha ido?, ¿Cómo eran los niños?, ¿Habéis tenido algún problema con los conflictos que hay por allí? Cada vez que decían algo referente a eso en las noticias me temía lo peor...

—Exagerada —dije abrazándola mientras le tocaba la enorme panza —, el conflicto estaba lo suficientemente lejos para no vernos afectados por ellos, pero bueno... allí existía otro tipo de problemas y la verdad es que ha sido

una experiencia única —añadí relatándole algunas anécdotas que había tenido con los más pequeños del lugar o contándole algunos casos que me habían dejado profundamente marcada—. Por cierto, me encontré con Mijaíl.

—¿De verdad?, ¿Y que hacía allí? —preguntó confundida y supuse que había tenido la misma reacción que yo al imaginar un príncipe en ese sitio.

—La fundación es suya, la creó él —admití.

—¡Así que fuiste allí por él! —gritó mi amiga dándome un manotazo y sonreí.

—En realidad no tenía ni idea de que él aparecería, pero si tenía constancia antes de ir que era suya, ya te comenté que fue su hermana quien me habló de ella. La verdad es que no me esperaba que él mismo se implicara tanto en la labor, fue toda una sorpresa —dije con cierto pesar al recordar nuestro último encuentro y que ciertamente no volvería a verlo.

—Si soy sincera no puedo imaginarme a Mijaíl haciendo una labor de voluntario... —confesó Jasmine.

—Pues créeme que es un encanto con los niños y le aprecian muchísimo ya que va todos los años —admití con cierto tono de ensoñación.

Le hablé de la labor principal de la organización ya que parecía bastante interesada en ello hasta que mi teléfono comenzó a sonar y comprobé que se trataba de Marco, quería quedar esa misma tarde y como Jasmine me estaba escuchando, hizo un gesto para que aceptase.

—Y dime, ¿Te ha servido la experiencia para aclarar tus sentimientos? —preguntó mi amiga mientras recogía el bolso para marcharme a mi encuentro con Marco.

—Es posible —admití sonriente sin revelar nada más y me marché de su apartamento para no llegar tarde al lugar donde Olsen me había citado.

El pub estaba tranquilo a esas horas, lo agradecí teniendo en cuenta que habíamos quedado para conversar. Cuando divisé a Marco sentado en una de las mesas sonreí y me acerqué hasta él que se levantó para saludar.

—¡Vaya!, ¡Te veo estupenda! —exclamó con jovialidad.

—Gracias. Tu también tienes buen aspecto Marco, me alegra volver a verte de nuevo —contesté sentándome y pidiendo solamente un vaso de agua, ya que tenía el estómago demasiado revuelto para tomar algo que llevase alcohol.

—Reconozco que llevo bastante tiempo deseando escuchar eso, supongo que necesitabas alejarte un tiempo para darnos otra oportunidad —confesó sonriente—, para comenzar de nuevo.

—No puedo Marco y aunque quisiera no podría dártela —dije llamando su atención—. La verdad es que no te quiero, no al menos en ese sentido y lo cierto es que creo que tú tampoco me amas realmente, que lo que sientes es un sentimiento frustrado de un amor adolescente.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Por supuesto que te quiero! —exclamó alzando una ceja.

—No. En el fondo sabes tan bien como yo que si nuestros caminos no se hubieran cruzado de nuevo, jamás me habrías buscado —admití enfrentándole—. Los dos nos sentimos atraídos hace años y los dos percibimos que nos robaron lo que pudo ser y no fue en el pasado. Nadie sabrá si de no haber sido así hoy nuestras vidas habrían tomado rumbos distintos cuando nos hubiéramos dado cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro o por el contrario estaríamos organizando nuestra boda y planificando nuestro futuro juntos, pero lo único cierto de todo esto es que las cosas pasaron así por alguna razón y me he dado cuenta de que lo que siento por ti no es amor, sino cariño... un cariño hacia alguien a quien una vez quise, pero ahora sé reconocer realmente lo que es amar a una persona con todo tu corazón y no esperar nada a cambio.

—Lo dices por Mijaíl, ¿verdad? Te has enamorado de él —afirmó en un tono neutral, sin ningún atisbo de enfado o resentimiento.

—Si —asentí—. Estoy enamorada de él, pero podría haber sido cualquier otra persona.

—Tal vez te equivoques, quizá con el tiempo aprendas a amarme de nuevo... solo tienes que intentarlo —insistió.

—No —negué convencida—. Estoy más segura que nunca de lo que realmente siento Marco y nada cambiará el hecho de que solo te aprecio como un buen amigo, no como el futuro padre de mis hijos. —Sentí cierta aprensión en su rostro, como si no quisiera creer las palabras que le estaba diciendo—. Creo que siempre tuviste el desconsuelo de que te obligaron a apartarte de mi lado y eso nos marcó a ambos, pero te preguntaré algo; si de verdad me amas, ¿Por qué nunca sentiste celos de Mijaíl o miedo de que le eligiera a él en lugar de a ti?

—No entiendo a qué te refieres, ¡Claro que tuve celos! —exclamó confuso.

—No —negué—. Hablaste de temor por creer que era tarde para nosotros, de que no querías que me volvieran a hacer daño, de que sufrías porque me engañase, pero ni una sola frase que hiciera referencia a que no podías soportar la idea de que estuviera con otro hombre.

En aquel momento observé su rostro y era impasible, como si estuviera analizando lo que acababa de decirle.

—Porque... porque...

—Porque vivías cegado por un pasado que te atormentaba y temías el hecho de perder la oportunidad de rectificar tus actos. Creo que me quieres; si, pero como se quiere a alguien que se aprecia por el amor que una vez sentiste, como se puede querer a alguien a quien deseas proteger porque una vez le hiciste daño y como a alguien a quien anhelas que te perdone por el pasado—. Admití—. Ambos éramos conscientes de que entre nosotros quedaba algo por resolver y yo misma estuve confusa por creer que eso podría ser amor ya que el dolor de sentirme engañada todos esos años me hizo creer que eras el único hombre a quien amaría, pero ahora me doy cuenta que solo utilicé ese dolor para encerrarme en mi misma y protegerme.

Cuando sus ojos se agrandaron supe que él lo había entendido, que acababa de comprender mis palabras y que era consciente de la verdad que había en ellas reflejada.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Porque estabas igual de confundido que yo... de no ser por Mijaíl jamás me habría dado cuenta. Quizá hubiéramos seguido juntos y algún día ambos habríamos encontrado a esa persona que nos haría darnos cuenta de que lo que sentimos solo formaba parte de un pasado que había quedado inconcluso.

—Te aprecio infinitamente Erika y reconozco que he estado más preocupado tratando de que expiaras mis culpas que de conocer cuáles eran tus verdaderos sentimientos ya fuesen por mi o por otra persona. Creía de alguna forma que si volvías conmigo conseguiría superar el pasado y todo el daño que nos hice, así habría conseguido tu perdón y borrar esa mancha oscura de la que siempre me he sentido ruin y rastrero porque sí, acepté ese dinero que me ofreció tu padre y en ese momento comprendí que le había puesto precio a mis sentimientos. Todos estos años me martiricé por ello y me sentí una mala persona, creí que jamás lo superaría hasta que te encontré de nuevo y de algún modo pensé que recuperándote podría eliminar ese resentimiento. He obrado mal respecto a ti desde el principio, pero nunca me paré a pensar en el daño que podría ocasionarte mientras lo hacía y menos que pudieras enamorarte de Mijaíl, de hecho ni tan siquiera me preocupé en preguntarte si seguirías o no enamorada de mi, me bastó con saber que no te era indiferente. Actué por impulsos todo el tiempo, como si tuviera un objetivo y no fuera capaz de ver más allá de este, solo espero que mis actos no hayan repercutido en tu relación con él si es que existe y quizá nunca pueda aspirar a que me perdones por todo el daño que te he provocado desde que volví a aparecer en tu vida. Es posible que nuestro momento haya pasado, quizá hubiera sido perfecto de haber continuado, pero asumo que yo tuve la culpa en que no fuera así y eso es lo que jamás me perdoné a mi mismo e incluso sigo sin hacerlo. Quizá por eso no he conseguido que ninguna relación funcionara, temo que en algún momento vuelva a cometer los mismos errores que cometí contigo.

Le entendía y comprendía perfectamente cuál era su punto; él me amó

tanto como yo le amé a él y dejó que el miedo consumiera ese amor adolescente que ambos sentíamos y que con los años había idolatrado por sentirse culpable. Era lógico que tras verme de nuevo quisiera eliminar al fin aquel resentimiento que le quemaba por dentro de aquella culpabilidad.

—Tal vez tú no te perdones Marco, pero yo te perdono hace tiempo — admití acercándome a él para darle un ligero abrazo—. Y sé que vas a encontrar a una chica que te haga feliz, aunque esa mujer no sea yo —añadí sonriente—, pero estaré aquí si necesitas mi ayuda, como una buena amiga.

—Me encantaría que siguiéramos siendo amigos —contestó ahora con un aspecto más sereno.

—¡Desde luego! —admití—. Además, nuestros mejores amigos están casados y a punto de ser padres, por lo que nos veremos frecuentemente.

Marco seguiría pareciéndome el chico guapísimo del que me enamoré por primera vez. Ese amor juvenil de la primera experiencia al que le guardaba un cariño especial, pero que solo formaba parte de un recuerdo y ahora se había convertido en una bonita amistad. No tenía ese impulso de querer besarle o esa sensación que casi siempre me había embriagado cuando le veía fomentada por aquel amor juvenil del pasado, ahora solamente me generaba un sentimiento entrañable, un amor cándido de alguien a quien apreciaba y fui consciente de la grandeza que significaba el perdón para haber convertido aquel resentimiento de años, en algo tan hermoso como la amistad que sabía que tendría con Marco Olsen.

Cuando salí de aquel pub sentí como si un peso que llevaba a mi espalda se hubiera liberado. Mis viejos fantasmas del pasado se habían esfumado y ahora solo me quedaba con una realidad muy diferente; la resignación de que el hombre al que verdaderamente amaba no estaba a mi alcance.

Tendría que vivir con esa sensación probablemente el resto de mi vida, aprender que no tendría un final feliz, ni un cuento de hadas, aunque eso era algo que casi había esperado desde el principio cuando ni tan siquiera sabía interpretar mis propios sentimientos.

Había tenido que recorrer cientos de kilómetros para reconocer el verdadero amor que le procesaba a Mijaíl y había intentado olvidarle recorriendo otros cientos más, pero en lugar de eso, solo terminé aún más enamorada si cabe y conforme comenzaron a pasar los días convirtiéndose en semanas, me di cuenta de que aquel último encuentro que habíamos compartido tendría consecuencias.

«Unas consecuencias de lo más inesperadas»

¡No podía ser verdad!, ¡Aquello no podía estar ocurriendo!

Necesitaba contárselo a alguien, así que llegué a la casa de Jasmine acongojada.

Aquello no me podía estar pasando a mí, debía ser un sueño, un error, una pesadilla, ¡Dios santo!, ¡Era una catástrofe!

Estaba asustada. Corrijo; estaba completamente aterrada.

Llamé al interfono del ático donde vivía Jasmine con Alex, hacía tiempo que se habían mudado y, además, estaba completamente segura de que ella se encontraría en casa porque le quedaba poco para dar a luz a su bebé, necesitaba confesarle a alguien aquello o explotaría.

Había tenido sospechas desde hacía varios días, ¡Que leches!, ¡Casi tres semanas! Y aun así por puro pánico había esperado más de lo normal hasta que ya había sido inevitable porque debía salir de dudas.

Escuché el sonido de la puerta abrirse y entré corriendo. El conserje que ya me conocía de sobra por acudir frecuentemente a visitar a mi amiga sonrió y metió la llave en el ascensor del piso correspondiente al de Jasmine para que apareciera directamente en su casa.

—¡Me va a dar algo! —grité exasperada nada más entrar.

—Tranquila —contestó con calma Jasmine—. ¿Qué ocurre? —añadió al verme acercarme a ella con el rostro compungido por la desesperación.

—Lo siento... es que...es que... ¡Oh dios mío Jas! —exclamé con los ojos llorosos—. ¡No sé qué voy a hacer!

—Pero ¿Qué ha pasado? —preguntó ahora preocupada por lo que se

podía apreciar en su voz y agradecí tener al menos a alguien a quien confesarle aquello.

—Que... ¡Ay dios mío es que no lo puedo creer! —gemí—. ¿Cómo me puede haber pasado esto a mí?

—Me estás asustando —exclamó acongojada.

—Estoy embarazada —susurre casi en un suspiro—. ¡Yo! —grité mientras me alzaba y me llevaba las manos a la cabeza.

«La persona con la situación sentimental más desastrosa de la historia» pensé.

—¿He escuchado bien? —preguntó con reiteración mi mejor amiga como si no pudiera ser verdad lo que acababa de decirle.

—¡Si! —exclamé—. No sé cómo ha podido pasar... bueno sí que lo sé, pero... ¡Dios mío!, ¿Qué voy a hacer?

No estaba segura de nada, si sentir alegría o ponerme a llorar, si gritar de júbilo o cavar un foso en el que meterme para terminar con todo.

—Cálmate y siéntate un momento —dijo mientras volvía de nuevo a sentarme a su lado—. ¿Estás completamente segura de ello? —preguntó para salir de dudas.

—Claro que estoy segura, de lo contrario no lo afirmarí. Tenía sospechas desde hace varios días, pero no quería creérmelo y justo ahora vengo de hacerme los análisis en el hospital, ¿Por qué crees que estoy así? —contesté casi temblando.

No me lo podía creer... estaba en shock, eso no me estaba ocurriendo a mí. ¡No a mí! Yo era la mujer más prudente del mundo en ese aspecto y... ¡Se había jodido todo!

«Si es que eso me pasa por dejarme arrastrar en medio del desierto... ni tan siquiera pensé en que no habíamos usado protección hasta que tuve la primera falta»

—Erika... —escuché a Jas mientras me sacaba de mis cavilaciones.

—¿Sí? —contesté algo aturdida.

—¿Sabes quién es el padre? —preguntó con cierta suspicacia y conociendo de sobra mi vida íntima en los últimos meses no me extrañó su pregunta, aunque jamás había entrado en detalles en ese aspecto para ser sinceros.

—Yo... —Iba a confesar la verdad, que sabía perfectamente quien era el padre de mi hijo e incluso el momento exacto en que fue concebido.

—¡Ay! —La oí gritar justo cuando iba a responder y vi como se llevaba una mano al vientre

—¡Jasmine!, ¿Estás bien? —pregunté preocupada porque vi el dolor reflejado en su rostro.

—¡No! —gritó—. ¡Duele mucho! —volvió a gritar.

—¡Mierda! —exclame—. Quiero decir vale... está bien... voy a llamar a una ambulancia.

—¡Llama a Alex! —la escuché decir en el momento que me alejé completamente temblando para pedir ayuda.

Mi mejor amiga iba a dar a luz y yo estaba aterrada porque acababa de descubrir que en unos cuantos meses estaría en la misma situación que ella.

El pequeño Alexander D'Angelo nació ese mismo día y el parto había sido perfecto, tanto Jasmine como el pequeño se encontraban bien. En cuanto visualicé a aquel pequeñín en su cunita me conmoví, más aún sabiendo que yo tenía a un pequeño ser creciendo en mi vientre y aunque el pánico me tuviera paralizada, lo cierto es que un sentimiento me envolvía al saber que tenía algo de él, que después de todo conservaría algo de Mijaíl en mi vida.

«¡Dios!, ¿Qué voy a hacer?, ¿Cómo lo voy a lograr yo sola?» gemí aceptando que era incapaz de renunciar a mi hijo, que por más miedo que me generase el hecho de enfrentarme a ello en solitario no podía sino amarlo desde el mismo instante en que supe que estaba esperándolo.

—Es un niño precioso Jasmine —dije sin dejar de observarle y devolviéndoselo de nuevo a sus brazos.

Me había quedado a solas con ella mientras Alex hacía todas las

gestiones y papeleos formales. El padre de mi amiga estaba en camino y la madre de Alex regresaba de Italia donde había estado visitando a unos familiares, por lo que me quedé con ella gustosamente para acompañarla.

—Es la sensación más maravillosa que puedas imaginar —contestó—. No puedo ni explicar el amor que siento hacia alguien tan pequeño que acabo de conocer, pero imagino que pronto sabrás de lo que te hablo —añadió en complicidad.

—No sé qué hacer —Admití sentándome a su lado y echa un completo manojo de nervios—. Antes me preguntaste si sabía quien era el padre del bebé y debo confesar algo que hasta ahora me ha dado miedo decir en voz alta por temor a que fuera demasiado real para aceptarlo.

El rostro de Jasmine evidenciaba cierta preocupación, pero asumí que era hora de confesar todo aquello que atesoraba en mi interior.

—Puedes contarme lo que te preocupa Erika, yo siempre estaré a tu lado y te apoyaré en las decisiones que tomes.

—Lo sé —afirmé—, pero no es fácil cuando la decisión no la tomo yo, sino que otros la tomarán por mi.

—No entiendo a que te refieres.

—El hijo que espero es de Mijaíl —admití—. Nunca me acosté con Marco si es que te lo estás preguntando, de hecho, después de aquel viaje que hice a Dubái me di cuenta de que estaba realmente enamorada de él y que por Marco solo vivía un recuerdo del pasado. Amo profundamente a ese príncipe... y soy consciente de que lo nuestro es imposible porque yo jamás encajaría en su vida.

El silencio que se cernió sobre aquella habitación de hospital fue contundente. Comprendí que ni la propia Jasmine quería admitir que tenía razón en aquello y saberlo solo provocaba que me hiciera aún más pequeña en mi propio desconsuelo.

—Tienes que decírselo. —Habló al fin—. Tal vez estés equivocada y él siente lo mismo por ti, pero sean cuáles sean vuestros sentimientos, tiene

derecho a saber que esperas un hijo de él, Erika.

¿Decírselo?, ¿Y si no le importaba? O peor aún, ¿Y si quería quedárselo o le obligaban a hacerlo? Sinceramente no sabía que esperar por parte de Mijaíl respecto a ese bebé que estaba esperando y lo cierto es que tenía más miedo a su rechazo que al hecho de que pudiera agradecerle la idea de ser padre.

—Nunca me habló de amor y acepté que no lo hiciera —constaté levantándome porque necesitaba pasearme para calmar mis nervios—. Sé que no me ama porque seguramente ni él mismo se permita amar debiéndose a su país, pero me da miedo que intente retenerme a su lado solo por el hijo que estoy esperando y yo no podría soportar ver como él se casa o tiene esposas, mientras yo me quedo contemplando impasible como mi corazón se desfragmenta en pedazos —admití con lágrimas en los ojos.

—Pues confíésale lo que sientes, Mijaíl tendrá muchos defectos, pero entenderá y respetará tus decisiones. No puedes evitarle el resto de tu vida Erika, en algún momento tendrás que enfrentarte a él y será mejor que se lo digas tú misma a que algún día tu hijo te pregunte por su padre —insistió haciéndome recapacitar al respecto—. Dudo que te obligue a hacer algo que no desees, le conozco y respetará tu decisión aunque te exponga cuál es realmente la situación.

Tal vez Jasmine tenía razón y aunque tuviera miedo a su reacción, mi hijo merecía tener a su padre o al menos, que él conociera existencia.

—Tienes razón —contesté finalmente—. Supongo que él tiene el mismo derecho a saber que será padre que yo.

—Verás que todo sale bien Erika y si no es así, yo estaré a tu lado para apoyarte en todo lo que necesites.

—Gracias Jasmine... —dije con los ojos brillantes mientras apretaba fuerte su mano como si aquello me diera fuerzas para lo que iba a enfrentarme.

Aún no podía creer como me había dejado convencer para hacer aquello, pero tenía casi ocho horas de vuelo para pensar en qué iba a decirle a Mijaíl cuando le viera, porque si precisamente hacía aquel viaje era para confesarle que iba a ser padre, que le iba a dar un hijo aunque tuviera que criarse en dos continentes.

Sentía pánico por muchas cosas, pero la principal era el posible rechazo cuando se lo dijera, ¿Y si cree que no es suyo?, ¿Y si sencillamente se desentiende diciendo que era mi problema? Lo cierto es que ya había asumido todas esas posibles respuestas y había afrontado que era capaz de hacerlo yo sola, ya había decidido tenerlo y aunque fuera madre soltera lo haría por mis propios medios pese a no tener la más mínima idea de como lograrlo. Sería padre y madre al mismo tiempo, pero le daría todo a aquel niño que llevaba en mi vientre y que se había convertido en algo fundamental de mi vida.

—Verás, ¿Recuerdas nuestro último encuentro? Pues resulta que me dejaste embarazada... —No. Desde luego no podía ser tan directa—. Mijaíl... tengo que decirte algo. Quizá no estaba en tus planes y tampoco en los míos desde luego, pero he venido hasta aquí porque necesitaba decirte que vas a ser padre y que no tienes que preocuparte por nada, yo...

¿Yo qué?, ¿Me haré cargo de todo?

«¡Dios!, ¿Cómo podía soltar una noticia así dadas las circunstancias?»

No le había vuelto a ver desde nuestro encuentro hacía casi tres meses, —precisamente el tiempo que llevaba embarazada—, y después de no saber

absolutamente nada de él en todo ese tiempo, iba a presentarme en su hotel con la esperanza de que estuviera allí para soltarle que le daría un hijo.

«Suenan deprimente visto así» gemí en mi interior mientras resoplaba y me dejaba caer en el asiento tratando de respirar hondo para calmar mis nervios.

Lo mejor sería dejar de darle vueltas, no ensayar ningún absurdo discurso y cuando le viera, decírselo sin rodeos, directa al grano, ¿Para que darle vueltas a algo si el resultado sería el mismo? Sí. Definitivamente haría eso.

Nada más bajar del avión, pedí un taxi para llegar hasta el hotel en el que me había alojado hacía unos cuantos meses atrás cuando Mijaíl me trajo en nuestra tercera cita. Aún soñaba con las magníficas vistas de aquella suite y donde la pasión nos había consumido a ambos entre aquellas paredes, donde había descubierto que pertenecería a ese príncipe el resto de mi vida y que era improbable que pudiera sentir una ínfima parte de lo que por él sentía en cualquier otro hombre.

«Erika, deja de pensar en cosas que no van a suceder de nuevo» me dije desechando de mi mente aquellas escenas mientras apretaba fuertemente las manos porque veía como el momento de enfrentarme a él se acercaba cada vez con más premura.

No había reservado ninguna habitación previamente, ni había comunicado mi llegada, es más, salvo Jasmine que me había impulsado a cometer esa locura, nadie sabía que estaba allí, pero si Mijaíl no estaba en la ciudad cogería un vuelo de vuelta y tomaría aquella circunstancia como una señal del destino para no decírselo jamás.

—Buenos días, ¿En qué puedo ayudarla?, ¿Tiene una reserva? —preguntó la recepcionista en un perfecto inglés y supuse que era más que obvio por mis rasgos que era una chica europea.

—Sí. Estoy buscando al príncipe Mijaíl Rashid, ¿Se encuentra en el hotel? —pregunté inocentemente.

—No puedo darle esa información, ¿Tiene una cita con su alteza el príncipe Rashid?

—En realidad no, pero tengo que tratar un asunto urgente con él. ¿Pueden decirle que la señorita Battle está aquí?

La chica de tez morena frunció el ceño, pero emitió una sonrisa a medias. ¿Igual cree que soy una loca chiflada enamorada de Mijaíl? No me extrañaría que más de una mujer hubiera acudido en su busca precisamente a este hotel, pero no tenía otra opción más que esperar.

—¿Por qué no espera en los asientos mientras trato de comunicarme con el encargado? Informaré de su petición a la persona responsable.

—Por supuesto —asentí mientras me alejaba hasta los sofás que había en la entrada a modo de sala de recepción y saqué el teléfono para enviar un mensaje a Jasmine informando que había aterrizado.

Los segundos se hacían eternos minutos y los minutos largas horas, me parecía que llevaba allí sentada demasiado tiempo a pesar de que solo había pasado media hora y martilleaba los dedos sobre el sofá sin encontrar nada con lo que entretenerme. En mi vida había tenido más impaciencia que en aquellos momentos.

—¿Señorita Battle? —preguntó una voz masculina situada a mi izquierda y alcé la vista para visualizar a un hombre de mediana edad vestido con una especie de casaca en tonos oscuros y ribetes bordados.

—Si, soy yo —contesté levantándome rápidamente y sentí un leve mareo.

—El príncipe Rashid se encuentra ocupado gestionando algunos asuntos referentes a la boda real y no puede atenderle en estos momentos, pero puede volver otro día.

¿Boda real?, ¿Ha dicho boda real?, ¿Mijaíl se iba a casar?

«No. No. No. Esto no puede estar sucediendo»

—¿Ha dicho boda real? —exclamé aturdida.

—Por supuesto. Será esta noche aquí mismo, en el Burj Al Arab como no podía ser de otro modo —añadió sonriente.

—Entiendo —dije sintiendo como me mareaba cada vez más hasta perder el equilibrio y sentir como mi cuerpo dejaba de pertenecerme.

—¿Se encuentra bien?, ¿Señorita Battle? —Aquella voz la sentía lejana y comenzaba a perder la visión.

—Si... estoy bien —dije con los ojos cerrados tocando el mullido sofá y dejándome caer sobre este—. Solo es un mareo, se pasará en seguida.

—Llamare a un médico —Se apresuró a decir aquel hombre.

—No es necesario, se pasará en seguida. No se preocupe, me iré inmediatamente —comuniqué no deseando causar demasiadas molestias.

—¿Erika? —exclamó esa voz con la que había estado soñando desde hacía casi tres meses, rememorando cada noche en mis sueños y no sabía si era la necesidad de escucharla o que verdaderamente él estaba allí—. ¿Qué ocurre?, ¿Qué está pasando? —insistió ante mi silencio.

—La señorita Battle ha sufrido un mareo, alteza.

«Es él» pensé en lo más profundo de mi alma.

—¿Por qué nadie me ha comunicado que estaba aquí?, ¡Que venga enseguida un médico! —ordenó tajantemente y abrí los ojos para visualizar aquella imagen.

«¡Oh, Jesús!, ¡Estaba incluso más guapo de lo que recordaba!» gemí mordiéndome el labio.

—No es necesario, seguramente es porque no he desayunado y el viaje ha sido largo —susurré evitando decir la verdadera razón por la que me encontraba en esa situación.

—¿Por qué no me dijiste que venías? —preguntó inclinándose sobre mi para estar a mi altura.

—No quería molestar, imaginé que estabas ocupado —mentí.

No podía decirle que estaba embarazada, no si él iba a casarse justamente esa noche. ¡Menuda mierda de karma el mío!, ¿Tenía que venir justo antes de su boda?, ¿No podía haber sido en otro momento?

—Tú jamás molestarías, preciosa —sonrió con ese gesto cargado de sensualidad que siempre tenía y que a mi definitivamente me volvía loca—. ¿Te alojas en el hotel? Te llevaré a tu habitación...

—No —negué antes de que intentara levantarme—. Lo cierto es que ya me marchaba, no tengo reserva y seguro que con la boda está todo ocupado...

—Es cierto que el hotel está al completo, pero para ti se hará una excepción —contestó haciendo una señal a alguien y pronto se acercó uno de los botones que solía ayudar con el equipaje—. Lleve a la señorita Battle a mi suite —dijo ofreciéndome la tarjeta que suponía sería la llave de su habitación—. Necesita descansar del viaje —añadió al botones—. Ordenaré que sirvan el desayuno en la habitación y ponte cómoda el tiempo que necesites, no tengas prisa —dijo dirigiéndose hacia mi y acercándose hasta depositar un beso en mi frente que me provocó oleadas de un sentimiento protector que hasta ahora no sabía cuánto necesitaba.

«Quería tener eso en mi vida. Tenerlo siempre»

No pude contradecir ninguna de sus ordenes, es más, no lo hice porque en el fondo si necesitaba ese descanso. No tenía fuerzas para emprender un vuelo de otras ocho horas de regreso a casa y menos aún con la certeza de Mijaíl pertenecería a otra mujer y que jamás volvería a tenerle de nuevo para mi.

En cuanto aquel botones dejó mi pequeño macuto acomodado en una mesa baja y se despidió, las lágrimas que hasta ahora había contenido comenzaron a brotar. Vale que Mijaíl me había tratado infinitamente bien desde el momento en que me había visto, pero esa misma noche iba a casarse; desconocía con quien, pero sentía como se alejaba a pasos agigantados y pese a saber que tarde o temprano aquello ocurriría; dolía... sentía como mi corazón se descomponía lentamente.

Por más que me obligaba a comer lo que me habían servido, mi estómago estaba completamente cerrado y ahora me parecía una mala idea haber venido. ¿Por qué demonios me había dejado convencer? Presentía desde el inicio que era una mala idea haber ido, es más, me preguntaba porqué no había seguido ese instinto de no decir nada hasta ser absolutamente inevitable, es decir; enviar una postal cuando mi hijo hubiera nacido y así evitarme todo aquel dolor y sufrimiento que ahora mismo estaba sintiendo.

«Tengo que irme» pensé mientras no dejaba de dar vueltas a lo mismo.

Definitivamente tenía que largarme de allí sin ser vista, escapar antes de visualizar esa imagen de Mijaíl contrayendo matrimonio con otra mujer de la cual me perseguiría el resto de mis días porque por más que quisiera negármelo a mi misma yo le amaba demasiado, como jamás creí que amaría y no se trataba de un primer amor adolescente, no... aquello era mucho más, sencillamente sentía que el aire me faltaba si él no estaba a mi lado y sabía que no lo estaría nunca. Por eso debía irme antes de que mi dolor fuera sangrante y la herida demasiado profunda a la que no podría sobreponerme matándome de dolor.

Había tomado aquella determinación cuando escuché el sonido de la puerta abrirse. ¿Sería él? No estaba preparada para enfrentarle sabiendo que en cuestión de horas le habría perdido. Quizá en su cultura se vería normal tener varias esposas y amantes, pero yo no podría soportarlo, por muy egoísta que sonara, le necesitaba solo para mi y sabía de sobra que eso no podría ocurrir.

—Siento la tardanza, pero esto es un auténtico caos con la boda. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó en cuanto le vi avanzando hacia mi y me crucé de brazos como si necesitara defenderme de su presencia, alejarle de mi cuanto más posible fuera.

—Estoy bien, gracias —contesté sin un atisbo de emoción porque las palabras no salían de mi garganta.

No podía decirlo, si le confesaba a qué había venido allí sería real y tendría que asumir cual iba a ser su respuesta; yo me debo a mi país y tengo que casarme con otra mujer, tener herederos legítimos y nuestro hijo jamás lo será.

«No estaba preparada para oír aquello, era mejor hacerme a la idea que tener la certeza de su afirmación rezumbando en mis oídos»

—Me alegro, estaba preocupado, pero imagino que solo es el cansancio y falta de alimento. Aún no creo que estés aquí... —dijo acercándose hasta mi

de nuevo y colocó sus manos en mis brazos. Sentir aquel calor embriagándome era demasiado para mi propio juicio y me dejé caer en su pecho reprimiendo las ganas de abrazarle fuertemente, de gritarle que le amaba, que estaba absoluta y perdidamente enamorada de él—. ¿Has venido en representación de Jasmine? —preguntó entonces y no comprendí a qué se refería.

—¿Cómo dices? —exclamé aturdida.

—Imagino que estás aquí porque Jasmine estaba invitada a la boda, pero como tuvo a su hijo hace poco tiempo no podría acudir y te envió a ti en su nombre, ¿no? —insistió y vi la excusa perfecta para argumentar porqué estaba allí sin confesar la verdad, aunque Jasmine no había mencionado ninguna boda, de saberlo me lo habría comunicado, ¿no?

«La mataré si era consciente de a donde me estaba enviando» susurré.

—Si —afirmé con una leve sonrisa—. Solo que perdieron mi maleta y creo que me he quedado sin vestido para la ceremonia, igual fue una mala idea venir, no creo que esté bien que yo esté presente en la boda...

—¡Por supuesto que si esta bien! —exclamó—. Me alegra que hayas sido tu quien viniera en su lugar, quería verte... hay algo que debo preguntarte y lo cierto es que de no ser con todo este lío de la boda hubiera ido antes a Londres, inventándome una excusa para volver a verte.

¿Preguntarme algo? En aquel momento la mención a ser su amante era como un cartel con luces de neón que destellaba en mi frente. No podía soportar que me dijera eso... ¡No cuando iba a casarse en cuestión de horas!

Su teléfono comenzó a sonar y escuché una especie de maldición por la interrupción.

—Discúlpame un segundo, es urgente —alegó mientras atendía el teléfono y se alejaba momentáneamente.

Me acerqué hasta los grandes ventanales acristalados de aquella suite maravillosa y visualicé desde allí la enorme cama que aún tenía presente en mis recuerdos. Jamás olvidaría aquel fin de semana, ni ningún otro momento que había compartido junto a él, pero en especial aquella noche en la que me

había entregado por completo desviviéndome de mi misma y eliminando todos los malos recuerdos. Esa noche él había cumplido su palabra, me había hecho olvidar absolutamente todo, todo salvo a él... que se había convertido en el único hombre que quería en mi vida y al único que no podía tener al mismo tiempo.

—Debo irme, han surgido algunos cambios de última hora, pero te veré en la ceremonia y después hablaremos, como he dicho antes tengo que preguntarte algo importante —dijo interrumpiendo mis pensamientos y noté como se situaba detrás de mi, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo embriagando el mío y notando su entera presencia absorbiéndome hacia él—. Habrá alguien en la puerta todo el tiempo por si necesitas cualquier cosa, estará a tu entera disposición.

—No sé si es buena idea que hablemos Mijaíl... tal vez es mejor que las cosas entre nosotros queden así, es lo mejor para ambos. Ya te lo dije la última vez que nos vimos —contesté sin darme la vuelta porque era incapaz de decir aquello si le miraba de frente.

—Hablaremos —insistió mientras escuché sus pasos alejándose y cerré los ojos preparándome para lo que tendría que asimilar.

No había ido allí con la idea de ver como el hombre que amaba se escapaba entre mis dedos. No era mi intención haber realizado aquel viaje para contemplar como otra mujer con rostro desconocido sellaba su vida junto a la de él y se convertiría en la madre de sus hijos, esos que reconocería ante el mundo entero. No podía soportarlo, quería morirme y al mismo tiempo sabía que no tendría más opción que asistir porque de lo contrario tendría que confesar realmente las razones por las que había acudido hasta allí.

Cuando había asimilado que asistiría a la ceremonia con un simple vestido de gasa negro, entregaron en la habitación una enorme caja que contenía un precioso vestido en tonos verde jade con brocados en dorado. ¡Dios santo! Aquel vestido era digno de una princesa, era con creces el vestido más hermoso que había visto y tenido el placer de ponerme.

Si aquella sería la última vez que viera a Mijaíl, si esa noche se convertiría en mi último recuerdo, quería que llevara una buena imagen de mi, aunque a juzgar por aquel atuendo no hacía falta poner mucho esmero. Aún así, ondulé el cabello dejándolo caer suelto a mi espalda y maquille el rostro sutilmente, mas aún teniendo en cuenta de que lo que menos había tenido en cuenta a la hora de hacer el equipaje era en llevar todo mi maquillaje y solo opté por el kit de emergencias que solía llevar siempre.

Escuché los golpes en la puerta y me acerqué hasta la entrada donde encontré a un Mijaíl impecablemente vestido con un traje azul oscuro tradicional de su país y varias ornamentaciones en aquella especie de casaca larga.

—Estás preciosa. Absolutamente arrebatadora como toda una princesa —dijo sonriente—. ¿Lista? La ceremonia comenzará en veinte minutos y deben estar preguntándose donde estoy.

«Princesa. Ojalá eso fuera para ti» pensé mientras sus palabras razonaban en mi poca coherencia.

—¿Iré contigo? Pensé que debía acudir sola —contesté confundida. ¿Qué hacía perdiendo el tiempo acompañándome a mi si todo el mundo estaría pendiente de sus pasos? No me parecía muy oportuno que nos vieran juntos... todo el mundo hablaría de ello.

—No importa, tengo tiempo y prefiero acompañarte —respondió acercándose hasta mi y colocándose su brazo en el suyo para guiarme a través de los pasillos del hotel hasta un ascensor privado. Los espléndidos jardines que estaban radiantes con aquella decoración de flores naranjas, blancas y verdes lucían en su máximo esplendor teniendo en cuenta que se trataba de una boda real y de que acudirían personas importantes—. Puedes sentarte aquí, estos asientos están reservados para la familia —añadió guiñándome un ojo y alejándose hasta el lugar donde supuse que se oficiaría la ceremonia, a juzgar por la carpa de madera adornada de flores. Observé como hablaba con varios hombres animadamente y poco a poco aquello se fue llenándose conforme iban

llegando los invitados. Había asistentes que les acomodaban adecuadamente y yo sentía como todos me observaban preguntándose quien demonios debía ser para tener un asiento privilegiado en primera fila.

«Por Dios, que no piensen que soy la amante del novio o me da un espasmo» me dije mientras me abanicaba estúpidamente con la cartera de mano que llevaba.

Justo en el momento que la música comenzó a sonar, me preparé para lo que iba a ocurrir. La futura esposa de Mijaíl aparecería en aquel pasillo entre los asientos y sería absolutamente hermosa, preciosa y todos los adjetivos acabados en -osa habidos y por haber. En cambio yo me sentía pequeña, frágil y estúpida por estar allí provocándome inútilmente aquel dolor infrahumano. Noté que el asiento vacío a mi lado era ocupado, pero no presté atención a la persona que se había sentado puesto que en aquel momento lo que menos quería es vieran mi cara de descomposición al tener que afrontar aquello. Alcé la vista para ver el rostro de Mijaíl, quería saber por sus rasgos como le afectaba aquello y sobre todo necesitaba ver la falta de entusiasmo o amor en sus ojos, solo que Mijaíl Rashid no estaba allí, en su lugar había otro hombre. ¿Dónde demonios estaba él?

Y en el momento que la novia apareció por aquel pasillo, sentí un calor sofocante inexplicable.

—Al final convencí a mi padre para que les permitiera casarse —susurró aquella voz cercana a mi oído y noté unos temblores recorriendo todo mi cuerpo.

Mijaíl estaba sentado a mi lado, jamás había imaginado que sería él quien ocupara ese lugar, pero en ese momento me giré para enfrentar aquellos ojos verdes.

—¿No es tu boda? —exclamé como si no fuera posible lo que estaba viendo. ¡No era Mijaíl quien se casaba, sino su hermana Rachel!, ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

La opresión que había sentido en mi pecho hasta ese momento se evaporó

como por arte de magia y sentí una liberación inaudita. No podía creerlo, él seguía siendo libre... quizá no por mucho tiempo, pero al menos no tendría que verlo.

—Claro que no, ¿De donde has sacado que era yo quien me casaba? —preguntó extrañado y mirándome atentamente con el ceño fruncido.

—Porque cuando llegué me dijeron que había una boda real y cuando pregunté por ti, mencionaron que estabas ocupado con la boda. Simplemente deduje que debía ser la tuya, no pensé en que podría ser la de algún pariente tuyo, no se me ocurrió pensar que era la boda de Rachel —concluí con cierta vergüenza por dicha confusión y siendo realista era lo más lógico a pensar teniendo en cuenta que ella misma me había indicado sus ganas de casarse en cuanto su padre lo aprobase.

—Si, es cierto que tuve que supervisar algunos detalles referentes al hotel por el tema de la boda y realojar a algunos huéspedes en otra área, pero ¿No se suponía que venías como invitada por parte de Jasmine? —preguntó acercándose peligrosamente hasta rozar su brazo con el mío y observarme con esos destellantes ojos verdes que me consumían por completo.

Era el momento, había ido hasta allí para decírselo porque me parecía demasiado frío y carente de emoción alguna decírselo por teléfono, bueno... y porque Jasmine me había comido el coco por completo al respecto.

—Si —susurré—. ¡No! —negué rápidamente—. Lo cierto es que no estoy aquí por eso...

—Te haré una pregunta, Erika Battle y solo quiero una afirmación o negación por tu parte; ¿Cambiaría algo el hecho de que hubiera sido mi boda y no la de mi hermana? —insistió de nuevo.

¿Lo cambiaba? Por más que quisiera negarme la respuesta era afirmativa, porque ya había asimilado que no le diría nada al respecto si así era, pero en cambio la situación era distinta a como había imaginado.

—Si —afirmé cerrando los ojos con pesar.

—Eso es que quería escuchar —afirmó antes de levantarse y arrastrarme junto a él hacia un lugar apartado lejos de los asistentes. En el mismo momento que perdí de vista el lugar donde se obraba la ceremonia, Mijaíl se abalanzó sobre mis labios y los apresó con gran voracidad, respondí ante aquel ataque como si estuviera demasiado sedienta de ellos y encontrara un auténtico manantial del que saciarme por completo. Había deseado tanto besarle de nuevo en aquellas últimas semanas para saber que todo estaba bien, que todo saldría bien y sobre todo necesitaba sentir aquel fulgor de sus labios y ese palpitar creciente que notaba como me consumía lentamente ante el placer de aquel cúmulo de sensaciones sobrecogedoras que solo mi príncipe me provocaba.

Sus manos se ceñían a mi cintura apresándome entre sus brazos, acerándome a su cuerpo que emanaba un calor tan comfortable que pensé que jamás querría abandonar dicho lugar y morir para siempre entre ellos.

—Espera —susurré separándome de sus labios a pesar de que me costaba un infierno hacerlo porque había echado demasiado en falta sus besos, casi tanto como el aire que respiraba.

—No —negó interrumpiéndome—. No esperaré ni un solo minuto más,

ya esperé demasiado tiempo y por más que lo he intentado ya no puedo soportarlo.

—¿A qué te refieres? —pregunté ahora extrañada porque no sabía si se refería al hecho de arrastrarme hasta su cama o a besarme de nuevo.

—Al hecho de que no te dejaré escapar de nuevo de mi vida, no toleraré que te alejes otra vez de mi lado y desde luego no pienso resignarme a no volver a verte jamás. He luchado contra esto que me haces sentir desde el primer instante en que te vi y al final he terminado rendido a tus encantos. He querido ser paciente, respetar tus decisiones e incluso convencerme a mi mismo que era lo mejor para ambos, pero mi único impedimento para no ir a buscarte era creer que no me amabas, que no sentías por mi nada más que un simple deseo por ese pasado que te afectaba. Mi corazón es y será tuyo aunque no lo desees, te amo profundamente... como jamás creí que amaría a alguien —confesó sin apartar sus ojos de los míos y cuyo fulgor verdoso era aún más vibrante si cabe—. Sé que no te otorgaré una vida fácil, que tendrás que enfrentarte a una cultura diferente que te pondrá las cosas difíciles, que tendremos que afrontar numerosos retos juntos, incluso a mi familia entre ellos y que nos presionarán, atosigarán y criticarán cada día durante el resto de nuestra vida, pero no quiero vivir una vida si no es junto a ti a mi lado, así que te suplico Erika Battle que termines esta agonía que me ahoga día tras día y te ruego que me concedas el increíble honor de convertirte en mi esposa.

Aquellas palabras perforaron en mi alma a fuego lento, como si no fuera capaz de procesarlas o digerirlas, era como si estuviera en un sueño del cuál no deseaba despertar, quería quedarme a vivir eternamente en aquel instante.

—¿Tu esposa? —exclamé como si aún no lo comprendiera nada de lo que acababa de decirme, como si estuviera en shock.

—Mi esposa, mi única, preciosa, adorable y encantadora esposa —afirmó y comprendí que no había mencionado ni primera, ni última, sino única. ¿Eso significaba lo que yo quería que significase?

—¿Única? —pregunté completamente atontada porque comprendí que

solo me limitaba a recitar parte de sus confesiones.

—No me importa nadie más que no seas tu Erika y por eso deseo que seas la única esposa en mi vida, le pese a quien le pese. —En ese momento ya no lo soporté más y bien fuera por la emoción, las hormonas o todo a la vez comencé a llorar de forma silenciosa y mis lágrimas brotaban a raudales ocasionándome una visión borrosa—. ¡Ey! No llores... no puedo soportar verte llorar, no puedo verte sufrir. Daría mi vida con tal de hacerte feliz, con tal de darte lo que quieras.

—Solo son lágrimas de felicidad —admití mientras sonreía y me abracé a él fuertemente—. Me negué tantas veces esa posibilidad que ahora solo siento que no es real, que es imposible que esté sucediendo. Es verdad que me acerqué a ti huyendo de un pasado, pero nunca te confesé que ya te amaba, solo que estaba confundida para verlo con toda claridad y tenía miedo de que darme cuenta de ello me hiciera constatar que jamás podría estar a tu lado, pero siempre has sido tú Mijaíl... únicamente tú.

—¿Me amas? —preguntó con cierta preocupación en sus ojos y sonreí ante aquello.

—Más de lo que puedo soportar —dije contemplando una sonrisa en sus labios y sentí como acortó la distancia para robar de nuevo un beso de mis labios.

—¿Entonces es un si?, ¿Me concederás el honor de ser la princesa de Dubái? —preguntó de nuevo y las mariposas de mi estómago revolotearon con más énfasis que nunca ante tanta dicha.

—Por supuesto que es un si —afirmé sin dudarle y no por el cargo que venía asociado al título de esposa, sino porque así fuera el frutero de mi barrio, no quería a otro que no fuera Mijaíl en mi vida—. No hay nada que desee más en este mundo que estar a tu lado —admití mientras notaba como mis lágrimas seguían saliendo de mis ojos, pero al mismo tiempo estaba riendo de absoluta felicidad.

—¡Oh Dios! —exclamó alzándome en sus brazos y me aferré fuertemente

a su cuerpo—. Te prometo que no te arrepentirás... haremos que esto funcione preciosa, eres la mujer que quiero, la mujer que amo, la mujer que deseo y renunciaría al resto del mundo solo por tenerte conmigo.

—Tengo que decirte algo —admití cerrando los ojos y sintiendo una alegría inaudita al saber que no regresaría con un corazón roto, sino más reluciente y vibrante que nunca.

—No me importa lo que sea. No debes darme explicaciones. Solo me importa lo que seremos a partir de ahora y saber que estarás a mi lado, que serás solo mía. Eso es lo único que deseo —confirmó abrazándome y sonreí ante aquellas palabras.

—Se trata de algo tuyo —dije cogiéndole la mano que acariciaba mi rostro y dándole un beso en la palma, sintiendo su calidez y apreciándola ahora de un modo diferente, porque sentía que me pertenecía por completo—. No vine aquí en representación de Jasmine, es más... ella no tenía idea de que era la boda de Rachel y fue precisamente la que me instó a venir para decírtelo en persona.

—¿Decirme qué? —preguntó ahora intrigado y coloqué su mano sobre mi vientre con delicadeza para que entendiera lo que trataba de decirle. Su asombro inicial fue evidente y sus labios formaron una sonrisa colosal que me embriagó por completo—. ¿Soy el padre? —preguntó asombrado.

—No hubo nadie salvo tu —sonreí ante lo que significaba aquello.

—Princesa... ahora si que no tendrás escapatoria, no pienso dejar que pises un solo pie fuera de esta ciudad hasta que seas mi esposa —mencionó con ese tono de voz ronco que tanto me enardecía y sentí de nuevo sus labios sobre los míos mientras era elevada del suelo y me abracé a él para sostenerme al mismo tiempo que daba vueltas entre sus brazos.

«Ahora sé lo que significa realmente la felicidad» me dije mientras escuchaba de lejos los aplausos de lo que deduje sería el fin de aquella ceremonia y pensé en que muy pronto quizá habría otra boda real en aquellos hermosos jardines del Burj Al Arab.

—No tengo intención de ir a ninguna parte —susurré a pesar de que no hubiera sido una pregunta, sino más bien una afirmación de los hechos.

—Ahora mismo lo que me apetecería es secuestrarte y llevarte de nuevo a mi suite donde te haría el amor toda la noche hasta alcanzar el agotamiento, pero Rachel me matará si desaparezco —anunció con cierto pesar en sus palabras.

Yo más que nadie deseaba que cumpliera aquella promesa dicha por sus labios, es más, suplicaría porque lo hiciera, pero entendía ese momento debería aguardar al menos unos instantes hasta cumplir con su hermana.

—Me conformo con saber que cuando esta fiesta termine, te tendré solo para mí —contesté sonriendo y acercándome a sus labios de nuevo para robarle otro beso.

—Me muero por gritarle a todo el mundo cuánto te amo, mi preciosa pelirroja.

—Por favor, no digas nada ahora... es la boda de tu hermana y no me gustaría empañar su recuerdo anunciando otro compromiso, más aún cuando no tengo muy claro que tu familia reaccione de buen agrado —dije con cierto atisbo de duda.

—Lo aceptarán... —aseguró—, porque prefiero dejar de ser el futuro sucesor antes que renunciar a ti si ese es el precio.

¿Mis oídos estaban escuchando lo que creo que acababa de decir?, ¿De verdad Mijaíl era capaz de renunciar a su legado por mí?

—No puedes hablar en serio... —jadeé llevándome una mano a los labios.

—Hablo completamente en serio —aseguró rozándome la mejilla con sus dedos sin dejar de mirarme—. No hay nada más importante para mí que tú, ni tan siquiera mi país... y si ese es el precio que tengo que pagar, lo haré sin un atisbo de duda al respecto.

«¡Ay dios!, ¡Ay dios!, ¡Que no estoy preparada para tal declaración!»

Siempre había creído que Mijaíl jamás podría enamorarse de mí y en el

susodicho caso de que una pequeña parte de él lo hiciera, siempre antepondría su deber por encima de mi persona, pero ahora que me había confesado conscientemente que yo era lo primordial para él, ni siquiera tenía palabras que dieran respuesta a lo que sentía en aquellos momentos por sentirme completamente abrumada

—Te quiero desde lo más profundo de mi alma Mijaíl Rashid y no me importa si eres príncipe, califa o un simple frutero... me enamoré perdidamente en el momento que comprendí que solo a tu lado conseguía sentir que era yo misma provocándome este sentimiento inexplicable al que llaman amor y no me importa lo que deba afrontar o lo que el destino nos depare siempre y cuando esté a tu lado para hacerlo.

En ese momento sonrió plácidamente y me dio un último beso antes de cogerme de la mano entrelazando nuestros dedos y volviendo de nuevo a la fiesta donde parecían estar sirviendo el coctel de espera.

Hasta ese momento siempre me había encontrado con Mijaíl prácticamente a solas salvo en un par de ocasiones en los que le había acompañado a alguna gala benéfica por lo que no era consciente de la alta demanda social que su figura representaba a nivel social en su país y en aquella ocasión me di cuenta cuando apenas podía dar un paso sin que alguien le detuviera.

Comprendí que no solo iba a ser juzgada por tener una cultura distinta y ser occidental, sino que seguramente no estaría a la altura de las circunstancias y en parte eso me atemorizaba aunque no dejé que la sensación me sobrecogiera, en ese momento solo era capaz de pensar que Mijaíl me había elegido por encima de todas sus prioridades, que me amaba, que quería a nuestro pequeño hijo que crecía en mi vientre, pero sobre todo que mi futuro iba a cambiar drásticamente y me iba a convertir en algo que jamás había osado pensar ser; una princesa árabe.

—¡Vaya Erika!, ¡Que alegría verte de nuevo! —exclamó Rachel cuando se acercó hasta mi y me abracé ligeramente a ella.

—Enhorabuena. Me alegro muchísimo por tu matrimonio y que al fin lo hayas conseguido —contesté sonriente.

—Gracias... lo cierto es que nunca pensé que mi padre aprobaría este enlace aunque hubiera aceptado la relación, pero imagino que no quiso que se repitiera la historia de mi tía y Mijaíl ayudó bastante —contestó con una sonrisa cómplice—. No sabía que vendrías, es más, mi hermano no comentó que te traería...

—En realidad todo ha sido algo demasiado casual y en el último minuto, ni tan siquiera yo sabía que vendría —comenté sin dar demasiados detalles.

—Típico en mi hermano... —alegó riéndose y me arrastró con su risa.

—¿Hablando de mi a mi espalda? —terció esa voz inconfundible y sentí su mano ciñéndose a mi cintura.

—Siempre —concretó Rachel observando su reacción—. Querido hermano, si no quieres formar un escándalo en la familia y que comiencen a divagar rumores de lo más variopintos te recomendaría mantener tus manos algo alejadas de ella —mencionó haciendo alusión al hecho de que me tenía prácticamente entre sus brazos.

—Querida hermanita, mi intención precisamente es esa... que todos hablen de mi futura esposa —contestó provocando que casi me atragantase con la bebida que tenía en la mano.

¿Qué se suponía que ha pasado con lo de “no decir nada por ahora” que habíamos acordado?

—¡No! —gritó Rachel más emocionada que yo misma y pasó de mirar a Mijaíl a observarme detenidamente a mi—. Dime que esto no es una broma...

—Jamás he hablado más en serio que ahora —contestó Mijaíl con semblante taciturno y vi como Rachel se abalanzaba sobre él para abrazarle completamente emocionada.

—Soy tan feliz por ti —dijo cuando se alejaba de él para observarnos—, bueno por vosotros —rectificó mirándome ahora a mi—, siempre te dije que debías elegir con el corazón y no con la razón a tu primera esposa —añadió

sonriente.

—A mi única esposa —sostuvo Mijaíl tan firme que me sentí de nuevo como en una nube.

—Si que está enamorado de ti... —susurró sonriente Rachel y yo me sentí de nuevo demasiado abrumada para contestar.

Todo era tan surrealista, tan absolutamente perfecto que de un momento a otro sentía que iba a despertar porque aquello solo me podía ocurrir en un maravilloso sueño.

—Eso no lo dudes, querida hermana —contestó Mijaíl mientras noté aquel agarre en mi cintura aún más intenso y me giré para observar esos ojos verdes que me miraban fijamente.

«Ahora mi mundo es perfecto, solo porque tú me amas» jadeé en lo más profundo de mi corazón sintiendo una sensación embriagadora inigualable.

No tenía miedo por lo que pudiera pasar, ni duda alguna al respecto por lo que tendría que afrontar. Nada importaba cuando la recompensa era tan inmensa.

A pesar de que ciertas miradas incesantes no dejaban de evaluarnos ya que Mijaíl no se separó de mi lado ni un instante, me mantuve firme junto a él durante toda la boda hasta que mis pies no lo soportaron. No conocía a nadie salvo a Rachel que precisamente era la más solicitada de la ceremonia y pensé que tal vez sería oportuno retirarme a solas.

—Me siento un poco cansada, si no te importa creo que me iré a la habitación...

—No sin mi preciosa —contestó sonriente—. Creo que ya he cumplido por hoy, así que podemos retirarnos.

—¿Estás seguro? No me importa ir sola y esperarte.

—Tranquila, la mayoría de invitados importantes se han ido y el resto no creo que tarden en irse. Además, me muero por tenerte de nuevo a solas para mí...

Aquella promesa en sus labios me excitaba hasta límites insospechados y

cuando salíamos por las puertas que daban al gran hall del hotel, alguien llamó su atención.

—¡Mijaíl! —exclamó una voz autoritaria y ambos nos dimos la vuelta para contemplar al gran Califa.

Por su rostro no sabía si aquello presagiaba algo bueno o malo ya que era de una neutralidad plausible. Mijaíl contestó en su idioma natal y no comprendí nada de aquella corta conversación hasta que él se giró hacia mí para hablarme calmadamente.

—Espérame en la habitación, iré enseguida.

—¿Ocurre algo? —pregunté preocupada.

—Nada en absoluto —contestó con una leve sonrisa—. Tu solo espérame despierta... —añadió acercando sus labios a mi frente y despidiéndome con un cálido beso.

En cuanto llegué a la habitación me quité aquel vestido precioso y lo dejé sobre uno de los sillones cuyo estampado floral parecía estar bordado en oro. Desde luego aquella habitación gritaba lujo a pleno pulmón a juzgar por la decoración tan recargada y esplendorosa. Intenté distraerme con los pequeños detalles que decoraban cada una de las estancias para no pensar en lo inevitable; que el padre de Mijaíl le hubiera retenido por mi culpa.

Tal vez solo quería tratar con él sobre algún tema referente al gobierno o para hablar con alguno de los invitados, pero tenía una ligera corazonada sobre todo por la forma en la que me había observado de que el tema de aquella conversación sería una servidora.

Finalmente me quedé observando las luces de la ciudad desde uno de los grandes ventanales comprobando la inmensidad del lugar, lo maravilloso que era y que muy probablemente convertiría aquel sitio en mi nuevo hogar. Escuché el sonido de la puerta y esperé impaciente, aunque con cierto nerviosismo su llegada hasta que sentí sus brazos recorrer mi cintura y su nariz acercándose a mi nuca para aspirar lentamente mi esencia.

—Eres el néctar que necesito cada día para seguir vivo, sin ti mis días

son grises y carentes de emoción alguna... —susurró depositando un beso justo en esa parte de mi anatomía.

—¿Está todo bien? —pregunté inevitablemente queriendo saber qué había ocurrido.

—Nada puede estar mejor estando tu aquí —insistió rodando mi cuerpo hacia el suyo y besando de nuevo mis labios, solo que esta vez no cesaría hasta verlos saciados.

Supe que fuera lo que fuese el tema a tratar con su padre, parecía no afectarle. Tal vez por mañana me contara que había sucedido, pero en aquel momento lo que realmente necesitaba era sentir el placer carnal de su cuerpo.

Las manos de Mijaíl recorrieron mi cuerpo por encima de la tela del camisón que me había puesto hasta colocarlas bajo mis muslos y alzarme contra él provocando que jadease en su boca por el fulgor de aquel movimiento. Alzándome del suelo me enrosqué en su cuerpo y me dejé llevar por sus brazos hasta sentir el mullido colchón bajo mi espalda mientras sentía el peso de su cuerpo sobre el mío provocándome un calor constante.

—Eres única, mi preciosa Erika —susurró acariciando con sus manos la piel de mi vientre mientras ascendía hasta que aquel fino camisón desapareció entre sus dedos dejándome en ropa interior a su vista—. Única y magnífica.

Sellé sus labios con los míos mientras estiraba de aquella camisa larga que llevaba como atuendo y alejándose unos instantes de mis labios se la quitó de un solo movimiento acercándose de nuevo.

Su curtido torso bronceado deleitaba mis ojos y mis manos cuando bordeaba con mis dedos cada musculo de su espalda. Había soñado tantas noches con volver a tocarlo, con sentirle de nuevo que temía que aquel momento se desvaneciera entre mis dedos, solo que me repetía una y otra vez que aquello era tan real como el hijo que crecía en mi vientre para vivir con intensidad cada instante, cada roce, cada beso que Mijaíl me otorgaba con aquellos labios creados para saciarme.

La calidez de sus labios recorrió mi cuello suavemente mientras bajaba

lentamente por mi piel dejando un rastro ardiente hasta llegar a mi pecho. Gemí ante el roce de su nariz en uno de mis pezones sobre el encaje de la prenda que llevaba puesta y sus hábiles dedos hicieron que esta desapareciera para ahora sí, rozar suavemente la piel en un leve toque que me hizo jadear ante su contacto.

—Eres seda entre mis manos. Tan delicada y suave que casi temo tocarte —jadeó apresando con su boca uno de mis pezones al mismo tiempo que con una mano rozó mi sexo provocando que gritase de expectación.

—¡Oh!, ¡Cielos! —exclamé atónita por la increíble sensación.

Necesitaba sentirlo por completo, la agonía por sentirme llena de nuevo hacía que sintiera un ahogo inexplicable y bajé mis manos para estirar de la cinturilla de sus pantalones hasta que deslicé suavemente mis dedos entre la prenda buscando su entre pierna. Estaba excitado; duro y firme preparado para el combate, algo que me hizo sentirme aún más febril de lo que de por sí estaba.

—Te necesito —susurré cerrando los ojos y sincerándome más de lo que jamás había confesado—. Necesito sentirte dentro de mi o moriré de agonía...

Mijaíl se alejó de mi pecho para observarme y colocó su mano sobre mi nuca atrayéndome hacia él de nuevo, como si tratara de besarme, solo que simplemente rozó sus labios conteniendo el aliento.

—Vivo para complacerte, mi princesa —advirtió antes de sentir sus dedos deslizándose la prenda interior que llevaba puesta e instantes después se abría paso a través de mis muslos haciendo que gritara de placer ante su acometida.

«No sé como he podido vivir casi tres meses sin sentir esto» susurré en mis adentros cerrando los ojos y sintiendo como mi cuerpo recibía gratamente aquella invasión, notando como salía levemente para volver a adentrarse de nuevo y haciendo que gimiera de puro éxtasis ante su encuentro.

—¡Oh Dios! —grité con cada nueva oleada que sus embestidas me hacían sentir, rozando con cada una de ellas un poco más aquel infinito paraíso.

Escuchaba su respiración jadeante cerca de mis labios, mis uñas se clavaron en su espalda sin poder evitarlo y sentía como colmaba cada parte de mi ser con sus movimientos.

—Di mi nombre... —mencionó mirándome fijamente—. Quiero que digas mi nombre cuando te haga gritar de placer —insistió—. Así sabré que soy el único hombre al que deseas...

—Eres el único a quien deseo y a quien anhele —mencioné acercándome a sus labios—. Mi príncipe... —susurré con una leve sonrisa y por respuesta sentí como él se adentraba aún más haciéndome gritar de conmoción por no esperarlo.

—¡Joder! ¡si! —grité aferrándome a él y su movimiento fue aún más certero haciendo que arquease mi cuerpo hacia él como si necesitara su contacto urgentemente mientras Mijaíl me colmaba como un auténtico dios del cielo. Sus labios se posaron en mi garganta recorriendo con su lengua aquella piel delicada no lo soporté más...—. Solo existes tu Mijaíl —jadeé y dejé que aquella lava líquida que me consumía me arrastrara hacia el mismísimo fuego.

Cuando abrí los ojos sentí la reconfortante calidez del cuerpo de cierto príncipe arrasándome hacia él y me acomodé en su pecho, notando como su respiración iba acompasándose junto a la mía y siendo cada vez más suave. No había habido palabras, sino que ambos manteníamos un sepulcral silencio como si no fuera necesario decir nada más, como si ya estuviera todo dicho y nuestro destino establecido.

—¿Viviremos aquí? —pregunté surcando mi dedo por su pecho desnudo, como si estuviera dibujando pequeños círculos.

—¿Te refieres a Dubái o a este hotel? —exclamó algo confuso.

—En realidad me refería a Dubái, pero ya que lo mencionas también al hotel —dije alzando el rostro para verle mejor.

—Normalmente no me alojo aquí —sonrió—. Tengo una mansión familiar en una excelente zona de la ciudad, solo que a veces me resulta cómodo estar aquí para algunas reuniones del consorcio. Aunque en referencia

a tu pregunta, sí... viviremos en Dubái pese a que viajaremos con frecuencia por asuntos de estado.

—Supongo que tendré que despedirme de mi actual vida en Londres... —suspiré imaginando el rostro de Jasmine, mi madre, mis amigas de toda la vida e incluso el de mi padre.

—Iremos con frecuencia a Londres, apenas notarás su ausencia —me aseguró—, pero como príncipe heredero debo tener mi residencia aquí.

—Entiendo... —susurré no pudiendo evitar sentirme en parte algo triste.

Mijaíl se incorporó un momento y se alejó de la cama sin decir nada mientras aproveché para observar aquel immaculado cuerpo curtido por los dioses porque no era ni normal tanta belleza en un solo hombre. Pareció rebuscar algo entre su chaqueta y después se acercó de nuevo hacia la cama, sentí curiosidad por saber que sería tan importante para que hubiera abandonado el lecho.

—Desde el momento en que aceptaste ser mi esposa, esto te pertenece por derecho legítimo —dijo ofreciéndome una pequeña cajita de terciopelo negra y no entendí de que podía tratarse hasta que la abrió y un anillo con una enorme esmeralda relucía en su interior—. Ha pertenecido a la familia durante generaciones, la última en llevarlo fue mi madre, pero ahora es tuyo.

—¡Es precioso Mijaíl! —exclamé llevándome una mano a los labios conteniendo la emoción.

—A falta de un pequeño papel firmado, ya eres mi princesa —aseguró deslizando aquel anillo por mi dedo y encajando a la perfección.

—¿Y qué pasará si tu padre se opone a nuestro matrimonio? Por como me miraba cuando nos marchábamos, dudo que me acepte en su familia —contesté con cierta aprensión y reticencia.

—Él ya te ha aceptado —dijo de pronto Mijaíl haciendo que agrandara los ojos y le observara fijamente.

—¿Qué me ha aceptado?, ¿Cómo que me ha aceptado? —grité sorprendida.

Mijaíl sonrió levemente y me atrajo hacia él de forma que mi cuerpo quedó parcialmente sobre el suyo, mi nariz rozaba su mentón y aquello provocaba que aquel olor varonil me embriagara de nuevo sintiendo una sensación de pleitesía demasiado inusual teniendo en cuenta que acababa de saciarme por completo.

—Me detuvo porque quería saber quien eras y qué significabas para mi teniendo en cuenta el comportamiento inusual que había mantenido durante la celebración de la boda de Rachel —contestó serenamente—. Así que le dije que te tomaría como esposa y que estás esperando un hijo mío en tu vientre.

Guardé silencio porque pensé que proseguiría su discurso, que me diría que le había contestado su padre, pero Mijaíl permanecía mudo y mi curiosidad era inminente.

—¿Y ya está?, ¿Qué se supone que te ha dicho? —exclamé atónita.

—Sorprendentemente me contestó que esas eran unas buenas razones y que tu belleza era digna de una primera esposa —contestó riéndose y comprendí que tal vez ni él había asimilado que su padre se tomara tan bien aquella noticia.

—¿De verdad me ha aceptado?, ¿Pero sabe que no se nada de tu cultura y que no tengo una dote millonaria con la que...

—Cssh —siseó colocándome un dedo sobre mis labios—. Tú tienes lo que él más desea...

—¿El qué? —pregunté sin entender que podía tener yo que ese hombre quisiera.

—El futuro príncipe de Dubái —aseguró tocándome el vientre y entendí la importancia que para ese hombre suponía asegurar el bienestar de su estirpe.

—¿Y si es una niña? —exclamé ahora sonriente mordiéndome el labio.

—Sera tan preciosa y bella como su madre... —susurró sellándome de nuevo los labios y rodando sobre aquella cama hasta colocarse de nuevo sobre mi cuerpo.

Presentí que aquella noche se quedaría corta para toda la ansiedad que tenía que saciar de ese hombre, pero lo cierto es que estaba más que dispuesta a dejarme arrastrar por aquel inmenso deseo y el fuego descomunal que mi príncipe, —porque ya me atrevía a llamarlo mío—, me hacía sentir.

—¡Aún no me lo creo! —gritó Jasmine observándome al mismo tiempo que yo lo hacía en aquel enorme espejo.

Llevaba un vestido blanco con ribetes bordados por toda la falda en hilos de plata haciendo que brillara de forma sin igual. Las mangas eran largas y el escote suficientemente discreto, aunque dejaba a relucir parte de los hombros haciendo que fuera sensual. Me habían recogido el cabello en un moño bajo adornado con un tocado plateado del mismo estampado que el brocado de la falda y en ese momento en que veía mi imagen reflejada me sentía mucho más que una princesa cumpliendo su cuento de hadas, era la mujer más feliz sobre la faz de la tierra.

—Yo tampoco —susurré alzando la vista para ver a mi amiga con su pequeño entre los brazos.

Alexander apenas había cumplido cinco meses y era una calcomanía de su padre con esos ojos azules y el cabello rubio, desde luego parecía que mi querida amiga no había hecho nada salvo pujar para sacarlo de su vientre a juzgar por la apariencia del pequeño.

—Aunque me apena saber que no volverás a Londres, sé que él es el único que te hará feliz —dijo acercándose hasta mi y me ofreció una pequeña cajita—. Esto es para ti, aunque tendrás que devolvérmelo.

Alcé una ceja extrañada y la abrí viendo su contenido expectante, se trataba de una liga de encaje en tono azul.

—Algo azul —dije sonriente recordando lo que se suponía que debía llevar una novia para no tener mala suerte en el matrimonio.

—Y algo prestado —concluyó ella—. Supuse que nuevo sería el vestido y viejo alguna joya familiar de la familia de Rashid.

—Mi anillo de compromiso —dije alzando el dedo y enseñando la espectacular joya con una esmeralda que lucía en mi dedo.

—Es precioso... una auténtica reliquia familiar —susurró Jasmine observándolo—. ¡Ay amiga!, ¡Me alegro tanto de que las cosas hayan salido tan bien para ti! —exclamó Jasmine con los ojos vidriosos.

—¡No llores porque harás que lllore yo también y no puedo fastidiar el maquillaje! —grité riéndome y emocionándome al mismo tiempo—. Se que estuve confusa durante mucho tiempo, que era incapaz de aclarar mis ideas cuando lo cierto es que no era confusión lo que sentía, sino miedo a descubrir la realidad de mis sentimientos, pero tú estuviste a mi lado todo el tiempo... apoyándome en cada decisión por buena o mala que esta fuera como una verdadera hermana.

—Como tu también hiciste cuando yo pasé por un mal momento —aseguró Jasmine abrazándome hasta que le reclamó su pequeño.

—¡Y tu granujilla! —grité acogiéndolo entre mis brazos—. ¡Serás todo un rompecorazones! —exclamé sonriente.

—Ah... ¿Te imaginas que tuvieras una pequeña Erika? Con lo hermosa que eres creo que ni Alexander podría resistirse a enamorarse de ella —rio Jasmine y las carcajadas llegaron hasta la otra sala, puesto que en ese momento apareció Alex deleitando nuestra presencia.

—¿Qué se supone que es tan divertido? —preguntó algo contrariado.

—Nada cariño —contestó rápidamente Jasmine caminando hacia él y entregándole al pequeño Alexander para que lo sostuviera—, algo sin importancia —aseguró acercándose de nuevo hasta mi y ayudándome a colocarme aquella liga de color azul, ya que era incapaz de hacerlo con aquel vestido por mis propios medios.

La reacción de mi padre al hecho de saber que no solo estaba embarazada sino que iba a ser la esposa de Mijaíl Rashid fue del más

profundo ahogamiento a una especie de desasosiego instantáneo. No podía afirmar que le entusiasmara la idea de que su única hija se fuera a un país de oriente con una cultura demasiado diferente, pero supo reconocer que se había equivocado desde el principio al juzgar a Mijaíl y finalmente terminó aceptando que por más prejuicios que tuviera respecto a él, era el hombre al que amaba y quería compartir el resto de mi vida.

—Ya es la hora —mencionó mi madre observándome con unos ojos de devoción infinita y era la primera vez que la veía emocionarse de ese modo. Ella me había apoyado en todo momento y aunque pensé que no se alegraría cuando le dijera que estaba embarazada y que iba a casarme, su respuesta fue toda una sorpresa cuando comenzó a dar gritos de alegría.

—¿Vamos pequeña? —preguntó mi padre ofreciéndome su brazo y sonreí por aquel apodo.

—Creo que ya no soy pequeña, papá —contesté entrelazando mi brazo al suyo para sostenerme.

—Tu siempre serás mi pequeña Erika.

No dije nada, puesto que escuché el sonido de la música proveniente de los exteriores, habíamos apresurado el enlace de la boda para que no fuera evidente mi incipiente vientre, a pesar de que ya se notaba vagamente solo que el vestido lo disimulaba, pero ya había pasado del cuarto mes de embarazo y prácticamente todo el mundo sabía que esperaba al futuro sucesor al trono. Cuando visualicé por aquel pasillo la figura de Mijaíl esperándome sentí como mi corazón palpitaba fuertemente, estaba vestido completamente de blanco y dorado, con un traje típico de su país y tan sumamente atractivo que no creí que fuera posible que aquel hombre me quisiera, sencillamente me sentía demasiado afortunada sabiendo que me había escogido únicamente a mi para entregarme su alma.

—Hola —susurré cuando llegué hasta él.

—Hola preciosa —contestó en el mismo tono susurrante para que nadie más nos escuchase.

No comprendía el idioma, de hecho apenas me sonaban cuatro palabras sueltas, por eso Mijaíl fue traduciendo cada parte importante del hombre que oficiaba la ceremonia y me había aprendido de memoria el juramento que debía mencionar como votos hacia el matrimonio. A pesar de ello se me hizo demasiado corto, porque en el momento en que escuché los aplausos supe que ya era real, que nada podría cambiar el hecho de que me había convertido en la esposa del príncipe Mijaíl Rashid para toda la eternidad.

—Ya eres mía... oficialmente mía para el mundo entero —jadeó acortando la distancia para robar un cálido suave y al mismo tiempo tierno beso fugaz.

«Era suya, entera y completamente, aunque ya fui suya desde el instante en que había tomado la decisión de entregarme a él, desde el momento en que comprendí que no podría sentir por alguien más esa pasión que me consumía por mi príncipe árabe»

—Y tu eres mío —sonreí perdiéndome en sus ojos donde podía ver todo el amor que había en ellos.

Toda la gente que quería estaba allí presente; mis padres, Jasmine, mis amigas de siempre, incluso Marco había acudido porque había comenzado a salir con mi amiga Anne.

«Y pensar que la sacó a bailar aquella noche que me lo encontré solo para darme celos y ahora estaban saliendo de verdad» medité riéndome de la situación, pero alegrándome por ellos, porque hacían de verdad una buena pareja.

—¿Eres feliz? —preguntó Mijaíl cuando iniciamos el baile nupcial.

—Inmensamente —contesté sonriendo y viendo como mis padres hablaban entre ellos sin discutir hasta que finalmente les vi bailando como una pareja de enamorados y supe que después de todo yo no me había equivocado; esos dos aún se amaban por mucho que no quisieran reconocerlo.

—Hace tiempo me preguntaste si había deseado algo que no podría tener —dijo acercándose a su cuerpo—. Y te dije que si...

—Lo recuerdo, pero no me dijiste que era —admití recordando aquella cena en París, justo esa noche yo comprendí que me había enamorado de él.

—Amor... —contestó rozando mis labios—, pero nunca imaginé que tú me lo darías —añadió sonriendo y cerré los ojos mientras me dejaba arrastrar por la magia que me envolvía—. Gracias por entrar en mi vida y darme todo cuando deseaba y pensé que jamás tendría.

Sonreí cálidamente y me abracé a él.

—Tú eras lo que necesitaba... la pieza que le faltaba a mi vida y aunque al principio me negaba a abrir los ojos para reconocerlo, no podía evitar sentir que te quería.

—Dubái se rendirá ante su princesa... —dijo acariciándome la mejilla—, tal y como yo me he rendido ante ella.

—¿De verdad lo crees? —pregunté reticente.

—No lo creo. Lo sé —. Y con un cálido beso selló aquellas palabras que me hicieron tener la confianza suficiente para saber que, estando juntos nada podría resistirse; ni tan siquiera una nación entera.

Dubái se había convertido en mi hogar, un lugar al que cuando visité por primera vez y que me pareció magnífico en toda su esencia ahora podía asegurar que formaba parte de mi vida y que no me imaginaba viviendo en otro sitio que no fuera aquel.

Mijáil había tenido razón desde el principio, pese a mis miedos y creencias la gente terminó aceptando que el futuro gran califa había elegido a una occidental por amor y eso pareció conmover sus corazones como si le hiciera más humano ante ellos.

Me había convertido en embajadora del país y había centrado todos mis esfuerzos en aportar la mejor arquitectura a la ciudad con relevantes proyectos de gran envergadura que mantuvieran a Dubái en la cúspide de la cima.

—¿Estás segura de que no quieres ir a un hospital? —insistió por enésima vez Mijaíl que no dejaba de dar vueltas por la habitación y acercarse a cada instante.

«Tranquila Erika. Tu respira profundamente; coge aire y suéltalo lentamente, has hecho esto tres veces y podrás hacerlo una cuarta» me dije mentalmente tratando de paliar el dolor intenso que sentía atravesando mi cuerpo y recorriendo toda mi espalda.

—Ya te dije que no. Esta vez quiero dar a luz en casa —Había tenido tres partos naturales y dudaba que un cuarto se complicase, es más, la matrona había dicho que sería rápido y que el niño estaba bien encajado por lo que prefería tener a mi bebé en la comodidad de mi cama.

—¡Por dios Erika!, ¡Recapacita! Aún estamos a tiempo...

—No sé por qué exageras, ¡Si tu madre te tuvo en casa! —exclamé recordándole que no era algo descabellado y él había hecho que tres médicos estuvieran haciendo guardia constantemente por si algo se complicaba.

—Me has dado tres hijos y no necesito más herederos Erika... lo que no quiero es que tú corras riesgos, puedo vivir sin nada exceptuándote a ti — aclaró haciendo que mi corazón se encogiese.

Era cierto que no había planificado quedarme embarazada en esta cuarta ocasión, pero presentí que quizá era una señal del destino de que por fin tendría una pequeña princesa después de dar a luz a tres preciosos niños.

Hassan, Ghali y Jasim eran la luz de mi vida junto a Mijaíl, pero aquella pequeña completaría nuestros corazones si era una niña, aunque le amaría del mismo modo si era un cuarto niño.

—Te quiero —puntalicé—. Y te prometo que todo saldrá bien —dije sonriente mientras notaba otra contracción de nuevo y sentí que cada vez eran más intensas y en menor grado de tiempo.

—Ya es hora —dijo la mujer que tantos partos había asistido y que era de mi plena confianza por haber traído al mundo a casi todos los niños de la familia que habían nacido en casa.

Sus palabras significaban que debía empujar con todas mis fuerzas, mi pequeña iba a nacer, lo presentía, lo intuía y así como también sabía que tendría los mismos ojos verdes tan característicos de su padre.

Cuando el dolor llegó de nuevo empujé y segundos después sentí a Mijaíl a mi lado por lo que me aferré a él para poder pujar con más fuerza. No era normal que el gran califa estuviera presente en el parto de su esposa, como tampoco era normal que no tuviera más esposas... pero Mijaíl había llegado al Califato para revolucionarlo y desde luego nadie había osado rebatir sus decisiones como tampoco nadie osaba decirle que se marchara de aquella estancia siendo aquello un trabajo de mujeres. Sabía perfectamente que él no se marcharía de mi lado ni aunque le obligaran, él había estado presente en todos mis partos.

En el momento que noté como la presión del bebé abandonaba mi cuerpo, escuché su llanto rompiendo el silencio de aquella enorme habitación.

—Es una niña —aseguró la mujer sonriente y gocé de alegría al saberlo.

Una pequeña... por fin una niña; mi niña.

—Una princesa —dijo Mijaíl con una voz ensoñadora y vi entonces su pequeño cuerpecito moviéndose mientras la envolvían en una sabana blanca para acercármela al pecho.

—Azhar —susurré—. Tan hermosa como su flor y como su olor —añadí acercando mi nariz a su suave carita donde percibí la suavidad de su piel.

—Ni yo mismo habría elegido un nombre más acorde para la que será la joya de Dubái.

Desde luego sería una joya, porque no habría niña más querida en todo palacio que ella, la única princesa que tendría Dubái.

Mijaíl salió unos instantes mientras terminaban de limpiarme y vestir a la pequeña, pero cuando regresó lo hizo acompañado de nuestros hijos.

Hassan era el mayor con casi ocho años, una auténtica calcomanía de Mijaíl salvo por sus ojos oscuros. Ghali fue el segundo heredero al califato dos años después y se parecía más a mi por aquel cabello rojo y ojos azules, en cambio Jasim que tenía tres añitos, era una mezcla de ambos, pero con el cabello oscuro de su padre y los ojos de un color miel. Ahora había llegado a nuestras vidas Azhar... ¿A quien se parecería? Tenía la intuición de que sería ella quien heredaría aquel verdor brillante y profundo de los ojos de su padre, pero aún era demasiado pronto para saberlo, aunque lo que importaba es que era una niña fuerte y sana, nuestro complemento perfecto.

—Esta es vuestra pequeña hermana y se llamará Azhar —mencionó Mijaíl acercándoles para que la conocieran—. Es la más pequeña de todos vosotros y como vuestra hermanita tendréis que protegerla.

—¡Que bonita es! —exclamó Jasim.

—Si —sonreí acariciándole la mejilla a mi pequeño—. Es muy hermosa, y tú serás su hermano mayor y la cuidarás. Los tres cuidaréis siempre de ella, ¿Verdad? —insistí.

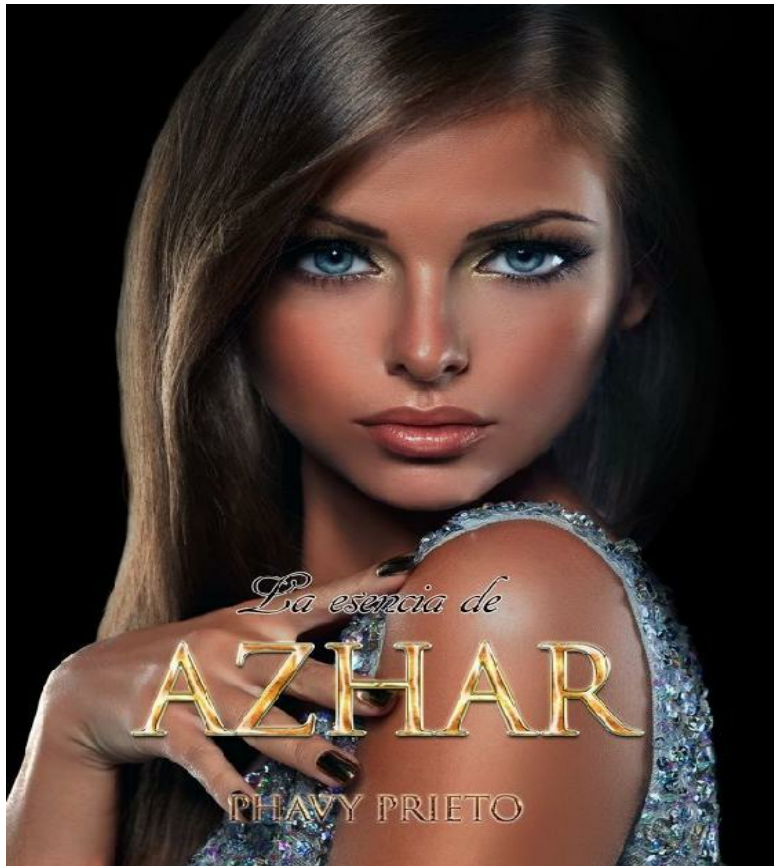
Sus caritas asintieron sin expresar sonido alguno porque estaban completamente maravillados ante lo que ella suponía en nuestra familia.

Mi vida estaba completa, tenía un esposo que me amaba y cuatro magníficos hijos que completaban mi existencia. No necesitaba más, no ansiaba más... solo le agradecía al destino que hubiera puesto a Mijaíl Rashid en mi camino para encontrar mi auténtica felicidad.

«Después de todo sí que había tenido mi propio cuento de hadas con final feliz»

Fin.

La esencia de Azhar



Azhar Rashid es la única princesa de los Emiratos Árabes, hija del gran califa Mijaíl Rashid. Siempre protegida por la presencia de su padre y sus tres hermanos mayores es considerada la gran joya de Dubái por su increíble belleza.

Cuando su país debe enfrentarse a la peor crisis financiera debido a una herencia familiar, no dudará en sacrificarse a sí misma aún sabiendo lo que aquello significa para su propia integridad; convencer a Alexander D'Angelo, ese prepotente y engreído hombre con rostro angelical que debe casarse con ella.

Avance de La esencia de Azhar.

Dicen que el destino es caprichoso, elocuente y a veces confuso. Probablemente debería sentirme agradecida de haber nacido en una familia pudiente, aunque ser la única princesa de los Emiratos Árabes en ocasiones podía suponer una presión social demasiado elevada, de ahí que mis padres creyeran conveniente realizar unos estudios en la más estricta privacidad de un colegio europeo donde el anonimato era posible.

No es que hubiera crecido con la idea de encontrar a un amor idílico o creyendo en cuentos de hadas, pero mis padres se amaban y anhelaba encontrar ese amor que se procesaban algún día, al menos eso era lo que esperaba hasta que todo se complicó en nuestras vidas.

De algún modo que nadie conocía, la noticia de que la herencia de mi bisabuelo no pertenecía por completo a la familia Rashid fue de dominio público. Tanto mis hermanos como yo desconocíamos la noticia hasta que en aquella publicación en la que dejaba en entredicho el poder de nuestra familia por no poseer todos los derechos sobre una gran cantidad de tierras lo suficientemente pudientes en petróleo, eran en realidad de Alexander D'Angelo, el bisnieto de mi bisabuelo; ese niñato engreído y petulante que recordaba en mis vagos recuerdos. En cuestión de días tras la explosión de la noticia, una crisis económica sobrecogió al país, tanto era así que la situación

parecía alarmante.

—Ya predije que esto sucedería —escuché decir a mi padre tras aquella puerta de madera en la que me escondía para tratar de averiguar algo más de lo que nos decían.

Había finalizado mis estudios y se suponía que debía elegir la universidad a la que acudiría, tenía pensado ir a Londres, al país natal de mi madre para estudiar bellas artes, solo que me habían prohibido salir de casa terminantemente por mi propia seguridad y por más que preguntaba, la información llegaba a cuentagotas, sin ser demasiado clara. Entendí que eso solo significaba una cosa; era peor de lo que imaginaba.

—Lo sé Mijaíl, pero no podemos hacer nada al respecto... —terció la voz de mi madre—. He hablado con Jasmine y ellos también están tratando de averiguar como podemos frenar esto.

—Sabes que habría una solución para detenerlo —aseguró mi padre con gran pesar.

—¿Le pedirías a tu propia hija que se sacrificara?, ¿De verdad me estás diciendo eso? —exclamó mamá con exigencia y supe que parecía demasiado contrariada.

—No —negó—. Por supuesto que sería incapaz de pedirle algo así, quiero que ella sea libre de tomar sus propias decisiones, aunque eso nos costará sacrificar a toda una nación.

—Encontraremos otra solución Mijaíl, confía en que lo haremos... ya se solucionó hace veintisiete años y puede volver a hacerlo. Sabíamos que existía este riesgo y lo asumimos —aseguró mamá.

—En veintisiete años no hemos hallado ninguna solución y comienzo a perder la esperanza de lograrlo ahora que todo se está desmoronando. ¿Qué futuro le espera a nuestros hijos cuando no quede nada? Solo es cuestión de tiempo que se desate una rebelión contra el califato...

«¡Oh dios mío!» exclamé en mis adentros.

Aquello desde luego era mucho peor de lo que pensaba. No era una

situación pasajera, sino que suponía la destrucción total de mi familia tal y como la conocía, pero no entendía a que demonios se referían mis padres cuando hablaban de que me sacrificara, ¿Qué tendría que ver yo en todo aquello?, ¿Qué podría hacer yo para salvar la situación?

—¿Espionando a escondidas hermanita? —preguntó mi hermano mayor Hassan.

—Yo no espío —susurré—. Solo trato de averiguar que está pasando realmente y porqué no me cuentan nada.

Hassan tenía ocho años más que yo, a sus veintiséis años era el príncipe heredero, futuro sucesor de mi padre y por ende, suponía que él si estaba informado de la situación.

—Pasa que es muy probable que pronto tengamos que abandonar Dubái porque dejará de ser un lugar seguro para nosotros. Esto solo acaba de empezar y se prevé que sea mucho peor de lo esperado.

Efectivamente él estaba informado, ¿Y por qué a mi no me contaban nada?

—¿Tan grave es?, ¿No hay solución? No es que entienda de derecho, pero seguro que existe alguna cláusula por la que se pueda impugnar esa herencia o algo así.

Mi hermano mayor me observó detenidamente y suspiró mientras cruzaba los brazos.

—Prometí a padre que no te contaría esto, pero dadas las circunstancias creo que debes saberlo, ya tienes dieciocho años y es conveniente que estés al tanto —mencionó cogiéndome del brazo y arrastrándome hacia una de las salas vacías como si tuviera la intención de que nadie nos escuchase—. Padre intentó solucionar hace años esta situación casándose con la madre de D'Angelo, la prima Jasmine... de ese modo los Rashid recuperarían la herencia familiar y aquel parecía ser el único modo de que fuese legal, solo que ella contrajo matrimonio antes de cumplir los veintiún años y en lugar de poder reclamar dicha herencia, esta pasaría directamente a ser de su hijo; Alexander

D'Angelo.

—¿Papá intentó casarse con la mejor amiga de mamá? —exclamé atónita.

—Si —afirmó—. La familia le presionó para que se sacrificara por el bien del país.

No lo podía creer... no me imaginaba a mi padre casado con la mejor amiga de mi madre que al mismo tiempo era su prima, es más, no me imaginaba a mi padre enamorado de otra mujer que no fuese mamá.

—¿Hay algún secreto familiar más que yo no sepa? —pregunté aún estupefacta por conocer aquella información.

—No que yo sea consciente —aseguró—, pero es un secreto a voces que una solución para que esta situación se detenga sea que Alexander D'Angelo y tú contraigáis matrimonio, de esa forma la herencia volvería a la familia.

Qué, ¿Que? No... definitivamente eso era una broma de muy mal gusto.

—No puedes hablar en serio —afirmé agrandando los ojos como si fueran a desencajarse de mis órbitas.

—Piénsalo un momento; ¿De verdad crees que en todos estos años no habrían solucionado esto antes de que explotase como lo ha hecho? Es evidente que por más abogados que han revisado esa maldita herencia, no hay otra solución.

Ahora entendía las palabras de mi madre hacía solo unos instantes. Comprendía el significado de “sacrificar a tu hija” perfectamente y por mucho que no quisiera aceptarlo, fui consciente de que yo era la única solución a todos los problemas de la familia.

—¿Sabe Alexander D'Angelo esto? —Necesitaba saber que opinaba él de todo aquello y era consciente de que mi hermano mayor tenía más relación con D'Angelo que yo, ya que habían ido a la misma universidad hacía unos años.

—D'Angelo no quiere tener nada que ver con todo este asunto, no le interesa la herencia... a él solo le importa su carrera y está centrado en su empresa.

Tenía que hacer algo. No podía sencillamente quedarme de brazos cruzados si yo podía suponer la solución a todos los problemas. Sabía que no sería fácil y desde luego iba a necesitar un cómplice en todo aquel asunto, pero así fuera lo último que hiciera; convencería a Alexander D'Angelo de que se casara conmigo, aunque aquello supusiera la pérdida de toda mi integridad, ya que odiaba a ese arrogante y estúpido niño que hacía al menos siete años que no veía.

—Tengo que hablar con D'Angelo y tú me ayudarás a conseguirlo sin que mamá y papá lo sospechen —agudicé en voz mientras mi mente iba un paso por delante tratando de encontrar los argumentos precisos para convencer a ese petulante.

No podía permitir que mis padres se enterasen de lo que pretendía hacer porque sabía que les destrozaría el corazón que me sacrificara por ellos, que renunciara al amor cuando precisamente ellos no lo habían hecho, pero se trataba de una cuestión racional, de un sacrificio que estaba dispuesta a asumir. No tenía ni idea de como iba a reaccionar ese petimetre a mi propuesta, pero tenía claro que conseguiría a como diese lugar que aceptase.

Continuará...

AUTORA DE LA OBRA



Phavy Prieto es una joven española de origen andaluz que estudió Ingeniería de Edificación, pero desde pequeña le pasionaron los libros.

Su deseo es que su imaginación no tenga límites, por eso escribe géneros tan dispares como Histórico, Romance, Humor, Chick-lit, Fantasía, Ficción, Erótica o Misterio. Además, asegura que escribe con la belleza de una pluma y la inteligencia de una mujer.

El Néctar de Erika es la segunda novela de la Saga Flor, donde da vida a tres mujeres con nombres de flor ambientada en una época actual y en la que relata las experiencias de amor que estas tienen, como se enfrentan a sus propios miedos, deseos y anhelos para finalmente lograr ser felices.

La esencia de Azhar será la siguiente y última novela de esta saga, que cerrará el círculo de

la vida de sus personajes.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones y todas sus obras, visita su página web:

www.phavyprieto.com